



EX
LIBRIS



Lily Sosa de Newton

CARTAS ESCOGIDAS
DE
MADAMA DE SÉVIGNÉ

ACOMPAÑADAS DE NOTAS EXPLICATIVAS SOBRE LOS HECHOS

Y LAS PERSONAS DE SU TIEMPO

PRECEDIDAS DE OBSERVACIONES LITERARIAS

POR

Mr. DE SAINTE-BEUVE

Y DEL RETRATO DE MADAMA DE SÉVIGNÉ POR MADAMA DE LA FAYETTE

BAJO EL NOMBRE DE « UN DESCONOCIDO »

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

FERNANDO SOLDEVILLA



PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

MADAMA DE SEVIGNÉ

La señorita María de Rabutin-Chantal, nacida en 1626, era hija del barón de Chantal, duelista famoso, que un día de Pascuas dejó la santa mesa por ir á servir de segundo en un duelo al famoso conde de Bouteville. Educada por su tío el buen abate de Coulanges, había desde muy temprano recibido una instrucción sólida y aprendido bajo los cuidados de Chapelain y (1) de Menage el latín, el italiano y el español.

A los diez y ocho años se había casado con el el marqués de Sevigné, bastante poco digno de ella, y que después de haberla olvidado por mucho tiempo, fué muerto en un duelo en 1651. Mad. de Sevigné, libre á esta edad, no pensó en volverse á casar. Amaba á sus hijos hasta la locura, sobre todo á su hija; las otras pasiones le fueron siempre desconocidas. Era una rubia sonriente, en ninguna manera sensual, muy alegre y bromista; los relámpagos de su ingenio, pasaban y brillaban en sus pupilas abigarradas, como dice ella misma. Se nizo *preciosa*; (2.) fué en el mundo amada y cortejada (3.)

(1). Los talentos más libres y más originales no llegan á ser perfectos sino cuando han tenido una primera disciplina, y si han hecho una buena *retórica*. Mad. de Sevigné hizo la suya bajo Menage y bajo Chapelain.

(2) *Preciosa*. Calificativo que se daba á las mujeres de sociedad, á las que más adelante se llamó *increíbles*; del mismo modo que los hombres se les llamó *leones* y *dandys*. N. del T.

(3) Mad. de La Fayette la escribía : « Vuestra presencia aumenta las diversiones y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os ro-

Sembraba al rededor de sí pasiones desgraciadas, de las cuales se cuidaba poco, y conservaba generosamente por amigos aquellos que no quería como amantes. Su primo Bussy, su maestro Menage, el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, el superintendente Fouquet, dieron sus suspiros por ella, que permaneció inviolablemente fiel á éste último en su desgracia; y cuando cuenta el proceso del superintendente á Mr. de Pomponne, es preciso ver con qué enternecimiento habla de *nuestro querido desgraciado*. Joven todavía, y bella sin pretensiones, se había impuesto en el mundo la tarea de amar á su hija, y no quería otra felicidad que la de educarla y verla brillar. (1.)

La señorita de Sevigné figuraba desde 1663 en los brillantes bailes de Versailles, y el poeta oficial que tenía entonces en la Corte la plaza que Racine y Boileau tuvieron á partir de 1672, Benserade, hizo más de un madrigal en honor de

dean. En fin, la alegría es el verdadero estado de vuestra alma y la pena os es más contraria que á nadie en el mundo. » Mad. de Sevigné, tenía lo que se puede llamar *humor* en el sentido de humorismo; pero un hermoso humor iluminado y variado á cada instante por la más viva imaginación. Estos relámpagos y esta alegría de colores forman á veces como un velo delante de su sensibilidad, que, aun en los momentos de duelo, no puede impedir el que tome formas graciosas : es preciso habituarse á verla bajo este prisma. Hay algo de Mad. de Cornuel en Mad. de Sevigné.

(1) Existe un encantador retrato de Mad. de Sévigné, *joven*, por el abate Arnould. Preciso es que haya tenido mucho brillo y color para poder comunicársele un momento al estilo de este digno abate, que no parece haber tenido, como escritor, el talento de la familia. En este viaje fué, dice en sus memorias (año 1657) cuando Mr. de Sevigné me hizo entablar conocimiento con la ilustre marquesa de Sevigné, su sobrina; me parece que la veo todavía tal como ella me pareció la primera vez que tuve el honor de verla, llegando en el fondo de su carroza completamente abierta, entre su hijo y su hija; así como los poetas representan á Latona en medio del joven Apolo y de la joven Diana, así brillaba la alegría en la madre y en los hijos. ¡Qué hermosa es ella! un espíritu, una belleza, una gracia extraordinaria en su carroza abierta del todo, radiante entre dos hermosas criaturas.

esta *pastora* y de esta *ninfa* que una madre idólatra llamaba la *joven más bonita de Francia*. En 1669, Mr. de Grignan la obtuvo en matrimonio, y diez y seis meses después la condujo á Provenza, donde mandaba como Teniente General durante la ausencia de Mr. de Vendome. En adelante, separada de su hija, á la cual ya no vió sino de tiempo en tiempo y después de intervalos siempre largos, Mad. de Sevigné buscó consuelo á sus tristezas en una correspondencia de todos los instantes, que duró hasta su muerte (en 1696), y que comprende el espacio de veinticinco años, excepto el tiempo correspondiente á las reuniones pasajeras de la madre y la hija. Antes de esta separación, en 1671, no se tiene de Mad. de Sevigné más que un número muy reducido de cartas dirigidas á su primo Bussy, y otras á Mr. de Pomponne sobre el proceso de Fouquet. No es sino desde esta época cuando se sabe positivamente su vida privada, sus costumbres, sus lecturas y hasta los menores movimientos de la sociedad en que ella vive y de que ella es el alma.

Desde luego, en las primeras páginas de esta correspondencia nos encontramos en un mundo del todo diferente al de la Fronda y al de la Regencia; reconocemos que lo que se llama la sociedad francesa, está al fin constituida. Sin duda (y á falta de numerosas memorias de este tiempo, las anécdotas contadas por Mad. de Sevigné misma darán fe de ello), sin duda horribles desórdenes y orgías groseras se transmiten aún entre esta joven nobleza á la cual impone Luis XIV por premio de su favor la dignidad, la cortesía y la elegancia; sin duda, bajo esta superficie brillante y este dorado artificial, hay bastantes vicios para desbordarse de nuevo en otra regencia, sobre todo cuando la hipocresía de un fin de reinado les haya hecho fermentar. Pero al menos las conveniencias son observadas, la opinión comienza á zaherir lo que es innoble y crapuloso. Además, al mismo tiempo que el desorden y la brutalidad

han perdido en escándalo, la decencia y la belleza del ingenio han ganado en sencillez. La calificación de *preciosa* ha pasado de moda; se recuerda sonriendo haberlo sido, pero ya no se es. No se diserta tampoco como antes largamente sobre el soneto de Job ó de Urania ó sobre el carácter del romano; pero *se habla*, se refieren noticias de la Corte, recuerdos del sitio de París ó de la guerra de Guyenna; el cardenal de Retz, cuenta sus viajes, Mr. de la Rochefoucauld moraliza, Mad. de la Fayette, hace reflexiones de corazón, y Mad. de Sevigné las interrumpe para citar una palabra de su hija, una gracia de su hijo, una distracción del bueno de Hacqueville ó de Mr. de Brancas. Trabajo nos cuesta en 1829 con nuestras costumbres de ocupaciones positivas el representarnos fielmente esta vida de ocio y de conversación. El mundo va tan deprisa en nuestros días, y tantas cosas son á su vez traídas sobre la escena, que no nos bastan todos nuestros instantes para mirarlas y comprenderlas. Los días para nosotros pasan en estudios, y las noches en discusiones serias; de conversaciones amistosas, de tertulias poco ó nada. La noble sociedad de nuestros días que más ha conservado estos hábitos ociosos de los dos últimos siglos, parece no haberlo podido conseguir sino á condición de quedar extraña á las costumbres y á las ideas del presente (1). En la época de que hablamos, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso ó político, este género de vida era el más propio para observarle. Bastaba mirar algunas veces con el rabillo del ojo y sin moverse de su silla, y luego se podía entregar el resto del tiempo á sus gustos y á sus amigos.

(1) Desde que estas páginas se han escrito, he tenido á menudo ocasión de notar con mucho placer que se exageraba un poco esta ruina del ingenio de conversación en Francia: sin duda el conjunto de la sociedad no existe ya; pero hay hermosos restos, rincones de estación atrasada. Se es tanto más feliz en gozar de ellos, como si se gozara de una vuelta del tiempo ó de un misterio.

La conversación, por otra parte, no había llegado á ser todavía, como en el siglo diez y ocho, en los salones abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un negocio, una pretensión; no se buscaba necesariamente el rasgo; la estructura geométrica, filosófica y sentimental no era allí de rigor; se hablaba de sí, de los otros, de poco ó de nada. Eran, como dice Mad. de Sevigné, conversaciones *infinitas*. « Después de comer, escribe á su hija, fuimos á hablar en los más agradables bosques del mundo; allí estuvimos hasta las seis en varias especies de conversaciones, tan buenas, tan tiernas, tan amables, tan obsequiosas para ti y para mi, que estoy de ellas sumamente agradecida (1). »

En medio de este movimiento de sociedad tan fácil y tan sencillo, tan caprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta recibida, insignificante en el fondo, era un suceso que se recibía con placer y del cual se daba parte con apresuramiento.

Las cosas más pequeñas obtenían su precio por su manera y por su forma; era el arte que sin percibirse de ello y negligentemente, se ponía hasta en la vida. Recuérdese la visita de Mad. de Chaulnes á los *Rochers*. Mucho se ha dicho que Mad. de Sevigné cuidaba curiosamente sus cartas, y que al escribirlas pensaba, sino en la posteridad, al menos en el mundo exterior, del cual buscaba el sufragio. Esto es falso; los tiempos de Voiture y de Balzac estaban ya lejos. Ella escribe de ordinario al correr de la pluma, el mayor número de cosas que puede y cuando el tiempo apremia, apenas si lee lo es-

(1) La señorita de Montpensier, de la misma edad que Mad. de Sevigné, pero que era algo menos flexible que ella, escribiendo en 1660 á Mad. de Moteville sobre un ideal de vida retirada, que ella se finge y desea de los héroes y de las heroínas de diversas maneras, dice. « Así nos es preciso toda clase de personas para poder hablar de toda suerte de cosas en la conversación, que á vuestro gusto y al mío es el placer más grande de la vida y casi el solo que me agrada. »

crito. « En verdad, dice, es preciso entre amigos dejar correr un poco las plumas como ellas quieran : la mía tiene siempre la brida sobre el cuello. » Pero hay días en que tiene más tiempo ó en que se siente de mejor humor : entonces, naturalmente cuida, arregla y compone casi tanto como La Fontaine para una de sus fábulas. Así se ve en la carta á Mr. de Coulanges acerca del matrimonio de Mademoiselle; así también la escrita acerca del pobre Picard, que fué desterrado por no haber querido *faner*. Esta clase de cartas, brillantes de forma y de arte, en las cuales no había ni demasiado número de pequeños secretos ni de maledicencias, hacían ruido en la sociedad, y todo el mundo deseaba leerlas. « No quiero olvidar lo que me ha sucedido esta mañana, escribe Mad. de Coulanges á su amiga. Se me ha dicho : Señora, de parte de Mad. de Thianges que os ruega la enviéis la carta del *caballo*, de Mad. Sevigné, y la de la *pradera*. He dicho al lacayo que yo las llevaría á su Señora, y le he despedido. Vuestras cartas hacen todo el ruido que merecen, como veis ; es cierto que son deliciosas, y vos sois como vuestras cartas. » Las correspondencias tenían pues, entonces, como las conversaciones, una gran importancia; pero no se componían ni unas ni otras ; solamente se entregaba uno á ellas con todo su ingenio y con toda su alma.

Madama de Sevigné alaba continuamente á su hija en esto de las cartas. « Tenéis pensamientos y tiradas incomparables. » Y ella cuenta que lee por aquí y por allá de dichas cartas algunos trozos escogidos á las gentes que son dignas de ello. « Algunas veces, doy también alguna pequeña parte á Mad. de Villars, pero la gustan mucho las ternezas, y las lágrimas acuden á sus ojos. »

Si se ha dudado de la ingenuidad de sus cartas, no se ha dudado menos de la sinceridad de su amor por su hija; y en esto se ha olvidado hasta el tiempo que ella vivía y cuánto en

esta vida de lujo y de ocio pueden las pasiones tener el carácter de fantasías, del mismo modo que las manías pueden llegar à convertirse en pasiones.

Ella idolatraba á su hija, y todo lo miraba en el mundo bajo este aspecto. Arnauld d'Andilli la llamaba por este motivo la *bonita pagana*. El alejamiento no había hecho más que exaltar su terneza, no teniendo otra cosa en qué pensar; las cuestiones, los cumplimientos de todos los que ella veía giraban sobre este tema; esta cara y casi única afección de su corazón había acabado por ser á la larga para ella un objeto de necesidad, como podía tener necesidad de un abanico. Por otra parte, Mad. de Sevigné era perfectamente sincera, abierta y enemiga de los semblantes falsos; ella es precisamente una de las primeras de quien se debe haber dicho ser una persona *de verdad*; ella hubiera inventado esta expresión para su hija si Mr. de la Rochefoucauld no la hubiese ya inventado para Mad. de La Fayette: ella se complace al menos en aplicársela á aquella á quien ama. Cuando se ha analizado bien y estudiado de mil maneras este inagotable amor de madre, se viene sin querer á la opinión y á la explicación de Mr. de Pomponne: « Parece que Mad. de Sevigné ama apasionadamente á Mad. de Grignan: sabéis el secreto de estas cartas. ¿Queréis que os le diga? *es que la ama apasionadamente.* » Sería en verdad mostrarse ingrato el censurar á Mad. de Sevigné por esta inocente y legítima pasión á la cual debemos el poder seguir paso á paso la mujer más espiritual de veinte y seis años de la época más amable, de la más amable sociedad francesa (1).

(1) M. Walckenaer (Memorias sobre Mad. de Sevigné) hace notar muy bien que ella que tuvo tan desenvuelto el sentimiento maternal, no tuvo tiempo de sentir el filial por haber quedado huérfana desde muy corta edad. Toda la pasión de su corazón estuvo como tenida en reserva para descender en seguida y fijarse en su hija. Viuda desde muy temprano en los años más bellos de su juventud, parece

La Fontaine, pintor de los campos y de los animales, no desconocía del todo la sociedad, y á menudo la ha tratado con finura y malicia. Mad. de Sevigné á su vez, amaba mucho los campos é iba á hacer largas estancias en Livry en casa del abate de Coulanges ó á su tierra de *Rochers*, en Bretaña, y es curioso el conocer bajo qué rasgos ha visto y ha pintado la naturaleza.

Se apercibe uno : primero, de que como nuestro buen fabulista ha leído desde muy temprano la *Astrea*, y que ha soñado en su juventud bajo las sombras mitológicas de Vaux y de Saint-Mandé. Gusta mucho de pasearse á los rayos de la bella querida de *Endimion*, de pasar dos horas sola con las *hamadriadas*; sus árboles están decorados de inscripciones y de ingeniosas divisas, como en los paisajes del pastor *Fido* y de la *Aminta* : « *Bella cosa far niente*, dice uno de mis árboles, el otro le responde : *Amor odit inertes*; no se sabe á cual entender. » En otra parte : « Nuestras sentencias no están desfiguradas : las visito á menudo ; hasta se han aumentado, y dos árboles vecinos dicen algunas veces cosas contrarias : *La lontananza ogni gran piaga salda*, y *Piaga d'amor non si sana mai*. Están hace cinco ó seis años en esta contradicción ». Estas reminiscencias un poco burdas de pastorales y de novelas, son naturales bajo su pincel, y hacen resaltar agradablemente tantas descripciones frescas y nuevas que no pertenece sino á ella : « He venido aquí (á Livry) á acabar los hermosos días y á decir adiós á las hojas. Todavía están sobre los árboles, no hacen más que cambiar de color ; en lugar de ser verdes son aurora, y tantas clases de aurora que esto compone un brocado de oro rico y magnífico que nosotros queremos encontrar más hermoso que el verde, aun cuando no fuese

no haber tenido jamás amante. ¡ Qué economía ! ¡ Qué tesoro de amor ! Su hija heredó el capital y los intereses acumulados.

más que por cambiar. » Cuando está en los *Rochers*, dice : Yo sería muy feliz en este bosque si tuviese una hoja que cantase : ¡ Ah, qué cosa tan bonita una hoja que canta ! » Y, qué bien nos pinta además el triunfo del verde mayo cuando el ruiseñor, el cuclillo y la alondra abren la primavera en nuestros bosques ! ¡ Cómo nos hace sentir y casi tocar estos hermosos días de cristal del otoño, que no son calientes y que no son fríos ! Cuando su hijo, para atender á sus gastos locos hace cortar los árboles de los antiguos bosques de Buron, ella se conmueve, se aflige con todas estas *driadas* fugitivas y aquellos *silvanos* desposeídos ; Ronsard no ha deplorado mejor la caída del bosque de Gastine, ni Mr. de Chateaubriand, la de los bosques paternales.

Parece que se ve á menudo de un humor alegre y casi loco ; pero se haría mal en juzgar á Mad. de Sevigné frívola ó poco sensible. Era seria y aun triste, sobre todo durante las estancias que hacía en el campo, y la ilusión tuvo un gran lugar en su vida. Solamente que es preciso entenderse. No soñaba bajo sus largas avenidas espesas y sombrías al gusto de Delfina, ó como la amante de Oswald ; este sueño no se había inventado todavía (1) ; ha sido preciso el 93, para que Mad. de Staël escribiese su admirable libro de la *Influencia de las pasiones sobre la felicidad*. Hasta entonces, soñar era una cosa más fácil, más sencilla, más individual y de la cual por tanto se daba uno menos cuenta. Era pensar en su hija ausente en Provenza, en su hijo que estaba en Candia, ó en el ejército del Rey, en sus amigos lejanos ó muertos, era decir : » En cuanto á mi vida, vos la conocéis ; se pasa con cinco ó seis amigos, cuya sociedad agrada y en mil deberes á los cuales se está obligado, lo cual no es un pequeño asunto. Lo que me molesta

(1) « La alegría del espíritu marca su fuerza » escribía por este tiempo Ninon Saint-Evremond.

es que, no haciendo nada, los días se pasan y nuestra pobre vida está compuesta de estos días y se envejece y se muere. Yo encuentro esto bien malo. » La religión precisa y regular que gobernaba la vida contribuiría mucho entonces á temperar este libertinaje de sensibilidad y de imaginación, que después no ha conocido pena.

Mad. de Sevigné desconfiaba con cuidado de estos pensamientos, sobre los cuales es preciso pasar; ella quiere expresamente que la moral sea cristiana y se burla más de una vez de su hija, por ser apegada al Cartesianoismo. En cuanto á ella, enmedio de los accidentes de este mundo, inclina la cabeza y se refugia en una especie de fatalismo providencial, que sus reacciones con Port-Royal y sus lecturas de Nicole y de san Agustín le habían inspirado. Este carácter religioso y resignado aumentó en ella con la edad, sin alterar en nada la serenidad de su amor; y comunica á menudo á su lenguaje, algo más fuertemente sensato y de una ternura más grave. Hay, sobre todo, una carta á Mr. de Coulanges, sobre la muerte del ministro Louvois, en que se eleva hasta la sublimidad de Bossuet, como en otros tiempos y otros sitios había alcanzado lo cómico de Molière.

Mr. de Saint-Surin, en sus estimables trabajos acerca de Mad. de Sevigné, no ha perdido ninguna ocasión de oponerla á Mad. de Staël y de darla la preferencia sobre esta mujer célebre. Nosotros creemos también que hay interés y provecho en esta comparación; pero ha de ser sin detrimento para la una ni para la otra. Mad. de Staël representa toda una sociedad nueva; Mad. de Sevigné una sociedad desvanecida; de aquí las diferencias prodigiosas que se querrían al pronto explicar por la cualidad diferente de los espíritus y de las naturalezas. Sin embargo, y sin pretender negar esta profunda semejanza original entre dos almas, de las cuales una no ha conocido más que el amor maternal, mientras que la otra ha sen-

todo todas las pasiones, hasta las más generosas y las más viriles, se encuentra en ellas mirando de cerca, muchas debilidades, muchas cualidades comunes, de las cuales el diverso desarrollo no ha consistido más que en la diversidad de los tiempos. ¡Qué natural tan lleno de graciosa ligereza ¡aquellas páginas deslumbradoras de puro ingenio de Mad. Staël cuando el sentimiento no viene en contra y deja dormir tranquila su filosofía y su política! Y Mad. de Sevigné, ¿es acaso que no la ocurre nunca filosofar ni disertar? ¿De qué le serviría entonces hacer su lectura ordinaria de los *Ensayos de moral* del Sócrates cristiano y de san Agustín? Pues esta mujer á quien se ha tratado de frívola leía todo y leía bien. Esto da, decía ella, los pálidos colores al espíritu, cuando no agradan las sólidas lecturas. Leía Rabelais, la historia de las *Variaciones*, Montaigne y Pascal, la *Cleópatra* y Quintiliano, San Juan Crisóstomo y Tácito, y Virgilio no *disfrazado* sino *en toda la majestad del latín y del italiano*. Cuando llovía, leía los *in-folio* en doce días. Durante la cuaresma tenía un gran placer en ir á escuchar á Bourdaloue. Su conducta para con Fouquet, en la desgracia, hace pensar de qué fidelidad hubiera sido capaz en los días de la revolución. Si se muestra un poco vana y gloriosa cuando el Rey baila con ella una noche ó cuando la dirige un cumplimiento en Saint-Cyr á propósito de *Esther*, ¿qué otra mujer se hubiera mostrado más filósofa en su lugar. Mad. de Staël misma, ¿no se enorgulleció, según se dice, por arrancar una palabra y una mirada al conquistador de Italia y de Egipto?

Ciertamente una mujer que, mezclada desde su juventud á los Menage, á los Godeau, á los Benserade, se garantiza por la sola fuerza de su buen sentido de sus punzadas y de sus cumplimientos vanos, que esquivo como burlándose de ellas las pretensiones más obstinadas y seductoras de los Saint-Evremond y de los Bussy; una mujer que, amiga y admiradora de la

señorita de Scudery y de Mad. de Maintenon se tiene á igual distancia de los sentimientos románticos de la una y de la reserva un poco desdenosa de la otra; que relacionada con Port-Royal y alimentada de las obras de estos señores, no aprecia menos á Montaigne, ni cita menos á Rabelais y no quiere otra inscripción para lo que ella llama su convento que la de *Santa libertad ó haz lo que tú quieras*, como en la de Abadía de Thelemon; una tal mujer puede bien loquear, distraerse, *resbalar sobre los pensamientos* y tomar voluntariamente las cosas por el lado familiar y divertido; pues ya ha dado pruebas de una energía profunda y de una originalidad de espíritu bien rara. Una sola circunstancia hay en que no se puede menos de sentir que Mad. de Sevigné se haya abandonado á sus costumbres burlescas y ligeras, en la cual se rehusa absolutamente tomar parte en sus burlas y en que después de haber buscado todas las razones atenuantes cuesta trabajo todavía el perdonárselo; es cuando cuenta tan alegremente á su hija la insurrección de los aldeanos bretones y las horribles severidades que la reprimieron. Entanto que ella se limita á reírse de los *Estados* de los gentileshombres rústicos, de sus galas brillantes y de su entusiasmo por votar todo entre las doce y la una, y de todas las otras locuras del prógimo de Bretaña después de comer, todo va bien; esto es de una sólida y legítima burla, recuerda en ciertos pasajes la pincelada de Molière. Pero desde el momento en que ha habido trincheras en Bretaña y en Rennes un *cólico pedregoso*, es decir, que el Gobernador Mr. de Chaulnes queriendo disolver la multitud con su presencia fué rechazado hasta su casa á pedradas; desde el momento en que Mr. de Forbin llega con seis mil hombres de tropa contra los amotinados, y que estos pobres diablos desde lo más lejos que perciben las tropas reales se desbandan por los campos, se arrojan de rodillas gritando *Mea culpa* (pues es la única palabra francesa que saben); cuando para castigar á Rennes

se trasfiere su parlamento á Vannes, que se prende á la aventura veinticinco á treinta hombres para colgarlos, que se arroja y se destierra todos los vecinos de una gran calle con mujeres parturientas, ancianos y niños, con prohibición de recogerlos, bajo pena de muerte; cuando se enroda y se descuartiza, y á fuerza de haber descuartizado y enrodado se descansa ó se ahorca; en medio de estos horrores ejercidos contra inocentes ó pobres extraviados, se sufre ver á Mad. de Sevigné burlarse casi como de ordinario; se quisiera en ella una indignación ardiente, amarga y generosa; sobre todo se querrian borrar de sus cartas líneas como éstas: « Los amotinados de Rennes se han salvado hace largo tiempo; así los buenos pagaron por los malos; pero yo encuentro todo muy bien con tal que los cuatro mil hombres de guerra que están en Rennes, con Mrs. de Forbin y de Vins no me impidan pasear en mis bosques que son de una altura y de una belleza maravillosa. » Y en otra parte: « se han preso sesenta individuos; mañana se comienza á ahorcar. Esta provincia es un buen ejemplo para las otras, y sobre todo para que respeten á los Gobernadores y á los gobernantes, y no decirles injurias, ni echar piedras en su jardín. » Por último: « me habláis bien alegremente de nuestras miserias: ya no estamos tan enrodados; uno en ocho días sólo para entretener á la justicia; la función de horca, me parece ahora un refresco. » El duque de Chaulnes que ha provocado todas estas venganzas porque se han echado piedras en su jardín, y por que se le han dicho mil injurias, de las cuales la más suave y la más familiar era *gran cochino*, no pierde por esto un átomo en la amistad de Mad. Sevigné; es siempre para ella y para Mad. de Grignan, *nuestro buen duque*; más aún, cuando es nombrado embajador en Roma y parte de su país, deja toda la Bretaña llena de tristeza.

Ciertamente hay aquí materia para muchas reflexiones sobre las costumbres y la civilización del gran siglo; nuestros

lectores la suplirán sin trabajo. Nosotros sentimos solamente que en esta ocasión el corazón de Mad. de Sevigné no se haya elevado más sobre los prejuicios de su tiempo. Era digna de ello, pues su bondad igualaba á su belleza y su gracia. La sucede algunas veces el recomendar gente de las galeras á Mr. de Vivonne ó á Mr. de Grignan. El más interesante de sus protegidos es seguramente un gentilhomme de Provenza, cuyo nombre no se ha conservado : « este pobre joven, dice, ha sido muy fiel á Mr. de Fouquet : se le ha convencido de haber llevado á Mad. Fouquet una carta de su marido, y por esto ha sido condenado á cinco años de galeras : esto es una cosa un poco extraordinaria. Vos sabéis que es uno de los mozos más honrados que pueda haber, y propio para las galeras como para coger la luna con los dientes. »

El estilo de Mad. de Sevigné ha sido tan á menudo y tan espiritualmente juzgado, analizado y admirado, que sería difícil encontrar hoy un elogio á la vez nuevo y conveniente que aplicarle ; y por otra parte, nosotros no nos sentimos dispuestos de ninguna manera á caer en la vulgaridad de bromas y críticas. Una sola observación general nos bastará : es que se pueden clasificar los grandes y hermosos estilos del siglo de Luis XIV en dos procedimientos diferentes, en dos maneras opuestas. Malherbe y Balzac fundaron en nuestra literatura el estilo sobrio, castigado, pulido y trabajado, en la infancia del cual se llega desde el pensamiento á la expresión, lentamente, por grados, á fuerza de tropezones y raspaduras. Este estilo es el que Boileau ha aconsejado en toda ocasión ; quiere que se repase veinte veces la obra, que se pula y repula sin cesar y se alaba de haber enseñado á Racine á hacer fácilmente versos fáciles. Racine, en efecto, es el más perfecto modelo de este estilo en poesía. Flechier fué menos feliz en su prosa. Pero al lado de este género de escritura, siempre un poco uniforme y académico, hay otro bastante más libre, capri-

choso y móvil sin método tradicional y del todo conforme á la diversidad de los talentos y de los genios. Montaigne y Regnier habian ya dado admirables pruebas de él, y la reina Margarita una muestra encantadora en sus memorias familiares, obra de algunos ratos de sobremesa. Este es el estilo ancho, suelto, abundante, que sigue más la corriente de las ideas; un estilo de primera clase y *prime sautier*, como diría el mismo Montaigne; es el de la Fontaine y de Molière, el de Fenelon y de Bossuet, del duque de Saint-Simon y de Mad. de Sevigné. Esta última sobresale en él: deja correr su pluma con *la brida sobre el cuello*, y siguiendo el camino, ella siembra con profusión los colores, comparaciones, imágenes, y el ingenio y el sentimiento brotan por todos lados. Se ha colocado así sin quererlo ni percibirse de ello en la primera fila de los escritores de nuestra lengua (1).

SAINTE-BEUVE.

(1) Este artículo fué publicado en 1829 en la *Revista de Paris*. « No son éstas, dice Saint-Beuve, hablando de este trozo, más que algunas ligeras páginas hechas al correr de la pluma, después de la lectura de las *Cartas* y anterior á las investigaciones recientemente publicadas. » Mr. de Saint-Beuve ha hablado después de Mad. de Sevigné con mucha más extensión y siempre con un placer nuevo. A pesar de todo, este primer trabajo que resume con tal encanto la impresión experimentada por un espíritu joven, *después de la lectura de las cartas*, nos ha parecido bastar y convenir mejor á una edición de cartas escogidas (G.H.)

RETRATO DE MADAMA DE SEVIGNÉ

POR

Mad. DE LA FAYETTE

BAJO EL NOMBRE DE « UN DESCONOCIDO (1) »

Todos los que se ponen á pintar las bellas se matan por embellecerlas y por agradarlas, y no osarian decirlas una sola palabra de sus defectos. En cuanto á mí, señora, gracias al privilegio de *desconocido*, que cerca de V. gozo, voy á pintaros atrevidamente y á deciros vuestras verdades bien á mi gusto, sin temor de atraerme vuestra cólera. Estoy desesperado de no tener más que cosas agradables que deciros; pues sería un gran placer para mí si después de haberos reprochado mil defectos, me viese este invierno tan bien recibido de vos como de las mil gentes que no han hecho en toda su vida más que importunaros con alabanzas; yo no quiero agoviaros de ellas ni divertirme en deciros que vuestro talle es admirable, que vuestra tez tiene una belleza y una flor, que os aseguran no tener más que veinte años; que vuestra boca, vuestros dientes y vuestro cabello son incomparables. Yo no quiero deciros todas estas cosas; vuestro espejo las dice bastante; pero como vos no podéis divertirlos en hablarle, él no puede deciros cuán amable sois cuando habláis, y esto es lo que yo quiero haceros saber.

(1) Madama de Sevigné dice, en su carta de 1.º de diciembre de 1673, que este retrato fué escrito por Mad. de La Fayette hacia el año 1663, época en que ella tenía treinta años.

Sabed pues, señora, si por casualidad no lo sabéis, que vuestro espíritu adorna y embellece tanto vuestra persona, que no hay otro sobre la tierra tan encantador cuando estáis animada en una conversación, donde la etiqueta está desterrada. Todo lo que decís tiene tal encanto y os sienta tan bien, que vuestras palabras atraen las risas y las gracias á vuestro rededor; y el brillante de vuestro espíritu da un brillo tan grande á vuestra tez y á vuestros ojos, que aunque parece que el ingenio no debe tocar más que á los oídos, es sin embargo cierto que el vuestro deslumbra los ojos, y que cuando se os escucha no se ve ya que falte algo á la regularidad de vuestras facciones y se os concede la belleza más acabada del mundo.

Podéis juzgar, que si yo os soy desconocido, vos no me sois á mí desconocida, y que es preciso que yo haya tenido más de una vez el honor de veros y de oiros para haber comprendido lo que forma en vos este adorno, del cual todo el mundo está sorprendido.

Pero yo quiero todavía haceros ver, señora, que no conozco menos las cualidades sólidas que en vos existen que las cualidades agradables de las cuales se es admirador. Vuestra alma es grande, noble, propia á dispensar tesoros é incapaz de bajarse á los cuidados de recogerlos. Sois sensible á la gloria y á la ambición, y no lo sois menos al placer : parecéis nacida para ello, y parece que ellos son hechos para vos; vuestra presencia aumenta las diversiones, y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean.

En fin, la alegría es el estado verdadero de vuestra alma y la pena os es más contraria que á nadie. Sois naturalmente tierna y apasionada; pero para vergüenza de nuestro sexo, esta ternura os ha sido inútil y la habéis encerrado en el vuestro, dándosela á Mad. de La Fayette.

¡Ah! ¡Señora! Si hubiese alguien en el mundo bastante

feliz para que vos no le hubieseis encontrado indigno del tesoro de que ella goza y que él no hubiese apelado á todos los medios para poseerle, merecería sufrir solo todas las desgracias á que el amor puede someter á los que viven bajo su imperio. ¡Qué felicidad ser el dueño de un corazón como el vuestro, cuyos sentimientos fuesen explicados por ese ingenio galante que los dioses os han dado! Vuestro corazón, señora, es sin duda un bien que no puede merecerse; jamás hubo uno tan generoso, tan bien hecho y tan fiel. Hay gentes que os acusan de mostrarle siempre tal cual es; pero al contrario, estáis tan acostumbrada á no sentir nada que no sea honroso, que vos misma dejáis ver algunas veces lo que la prudencia os obligaría á ocultar. Sois la persona más atenta y más bien educada que haya existido jamás; y por un aire libre y dulce que existe en todas vuestras acciones, los cumplimientos más sencillos parecen en vuestra boca protestas de amistad; y todas las gentes que se separan de vuestro lado se van persuadidos de vuestra estima y de vuestra benevolencia, sin que puedan decirse á sí mismo qué pruebas les habéis dado ni de la una ni de la otra.

En fin, habéis recibido gracias del cielo que no han sido dadas más que á vos, y el mundo os está obligado de haberle venido á mostrar mil agradables cualidades que hasta ahora le habían sido desconocidas. No quiero embarcarme en pintarlas todas. pues rompería el designio que he formado de no agoviaros de alabanzas...

CARTAS

DE

MADAMA DE SEVIGNÉ

A MR. DE POMPONNE (1)

Hoy 17 de noviembre de 1664, Mr. Fouquet ha estado por la segunda vez en el banquillo de los acusados; se ha sentado sin cumplimientos como la vez primera (2). El Canciller ha empezado por decirle que levantara la mano : él ha respondido que había ya dicho las razones que le impedían prestar juramento. Acerca de esto, el Canciller se ha metido en un gran discurso para hacer ver el poder legítimo de la Cámara; que el Rey la había establecido y que las comisiones habían sido verificadas por las compañías soberanas.

Mr. Fouquet ha respondido que á menudo se hacían cosas por autoridad, que muchas veces no se encontraban justas cuando se reflexionaba sobre ellas.

El Canciller le interrumpió : « ¡Cómo ! ¿Decís que el Rey abusa de su poder ? » Mr. Fouquet ha respondido : « Vos sois quien lo decís, señor, que yo no; no es este mi pensamiento, y admiro que en el estado en que estoy me procuréis un disgusto con el Rey; pero señor, vos mismo sabéis que se puede ser sorprendido. Cuando vos firmáis una sentencia la creéis justa; al día siguiente la rompéis : ya veis que se puede cambiar de

(1) El marqués de Pomponne, á quien esta carta y las siguientes van dirigidas, es el mismo que fué después ministro de Negocios Extranjeros.

(2) Fouquet compareció por la primera vez delante de la Cámara de justicia del Arsenal el 14 de noviembre de 1664. Se colocó él mismo en el banquillo de los acusados aunque se le tenía preparado un sitio al lado. (Proceso de Fouquet) Tomo XII, pág. 335).

opinión. » Pero sin embargo — ha dicho el Canciller — aunque vos no reconozcáis la Cámara, la contestáis, la presentáis documentos y aquí estáis en el banquillo. — Es verdad, señor, aquí estoy; pero no estoy por mi voluntad: se me trae; hay un poder al cual es preciso obedecer, y esto es una mortificación que Dios me hace sufrir y que yo recibo de su mano, acaso me la pudieran evitar después de los servicios que he prestado y los cargos que he tenido el honor de ejercer. »

Después de esto el Canciller ha continuado el interrogatorio sobre la pensión de las gabelas, en el cual Mr. Fouquet ha respondido muy bien. Los interrogatorios continuarán, y yo continuaré mandándolos fielmente; solo quisiera saber si recibís mis cartas con seguridad.

Adiós, siento que me invade la gana de hablar, y no quiero abandonarme á ella: es preciso que el estilo de las relaciones sea corto (1).

AL MISMO

Jueves, 20 noviembre de 1664.

Mr. Fouquet ha sido interrogado esta mañana sobre el mareo de oro: ha respondido muy bien. Varios jueces le han saludado; el Canciller se lo ha reprochado, y ha dicho que no era esto costumbre siendo consejero bretón. « Es á causa de ser de Bretaña el saludar tan bajo á Mr. Fouquet. » Al volver por el arsenal á pie para pasearse, Mr. Fouquet ha preguntado qué obreros eran aquellos; se le ha contestado que eran los que

(1) Esta carta y las que se siguen contienen un relato muy vivo é interesante del célebre asunto Fouquet. Pintan tan bien el alma de Mad. de Sévigné, la sensibilidad tan pronta y animada que le distingue, su entero sacrificio por sus amigos, que hemos decidido reproducir toda esta parte de la correspondencia.

trabajaban en el estanque de una fuente; ha ido allá y ha dicho su opinión, y después, volviéndose hacia Artagnan, le ha dicho : « No os admiréis de que yo me mezcle en esto : es que yo he sido en otras ocasiones muy hábil en esta clase de cosas. » Los que aman á Mr. Fouquet encuentran esta tranquilidad admirable; yo soy de este número; los otros dicen que es una afectación : este es el mundo. Mad. Fouquet, su madre, ha dado un emplasto á la reina que la ha curado de sus convulsiones, que propiamente hablando, eran vapores.

La mayor parte, según sus deseos, se van imaginando que la reina aprovechará esta ocasión para pedir al rey la gracia de este pobre prisionero; pero yo que he oído hablar un poco de las ternezas de este país no creo nada de esto. Lo que es admirable es el ruido que todo el mundo hace con este emplasto, diciendo que es una santa Mad. Fouquet y que puede hacer milagros.

Hoy 21, han interrogado á Fouquet sobre las ceras y los azúcares : se ha impacientado sobre ciertas objeciones que se le hacían y que le han parecido ridículas. Lo ha demostrado demasiado y ha respondido con un aire y una altanería que han causado disgusto. Él se corregirá; pues estos medios no son buenos; pero la verdad, la paciencia se acaba, y me parece que yo haría lo mismo que él.

Sábado por la noche.

Mr. Fouquet ha vuelto esta mañana á la Cámara : se le ha interrogado sobre los consumos; ha sido muy mal atacado y se ha defendido muy bien. Aquí entre nosotros, su asunto es de los más resbaladizos. Yo no sé qué buen ángel le ha advertido que ayer estuvo demasiado fiero y hoy se ha corregido, como se han corregido también de saludarle. No volverá á la Cámara hasta el miércoles; yo os escribiré también este día. Por lo demás, si continuáis en compadecermos

tanto por el trabajo que tomo de escribiros y en rogarme que no continúe, creeré que soy vos el que se cansa de leer mis cartas y que os fatigáis en contestar á ellas ; pero sobre esto yo os prometo de hacer las mías aún más cortas si puedo , y yo os relevo del trabajo de contestarme , aunque me complacen tanto vuestras cartas. Después de estas declaraciones, no pienso que queráis impedirme el curso de mis gacetas. Cuando pienso que os proporciono un poco de p acer, yo experimento mucho. Se presentan tan pocas ocasiones de demostrar la estima y la amistad, que es preciso no perderlas cuando vienen á ofrecerse. Le suplico presentar mis respetos en vuestra casa y en vuestra vecindad. La reina está mucho mejor.

AL MISMO

Lunes, 24 noviembre de 1664.

Si yo creyese   mi corazón, soy yo quien os estaria verdaderamente obligada de recibir tan bien el cuidado que pongo en instruiros.   Cre is que yo no encuentro consuelos escribi ndooos? Yo os aseguro que encuentro mucho y que no tengo menos placer en escribiros que vos en leer mis cartas. Todos los sentimientos que tenéis sobre lo que yo os mando, son bien naturales ; el de la esperanza es común á todo el mundo, sin que se pueda decir por qué ; pero en fin, esto sostiene el corazón. Yo fui   comer   Santa Maria de San Antonio hace dos días ; la madre superiora me contó en detalle cuatro visitas que Puis... le ha hecho desde hace tres meses, de lo cual estoy infinitamente admirada. Vino   decirle que el bien aventurado obispo de Ginebra (San Francisco de Sales), le había obtenido gracias tan particulares durante la enfermedad que ha padecido este verano, que no podía dudar de la obligación que para con él tenía ; que la suplicaba hacer rogar por él  

toda la commuidad. La dió mil escudos para cumplir su voto y la rogó que le hiciera ver el corazón del bien aventurado. Cuando se aproximó á la verja, se arrojó de rodillas y estuvo más de un cuarto de hora vertiendo lágrimas, apostrofando á este corazón y pidiéndole una chispa del fuego en que el amor de Dios le había consumido.

La madre superiora lloraba también, le dió dos reliquias del bien aventurado que él lleva constantemente. Pareció durante estas cuatro visitas tan preocupado del deseo de su salvación, tan disgustado de la Côte y tan trasportado del deseo de convertirse, que cualquiera, aunque fuese más fina que la superiora, hubiera sido engañada.

Ella le habló diestramente del asunto de Mr. Fouquet, y él la respondió como un hombre que no miraba más que á Dios sólo; que no se le conocía, que se vería y se le haría justicia según Dios, sin considerar nada más que á él. Jamás he estado tan sorprendida como al tener noticia de este discurso. Si me preguntáis ahora lo que pienso de él, os diré que no sé nada ni comprendo nada; y que de un lado no concibo para qué puede servir esta comedia, y si no lo es, cómo acomoda él todos los pasos que ha dado desde hace tiempo con tan bellas palabras.

He aquí algunas cosas que es preciso que el tiempo explique, pues ellas por sí mismas son oscuras: sin embargo, no habléis de esto, pues la madre superiora me ha rogado no hacer corre esta historieta.

He visto la madre de Mr. Fouquet: me ha contado de qué manera había hecho dar este emplasto por Mad. de Charost (1) á la reina. Es cierto que el efecto fué prodigioso; en menos de una hora la reina sintió su cabeza despejada y tuvo una evacuación tan extraordinaria y de algo tan corrompido y tan propio á hacerla morir la noche siguiente en su acceso, que ella misma dijo muy alto que Mad. Fouquet la había curado; y que lo que había arrojado era lo que la dió las convul-

(1) María Fouquet, hija del superintendente, duquesa de Charost.

siones, de que ella había pensado morir la noche antes.

La reina madre quedó persuadida de ello y se lo dijo al Rey, que no la escuchó. Los médicos, sin cuyo consejo la habían puesto el emplasto, no dijeron lo que pensaban, é hicieron su negocio á expensas de la verdad. El mismo día el Rey no miró á estas pobres mujeres, que fueron á arrojarle á sus pies; sin embargo, esta verdad está en el corazón de todo el mundo.

He aquí una de las cosas de las cuales es preciso esperar el resultado.

Miércoles, 26 de noviembre.

Esta mañana el Canciller ha interrogado á Mr. Fouquet, pero de una manera bien diferente : parece que está avergonzado de recibir todos los días su lección de B... (1). Ha dicho al ponente (2) que leyera el artículo sobre que se quería interrogar al acusado; el ponente le ha leído, y esta lectura ha durado tanto tiempo, que eran las diez y media cuando se acabó. Ha dicho que se haga entrar á Fouquet; y después, corrigiéndose : « A Mr. de Fouquet; » pero se ha encontrado con que no habían dado la orden de traerle, de modo que estaba todavía en la Bastilla. Han ido á buscarle y han vuelto á las once. Se le ha interrogado sobre los derechos de consumos; ha respondido muy bien; sin embargo, se ha embrollado en ciertos datos, en los cuales se hubiera visto bien apurado si el tribunal hubiese estado hábil y despierto; pero en vez de estar alerta, el Canciller dormía dulcemente : todos se miraban, y creo que nuestro amigo se hubiera reído, si no hubiese parecido mal. Por fin se ha despertado y ha continuado interrogándole,

(1) Boucherat, entonces fiscal y después Canciller, había sido encargado de poner los sellos en casa del superintendente. Era de la comisión encargada de continuar el proceso.

(2) El ponente era Mr. d'Ormesson, magistrado íntegro, cuya conducta en este proceso fué muy digna y laudable.

y aunque Mr. Fouquet se haya fijado demasiado sobre este punto, en que se le podía empujar, se ha encontrado sin embargo que, para el hecho de que se trata, ha contestado bien; pues en su desgracia hay ciertas pequeñas alegrías que no pertenecen más que á él. Si se trabaja todos los días tan despacio como hoy, el proceso durará un tiempo indefinido.

Os escribiré todas las tardes, pero no enviaré mi carta sino el sábado por la noche ó el domingo: en ella os daré cuenta del jueves, viernes y sábado, y será preciso que os envíe otra el jueves para teneros al corriente del lunes, martes y miércoles; así las cartas no esperarán largo tiempo en su casa. Os ruego que presentéis mis cumplimientos á vuestro solitario (1) y á vuestra querida mitad. No os digo nada de vuestra querida vecina (2), pues seré yo quien bien pronto os dará noticias de ella.

AL MISMO

Jueves, 27 noviembre de 1664.

Ha continuado hoy el interrogatorio sobre los consumos. El Canciller tenía intención de empujar á Mr. Fouquet hasta el extremo y embrollarle; pero no lo ha podido conseguir. Mr. Fouquet ha salido muy bien de este asunto, en el cual no se ha entrado hasta las once, porque el Canciller ha hecho leer al ponente, como ya os he dicho; y á pesar de toda esta devoción, decía todo lo peor contra nuestro pobre amigo (3). El ponente tomaba siempre su partido, porque el Canciller no hablaba sino de una manera; por fin ha dicho: « He aquí un punto sobre el cual el acusado no podrá responder. » El ponente ha

(1) Arnauld d'Andilly.

(2) Mad. Duplessis Guenegaud.

(3) El que quería perder á Fouquet y decía lo peor contra él, era Mr. de Seguíer, á pesar de su amistad.

contestado : « ¡ Ah señor ! Para este punto, ved aquí el emplasto que le cura ; » y después ha expuesto una buena razón. añadiendo : « Señor, en el sitio que ocupo diré siempre la verdad, sea ésta la que quiera. »

Se han reído de lo del emplasto, porque ha hecho recordar el otro que ha hecho tanto ruido. Después de esto se ha hecho entrar al acusado que no ha estado más que una hora en la cámara, y al salir varios han cumplimentado á Mr. d'Almeson por su firmeza.

Es preciso que yo os cuente lo que he hecho. Imaginaos que algunas damas me han propuesto ir á una casa que da enfrente del arsenal para ver venir á nuestro pobre amigo. Yo estaba enmascarada (1), y le he visto venir desde bastante lejos. Mr. Artagnan venia á su lado, y cincuenta mosqueteros á treinta ó cuarenta pasos detrás. Él parecía pensativo ; en cuanto á mí, cuando le he apercibido me temblaban las piernas, y el corazón me latía tan fuertemente, que no podía más. Al aproximarse á nosotros para entrar en su prisión, como Mr. d'Artagnan le ha llamado la atención y le ha hecho notar que estábamos allí, nos ha saludado y ha puesto esa cara sonriente que ya le conocéis. No creo que me haya reconocido, pero os confieso que he sido extrañamente emocionada cuando le he visto entrar por aquella puertecilla. Si supierais cuán desgraciado se es cuando se tiene el corazón como yo le tengo, estoy segura que tendríais piedad de mí ; pero pienso, porque os conozco, que no estáis en mejor estado que yo. He estado á ver nuestra querida vecina, y os compadezco tanto de no tenerla ya, cuanto que nosotros nos encontramos muy contentos de tenerla. La hemos hablado de nuestro querido amigo ; ha visto á Sapho que le ha dado valor. En cuanto á mí, yo iré mañana á buscarle también á su casa, pues de tiempo en tiempo siento que tengo necesidad de consuelo : no es esto que no me

(1) Las mujeres entonces, salían de máscara, uso que se encuentra en las antiguas comedias de Corneille y que habia sido importado de Italia por los Médicis.

digan mil cosas que me den esperanza ; pero, ¡ Dios mío ! tengo mi imaginación tan viva, que todo lo que es incierto me hace morir.

Viernes, 28 de noviembre.

Desde por la mañana se ha entrado en el tribunal : el Canciller ha dicho que era preciso hablar de los cuatro préstamos, á lo cual d'Ormesson ha respondido, que este era un negocio insignificante sobre el cual nada se podía reprochar á Mr. de Fouquet ; que él lo había dicho desde el principio del proceso. Se ha querido contradecirle y ha rogado que le dejen explicar la cosa como él la concebía. Se ha hecho y ha persuadido al tribunal, de que este artículo no era considerable. Después se ha hecho entrar al acusado ; eran las once. Notaréis que no está más de una hora en el banquillo. El Canciller ha querido hablarle de los cuatro préstamos. Mr. Fouquet ha rogado que se le permitiese decir lo que no había dicho en la víspera sobre los consumos ; se le ha escuchado y ha dicho maravillas ; y como el Canciller le dijese : « ¿ Habéis tenido vuestro descargo del empleo de esta suma ? » Ha contestado : « Sí, señor, pero ha sido en unión de otros negocios » que él ha marcado y que vendrán á su tiempo. Pero ha dicho el Canciller : « Cuando habéis dado los descargos, no habíais hecho todavía el gasto. » — Es verdad, ha respondido ; pero las sumas estaban destinadas para ellos. — Esto no es bastante, ha dicho el Canciller. — Pero caballero, ha dicho Mr. Fouquet ; cuando yo os daba vuestro sueldo algunas veces tenía el descargo un mes antes ; y como esta suma estaba destinada para ello, es como si os hubiese sido dada. El Canciller ha dicho : — Es verdad, yo os debía este favor. Mr. Fouquet ha dicho que no lo recordaba para reprochárselo ; que él tenía mucho gusto de poderle servir en aquel tiempo ; pero que los ejemplos se le presentaban según que tenía necesidad de ellos.

No habrá sesión hasta el lunes. Parece que se quiere dar largas al asunto. Después... ha prometido hacer hablar al acusado lo menos posible. Encuentran que contesta demasiado bien. Le quisiera interrogar ligeramente y no hablar de todos los artículos; pero él quiere hablar de todos y no quiere que se juzgue su proceso por hechos sobre los cuales no hubiera dicho sus razones. Después... se tiene siempre miedo de desagradar á Petit. (1) El otro día le dió excusas, porque Mr. Fouquet había hablado demasiado tiempo; pero que él no había podido interrumpirle. Ch... (2) está detrás de la cortina cuando le interrogan; escucha lo que se dice y ofrece ir en casa de los jueces á darles cuenta de las razones que ha tenido para hacer sus conclusiones tan extremas. Todo este procedimiento es contrario á la ley, y marca una gran rabia contra este pobre desgraciado. En cuanto á mí, yo os confieso que no tengo ningún reposo. Adiós, caballero, hasta el lunes : quisiera que pudieseis conocer los sentimientos que tengo por vos, y estaríais persuadido de esta amistad que decís estimar un poco

AL MISMO

Lunes, 1.º diciembre de 1664.

Hace dos días que todo el mundo pensaba que se quería dar largas al asunto de Mr. Fouquet; ahora ya no es la misma cosa, sino todo lo contrario; se apresuran extraordinariamente los interrogatorios. Esta mañana el Canciller ha cogido su papel y ha leído como en una lista diez puntos de acusación, sobre los cuales no daba tiempo de responder. Mr. Fouquet ha dicho : « Señor, yo no pretendo ganar tiempo; pero os suplico que me deis el necesario para responder : vos me interrogáis y parece

(1) Nombre convencional para designar á Colbert ó Le Tellier.

(2) Chamillart.

que no queréis escuchar mi respuesta ; es importante que yo hable. Hay varios artículos que es preciso que yo esclarezca, y es justo que yo responda á todos los puntos que están en mi proceso. » Ha sido, pues, preciso oírle contra el deseo de los mal intencionados, pues es cierto que no pueden sufrir que él se defienda tan bien. Ha respondido muy bien á todos los puntos ; se continuará en seguida y la cosa irá tan deprisa, que creo que los interrogatorios acabarán esta semana. Vengo de comer del Hotel de Nevers y hemos hablado mucho la señora de la casa (1) y yo sobre este asunto.

Tenemos inquietudes que sólo vos podéis comprender ; pues acabo de recibir vuestra carta, que vale más que todo lo que yo pudiera escribiros. Ponéis mi modestia á una prueba demasiado grande, preguntándome de qué manera estoy con vos y con vuestro querido solitario. Me parece que le veo y que le oigo decir lo que vos me mandáis ; estoy desesperada de no ser yo quien ha dicho : *la metamorfosis de Pierrot en Tartufe*. (2) Esto está tan naturalmente dicho, que si yo tuviese tanto ingenio como vos creéis, le hubiera encontrado al extremo de mi pluma.

Es preciso que os cuente una historieta que es muy verdadera y que os divertirá. El Rey se ocupa desde hace poco en hacer versos. MMr. de Saint-Aignan y Dangeau le enseñan á hacerlos. El otro día hizo un pequeño madrigal que él mismo no encontró bonito. Una mañana dijo al mariscal de Grammont : « Señor mariscal, leed, yo os lo ruego, este madrigal, y ved si habéis nunca leído uno tan impertinente : por que se sabe que desde hace poco me gustan los versos, me los traen de todas las maneras. » El mariscal, después de haber leído, dijo al Rey :—« Señor, vuestra majestad juzga divinamente todas las cosas : la verdad es que éste es el más tonto y ri-

(1) Ana de Gonzaga habitaba entonces el hotel de Nevers, que estaba en el sitio en que hoy está la casa de la moneda. Estaba casada con el hijo del gran Condé.

(2) El Canciller Seguier se llamaba Pedro y las gentes que no le querían le habían dado el mote de Pierrot.

dículo madrigal que yo he leído en mi vida. » El Rey se echó á reir, y le dijo : — « ¿No es verdad que el que lo ha escrito es un fatuo? — Señor, no hay medio de darle otro nombre. — Está bien, dijo el Rey; me alegro que me hayáis hablado tan francamente; soy yo quien le he hecho. — ¡Ah, señor, qué traición! devuélvamele vuestra majestad, que yo le he leído muy deprisa. — No, señor mariscal, los primeros sentimientos, son siempre los más naturales. » — El Rey ha reído mucho con esta broma, y todo el mundo encuentra que ésta es una de las pequeñas molestias más crueles que se pueden dar á un viejo cortesano. En cuanto á mí, que me gusta siempre hacer reflexiones, quisiera que el Rey las hiciese también y que juzgase por este asunto cuán lejos está siempre de conocer la verdad. Nosotros estamos á punto, de tener una bien cruel, que es el rescate de nuestras rentas, hasta el punto que nos envíe al hospital. La emoción es grande, pero la dureza lo es aún más. ¿No encontráis que esto es emprender muchas cosas á la vez? La que más me apena, no es la que me hace perder una parte de mis bienes.

Martes, 2 de diciembre.

Nuestro querido y desgraciado amigo ha hablado dos horas esta mañana; pero tan admirablemente, que algunos no han podido menos de admirarle. Mr. Renard (1), entre otros, ha dicho : « Es preciso confesar que este hombre es incomparable; no ha hablado nunca tan bien en el parlamento. » Era todavía sobre los seis millones y sobre sus gastos; no hay nada de comparable á lo que él ha dicho sobre este asunto. Os escribiré el jueves y el viernes, que serán los dos últimos días de interrogatorio y continuaré todavía hasta el final.

Quiera Dios que mi última carta os haga saber lo que yo

(1) Consejero, miembro de la Comisión, fué de opinión favorable á Fouquet.

deseo más ardientemente. Adiós, mi muy querido señor; rogad á nuestro solitario que ruegue á Dios por nuestro pobre amigo. Os abrazo á los dos de todo corazón, y por modestia incluyo también á vuestra esposa.

En toda la familia del desgraciado, reina la tranquilidad. Se dice que Mr. de Nesmoud (1) ha demostrado al morir, que su gran disgusto era el no haber pedido la recusación de estos dos jueces; que si él hubiese estado hasta el fin del proceso hubiera reparado esta falta, y que rogaba á Dios le perdonase lo que había hecho.

Martes, 2 de diciembre.

Mr. Fouquet ha hablado hoy dos horas completa sobre los seis millones; se ha hecho dar una audiencia y ha dicho maravillas; todo el mundo estaba conmovido, cada uno según su sentimiento. Pussort (2) hacía gestos de reprobación y de negativa, que escandalizaban á las gentes honradas.

Cuando Mr. Fouquet cesó de hablar, Pussort se levantó impetuosamente y dijo: « Á Dios gracias, no se quejará de que no le he dejado hablar hasta hartarse. » ¿Que decís de estas palabras? ¿no os parecen de un buen juez? Se dice que el Canciller está muy asustado de la erisipela que ha quitado la vida á Mr. de Nesmoud; teme que sea un aviso para él. Si esto pudiese darle sentimientos de un hombre que va á aparecer delante de Dios, aun habíamos ganado algo; pero es preciso temer que se diga de él como de Argant: *e mori come visse*.

(1) Presidente del parlamento de París, miembro de la comisión. Murió durante el proceso. Su testamento hizo gran ruido, pues en el manifestaba su arrepentimiento por haber favorecido con su conducta el odio de los jueces contra Mr. Fouquet.

(2) Enrique Pussort, consejero de Estado, tío materno de Colbert, uno de los jueces más encarnizados contra Fouquet.

Martes por la noche.

He recibido vuestra carta que me ha hecho ver que no obligo á un ingrato ; jamás he visto nada tan agradable ni tan generoso : sería preciso estar exenta de amor propio para no ser sensible á alabanzas como las vuestras. Os aseguro, pues, que estoy encantada de que tengáis buena opinión de mi corazón, y os aseguro además, que, sin querer volveros finezas por finezas, tengo por vos una estima infinitamente superior á las palabras de que se hace uso ordinariamente, para expresar lo que se piensa, y que tengo una alegría y un consuelo sensibles en poderos hablar de un asunto en el cual tenemos los dos tanto interés.

Hoy nuestro querido amigo ha ido también al banquillo. El abate d'Effiat, le ha saludado al pasar ; le ha dicho al volverle el saludo : « Señor, soy vuestro muy humilde servidor » con esa fisonomía sonriente y fija que le conocemos. El abate d'Effiat se ha conmovido tanto de ternura, que no podía más.

En seguida que Mr. Fouquet ha estado ante el tribunal, el Canciller le mandó sentarse. Él ha contestado : « Señor, ayer sacasteis consecuencias de que yo estaba sentado ; dijisteis que esto era reconocer la Cámara ; puesto que esto es así, yo os ruego me permitáis el que no me siente en el banquillo. » En esto el Canciller le ha dicho que podía retirarse. Mr. Fouquet ha respondido : « Yo no pretendo hacer de esto un nuevo incidente ; solamente quiero, si lo permitís, hacer mi protesta ordinaria y tomar acta de ella, después de lo cual yo responderé. »

Se hizo como él deseaba ; se ha sentado y ha continuado la pensión de las gabelas, á lo cual ha respondido perfectamente. Si continúa, los interrogatorios le serán provechosos. Se habla mucho en París de su admirable espíritu y de su firmeza. Ha pedido una cosa que me hace temblar. Conjura á una de sus amigas, á que le haga saber su destino, por vía encantada, bueno ó malo, como Dios se lo envíe, sin preámbulos, á fin de que tenga tiempo de recibir la noticia por los que vengan

á decirselo, añadiendo, que con tal que tenga media hora para prepararse, es capaz de recibir sin emoción todo lo peor que se le pueda decir. Este punto me hace llorar; segura estoy, que también aflige vuestro corazón.

Miércoles.

Hoy no ha celebrado sesión la Cámara á causa de la enfermedad de la reina, que ha estado á la extremidad; está un poco mejor. Ayer por la noche recibió el viático. Fué la cosa más magnífica y más triste del mundo ver al Rey, y toda la corte con cirios y luces ir á buscar y á acompañar el Santo Sacramento. Fué recibido con una gran iluminación. La reina hizo un esfuerzo para levantarse y le recibió con una devoción, que hizo derramar lágrimas á todo el mundo. Mucho trabajo costó el ponerla en este estado; sólo el Rey pudo encontrarla en razón; á todos los demás decía que quería comulgar de buena gana, pero no para morir. Dos horas se tardó en resolverla.

La extrema aprobación que se da á la respuesta de Mr. Fouquet, disgusta infinitamente á Petit (1); se cree que obligaré á Puis á hacerse el enfermo para interrumpir el curso de las admiraciones y poder tomar un poco de aliento con otros malos éxitos. Soy muy humilde servidora del querido solitario, de vuestra señora y de la adorable Amaltea (2).

(1) Petit, es un nombre convenido que debe significar Le Tellier, ó acaso Colbert. En cuanto á Puis..., según el sentido de la frase, debe ser uno de los jueces contrarios, y acaso sea Pussort. En este caso habría que aplicarle á él todo lo dicho en las cartas precedentes.

Además, la conducta de Colbert y de Le Tellier, está bien caracterizada por esta palabra del gran Turenne, que se interesaba mucho por Fouquet. Alguien censuraba delante de él la violencia de Colbert y alababa la moderación de Le Tellier. *Si, dijo Turenne: yo creo que Colbert tiene más desco de que sea ahorcado y Le Tellier tiene más miedo de que no lo sea.*

(2) Madame Duplessis-Guenegaud, era designada en la Corte con el nombre de Amaltea.

Á Mr. DE POMPONNE

Jueves, 4 de diciembre en 1664.

Por fin, los interrogatorios han acabado esta mañana. Mr. Fouquet ha entrado ante el Tribunal; el Canciller ha hecho leer el proyecto (1) completamente. Mr. Fouquet ha tomado la palabra el primero, y ha dicho : « Señor, yo creo que no se puede sacar otra cosa de este papel, más que el efecto que acaba de hacerme; es decir, un poco de confusión. »

El Canciller ha dicho : « Sin embargo acabáis de oírle y habéis podido ver por él que esta gran pasión por el Estado, de que habláis tan á menudo, no ha impedido el que hayáis querido comprometerle de un extremo al otro. — Señor, ha replicado Mr. Fouquet; estos son pensamientos que me ocurrían en el furor de la desesperación en que me ponía á veces el cardenal; principalmente, cuando después de haber contribuido más que nadie á su vuelta á Francia, me vi pagado con tan negra ingratitud. Tengo una carta de él y otra de la reina madre, que dan fe de lo que digo; pero las han cogido con todos mis demás papeles. Mi desgracia está en no haber quemado este miserable papel que tan lejos estaba de mi memoria y de mi espíritu, que he estado cerca de dos años sin pensar que le tenía. Sea de ello lo que quiera, yo le desapruebo con todo mi corazón, y os ruego, señor, creáis que mi pasión por la persona y el servicio de S. M., no ha disminuído en nada. El Canciller le dijo : « Es bien difícil de creerlo, cuando se ve un pensamiento tan tenaz expresado en diferentes tiempos. » Mr. Fouquet ha respondido : « Señor, en todos los tiempos, y

(1) Era este un proyecto vago de resistencia y de huida al extranjero que Fouquet habia escrito quince años antes cuando Francia estaba entregada á las facciones, y en un momento en que él creia tener que quejarse del cardenal Mazarino. Este escrito fué encontrado en la casa de Saint-Mandé, detrás de un gran espejo, donde estaba abandonado y olvidado.

aun con peligro de mi vida, jamás abandoné la persona del Rey ; y en este tiempo, Señor, erais vos el jefe del consejo de sus enemigos y vuestros aliados daban paso al ejército que iba contra él. »

El Canciller ha sentido este golpe ; pero nuestro pobre amigo estaba acalorado y no podía dominar su emoción. En seguida se le ha hablado de sus gastos, y ha dicho : « Me ofrezco á hacer ver que no he hecho ninguno que no haya podido hacer, sea por mis rentas, las cuales conocía el señor Cardenal, sea por mis sueldos, sea por los bienes de mi mujer ; y si no pruebo lo que digo, consiento en ser tratado tan mal como se pueda imaginar. » En fin, este interrogatorio ha durado dos horas ; Mr. Fouquet ha contestado muy bien ; pero con calor y cólera, porque la lectura de este proyecto le ha conmovido mucho. Cuando salió, el Canciller ha dicho : « Esta es la última vez que le interrogamos. » Mr. Poucet se ha aproximado al Canciller diciendo : « Señor, no le habéis hablado de las pruebas que hay, de haber comenzado á ejecutar su proyecto. » El Canciller ha respondido : « No son bastante fuertes, y hubiera contestado á ellas demasiado fácilmente. » Sainte-Helene y Pussort han añadido : « Todo el mundo no piensa lo mismo. » Hay aquí algo sobre qu é pensar y hacer reflexiones. Mañana continuaré.

Viernes, 5 de diciembre.

Se ha hablado esta mañana de investigaciones que son de poca importancia. He aquí lo que se ha hecho. Mr. d'Ormesson hablará ; ha de recapitular todo el asunto ; esto durará todavía toda la semana próxima ; es decir, que entre esto y lo otro, no será vivir la vida que nosotros pasaremos. En cuanto á mí, yo estoy desconocida y no creo que pueda llegar hasta allá. Mr. d'Ormesson me ha rogado que no le vea hasta que el asunto sea juzgado ; está en el cónclave y no quiere tener

comercio con el mundo. Afecta una gran reserva; no habla, pero escucha, y he tenido el placer al decirle adiós, de decirle todo lo que pienso. Os escribiré todo lo que sepa, y quiera Dios que mi última noticia sea buena, como yo lo deseo. Os aseguro que somos todos dignos de lástima; es decir, vos y yo y los que hacen causa común con nosotros. Adiós, mi querido señor; estoy tan triste y tan agoviada esta tarde, que no puedo más.

AL MISMO

Martes, 9 de diciembre 1664.

Os aseguro que estos días son bien largos de pasar, y que la incertidumbre es una cosa que da espanto. Es un mal que toda la familia del pobre prisionero no conoce.

Los he visto y los he admirado; parece que jamás han leído ni sabido lo que ha pasado en estos últimos tiempos. Lo que me admira todavía más, es Sapho, cuyo espíritu y cuya penetración no tienen límites. Cuando medito acerca de esto, me alegro y estoy persuadida, ó al menos quiero persuadirme de que ellas saben de esto más que yo. Por otra parte, cuando razono con otras gentes menos prevenidas, y cuyo sentido es admirable, encuentro nuestras medidas tan justas, que será un verdadero milagro si la cosa no sale como deseamos. No se pierde á menudo más que por un voto, y este voto hace todo. Yo me acuerdo de estas recusaciones, de las cuales estas pobres mujeres estaban tan seguras; es verdad que nosotros perdimos de cinco á diez y siete. Después de esto, la seguridad se ha trocado en desconfianza. Sin embargo, en el fondo de mi corazón tengo un rayo de esperanza. No se de dónde viene ni á dónde va, ni siquiera si es bastante grande para dejarme dormir con reposo. Ayer hablaba de todo este asunto con

Mad. Duplessis (1) ; no puedo ver más gentes que aquellas con las cuales puedo hablar de esto y que tienen los mismos sentimientos que yo. Ella también espera, como yo lo hago, sin saber por qué razón. Pero, ¿por qué esperáis? — Porque espero. — He aquí nuestras respuestas ; ¿no son bien razonables? Yo la decía con la más grande verdad del mundo, que si obteníamos una sentencia tal como la deseamos, el colmo de mi alegría era pensar que os enviaría un hombre á caballo á toda brida para comunicaros esta agradable noticia, y que el placer de imaginar el que vos tendríais, haría el mío enteramente completo. Ella comprendió esto como yo, y nuestra imaginación nos dió en este pensamiento más de un cuarto de hora de felicidad. Sin embargo, quiero rectificar la última sesión del interrogatorio sobre el crimen de Estado. Os la había mandado á decir como me la habían dicho ; pero la misma persona ha recordado mejor, y me la ha vuelto á decir. Después que Mr. Fouquet hubo dicho que los únicos efectos que se podían sacar del proyecto era darle la confusión de haberle oído, el Canciller le dijo : « No podéis decir que esto no sea un crimen de Estado. » Él respondió : « Confieso, señor, que es una locura y una extravagancia, pero no un crimen de Estado. Yo suplico á estos señores, dijo, volviéndose hacia los jueces, que me permitan explicar lo que entiendo por crimen de Estado. No es que ellos no sean más hábiles que nosotros ; pero yo he tenido más tiempo que ellos para examinarlo. Un crimen de Estado es, cuando se está en un cargo principal, cuando se tiene el secreto de un príncipe y de repente se pasa uno al enemigo ; cuando se hace abrir las puertas de las ciudades, de que se es gobernador, al ejército de los enemigos, y se cierran á su verdadero señor ; cuando se lleva en el partido todos los secretos del Estado. He aquí, señores, lo que se llama un crimen de Estado. » El Canciller no sabía dónde meterse,

(1) Mad. Duplessis-Belliere, amiga íntima de Fouquet. Ella fué la encargada de retirar sus papeles de su casa de Saint-Mandé ; pero no tuvo tiempo por que fué desterrada. Después volvió.

y todos los jueces tenían grandes deseos de reir. He aquí, á la verdad, como las cosas pasaron. Confesaréis que no hay nada más espiritual, ni más delicado, ni más burlón.

Toda Francia ha sabido y ha admirado esta respuesta. Después él se defendió en detalle y ha dicho lo que ya os he comunicado. Hubiera tenido gran sentimiento en que no hubieseis sabido este pasaje, pues nuestro querido amigo hubiera perdido mucho en ello. Esta mañana Mr. d'Ormesson ha empezado á recapitular todo el asunto; ha hablado muy bien y muy claramente. El jueves dará su opinión. Su compañero hablará dos días, y se tardarán algunos otros para los demás dictámenes. Hay jueces que piensan extenderse mucho; de manera que aun tenemos que languidecer hasta la semana que viene. Á la verdad, no es vivir el estado en que nosotros nos encontramos.

Miércoles, 10 de diciembre.

Mr. d'Ormesson ha continuado la recapitulación del proceso. Ha hecho maravillas; es decir, ha hablado con una claridad, una inteligencia y una capacidad extraordinarias. Pussort le ha interrumpido cinco ó seis veces sin otro objeto que el de impedirle hablar tan bien. Él le ha dicho sobre un punto que parecía fuerte para Mr. Fouquet: « Señor, Hablaremos después de vos, hablaremos después de vos. »

AL MISMO

Jueves, 11 de diciembre 1664.

Mr. d'Ormesson ha continuado todavía: cuando ha llegado á cierto artículo del marco de oro, Pussort ha dicho: « He aquí lo que está contra el acusado;— es verdad— ha dicho Mr. d'Ormesson; pero no hay pruebas.—¿Qué? replicó Pussort; ¿no se ha hecho interrogar á estos dos oficiales?— No; ha dicho Mr. d'Or-

messon. — ¡Ah! esto no puede ser, replicó Pussort. — Yo no he encontrado nada en el proceso, añadió d'Ormesson. Entonces Pussort dijo con violencia : « ¡Ah, señor! Debisteis decirlo más pronto; esto es una grave falta. » Mr. d'Ormesson no ha respondido nada; pero si Pussort le hubiese dicho todavía alguna palabra, le hubiese contestado : « Señor, yo soy juez y no denunciador. ¿ No recordáis lo que os contaba una vez en Fresne? » He aquí lo que es : Mr. d'Ormesson no ha descubierto esto más que cuando no ha tenido remedio. El Canciller ha interrumpido varias veces á Mr. d'Ormesson; le ha dicho que á él no le precisaba hablar del proyecto, y esto es por malicia, pues varios juzgarán que es un gran crimen, y el Canciller quisiera que Mr. d'Ormesson no hiciese ver las pruebas que son ridículas, á fin de no debilitar la idea que de esto se han formado.

Pero Mr. d'Ormesson hablará de ellas, puesto que es uno de los artículos que componen el proceso. Acabará mañana. Sainte-Helene hablará el sábado. El lunes darán su dictamen los dos relatores, y el martes se reunirán todos desde por la mañana y no se separarán hasta haber dado sentencia. Estoy transida cuando pienso en este día. Sin embargo, la familia tiene grandes esperanzas; Foucault (1) va solicitando por todas partes, y hace ver un escrito del Rey en el que se le hace decir que encontrará muy mal que hubiese jueces que apoyasen su aviso sobre la sustracción de papeles; que es él quien los ha hecho tomar y que no hay ninguno que sirva para la defensa del acusado; que son papeles relativos á su estado, y que él lo declara á fin de que no se piense en juzgarle por esto. ¿ Qué os parece de este hermoso proceder? ¿ No encontráis desesperante el que se presenten así las cosas á un Rey que amaría la justicia y la verdad si las conociese? Él decía el otro día al levantarse que Fouquet era un hombre peligroso. Ved aquí lo que se le ha puesto en la cabeza.

(1) El escribano de la Cámara del Arsenal que leyó á Fouquet su sentencia.

En fin, nuestros enemigos no ocultan ninguna de sus medidas. Van al presente á toda brida ; las amenazas, las promesas, todo está en uso ; si tenemos á Dios de nuestra parte, seremos más fuertes ; aun tendréis acaso una carta mía, y si tenemos buenas noticias os las mandaré con un correo expreso á toda brida. No puedo deciros lo que yo haré si esto no sucede ; yo misma no comprendo lo que sería de mí. Mil cumplimientos á nuestro solitario y á vuestra querida mitad. Haced rogar mucho á Dios.

Sábado, 13 de diciembre.

Se ha querido después de haber cambiado y recambiado que Mr. d'Ormesson diese su dictamen hoy, á fin de que pasase el domingo por medio, y que Sainte-Hélène empezando el lunes su discurso hiciese más impresión. Mr. d'Ormesson ha opinado por el destierro perpetuo y la confiscación de los bienes á favor del Rey. Mr. d'Ormesson ha coronado con esto su reputación. El dictamen es un poco severo ; pero roguemos á Dios que sea seguido. Es siempre bueno el ir al asalto el primero.

AL MISMO

Miércoles, 17 diciembre de 1664.

Vos languidecís, mi pobre señor, pero nosotros languidecemos también. He sentido haberos dicho que el martes habrá sentencia, pues no habiendo tenido noticias mías, habréis creído que todo estaba perdido. Sin embargo, tenemos todavía todas nuestras esperanzas.

Yo os decía el sábado cómo había opinado Mr. d'Ormesson ; pero yo no os hablaba bastante de la estima extraordinaria

que se ha adquirido por esta acción. He oído decir á gentes del oficio que es una obra maestra la que ha hecho, por haberse explicado tan claramente y haber apoyado su opinión con razones tan sólidas y fuertes; él mezcló allí, no solamente elocuencia, sino adorno. En fin, nunca un hombre de su profesión ha tenido una ocasión más hermosa de lucirse, y nunca se ha servido mejor de ella.

Si hubiese querido abrir las puertas á las alabanzas, su casa no se hubiera desocupado; pero ha querido ser modesto y se ha ocultado cuidadosamente. Su muy indigno compañero Sainte-Hélène habló el lunes y martes; trató el asunto pobre y miserablemente leyendo lo que decía, sin aumentar nada ni dar otro aspecto al asunto; opinó sin apoyarse sobre nada, que Mr. Fouquet perdería la cabeza á causa del crimen de Estado; y para llamar más la atención sobre él, dijo que era de creer que el Rey, usando de su gracia, le perdonaría; que él solo era quien podría hacerlo. Ayer fué cuando hizo esta bella acción, de la cual todo el mundo quedó disgustado, tanto como había estado complacido del discurso de Mr. d'Ormesson.

Esta mañana Pussort ha hablado cuatro horas; pero con tanta vehemencia, con tanto calor, tanta violencia y con tanta rabia, que varios jueces se escandalizaron, y se cree que esta furia puede hacer más bien que mal á nuestro pobre amigo. Hacia el fin del discurso ha redoblado su fuerza y ha dicho sobre el crimen de Estado, que cierto español nos debía causar gran vergüenza, que había tenido tanto horror de un rebelde, que había quemado su casa por que Carlos de Borbón (1) había pasado por allí; que con mucha más razón debíamos abominar nosotros el crimen de Fouquet; que para castigarle no había más que la cuerda y la horca; pero que en consideración á los cargos que había poseído y á que tenía varios parientes considerables, él era de la opinión de Sainte-Hélène.

¿Qué decís de esta moderación? Esto es á causa de que él

(1) El condestable Carlos de Borbón, que bajo Francisco I murió en el sitio de Roma al servicio de Carlos I y contra Francia.

es tío de Mr. de Colbert, y por haber sido recusados por lo que se quiere portar tan honradamente. En cuanto á mí, salto hasta las nubes cuando pienso en esta infamia. No sé si se juzgará mañana ó si se hará que el asunto dure toda la semana. Tenemos todavia grandes sustos que sufrir; pero puede ser que alguno sea de la opinión del pobre Mr. d'Ormesson, que hasta aquí ha sido tan mal imitado. Pero escuchad, yo os ruego, tres ó cuatro cosas pequeñas, que son muy verdaderas y bastante extraordinarias. Primeramente hay un cometa que aparece hace cuatro días: al principio no ha sido anunciado más que por las mujeres y ha sido objeto de burla; pero al presente, todo el mundo le ha visto. Mr. de Artagnan veló la noche pasada y le vió muy claramente. Mr. de Neuré, gran astrólogo, dice que es de un tamaño considerable. He visto á Mr. Dufoin que le ha visto con tres ó cuatro sabios. Yo, que os hablo, hago estar en vela para verla también. Aparece sobre las tres de la mañana; os lo advierto por que también podéis tener el gusto ó el disgusto de verle.

Berrier se ha vuelto loco, pero al pie de la letra; es decir, que después de haber sido sangrado excesivamente no deja de estar furioso; habla de horcas, de ruedas, escoge árboles á propósito; dice que se le quiere colgar y hace un ruido tan espantoso, que es preciso sujetarle y atarle. He aquí un castigo de Dios bastante visible y fijo. Ha habido uno, llamado Lamothe, que ha dicho, en el instante de recibir su sentencia, que Mr. de Bazemau, gobernador de la Bastilla y Chamillar, (añaden también Poucet, pero no estoy segura de ello) le habían obligado varias veces á hablar contra Mr. Fouquet y contra de Lorme; que mediante esto, ellos le salvarían; pero que él no ha aceptado y lo declara antes de ser juzgado. Ha sido condenado á galeras. La familia Fouquet ha obtenido una copia de esta declaración, y mañana la presentará á la Cámara. Es posible que no la admitan por que hay opiniones; pero pueden decirlo, y como el rumor ya se ha esparcido, debe hacer un gran efecto en el ánimo de los jueces. ¿No es verdad que todo esto es muy extraordinario?

Es preciso que os cuente todavía un acto heroico de Masnau. Estaba enfermo gravemente hace ocho días de un cólico nefritico; tomó varios remedios y se hizo sangrar á media noche. Al día siguiente á las siete, se hizo llevar al tribunal sufriendo dolores inconcebibles. El Canciller le vió palidecer y le dijo : « Caballero, no podéis más, retiraos. » — Él respondió : — Señor es verdad; pero es preciso morir aquí. El Canciller, viéndole casi desvanecerse sin que por eso cediera, replicó : « Id que os esperamos. » — Entonces salió un cuarto de hora y en este tiempo arrojó dos piedras de un volumen tan considerable, que á la verdad, podría pasar por un milagro si los hombres fuesen dignos de que Dios los quisiese hacer. Este buen hombre entró alegre y contento, y todo el mundo quedó sorprendido de esta aventura.

He aquí todo lo que yo sé. Todo el mundo se interesa en este asunto. No se habla de otra cosa : se razona, se sacan consecuencias, se cuenta por los dedos, se teme, se enternece, se desea, se odia, se admira, se está triste, se está agoviado ; en fin, mi pobre señor, es una cosa extraordinaria el estado en que nos hallamos al presente; pero es una cosa divina la resignación y la firmeza de nuestro querido desgraciado. Él sabe todos los días lo que pasa, y todos los días sería preciso hacer volúmenes en su alabanza. Os ruego deis gracias á vuestro señor padre por la amable carta que me ha escrito y por las bonitas cosas que me ha enviado. ¡ Ah! las he leído á pesar de que tengo la cabeza perdida. Decidle que estoy encantada de que me ame un poco; es decir, mucho : y que en cuanto á mí, yo le quiero todavía más. He recibido vuestra última carta. ¡ Ah, Dios mío! Me pagáis más que lo que yo hago por vos; os debo el resto.

AL MISMO

Viernes, 19 de diciembre 1664.

He aquí un día que nos da grandes esperanzas; pero es preciso tomarlo desde muy lejos. Ya os he dicho cómo Mr. Pussort

opinó el miércoles por la muerte; el jueves Nogués Gisancourt, Feriol, Heraut, por la muerte también.

Roquesante acabó por la mañana, y después de haber hablado una hora admirablemente, fué de la opinión de Mr. d'Ormesson. Esta mañana hemos tenido un buen viento, pues varios inciertos han sido fijados, y de un solo golpe hemos tenido la Toison, Masnau, Verdier, la Baume y Catinat, de la opinión de Mr. d'Ormesson. Tocábale hablar á Poncet, pero juzgando que los que restan son casi todos partidarios de la vida, no ha querido hablar aunque no eran más que las once. Se cree que es para consultar lo que se quiere que diga, que no ha querido declamar y pedir la muerte sin necesidad. Así estamos en un estado tan ventajoso, que la alegría no es completa; pues es preciso que sepáis que Mr. Colbert está tan rabioso que se espera alguna cosa atroz é injusta que nos llene de desesperación. Sin esto, mi pobre señor, tendríamos la alegría de ver á nuestro amigo, aunque desgraciado, al menos con la vida salva, lo cual es de importancia. Veremos lo que sucede mañana. Nosotros tenemos siete: ellos tienen seis. Ved los que restan. Le Ferou, Moussy, Brillac, Bernard, Renard, Voisin, Pontchartrain y el Canciller. Hay más que los que necesitamos de buenos en este número.

Sábado.

Alabad á Dios, señor, y dadle gracias; nuestro pobre amigo se ha salvado. Han pasado de trece los que han sido de la opinión de Mr. d'Ormesson y nueve los que han seguido la de Sainte-Hélène. Estoy tan contenta que no sé lo que me hago (1).

(1) Tribunal de la comisión que juzgó á Fouquet.

FAVORABLES.		CONTRARIOS.	
D'Ormesson.	La Toison.	Sainte-Hélène.	Heraut.
Le Ferou.	La Baume.	Pussort.	Poncet.
Mousi.	Verdier.	Lisancourt.	Voisin.
Brillac.	Masnau.	Feriol.	El Canciller.
Renard.	Catinat.	Nogués.	
Bernard.	Pontchartrain.		
Roquesante.			

Domingo por la noche.

Moria de miedo de que otro antes que yo os hubiera dado el placer de comunicaros la buena nueva. Mi correo no ha ido con gran diligencia, dijo al partir, que iría á dormir á Livry. En fin, ha llegado el primero según me dice. ¡Dios mio! ¡Qué grata y sensible os habrá sido esta noticia y cómo los momentos que libran de un golpe al corazón y al espíritu de una terrible pena, hacen sentir un inconcebible placer! En mucho tiempo no olvidaré la alegría que ayer tuve. Verdaderamente es demasiado completa, me costaba trabajo el contenerla. El pobre hombre supo esta noticia por el aire (1) pocos momentos después, y no dudo que la haya sentido en toda su extensión. Esta mañana el Rey ha enviado un caballerizo á las señoras de Fouquet, recomendándolas que se vayan las dos á Montluçon, en Auvernia; el marqués y la marquesa de Charost á Ancenis, y el joven Fouquet á Joinville en Champagne. La buena mujer ha mandado á decir al Rey que ella tiene setenta y dos años, y suplicaba á S. M. que la dejase su último hijo para asistirle al fin de su vida, que aparentemente no sería larga. En cuanto al prisionero no ha sabido todavía su sentencia. Se dice que mañana se le hace conducir á Pignerol, pues el Rey cambia el destierro en prisión; se le rehusa su mujer, contra todas las reglas; pero guardaos bien de disminuir por esto vuestra alegría por este proceder: la mía se ha aumentado; si es posible, me hace ver mejor la grandeza de nuestra victoria. Os mandaré fielmente la continuación de esta historia: es curiosa. Esto es lo que ha pasado hoy; mañana os contaré el resto.

Lunes, por la noche.

Esta mañana á las diez ha sido conducido Mr. Fouquet á la

(1) Por medio de señales

capilla de la Bastilla. Foucaul tenía la sentencia en la mano y le ha dicho: « Señor, es preciso que digáis vuestro nombre á fin de que yo sepa á quien hablo. » Mr. Fouquet ha respondido: « Vos sabéis bien quién soy, y en cuanto á mi nombre no le diré aquí como no le he dicho en el Tribunal; y para seguir el mismo orden, protesto de la sentencia que vais á leerme. » Se ha escrito lo que decía, y al mismo tiempo Foucaul se ha cubierto y ha leído la sentencia. Mr. Fouquet la ha escuchado descubierto. En seguida han separado de él á Pecquet y Lavalée (1), y los gritos y los llantos de estas pobres gentes eran bastantes á fundir los corazones de los que no le tienen de hierro; hacían un ruido tan grande, que Mr. de Artagnan se vió obligado á ir á consolarlos, pues parecía que era una sentencia de muerte la que se acababa de leer á su señor. Se ha puesto á los dos en una habitación de la Bastilla; no se sabe lo que harán de ellos.

Entre tanto Mr. Fouquet ha ido á la habitación de Mr. de Artagnan; y mientras que estaba allí ha visto por la ventana pasar á Mr. d'Ormesson, que venía de buscar algunos papeles que tenía Mr. de Artagnan. Mr. Fouquet le ha apercibido y le ha saludado con un rostro franco y lleno de alegría y de agradecimiento; hasta le ha dicho que era su muy humilde servidor. Mr. d'Ormesson le ha devuelto el saludo con una gran cordialidad, y ha venido con el corazón angustiado á contarme lo que ha visto.

Á las once había una carroza dispuesta en que Mr. Fouquet ha montado con cuatro hombres; Mr. de Artagnan á caballo con cincuenta mosqueteros, le conducirá á Pignerol, donde le dejará en prisión bajo la vigilancia de un nombrado Saint-Mars, que es un hombre muy honrado y que tendrá cincuenta hombres para guardarle. Yo no sé si le ha dado otro ayuda de cámara; ¡ si supieseis qué cruel parece á todo el mundo haberle quitado estos dos hombres Pecquet y Lavallée! ¡ Es una cosa inconcebible! Se saca de esto consecuencias peligrosas, de las

(1) Juan Pecquet, anatomista celebre y médico de Fouquet, al cual permaneció fiel.

cuales Dios le preserve como ha hecho hasta aquí. Es preciso poner su confianza en él y dejarle bajo su protección le ha sido tan saludable. Se le rehusa siempre su mujer; se ha obtenido que la madre no vaya más que al Parque con su hija que es abadesa (1); l'Ecuyer seguirá á su cuñada; ha declarado con qué alimentarse en otra parte. Mr. y Mad. de Charost, van á Ancenis. Mr. Bailly, abogado general, ha sido destituido por haber dicho á Gisancourt, antes del proceso, que debía mirar por el honor del gran Consejo; pues sería deshonorado si Chamillard, Pussort y él seguían la misma marcha. Esto me molesta por vos; es un gran rigor. *Tantæne animis celestibus iræ?* Pero no, esto no viene de tan alto. Venganzas tan rudas y bajas, no pueden partir de un corazón como el de nuestro señor. Se sirve de su nombre, y se le profana como veis. Os mandaré la continuación. Hay mucho que hablar de esto; pero es imposible por cartas. Adiós, mi pobre señor; yo no soy tan modesta como vós, y sin esconderme entre la multitud os aseguro, que os amo y os estimo muy mucho. He visto hoy el cometa. Su cola es de una gran longitud; pongo en ella una parte de mis esperanzas. Mil cumplimientos á vuestra querida esposa.

AL MISMO

Jueves por la noche. Enero de 1665.

En fin, la madre, la nuera y el hermano; han obtenido el estar juntos; van á Montluçon. La madre tenía permiso para ir al Parc-aux-Dames con su hija; pero su nuera la ha detenido. Mr. y Mad. de Charost han salido para Ancenis. Pecquet y Lavalée están todavía en la Bastilla. ¿Hay en el mundo nada tan horrible como esta injusticia? Le han dado otro ayuda

(1) Maria Isabel Fouquet, hermana del Superintendente, Abadesa de Parc-aux-Dames, cerca de Senlis.

de cámara al desgraciado. Mr. de Artagnan es su único consuelo en el viaje. Se dice que el que le guardará en Pignerol, es un hombre muy honrado. ¡ Dios lo quiera, ó por mejor decir, Dios le guarde ! Le ha protegido tan visiblemente, que es preciso creer que tendrá de él un cuidado particular. La Foret, su antiguo escudero, le abordó cuando se iba; Fouquet le dijo; « Estoy encantado de veros; sé vuestra fidelidad y vuestra afección : decid á nuestras mujeres que no se abatan, que yo tengo valor y estoy bien. » En verdad esto es admirable. Adiós, mi querido señor; seamos como él, tengamos valor y no nos acostumbremos á la alegría que nos dió la admirable sentencia del sábado. Mad. de Grignan ha muerto (1).

Viernes, por la noche.

Me parece por vuestros cumplimientos que me despedís; pero yo no aprovecho todavía la licencia.

Pretendo escribiros cuando me plazca y cuando haya versos del Pont-Neuf y otros, os los enviaré en seguida.

Nuestro querido amigo va por el camino. Ha corrido el rumor de que estaba muy enfermo; todo el mundo decía: « ¡Cómo! ¡ya! » Se decía también que Mr. de Artagnan había enviado á preguntar á la Corte, qué haría con su prisionero enfermo, y que se le ha contestado duramente que le condujese en cualquier estado que se encontrase. Todo esto es falso, pero se ve por ello lo que se tiene en el corazón y cuán peligroso es dar fundamentos, sobre los cuales se aumenta todo lo que se quiere. Pecquet y Lavalée siguen en la Bastilla. Verdaderamente esta conducta es admirable. Se volverán á abrir los tribunales después de reyes.

Creo que los pobres desterrados han llegado á su destino. Cuando nuestro amigo esté en el suyo, yo os lo haré saber,

(1) Angelina Clara d'Angenne, primera mujer de Mr. de Grignan.

pues le es preciso llegar á Pignerol, y quiera Dios que desde Pignerol pudiésemos hacerle venir á donde nosotros quisiéramos (1).

Y vos, mi pobre señor, ¿ cuánto durará todavía vuestro destierro? Pienso en ello muy á menudo. Mil cumplimientos á vuestro señor padre. Se me dice que vuestra señora esposa está aquí; iré á verla. He cenado ayer con una de nuestras amigas y hablamos de iros á ver.

Martes.

He aquí con que divertiros algunos momentos; seguramente encontraréis algo de bueno y agradable en lo que os envío. Es una verdadera caridad el distraeros á los dos en vuestra soledad. Si la amistad que tengo por el padre y el hijo fuese un remedio contra el fastidio, no seriais dignos de compasión. Vengo de un sitio en que os he recordado hablando de vos á cinco ó seis personas que se precian como yo de ser vuestros amigos y amigas; es el hotel de Nevers; en una palabra, vuestra esposa estaba allí; ella os enviará las admirables comedias que hemos visto. Creo que nuestro querido amigo ha llegado, pero no tengo de ello noticias ciertas. Se ha sabido solamente que Mr. de Artagnan, continuando sus atenciones, le ha dado todo el abrigo necesario para pasar la montaña sin incomodidad. He sabido también que había recibido cartas del rey y que había dicho á Mr. Fouquet que tuviese ánimo, que todo iba bien. Se espera siempre mejoramiento en el trato; yo lo espero también; la esperanza me ha servido demasiado bien para abandonarla. Siempre que en nuestras reuniones veo á nuestro señor, estos dos versos del Tasso me vienen á la imaginación:

*Goffredo ascolta, e in rígida sembianza
Porge più di timor che di speranza.*

No obstante, yo me guardo muy bien de desalentarme; es

(1) Fouquet murió preso el 23 de marzo de 1680.

preciso seguir el ejemplo de nuestro pobre prisionero; él está alegre y tranquilo; estémolos también nosotros. Gran alegría tendría yo en veros aquí. No creo que vuestro destierro sea largo.

Dad á vuestro señor padre las seguridades de mi afecto; he aquí cómo es preciso hablar, y mandarme vuestra opinión sobre las estancias. Algunas hay que son admiradas; otras son coplas.

AL CONDE DE BUSSY

Paris, 20 de mayo 1667.

He recibido una carta vuestra en Bretaña, mi querido primo, en que me habláis de nuestros Rabutins y de la belleza de Bourbilly; pero como me habían escrito de aquí que se os esperaba, y aun yo creía llegar antes que vos, he aplazado el responderos hasta hoy que ya he sabido que no vendréis aquí.

Ya sabéis que no se habla más que de la guerra. Toda la corte está en el ejército, y todo el ejército está en la corte. Paris es un desierto; y desierto por desierto, prefiero mucho más el del bosque de Livry donde pasaré el verano

*En attendant que nos guerriers
Reviennent couverts de lauriers.*

Ved aquí dos versos que ignoro si yo los sabía ya, ó si los acabo de hacer. Como la cosa no es de gran consecuencia, vuelvo á coger el hilo de mi prosa. Me he acordado muchísimo de vos, desde que he visto tantas gentes apresuradas por comenzar y recomenzar un oficio que vos habéis ejercido con tanto honor en el tiempo en que podíais mezclaros en él. Es una cosa dolorosa para un hombre de valor estar obligado á permanecer en su casa cuando hay tanto ruido en Flandes.

Como no dudo de que vos sentís acerca de esto todo lo que un hombre de espíritu y de valor puede sentir, hay impruden-

oia en mí en recordaros un asunto tan sensible. Espero ~~que~~ me perdonaréis por el gran interés que en ello me tomo.

Se dice que habéis escrito al Rey; enviadme la copia de vuestra carta, y mandadme algunas noticias de vuestra vida; qué clase de cosas pueden distraeros, y si el arreglo de vuestra casa no contribuye mucho á ello.

Yo he pasado el invierno en Bretaña, donde he hecho plantar una infinidad de arbolillos y un laberinto, del cual no se saldrá sin el hilo de Ariadna. He comprado además varias tierras, á las cuales he dicho de la manera acostumbrada : *Hágoos parque*. De suerte que he extendido mis paseos, sin que me haya costado mucho. Mi hija os presenta sus amistades, y yo hago otro tanto con toda vuestra familia.

AL MISMO

Paris, 20 de julio 1668.

Quiero empezar á contestar en dos palabras á vuestra carta, y después nuestro proceso habrá concluido.

Vos me atacáis dulcemente, señor conde, y me reprocháis con finura que no hago gran caso de los desgraciados; pero que en recompensa batiría palmas por vuestro regreso; en una palabra, que yo aullo con los lobos, y que soy bastante buena compañía para no contradecir á los que censuran á los ausentes.

Bien veo que estáis mal informado de las noticias de este país, primo mío : sabed, pues, que no es moda acusarme á mí de debilidad por mis amigos. Tengo otros muchos defectos, como dice Mad. de Bouillon (1), pero no tengo éste; tal pensamiento no existe más que en vuestra cabeza, pues yo he hecho aquí mil pruebas de generosidad para con los desgraciados (2)

(1) María-Ana Mancini, mujer del duque de Bouillon.

(2) El cardenal de Retz y Fouquet.

que me han dado grande honor, en muchos y buenos lugares, que os diría si quisiese. No creo, pues, merecer ese reproche, y es preciso que borréis ese artículo en la memoria de mis defectos. Pero hablemos de vos.

Nosotros somos parientes, y de la misma sangre; nosotros nos agradamos y nos amamos; tomamos interés en nuestra suerte. Me habláis de adelantaros dinero sobre los diez mil escudos que habéis de cobrar en la sucesión de Mr. de Chalons : decís que os los he rehusado, y yo digo que os los he prestado; pues sabéis muy bien, y nuestro amigo Corbinelli es testigo de ello, que mi corazón lo quiso desde luego; y que cuando buscábamos algunas formalidades para obtener el consentimienio de Neuchese (1) á fin de ocupar vuestro lugar para ser pagado, os entró la impaciencia; y habiéndome encontrado, por desgracia, bastante imperfecta de cuerpo y de espíritu para daros motivo para hacer un bonito retrato de mí, le hicisteis y preferisteis á nuestra antigua amistad, á nuestro nombre, y á la justicia misma, el placer de ser alabado por vuestra obra. Sabéis que una dama amiga vuestra os obligó generosamente á quemarle; ella creyó que lo habíais hecho; yo lo creí también, y algún tiempo después, habiendo sabido que habíais hecho maravillas á propósito de Mr. de Fouquet y de mí, esta conducta me hizo volver sobre mi acuerdo.

Me reconcilié con vos á mi vuelta de Bretaña; pero, ¡ con qué sinceridad! Vos lo sabéis. Vos sabéis también nuestro viaje á Borgoña, y con qué franqueza yo os volvía de nuevo toda la parte que habíais tenido siempre en mi amistad. Volví satisfecha de vuestra sociedad. Por este tiempo hubo gentes que me dijeron : « He visto vuestro retrato en manos de Mad. de la Baume, (2) le he visto. » Yo no respondí más

(1) Heredero del obispo de Chalons.

(2) Se trata de la marquesa de la Baume, que habiéndose procurado una copia manuscrita de los *Amours des Gaules*, la hizo imprimir sin que lo supiera M. de Bussy. He aquí el pasaje de que se queja Mad. de Sévigné. « Mad. de Sévigné es desigual hasta en

que con una sonrisa desdeñosa, compadeciéndome de los que se divertían en creer á sus ojos. « Yo lo he visto, » se me dijo aún al cabo de ocho días, y yo continué sonriendo. Se lo dije riendo á Corbinelli, el cual se rió también, y permanecí cinco ó seis meses de esta suerte, dando lástima á todos aquellos de quienes yo me había burlado.

En fin, llegó el día desgraciado en que yo misma vi, por mis propios ojos *abigarrados*, lo que no había querido creer. Si me hubiesen salido cuernos en la cabeza, hubiera estado menos asombrada. Yo lei y releí ese cruel retrato. Le hubiera encontrado bonito si hubiese sido de otra persona que yo, y hecho por otro que no fueseis vos. Le encontré tan bien encajado, y ocupando tan bien su sitio en el libro, que no tuve el consuelo de poder pensar que fuera de otro y no vuestro. Lo reconocí en varias cosas que había oído decir, más bien que en la pintura de mis sentimientos, que desconocí enteramente. Al fin os vi en Palais-Royal, y os dije que este libro corría, y quisisteis hacerme creer que sin duda el retrato se había hecho de memoria y se había puesto allí. Yo no os creí de ningún modo, y me acordé entonces de los avisos que se me habían dado, y de los cuales yo me había burlado.

Encontré que el sitio que ocupaba el retrato era tan justo, que el amor paternal os había impedido desfigurar esta obra, quitándole de un sitio que ocupaba tan bien. Vi que os habíais burlado de Mad. de Montglas y de mí, que había sido vuestro juguete, que habíais abusado de mi sencillez y que habíais tenido motivo de creermos inocente viendo que mi corazón volvía de nuevo á vos y sabiendo que el vuestro me traicionaba : ya sabéis las consecuencias.

Estar en las manos de todo el mundo, encontrarse impresa, ser el libro de diversión de todas las provincias donde estas cosas hacen un daño irreparable, encontrarse en las bibliotecas

las pupilas de sus ojos, y hasta en las pestañas; tiene los ojos de diferentes colores, y siendo los ojos el espejo del alma, estas desigualdades son como un aviso que da la naturaleza á los que se aproximan para no tener un gran fundamento sobre su amistad.

y recibir este dolor; ¿por quién? No quiero exponeros más todas mis razones; tenéis entendimiento, y estoy segura de que si reflexionáis un cuarto de hora lo veréis y lo sentiréis como yo. Sin embargo; ¿qué hago yo cuando vos os detenéis? Con dolores del alma os hago hacer cumplimientos, me compadezco de vuestra desgracia, hasta hablo de ella á todo el mundo, y digo bastante libremente mi opinión acerca del proceder de Mad. de la Baume para indisponerme con ella. Salís de la prisión y voy á veros varias veces; os digo adiós cuando partí para la Bretaña; os he escrito desde que estáis en vuestra casa con un estilo bastante libre y sin rencor; en fin, os escribo todavía cuando Mad. d'Epoisses me dice que os habéis roto la cabeza.

He aquí lo que yo quería deciros una vez en la vida, conjurándoos que desecéis de vuestra mente la idea de que sea yo quien no tenga razón. Guardad mi carta y volvedla á leer si alguna vez os da todavía el capricho de creerlo, y sed justo respecto á este punto, como si juzgaseis de una cosa que hubiese pasado entre otras dos personas; que vuestro interés no os haga ver lo que no existe. Confesad que habéis ofendido cruelmente la amistad que entre los dos existía, y me habréis desarmado. Pero creer que si vos respondéis yo pueda callarme, estáis equivocado; esto me es completamente imposible. Yo verbalizaré siempre; en vez de escribiros dos palabras como os había prometido, escribiré dos mil; en fin, haré tanto por cartas de una longitud cruel y de un aburrimiento mortal, que os obligaré, á pesar vuestro, á pedirme perdón; es decir, á pedirme la vida. Hacedlo, pues, de buen grado.

Por lo demás, yo he sentido vuestra sangría; ¿no era el 17 de este mes? Justamente. Me hizo todos los bienes del mundo, y yo os doy gracias por ello. Soy tan difícil de sangrar, que es una obra de caridad por vuestra parte, el dar vuestro brazo en lugar del mío.

Por esta solicitud, enviadme vuestro hombre de negocios con una instancia, y yo la haré dar por una amiga á Mr. Didé, pues yo no le conozco, é iré yo misma con esta amiga. Po-

déis estar seguro de que si puedo haceros este servicio, lo haré de todo corazón y con mucho gusto. Yo no os digo nada del interés extremo que tengo siempre por vuestra fortuna : creeríais que esto sería *rabutinage* ; pero no, sois vos, sois vos todavía quien me habéis causado aflicciones tristes y amargas, viendo estos tres nuevos mariscales de Francia (1) : Madame de Villars, á quien ésta va á ver, me ha hablado siempre de las visitas que me hubiera hecho en semejante ocasión, vos hubieseis querido.

Yo os doy gracias por vuestras cartas al Rey, primo mio ; ellas me han dado el placer de leer á un desconocido ; me enternecen y me parece que deben hacer el mismo efecto sobre nuestro señor : es verdad que él no se llama Rabutin como yo.

La joven más bonita de Francia os saluda ; este nombre me parece bastante agradable ; yo estoy, sin embargo, cansada de hacerle los honores.

AL MISMO

Paris, 4 de diciembre de 1668.

No habéis recibido mi carta, en la cual os daba la vida y en la cual no quería mataros del todo. Esperaba una respuesta por esta bella acción. Vos no habéis pensado en ello ; os habéis contentado con animaros y coger vuestra espada como yo os había aconsejado. Espero que no será para servirlos de ella en contra mía.

Es preciso que os dé una noticia que sin duda os causará alegría ; es que, al fin, la joven más bonita de Francia se casa, no con el más guapo mozo, sino con uno de los hombres más honrados del reino. Es Mr. de Grignan á quien vos conocéis hace largo tiempo. Todas sus mujeres han muerto por ser

(1) Mrs. de Crequi. Bellefords y d'Humieres.

útiles á vuestra prima, y aun su padre y su hijo por una bondad extraordinaria ; de suerte, que siendo más rico que nunca y encontrándose por otra parte por su nacimiento y por sus bienes y por sus buenas cualidades, tal como nosotros lo podíamos desear, no le regateamos, como se acostumbra á hacer otras veces; nos fiamos en las dos familias que han pasado delante de nosotros. Él parece muy contento con nuestra alianza, y en seguida que tengamos noticias del arzobispo de Arlés, como su otro tío el obispo de Uzés está aquí, éste será un asunto que se acabará antes de fin de año. Como yo soy una dama bastante regular, no he querido dejar de pedir os vuestra opinión y vuestra aprobación. El público parece contento, y ya es bastante; pues somos tan tontos, que atendiendo á esta opinión es como se arreglan casi siempre estos asuntos.

Ved todavía otro artículo sobre el cual quiero que me contestéis, si os queda un átomo de amistad por mí. Yo sé que habéis puesto por bajo del retrato que tenéis de mí, que yo he estado casada con un gentilhombre bretón, *honrado* por las alianzas de Vassé y de Rabutin. Esto no es justo, mi querido primo; estoy desde hace poco tan bien instruida de la casa Sévigné, que tendría remordimiento de conciencia si os dejara en este error. Ha sido preciso mostrar nuestra nobleza en Bretaña, y los que han tenido más, se han dado el placer de publicar su mercancía. He aquí la nuestra :

Catorce contratos de matrimonio de padres á hijos ; trescientos cincuenta años de caballería ; los padres algunas veces considerables en las guerras de Bretaña y bien notados en la historia, algunas veces retirados á su casa como bretones ; algunas veces de grandes bienes, otras de medianos, pero siempre buenas y grandes alianzas ; las de trescientos cincuenta años, al cabo de los cuales no se ve más que nombres de bautismo son: Duquelnec, Montmorency, Baratou y Chateagiron. Estos nombres son grandes, estas mujeres tenían por maridos los Rohan y Clison. Después de estos cuatro, son los de Guesclin, los Coaquin, los Rosmadee, los Clindon, los

Sévigné de su misma casa, los de Bellay, los Rieux, los Bodegal, los Plessis, Ireul y otros de que no me acuerdo ahora, hasta Vasse y hasta Rabutin. Todo esto es verdad; preciso es creermelo; yo os conjuro, pues, primo mío, á que si queréis obligarme, quitéis vuestro rótulo; y si no queréis poner nada bueno, no pongáis nada que rebaje. Espero esta prueba de vuestra justicia y del resto de amistad que tenéis por mí.

AL CONDE DE GRIGNAN

Paris, miércoles, 25 de junio de 1670.

Me habéis escrito la carta más amable del mundo; os hubiera contestado más pronto si no hubiese sabido que corráis por vuestra Provenza. Querria, por otra parte, enviaros los motetes que me habíais pedido; no he podido tenerlos todavía; de suerte, que esperándolos, quiero deciros que os amo siempre muy tiernamente; que si esto puede daros alguna alegría como vos decís, debéis ser el hombre más contento del mundo. Lo seréis sin duda mucho del comercio que tenéis con mi hija. Me parece muy vivo de su parte; no creo que se pueda amar más que ella os ama. Yo espero que la volveréis sana y entera con un hijo, sin embargo, ó yo quemaré mis libros. Es verdad que yo no soy hábil, pero sé muy bien pedir consejo y seguirle; y mi hija, por su parte, contribuye mucho á su conservación.

Tengo mil cumplimientos que haceros de parte de Mr. de la Rochefoucauld y de su hijo; han recibido todas las vuestras. Mad. de la Fayette os da mil gracias por vuestro recuerdo, así como mi tía y mi abate, que ama á vuestra mujer con todo su corazón. Esto no es poco, pues si ella no fuese razonable, la odiaría lo más francamente del mundo. Si llega la ocasión de hacer algún servicio á un gentil hombre de vuestro país, que se llama *** , os ruego que lo hagáis y me daréis así una agra-

dable prueba de vuestra amistad. Me habéis prometido una canongía para su hermano; vos conocéis toda su familia. Este pobre mozo era muy afecto á Mr. Fouquet; ha sido convencido de haber llevado á Mad. Fouquet una carta de su marido; por esto ha sido condenado á galeras por cinco años. Es una cosa un poco extraordinaria; vos sabéis que es uno de los mozos más honrados que puedan verse y propio para las galeras como para coger la luna con los dientes.

Branças está muy contento de vos, y no pretende economizaros cuando haya necesidad de vuestros servicios. Está persuadido de que os ha dado una mujer tan bonita y que os ama tan tiernamente, que no podéis jamás hacer bastante para pagarle. Adiós, mi muy querido conde; os abrazo con toda la ternura de mi corazón.

À MR. DE GRIGNAN

Paris, Miercoles, 6 de agosto de 1670.

¿Es que en verdad no os he dado la mujer más bonita del mundo? ¿Se puede ser más honrada y más regular? ¿Se puede amaros más tiernamente? ¿Se pueden tener sentimientos más cristianos? ¿Se puede desear más apasionadamente estar con vos? ¿Y se puede tener más afección á todos sus deberes? Es bastante ridiculo que yo diga tanto bien de mi hija, pero es que yo admiro su conducta como los demás; y tanto más, cuanto que la veo más cerca, y que, á decir verdad, cualquiera buena opinión que tuviese de ella sobre las cosas principales, no creía absolutamente que fuese exacta para todas las otras hasta el punto que lo es. Os aseguro que el mundo también la hace justicia y que no pierde ninguna de las alabanzas que le son debidas. He aquí mi antigua tesis que me hará lapidar un día. Es que el público no es ni loco ni injusto: Mad. de Grignan debe estar demasiado contenta de él para disputar ahora contra mí. Ella ha sentido vuestra falta de salud de un modo inconcebible;

yo me regocijo de que estéis curado por amor vuestro y por amor de ella. Os ruego que si tenéis todavía alguna borrasca que sufrir á causa de vuestra bilis, obtengáis de ella el que espere á que mi hija haya parido. Se queja todavía diariamente de que se la haya retenido aquí, y dice muy seria que es muy cruel el haberla separado de vos. Parece que es por placer por lo que os hemos puesto á doscientas leguas de ella.

Yo os ruego que calméis su espíritu acerca de esto y que demostréis la alegría que tenéis por esperar que ella dará á luz felizmente aquí. Nada era más imposible que el conducirla en el estado en que ella estaba, y nada será tan bueno para su salud ni aun para su reputación que el parir aquí en medio de lo que hay de más hábil y de permanecer con la conducta que ella tiene. Si quisiese después de esto volverse loca y coqueta, lo sería más de un año antes que lo pudieran creer, tanta ha sido la buena opinión que ha dado de su prudencia. Yo tomo por testigos á todos los Grignan que están aquí, de la verdad de todo lo que yo digo. La alegría que tengo por esto, es mucho con relación á vos, pues amo con todo mi corazón y estoy encantada de que las consecuencias hayan justificado también vuestro gusto. No os doy ninguna noticia; esto sería ir contra los derechos de mi hija.

Yo os ruego solamente que creáis que no se puede interesar más tiernamente que lo que yo lo hago en todo lo que os concierne.

À MR. DE COULANGES

Paris, Lunes, 15 de diciembre 1670.

Voy á comunicaros la cosa más admirable, la más sorprendente, la más maravillosa, la más milagrosa, la más triunfante, la más aturdidora, la más inaudita, la más singular, la más extraordinaria, la más increíble, la más imprevista, la más grande, la más pequeña, la más rara, la más común, la más

deslumbradora, la más secreta hasta hoy, la más brillante, la más digna de envidia; en fin, una cosa de la cual no se encuentra sino un ejemplo en los siglos pasados, y aun este ejemplo no es justo (1); una cosa que no podríamos creer en París — cómo se ha de creer en Lyon. — Una cosa que hace gritar misericordia á todo el mundo, una cosa que llena de alegría á Mad. de Roan y Mad. de Hanterive; una cosa, en fin, que se hará el domingo y que los que la vean creerán tener la vista turbia; una cosa que se hará el domingo y que acaso no esté hecha el lunes. Yo no puedo resolverme á decíroslo; adivínadla : á la una, á las dos, á las tres; *¿echáis vuestra lengua á los perros?* Está bien; es preciso decíroslo : Mr. de Lauzun se casa el domingo en el Louvre. Adivinad quién es la novia : A la una, á las tres, á las cuatro, á las diez; á la ciento. Mad. de Conlangue dice ; est es bien difícil de adivinar. ¿Es Mlle. de la Vallière ? — Nada de eso, señora — ¿Es, pues, Mlle. de Retz ? — Nada de eso, soy bien provinciana — ¡ Ah ! verdaderamente somos bien tontos. Decid : ¿ es Mlle. Colbert ? — Todavía menos, — ¿ Es Mlle. de Crequi ? No acertáis. Es preciso al fin decíroslo. Se casa el domingo en el Louvre, con permiso del Rey, con mademoiselle, mademoiselle de... mademoiselle... adivinad el nombre; se casa con mademoiselle, por mí fe es lo juro; **MADemoisELLE**, la gran mademoiselle, mademoiselle, hija del difunto **MONSIEUR**; (2) mademoiselle nieta de Enrique IV, mademoiselle d'Eu, Mademoiselle de Dombes, mademoiselle de Montpensier, mademoiselle de Orléans, mademoiselle, prima hermana del Rey; Mademoiselle destinada al trono; Mademoiselle, el solo partido en Francia que fuese digno de **MONSIEUR**.

(1) Mad. de Sévigné quiere hablar sin duda de María, hermana de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que tres meses después de la muerte de Luis XII, su marido, se casó con el duque de Suffolk.

(2) Se daba en Francia el título de **MONSIEUR** al hijo mayor del Rey, después del heredero de la corona ó al mayor de los hermanos del Rey; y el título de **MADemoisELLE** á la hija mayor del rey y á la primera princesa de la sangre en tanto que permanece soltera. En este caso se refería á la señorita de Montpensier, hija de Gastón de Orléans llamada la *Gran Mademoiselle* (N. del T.).

He quí un buen motivo para discurrir. Si gritáis, si os ponéis fuera de vos mismo, si decís que hemos mentido, que esto es falso, que se burlan de vos, que es torpe imaginar esto; si en fin, nos decís injurias, encontraremos que tenéis razón, porque nosotros hemos hecho lo mismo antes que vos. Adiós; las cartas que os serán llevadas por este ordinario, os dirán si tenemos razón ó no.

AL MISMO

París, Viernes, 19 diciembre de 1670.

Lo que se llama caer de lo alto de las nubes, esto es lo que ayer noche aconteció en las Tullerías; pero es preciso tomar las cosas desde más lejos. Ya comprenderéis la alegría, los transportes, los encantos de la princesa y de su venturoso amante. Fué el lunes cuando la cosa se declaró, como ya os lo he dicho. El martes se pasó en hablar, en admirarse y en cumplimentarse. El miércoles, Mademoiselle hizo una donación á Mr. Lauzun con el objeto de darle títulos, nombres y ornamentos necesarios para ser nombrado en el contrato de matrimonio que se verificó el mismo día. Ella le dió, pues, esperando mejor ocasión, cuatro ducados. El primero es el condado d'Eu, que es la primera pairía de Francia y que da el primer rango; del ducado de Montpensier, cuyo nombre llevó ayer durante todo el día; el ducado de Saint-Fargeau; el ducado de Chatellereault: todo esto estimado en veinte y dos millones. El contrato fué extendido enseguida, y en él tomó el nombre de Montpensier.

El jueves por la mañana, que fue ayer, Mademoiselle esperó que el Rey firmara el contrato como había dicho; pero á eso de las siete de la tarde, la reina, Monsieur y varios viejos señores de la corte; persuadieron á S. M. de que este asunto perjudicaba á su reputación; de manera que después de haber hecho venir á Mademoiselle y á Mr. Lauzun, el Rey les declaró delante del príncipe que les prohibía abso-

lutamente pensar en este matrimonio. Mr. de Lauzun recibió esta orden con todo el respeto, toda la sumisión, toda la firmeza y toda la desesperación que merece una caída tan grande. En cuanto á Mademoiselle, según su amor, rompió en lloros, en gritos, en dolores violentos, en quejas excesivas, y todo el día estuvo en la cama, sin querer tomar más que caldo, Ved aquí un hermoso sueño, un bonito asunto para novela ó tragedia, pero sobre todo un buen motivo para hablar y razonar eternamente. Esto es lo que hacemos día y noche, tarde y mañana sin cesar : en fin, esperamos que vos haréis lo mismo : *E frà tanto vi bacio le mani.*

AL MISMO

Paris, Miércoles, 24 diciembre 1670.

Sabéis ya la historia romántica de Mademoiselle y de Mr. de Lauzun. Es el motivo justo de una tragedia con todas las reglas del teatro; nosotros dispusimos los actos y las escenas el otro día, solamente que tomando cuatro días en vez de cuatro horas, sería una pieza perfecta. Nunca se han visto tan grandes cambios en tan poco tiempo; jamás habéis visto una emoción tan general, nunca habéis oído una noticia tan extraordinaria. Mr. de Lauzun ha desempeñado su personaje á la perfección; ha sostenido esta desgracia con una firmeza, un valor, y sin embargo, con dolor mezclado de profundo respeto, que se ha hecho admirar de todo el mundo.

Lo que ha perdido no tiene precio; pero las buenas gracias del Rey, que ha conservado, son sin precio también, y su fortuna no ha salido mal librada. Mademoiselle lo ha hecho también muy bien. Ha llorado mucho; ha comenzado hoy á cumplir sus deberes en el Louvre, del cual habia recibido todas las visitas. Esto ha concluído. Adiós.

AL MISMO

Paris, miércoles, 31 de diciembre 1670.

He recibido vuestras respuestas á mis cartas. Comprendo la admiración que os habrá producido lo que ha pasado del quince al veinte de este mes. El asunto lo merecía bien. Yo admiro vuestro buen ingenio y cuán rectamente juzgáis al pensar que esta gran máquina no podrá marchar desde el lunes hasta el domingo. La modestia me impide el elogiaros más altamente respecto á este asunto, porque yo he pensado y dicho las mismas cosas que vos. Yo digo á mi hija el lunes: « Esto no irá bien hasta el domingo; » y yo apostaba que aunque todo respirase boda, ésta no se llevaría á cabo. En efecto, el tiempo se enmarañó y las nubes estallaron á las diez de la noche como antes os he dicho. Este mismo jueves iba á las nueve en casa de Mademoiselle, habiendo tenido el aviso que iba á casarse al campo, y que el coadjutor de Reims hacía la ceremonia; esto estaba resuelto así el miércoles por la noche, pues en el Louvre todo fué cambiado desde el martes. Mademoiselle estaba escribiendo, me hizo entrar, acabó su carta, y después, como estaba en la cama, me dijo á quién escribía y por qué, y los hermosos regalos que le había hecho la víspera y el nombre que él había dado; que no había partido para ella en Europa y que quería casarse. Me contó una conversación palabra por palabra, que ella había tenido con el Rey, me pareció trasportada de la alegría de hacer un hombre feliz; me habló con ternura del mérito y el reconocimiento de Mr. de Lauzun, y acerca de todo esto, yo dije: Por Dios, Mademoiselle, muy contenta os veo; pero, ¿por qué no habéis concluido este asunto más pronto desde el lunes? Sabéis bien que una tardanza tan grande da tiempo á todo el reino de hablar y que esto estentar á Dios queriendo llevar tan lejos un asunto tan extraordinario. Ella me dijo que yo tenía razón; pero estaba tan llena de confianza, que este discurso no le hizo más

que una ligera impresión. Volvió á hablar de las buenas cualidades y la buena casa de Lauzun. Yo le dije estos versos de *Severo* en *Poliuto*.

*Je ne la puis du moins blâmer d'un mauvais choix :
Polyeucte a du nom, et sort du sang des rois.*

Ella me besó muy fuerte. Esta conversación duró una hora : es imposible decirla toda, pero yo habia estado muy agradable durante este tiempo, y lo puedo decir sin vanidad, pues ella estaba deseosa de hablar á alguien; su corazón estaba demasiado lleno. Á las diez se presentó á todo el resto de la Francia que venia á cumplimentarla. Esperó toda la mañana noticias y no las hubo. Durante la tarde se divirtió en hacer arreglar ella misma las habitaciones de Mr. de Montpensier. Por la noche ya sabéis lo que sucedió. Al día siguiente, que era viernes, fui á su casa y la encontré en su lecho ; redobló sus gritos al verme ; me llamó y me abrazó ; humedeció mi rostro con sus lágrimas : « Ah ! — me dijo : ¿ Os acordáis de lo que me dijisteis ayer ? ¡ Qué cruel prudencia ! » En fin, me hizo llorar á fuerza de llorar. He vuelto después dos veces ; está muy afligida y me ha tratado como á una persona que sentía dolores. No se ha engañado. He encontrado en esta ocasión sentimientos que no se tienen por personas de tal rango. Esto entre nosotros dos y Mad. de Coulanges, pues ya comprendéis que esta conversacion sería enteramente ridícula con otros. Adiós.

MADAMA DE SEVIGNÉ

Paris, viernes, 6 de febrero de 1671.

Mi dolor sería bien mediano si pudiera pintárosle ; no lo intentaré tampoco. En vano busco mi hija ; no la encuentro, y todos los pasos que da la alejan de mí. Yo iba siempre á Santa María siempre llorando y siempre muriendo. Parecía que me

arrancaban el corazón y el alma: y en efecto; ¡qué separación tan ruda! Yo pedía la libertad de estar sola; me condujo á la habitación de Mad. Housset, se encendió fuego. *Agnés* me miraba sin hablar; he pasado hasta las cinco sin cesar de gemir: todos mis pensamientos me hacían morir. Escribí á Mr. de Grignan; ya comprenderéis en qué tono. Fui después en casa de Mad. de La Fayette, que redobló mis dolores por el interés que tomó en ellos. Estaba sola, enferma y triste por la muerte de una hermana religiosa; estaba como yo podía desearla. Mr. de La Rochefoucauld llegó también; no se habló más que de vos, de la razón que yo tenía para estar conmovida y del deseo de hablar como es preciso á Melusina (1). Yo os respondo de que ella será arrojada bien lejos. D'Acqueville os dará buena cuenta de este negocio. Volví en fin á las ocho de en casa de Mad. de La Fayette; pero al entrar aquí, ¡Dios mío! ¿Comprendéis bien lo que yo sentí al subir esta escalera? Estas habitaciones en que yo entraba siempre, ¡ah! encontré las puertas abiertas; pero lo vi todo desamueblado, desarreglado, y vuestra hijita que me representaba á la mía. ¿Comprendéis bien todo lo que yo sufrí? Los sueños de la noche han sido negros, y por la mañana no había avanzado un paso el reposo de mi espíritu. La tarde se pasó con Mad. de la Troche en el arsenal. Por la noche recibí vuestra carta que me volvió á mis primeros trasportes, y esta noche acabaré ésta en casa de Mad. de Coulanges donde sabré algunas noticias; pues en cuanto á mí, ved las que sé; con el sentimiento de todos los que habéis dejado aquí, toda mi carta estaría llena de cumplimientos si yo quisiese.

A LA MISMA

Paris, lunes, 9 febrero 1671.

Recibo vuestras cartas, como vos habéis recibido mi sortija.

(1) Francisca de Montalais, viuda de Juan de Breuil, Conde de Marans. Madame de Sévigné y su hija la llamaban Melusina, nombre

Yo me deshago en lágrimas leyéndolas; parece que mi corazón quiere partirse por la mitad; se creería que vos me escribís injurias, ó que estáis enferma, ó que os ha sucedido cualquier accidente : es todo lo contrario; vos me amáis mi querida hija, y me lo decís de una manera que no puedo creerlo sin llorar en abundancia. Vos continuáis vuestro viaje sin ninguna aventura desagradable, y cuando sé todo esto, que es justamente lo que más agradable me puede ser, he aquí el estado en que me encuentro. Os regocijáis en pensar en mí; habláis á menudo y preferís escribirme vuestros sentimientos más bien que decirmelos. De cualquier modo que ellos lleguen á mí, son recibidos con una sensibilidad que no es comprendida, más que de aquellos que saben amar como yo sé. Me hacéis sentir por vos toda la ternura que es posible sentir; pero si vos pensáis en mí, estad segura, que yo pienso constantemente en vos. Esto es lo que los devotos llaman un pensamiento habitual, es lo que sería preciso tener por Dios si se cumpliese con su deber. Nada me distrae; veo esta carroza que avanza siempre y que no se aproxima jamás á mí. Estoy siempre en los caminos reales, me parece que tengo miedo algunas veces de que vuelque la carroza; las lluvias que caen desde hace tres días me desesperan; el Ródano me da un miedo extraño. Tengo un mapa delante de mis ojos; sé todos los sitios en que paráis. Esta noche estáis en Nevers, el domingo estaréis en Lyon, donde recibiréis esta carta. Yo no he podido escribiros más que á Moulins, por Mad. de Guénegaud. No he recibido más que dos de vuestras cartas; puede ser que venga la tercera; es el solo consuelo que deseo : en cuanto á otros yo no los busco. Soy enteramente incapaz de ver mucha gente junta; esto vendrá tal vez, pero por ahora no hay que pensarlo. Las duquesas de Verneuil y de Arpajon quieren reunirse conmigo. Yo les he dado las gracias. No he visto jamás almas tan bellas como las

de un buda célebre en Poitou, por su cola de pescado y por los gritos que lanzaba en las ruinas del Castillo de Lusignan, cada vez que esta familia estaba amenazada de alguna desgracia.

de este país. Estuve el sábado todo el día en casa de Mad. de Villars á hablar de vos y á llorar; ella toma mucha parte en mis sentimientos. Ayer fui al sermón de Mr. d'Agén y á la salve, y en casa de Mad. de Puisieux y en casa de Mad. Puydu-Fou, que os envía mil recuerdos. Si tuvieseis un abrigo forrado de pieles ella estaría entonces más tranquila. Hoy voy á cenar al Faubourg *tête á tête* (1). He aquí las fiestas de mi carnaval. Todos los días hago decir una misa por vos. Es una devoción que no es quimérica. No he visto á Adhemar sino un momento; voy á escribirle para darle gracias por su lecho; le estoy por ello más agradecida que vos. Si queréis darme un verdadero placer, cuidad de vuestra salud, dormid en esa bonita cama, comed sopa y tened todo el valor que á mí me falta. Continuad escribiéndonne. Toda la amistad que dejasteis aquí se ha aumentado. No acabaría nunca de enviaros recuerdos y de deciros la inquietud en que aquí se está por vuestra salud. Mademoiselle d'Harcourt se casó anteayer; hubo una gran comida de viernes para toda la familia. Ayer un gran baile y una gran comida al Rey y á todas las damas. Ha sido una de las fiestas más bellas que se puedan ver.

Madame d'Hendicourt ha marchado con una desesperación inconcebible, habiendo perdido todas sus amigas, convencida de todo lo que Mad. de Scarrón había defendido siempre y de todas las traiciones del mundo. Avisadme cuando hayáis recibido mis cartas. Cerraré ésta pronto.

Lunes por la noche.

Antes de ir al Faubourg, hago mi paquete y le envié al Señor Intendente á Lyon. La distinción de vuestras cartas me ha encantado. ¡Ah! La merecía bien por la distinción de mi amistad por vos.

(1) Con Mad. de la Fayette, calle de Vaugirard frente á frente al pequeño Luxemburgo.

Madame de Fontevraud (1), fué bendecida ayer. Los señores preiados se incomodaron un poco por no tener más que taburetes.

He aquí lo que he sabido de la fiesta de ayer. Todos los patios del hotel de Guisa estaban iluminados por dos mil linternas. La reina entró primero en la habitación de Mlle. de Guisa (2) muy iluminada y muy adornada; todas las damas se pusieron de rodillas en derredor de la reina, sin distinción de sitios. Se cenó en esta habitación. La comida fué magnífica.

El Rey vino, y muy gravemente lo miró todo sin ponerse á la mesa; se subió más arriba, donde estaba todo preparado para el baile. El Rey condujo á la reina y honró la reunión con tres ó cuatro vueltas, yéndose después al Louvre con su compañía ordinaria. Mademoiselle, no quiso venir al Hotel de Guisa. He aquí todo lo que yo sé.

Quiero ver al aldeano de Sully que me trajo ayer vuestra carta; le daré de beber : le encuentro muy feliz por haberos visto. ¡Dios mío! ¡Pobre hija mía! ¿Se tiene bastante cuidado de vos? No hay que confiar mucho en vuestra salud. Adiós, querida mía, la única pasión de mi corazón, el placer y el dolor de mi vida. Amadme siempre; es la sola cosa que puede darme consuelo.

À LA MISMA

Paris, Miércoles, 11 de febrero de 1671.

No he recibido más que tres de estas amables cartas que me penetran el corazón. Hay una que no viene, creo no haber

(1) María Magdalena Gabriela de Rochechouart, célebre por su ingenio y por sus virtudes. Era hermana del duque de Vivonne y de Mads. de Thianges y de Montespan. « Estas cuatro personas, dice Voltaire en el *Siglo de Luis XIV*, agradaban universalmente por la gracia especial de su conversación, mezclada de broma, de inocencia y de finura, que se llamaba *l'esprit des Mortemart*.

(2) María de Lorena que murió en 1688, á los 93 años de edad.

perdido nada, aunque las amo todas, y no quiero perder lo que viene de vos; encuentro que no se puede desear nada que no esté en las ya recibidas. Están primeramente muy bien escritas, y además tan tiernas y tan naturales, que es imposible no creerlas; la desconfianza misma sería convencida. Tienen este carácter de verdad que se mantiene siempre, que se hace ver con autoridad, mientras que la falsedad y la mentira permanecen agoviadas por las palabras sin poder persuadir; cuanto más sus sentimientos se esfuerzan en aparecer, más ocultos quedan. Los vuestros son verdaderos y lo parecen; vuestras palabras no sirven más que para explicaros; y en esta noble sencillez tienen una fuerza á la cual no se puede resistir. Ved aquí, hija mía, lo que me han parecido vuestras cartas : juzgad ahora qué efecto me hacen y qué clase de lágrimas derramo al encontrarme persuadida de la verdad que más deseo. Podéis juzgar por esto del efecto que me han producido las cosas que en otras ocasiones me han dado sentimientos contrarios. Si mis palabras tienen el mismo poder que las vuestras, no es preciso deciros más. Estoy segura que mis verdades han hecho en vos su efecto ordinario, pero no quiero que digáis que yo era una cortina que os ocultaba. Tanto peor si yo os ocultaba. Vos sois todavía más amable cuando se descubre la cortina; es preciso que estéis al descubierto para estar en toda perfección. Nosotros lo hemos dicho mil veces. En cuanto á mí, me parece que estoy completamente desnuda; que se me ha despojado de todo lo que me hacía amable, no me atrevo á ver la gente; y aunque se ha hecho mucho por consolarme, he pasado todos estos días como un lobo perdido sin poder hacer otra cosa. Pocas gentes son dignas de comprender lo que yo siento; he buscado los que son de este pequeño número, y he huído los otros. He visto á Guitaud y su mujer : os aman mucho; decidme alguna palabra para ellos.

Dos ó tres Grignan vinieron á verme ayer mañana. Mil veces he dado gracias á Adhemar por haberos prestado su lecho. No quisimos examinar, si le hubiese sido más agradable turbar vuestro reposo, ó ser causa de él. No tuvimos

valor para llevar adelante esta locura. y nos alegramos mucho de que el lecho fuera bueno. Nos parece que hoy estáis en Moulins. Ahí recibiréis una de mis cartas. No os he escrito á Briare : era el miércoles el día cruel en que era preciso escribir, era el mismo día de vuestra partida y, estaba tan agoviada, que no tenía fuerza para buscar consuelo ni aun escribiéndoos. Allá van, pues, mi segunda y mi tercera carta á Lyon. Tened cuidado de decirme si las habéis recibido. Cuando se está á gran distancia, no hay que burlarse de las cartas que empiezan con : *He recibido la vuestra*. El pensamiento que tenéis de alejaros siempre, y de ver que esa carroza va siempre hacia allá, es uno de los que más me atormentan. Os alejáis siempre, y al fin, como decís, os encontraréis á doscientas leguas de mí : entonces, no pudiendo sufrir las injusticias, sin cometerlas á mi vez, me alejaré yo también, y me alejaré tanto que llegaré á encontrarme á treseientas leguas : ésta será una buena distancia, y será también una cosa digna de mi amistad el emprender atravesar la Francia para ir á encontraros. Me alegro mucho de que hayáis reanudado las amistades el coadjutor y vos : ya sabéis cuánto he creído siempre que era necesario esto para la felicidad de vuestra vida; conservad bien este tesoro. Vos misma estáis encantada de su bondad. Hacedle ver que no sois ingrata.

Dentro de un rato acabaré mi carta. Es posible que en Lyon estéis tan aturdida con todos los honores que se os harán, que no tendréis tiempo de leer todo esto : tened al menos el de mandarme noticias vuestras, de cómo estáis, y cómo se conserva vuestro amable rostro que yo amo tanto, y si os embarcáis sobre ese diablo de Ródano. Creo que tendréis á Mr. de Marseille en Lyon.

Miércoles por la noche.

Acabo de recibir en este momento vuestra carta de Nogent; me ha sido dada por un pobre hombre á quien yo he pregun-

tado todo cuanto he podido , pero vuestra carta vale más que todo cuanto se puede decir. Era muy justo, hija mía que fueseis vos la primera que me hiciese reir, después de haberme hecho llorar. Lo que me decís de Mr. Busche es muy original; esto se llama rasgos en el estilo de la elocuencia; yo he reído mucho con ello, lo confieso, y estaría avergonzada si desde hace ocho dias hubiera hecho otra cosa que llorar. ¡ Ah! Encontré en la calle á este Mr. Busche, que llevaba vuestros caballos, y deshecha en llanto le pregunté su nombre; me le dijo y le respondí sollozando: « Mr. Busche, os recomiendo mi hija; no la hagáis caer: y cuando la hayáis conducido felizmente á Lyon, venid á verme para darme noticias suyas; yo os daré algo que beber. » Lo haré seguramente; lo que me decís acerca de él, aumenta mucho el respeto que le tenía. Pero vos no estáis muy bien, vos no habéis dormido; el chocolate os pondrá mejor. Pero no teneis chocolatera. He pensado en ello mil veces; ¿ cómo lo haréis? ¡ Ah! ¡ Pobre hija! No os engañáis cuando creéis que me ocupo más de vos, que vos de mí, aunque vos me lo paguéis más que yo valgo. Si me viérais buscar siempre á aquellos que hablan bien de vos; si me escucharais, veríais que no hablo de otra cosa; esto es bastante para deciros que he hecho una visita al abate Guêton para hablar de los caminos, y especialmente del de Lyon. No he visto todavía á los que quieren distraerme; con palabras encubiertas, lo que ellos quieren es impedirme pensar en vos, y esto me ofende. Adiós mi muy amable; continuad escribiéndome y amándome. En cuanto á mí, soy completamente vuestra; tengo cuidados extremos para vuestra hija. No tengo carta de Mr. Grignan, y no me canso de escribirle.

À LA MISMA

Viernes, 13 de febrero de 1671. En casa Mr. de Coulanges.

Mr. de Coulanges quiere que os escriba todavía á Lyon. Yo

os conjuro, querida hija, si os embarcáis, bajad en el puente de Saint-Esprit. Tened piedad de mí; conservaos si queréis que yo viva. Me habéis persuadido tan bien de que me amáis, que me parece que, con intención de agradarme, no os atreveréis. Mandadme á decir, cómo conducireis vuestro barco. ¡ Ah ! ¡ Qué interesante me es ahora esta pequeña barca que el Ródano me lleva tan cruelmente ! He oído decir que ha habido un domingo gordo; yo no le he visto. He estado feroz hasta el punto de no poder sufrir cuatro personas juntas. Estaba á la chimenea de Mad. Lafayette. El baile del martes de carnaval pensó morirse; yo creo que era vuestra ausencia la causa de ello. ¡ Dios mío ! ¡ Qué cumplimientos tengo que haceros, qué amistades, cuánto cuidado por saber noticias vuestras ! ¡ Qué de alabanzas hacen de vos ! No concluiría jamás si quisiese nombrar todos los de quienes sois amada, estimada y adorada; pero cuando hubieseis puesto todo este cariño junto, estad segura hija mía, que no es nada en comparación de lo que os amo yo. No os dejo un momento; pienso en vos sin descanso, y, ¡ de qué manera ! He besado vuestra hija y ella me ha besado muy bien de parte vuestra. Sabed que amo á esta pequeña cuando pienso de quién viene.

À LA MISMA

Paris, miércoles, 18 febrero de 1671.

Yo os conjuro hija mía, á que conservéis vuestros ojos. En cuanto á los míos, vos sabéis que han de acabar en vuestro servicio. Vos comprendéis bien, hermosa mía, que del modo con que me escribís, es preciso que yo llore al leer vuestras cartas.

Para comprender algo del estado en que estoy, unid querida mía á la ternura y á la inclinación natural que tengo por vuestra persona la pequeña circunstancia de estar persuadida de que vos me amáis, y juzgad el exceso de mis senti-

mientos. ¡Mala! ¿Por qué me ocultáis algunas veces tan preciosos tesoros? Tendéis miedo de que yo muera de alegría; ¿pero no teméis también que muera del disgusto de creer lo contrario? Tomo por testigo á d'Hacqueville del estado en que me ha visto otras veces; pero dejemos estos tristes recuerdos y dejadme gozar de un bien sin el cual la vida me es dura y molesta.

Esto no son palabras, son verdades. Mr. de Guenegaud me ha enviado á decir que os ha visto de mi parte. Yo os conjuro de guardar el afecto; pero nada de lágrimas, yo os lo ruego; no os son tan sanas como á mí. Soy ahora bastante razonable; me sostengo por necesidad, y algunas veces estoy durante cuatro ó cinco horas como cualquier otra persona; pero, por muy poca cosa vuelvo á mi primer estado. Un recuerdo, un sitio, una palabra, un pensamiento demasiado fijo; vuestras cartas sobre todo, aun las mías cuando las escribo, alguno que me habla de vos; ved aquí los escollos de mi constancia y estos escollos se encuentran á menudo. He visto á Raimond en casa de la condesa de Lude; ella me cantó una nueva canción del baile. Veo á Mad. de Villars; me distraigo con ella porque comprende mis sentimientos; os manda mil recuerdos. Madame de La Fayette comprende también las ternuras que tengo por vos y está admirada del afecto que vos me mostráis. Yo voy bastante á menudo á casa de mi familia; algunas veces aquí paso la noche por cansancio, pero raramente. He visto á la pobre Mad. Amelot; llora mucho, yo comprendo esto. Haced alguna mención de ciertas gentes en vuestras cartas á fin de que yo se lo pueda decir. Voy á los sermones de Mascarón y de Bourdaloue, que se exceden á sí mismos. He aquí bastantes noticias: tengo muchas ganas de saber las vuestras y cómo lo habéis pasado en Lyon; para deciros la verdad no pienso en otra cosa. Sé vuestro camino y dónde habéis dormido todos los días. El domingo estabais en Lyon; hubierais hecho bien en reposar allí algunos días. Me habéis dado deseos de informarme de la mascarada del martes de Carnaval. — He sabido que un hombre muy alto, tres dedos más alto que cualquier

otro, había mandado hacer un traje admirable; él no quiso ponerse, y encontró por casualidad que una dama á quien no conoce absolutamente, no estaba en la reunión (4). Por lo demás es preciso que yo diga como Voiture : « Aquí nadie ha muerto por vuestra ausencia sino yo. » No es que el Carnaval no haya sido de una tristeza excesiva; vos podéis alabaros de ello; en cuanto á mí, he creído que era á causa de vos : pero esto no es bastante para una ausencia como la vuestra. Envío por esta vez esta carta á Provenza; abrazo á Mr. de Grignan, y muero de ansia de saber vuestras noticias. Desde el momento en que he recibido una carta, quisiera en seguida recibir otra. No respiro más que por recibir muchas de ellas.

Me decís maravillas del sepulcro de Mr. de Montmorency y de la belleza de las señoritas de Valençai. Escribís extremadamente bien; nadie escribe mejor. No dejéis jamás el natural: vuestro estilo particular se ha formado y es un estilo perfecto. He dado vuestros recuerdos á Mad. de La Fafayette, á Mr. de la Rochefoucauld y á Langlade. Todos éstos os aman, os estiman y os servirán en toda ocasión. Vuestras canciones me han parecido muy bonitas; he reconocido los estilos. ¡Ah, hija mía! ¡Qué bien quisiera veros un poco, escucharos, abrazaros; veros pasar, si es demasiado pedir lo primero. Y bien, he aquí pensamientos á los cuales no resisto. Siento que me aburre el no teneros á mi lado; esta separación me da un dolor en el corazón y en el alma, que ya siento como un mal del cuerpo. No puedo agradeceros bastante las cartas que por el camino me habéis escrito. Son demasiado amables para mí y hacen bien su efecto. Nada es perdido conmigo. Me habéis escrito desde todas partes. Yo he admirado vuestra bondad, pues esto no se hace sin mucho cariño; de otro modo sería más cómodo reposar y acostarse. La impaciencia que tengo por recibir noticias vuestras de Roan y de Lyon, no es mediana; estoy con cuidado por vuestro embarque y por saber lo que os ha parecido ese furioso Ródano en compa-

(4) Alude al Rey y á Mad. de Montespan.

ración de nuestro pobre Loira, al cual habéis hecho tantos

cumplimientos. ¡Qué buena sois por haberos acordado de él como uno de vuestros antiguos amigos! ¡Ah! ¡De qué no me acuerdo yo! Las menores cosas me son queridas; tengo mil *dragones* (1)

¡Qué diferencia! Antes no venía aquí nunca sin impaciencia y sin placer; pero ahora, por más que busco, no encuentro nada; y, ¿cómo se puede vivir cuando se sabe que por más que se haga no se encontrará ya una hija tan querida? Yo os haré ver lo mucho que la deseo por el camino que recorreré para ir á buscarla. He recibido una carta de Mr. de Grignan; no hay nada para vos. Me dice que vendrá este invierno; ¿os dejará él, ó le seguireis vos? Respondedme.

El Delfín ha estado enfermo; ya está mejor. Se permanecerá en Versailles hasta el lunes.

Madame de la Vallière está del todo restablecida en la Corte. El Rey la recibió con lágrimas en los ojos; ella ha tenido varias conversaciones tiernas: todo esto es difícil de comprender; es preciso callarse. Las noticias de este año no se diferencian en nada de las del otro. Tengo una infinidad de recuerdos que enviaros. Veo todos los días á vuestra pequeña. Quiero que sea recta, este es mi cuidado. Sería gracioso que siendo hija vuestra y de Mr. de Grignan no fuese bien hecha: yo soy hábil, tengo hasta precauciones inútiles. He visto ayer á Mad. de Puy-du-Fou, que os saluda; he visto también á Mad. de Janson y á Mad. le Blanc.

Todo lo que tiene relación á vos de cien leguas, me es más agradable que todo lo demás. ¡Dios mío! El Ródano! Estáis en él ahora. ¡Qué idea para mí y qué inquietud hasta que os sepa fuera de él!

(1) Expresión familiar que usaban la madre y la hija para expresar las penas y las inquietudes.

À LA MISMA

Viernes, 20 febrero de 1671.

Os confieso que tengo un deseo extraordinario de saber noticias vuestras; pensad, mi querida hija, que no he tenido desde la Palisse.

Por lo demás, no sé nada de vuestro viaje, ni de vuestro camino hasta Provenza; estoy segura que recibiré cartas; no dudo que me hayáis escrito, pero no las tengo; es preciso consolarse y distraerse escribiéndoos. Sabréis hija mía, que anteayer miércoles por la noche, después de venir de casa de Mr. de Coulanges, donde hacíamos nuestros paquetes los días de ordinario, pensaba acostarme. Esto no tiene nada de extraordinario; pero lo que sí lo es mucho, fué que á las tres de la madrugada oí gritar: ¡Fuego!... ¡Ladrones! Y estos gritos tan cerca de mí y tan repetidos, que no dudé de que era en casa; yo creí hasta oír que se hablaba de mi pobre nieta, y no dudaba que se hubiese quemado. Me levanté con este temor sin luz y con un temblor que me impedía casi sostenerme. Corro á sus habitaciones, que son las vuestras, y lo encuentro todo en una gran tranquilidad; pero vi la casa de Guitaud ardiendo; las llamas pasaban por encima de la casa de Mad. de Vauvineux: se veía en nuestros patios, y sobre todo en casa de Mr. de Guitaud, una claridad que daba horror: todo eran gritos, confusión y un ruido espantoso de los postes y los maderos que caían. Hice abrir mi puerta y envié mi gente al socorro. Mr. de Guitaud me envió una cajita con lo más precioso que tenía; yo la puse en mi gabinete y después fui á la calle para ver como los otros. Encontré allí á Mad. y Mr. de Guitaud casi desnudos, el embajador de Venecia, todas sus gentes, la pequeña Vauvineux, que llevaban dormida en casa del embajador, varios muebles y vajillas de plata que salvaban en su casa. Mad. de Vauvineux desamueblaba por mí; yo estaba como en una isla, pero me daba

mucha lástima de mis pobres vecinos. Mad. Gueton y su hermano daban muy buenos consejos; estábamos en la mayor consternación: el fuego era tan vivo que nadie osaba aproximarse, y no se esperaba el fin del incendio sino con el fin de la casa del pobre Guitaud. Este inspiraba piedad; quería ir á salvar á su madre que ardía en el tercer piso; pero su mujer se agarró á él y le retuvo con violencia; él estaba entre el dolor de no socorrer á su madre y el temor de herir á su mujer embarazada de cinco meses; en fin, me rogó que contuviera su mujer y lo hice. Él encontró á su madre que había pasado á través de las llamas y que estaba salva. Quiso salvar algunos papeles, pero no pudo aproximarse al sitio en que estaban; en fin, volvió á nuestro lado en la calle donde yo había hecho sentar á su mujer: Unos capuchinos llenos de caridad y de destreza trabajaron tan bien que cortaron el fuego. Se arrojó agua sobre el resto del incendio, y por fin el combate acabó falto de combatientes; es decir, después que el primero y el segundo piso de la antecámara, de la cámara y del gabinete que están á la derecha del salón fueron enteramente consumidos. Se llamó felicidad á lo que quedaba de la casa aunque haya para Guitaud una pérdida de diez mil escudos, pues se cuenta con hacer restaurar estas habitaciones que estaban pintadas y doradas.

Había varios hermosos cuadros de Mr. le Blanc, dueño de la casa; había también varias mesas, espejos, miniaturas, muebles y tapicerías. Demuestran mucho sentimiento por la pérdida de unas cartas; yo he pensado que eran cartas del príncipe. Sin embargo, á las cinco de la mañana era urgente pensar en Mad. de Guitaud; yo la ofrecí mi lecho, pero Mad. Gueton la llevó al suyo porque tiene varias habitaciones amuebladas. La hicimos sangrar, enviamos á buscar á Bouchet, el cual teme que esta emoción la haga parir en término de nueve días. Ella está, pues, en casa de la pobre Mad. Gueton: todo el mundo viene á verla y yo continúo mis cuidados, porque he comenzado demasiado bien para no acabar. Vais á preguntarme cómo ha prendido el fuego en esta

casa : no se sabe nada ; no le había en la habitación que ha empezado. Pero, si se hubiese podido reir en una ocasión tan triste, ¡qué retratos no se hubieran hecho del estado en que nos encontrábamos todos ! Guitaud estaba desnudo, en camisa, con calcetas. Mad. Guitaud estaba con las piernas al aire y había perdido una de sus zapatillas. Mad. Vauvinaux estaba en enaguas ; todos los lacayos y todos los vecinos, con gorro de noche ; el embajador estaba en traje de dormir y con peluca, y conservó muy bien le gravedad de la *serentísima* ; pero su secretario estaba admirable. Habláis del pecho de Hércules : verdaderamente éste era otra cosa muy distinta ; se veía todo entero : blanco, gordo, abultado, y sobre todo, sin ninguna camisa, pues el cordón que debía sujetarla se había perdido en la batalla. He aquí tristes noticias de nuestro barrio. Le ruego á Deville que dé una vuelta todas las noches para ver si el fuego se ha extinguido por todas partes ; nunca son demasiadas las precauciones que se tomen para evitar esta desgracia. Deseo que el agua os haya sido favorable ; en una palabra : os deseo todos los bienes y ruego á Dios que os garantice de todos los males.

À LA MISMA

Paris, viernes por la noche, 27 de febrero de 1671.

El Ródano, mi querida hija, está muy presente ante mí ; creo que habréis llegado felizmente, pero me gustaría más saberlo por vos : espero esta noticia con una impaciencia digna de todo el resto. Nos parece que llegásteis el sábado á Arlés ; nos parece que Mr. de Grignan ha salido á encontraros á Saint-Esprit ; nos parece que ha quedado encantado de volveros á ver y de agradaros, nos parece que habéis hecho como el sábado vuestra entrada en Aix, y después nos parece que estáis bien cansada. Querida hija mía, reposad por Dios, guardad vuestro lecho, restauraos y contadme bien el estado en que

os encontráis. ¿Sabéis que vuestro recuerdo nace aquí la fortuna de aquellos á quienes favorecéis? Los otros languidecen cerca de él. Los recuerdos para mi tía no se pueden pagar, y se está muy lejos de olvidaros. Hace poco me han dicho mil horrores de esa montaña de Tarare que yo odio. Hay otro camino que la rueda está en el aire y se tiene la carroza por la imperial : yo no sostengo esta idea, pero no es ahora cuestión de todo esto.

Respuesta á la carta de Vienne.

Ahora mismo recibo esta amable carta; ¿no veis cómo la recibo y con qué ternura la leo? Creo que no me pedís que pueda tener sangre fría en esta ocasión. Es verdad que la dignidad de *belleza* á que habéis sido elevada, no es una pequeña fatiga; si vos no fueseis bella, descansaríais : es preciso escoger. Vuestra pereza me da miedo, no la tengáis en esta elección; no hay nada tan amable como ser bella : es un presente de Dios que es preciso conservar. Vos sabéis cuánto amo yo vuestra belleza; mi amor propio me hace tener en ello interés : yo os la recomiendo por amor de mí. Me parece que se me va á encontrar bien hábil en Provenza por haber hecho un rostro tan bonito, tan dulce y tan regular. Estáis incomodada de que vuestra nariz no sea de través, y yo estoy encantada de ello : no comprendo lo que pueden hacer conmigo mis pupilas abigarradas. Pero, ¿no creéis que Mr. de Coulanges y yo nos hacemos adivinos, para saber todo cuanto hacéis? No estáis sorprendida de las riberas de vuestro Ródano; las encontráis hermosas y este rio no está compuesto más que de agua como los otros. En cuanto á mí, yo tengo de él una idea extraordinaria. Langlade os dará cuenta de su visita en casa de *Melusina*; y entre tanto, yo puedo deciros que lo que él tenía que hacer no era otra cosa que tener el placer de lavar su peluca, y él lo ha hecho más voluntariamente que cualquier otro. Ella está, yo os lo aseguro, bien mortificada y

bien disgustada, la vi el otro día : no tiene palabra que decir. Vuestra ausencia ha renovado la ternura de todos vuestros amigos; pero es preciso que esta ausencia no sea indefinida, y que, sea cualquiera la aversión que tengáis por las fatigas de un largo viaje, no debéis pensar más que en ponerlos en estado de emprenderlas. He dicho á Mr. de la Rochefoucauld lo que aprendéis en las fatigas de los otros y la aplicación que de ellas hacéis : me ha encargado mil recuerdos para vos; pero con un tono tan cariñoso y acompañado de tan agradables alabanzas, que merece ser amado por vos.

Presentaré vuestros recuerdos á Mad. de Villars. Hay prisa por ser nombrado en mis cartas : os doy gracias por haber hecho mención de Brancas. Habréis visto á vuestra tía (1) en Saint-Esprit, y habréis sido recibida como una reina. Hija mía, yo os conjuro á que me habléis bien de todo esto, así como de Mr. Grignan y de Mr. de Arlés (2). Vos sabéis que hemos arreglado que se odien tanto los detalles de las personas que son indiferentes y se amen los de aquellos que no lo son. Á vos os toca adivinar de qué número sois vos cerca de mí. Mascaron y Bourdaloue me dan de vez en cuando placer y satisfacciones, que deben por lo menos hacerme santa : en el momento que oigo alguna cosa buena, deseo que estuvierais á mi lado.

Tenéis parte en todo lo que yo pienso : miro en mí todos los días los efectos naturales de una extrema amistad. Os abrazo tiernamente, abrazadme también. Un pequeño recuerdo á mi coadyutor; y en cuanto á Mr. de Grignan, me parece que está tan glorioso de teneros, que no escucha á nadie.

(1) Ana d'Ornano, mujer de Francisco de Lorena, conde de Harcourt y hermana de Margarita d'Ornano, madre de Mr. de Grignan.

(2) Francisco Adhemar de Monteil, Arzobispo de Arlés, comendador de las órdenes del rey, tío de Mr. de Grignan.

À LA MISMA

Paris, miércoles, 4 de marzo de 1671.

¡ Ah, hija mía ! ¡ qué carta ! ¡ qué pintura del estado en que os encontrabais, y qué mal os hubiera cumplido mi palabra si os hubiera prometido no asustarme de un peligro tan grande ! Bien sé que ya ha pasado, pero es imposible representarse vuestra vida tan próxima á su fin sin gemir de horror : y ¡ Mr. de Grignan os deja embarcar durante una tempestad ! Y cuando vos sois temeraria, él encuentra gracioso el serlo más que vos : en lugar de haceros esperar á que la tormenta pasara, él quiere exponeros. ¡ Ah, Dios mío ! ¡ Cuánto mejor hubiese sido ser tímido y deciros que si vos no teníais miedo él lo tenía y no sufriría que vos atravesaseis el Ródano con un tiempo como el que hacía ! ¡ Qué trabajo me cuesta comprender su ternura en esta ocasión ! Este Ródano que da miedo á todo el mundo, ese puente de Avignon, junto al cual se haría mal en pasar aun tomando de lejos todas las medidas. Un remolino de viento os arroja violentamente bajo un arco, y ¡ qué milagro el que no hayáis sido despedazados y ahogados en un momento ! Yo no soporto este pensamiento, tiemblo al recordarle y me he despertado con sobresaltos que no puedo dominar. ¿ Encontráis siempre que el Ródano no sea más que agua ? De buena fe, ¿ no os habéis asustado de una muerte tan próxima y tan inevitable ? ¿ No seréis otra vez un poco menos atrevida ? Una aventura como esta, ¿ no os hará ver los peligros tan terribles como ellos son ? Yo os ruego que confeséis lo que pensáis : creo al menos que habréis dado gracias á Dios por haberos salvado ; en cuanto á mí, estoy persuadida de que las misas que he hecho decir todos los días por vos han hecho este milagro, y yo estoy más obligada á Dios de haberos conservado en esta ocasión, que por haberme hecho nacer ; es á Mr. de Grignan á quien me dirijo. El coadyutor tiene buen tiempo : no ha sido molestado más que por la montaña de Tarare que me parece ahora como las

pendientes de Nemours. Mr. Busche (1) ha venido á verme ; he tenido intención de besarle pensando en lo bien que os ha conducido ; le he hablado mucho de vuestros hechos y vuestros gestos, y después le he dado de beber á mi salud. Esta carta os parecerá ridícula, pues la recibiréis en ocasión de que ya no pensaréis en el puente de Avignon. Es preciso que yo piense en él ahora. ¡ Es una desgracia las relaciones tan lejanas ; es preciso resolverse y no revelarse contra este inconveniente ! Esto es natural, y se haría demasiado fuerte la obligación de ahogar todos sus pensamientos ; es preciso entrar en el estado natural en que se está respondiendo á una cosa que nos interesa. Vos estaréis, pues, obligada á excusarme á menudo. Espero noticias de vuestra estancia en Arlés ; yo sé que habréis encontrado allí mucha gente. ¿ No me estáis agradecida por haberos enseñado el italiano ? Ved que bien os habéis encontrado con el Vice-legado : lo que decís de esta escena es excelente, pero he disfrutado poco del resto de vuestra carta. Yo os evito mis eternos comienzos sobre el puente de Avignon : no le olvidaré en mi vida.

À LA MISMA

Part.º viernes, 13 de marzo de 1671.

Heme aquí con la alegría en el corazón, completamente sola en mi cuarto escribiéndoos apaciblemente. Nada me es tan agradable como este estado. He comido hoy en casa de Mad. Lavardin, después de haber oído á Bourdaloue donde estaban las madres de la iglesia : así es como yo llamo á las princesas de Conty y de Longueville. Toda la gente que figura en el mundo estaba en este sermón, y este sermón era digno de todo el que lo escuchaba. He pensado veinte veces en vos

(1) El conductor de Mad. de Grignan.

y otras tantas he deseado teneros cerca de mí; hubierais estado encantada de oirle y yo más encantada todavía de veros oirle. Mr. de la Rochefoncauld ha recibido muy agradablemente en casa de Mad. Lavardin los cumplimientos que le hacéis; se ha hablado mucho de vos. Mr. d'Ambres estaba allí con su prima de Brissac; ha parecido interesarse mucho en vuestro pretendido naufragio; se ha hablado de vuestro atrevimiento. Mr. de la Rochefoucauld ha dicho que vos habíais querido parecer valiente en la esperanza de que alguna caritativa persona os lo impidiera, y que no habiéndola encontrado os habéis debido hallar en el mismo embarazo que Scaramouche. Hemos estado en la feria á ver una endiablada mujer más alta que Riberpre toda la cabeza; el otro día parió dos grandes criaturas que vinieron de frente con los brazos á los lados: es por completo una gran mujer. He estado á dar vuestros recuerdos al hotel de Rambouillet; os devuelven mil. Mad. de Montausier está desesperada de no poder veros. He estado en casa de Mad. de Puy-du-Fou: he estado por la tercera vez en casa de Mad. de Maillanes; me hago reir á mí misma observando el placer que encuentro en todas estas cosas. Por lo demás, si creéis rabiosas á las hijas de la reina, creéis bien. Hace ocho días que Mad. de Ludres (1). Coëtlogon y la pequeña de Rouvroi fueron mordidos por una purrilla de Theobon; esta perra ha muerto rabiosa; de suerte que Ludres, Coëtlogon y Rouvroi, han salido esta mañana para Dieppe para hacerse echar tres veces en el mar. Este viaje es triste; Benserade está desesperado. Theobon no ha querido ir, aunque ella también ha sido mordida. Le reina no quiere que la sirva; no se sabe lo que resultará de toda esta aventura. ¿No encontráis que Ludres se parece á Andrómeda. En cuanto á mí la veo atada á la roca y Treville (2) sobre un caballo alado que mata al monstruo.

(1) Maria Isabel de Ludres, camarera de Pousay, que fué amada por el Rey.

(2) Enrique José de Peyre, conde de Treville.

¡Ah! ¡Jezú! ¡Matame te Grignan! que coxa tan dada, zer adojada dexnuda en la mal! (1)

Ya van bastantes días que no sé nada de vos : ¿creéis que yo adivino lo que hacéis? Pero yo me tomo demasiado interés por vuestra salud y por el estado de vuestro espíritu, para querer limitarme á lo que imagino. Las menores circunstancias son queridas de aquellos á quienes se ama perfectamente, así como son enojosas las de los otros; lo hemos dicho mil veces y es verdad. La Vauvineux os manda cien recuerdos; su hija ha estado muy enferma; Mad. d'Arpajon lo ha estado también. Nombradme toda esta gente con Mad. de Verneuil (2) todo lo que gustéis. Aquí hay una carta de Mr. de Condom, el cual me la ha enviado con un billete muy bonito. Vuestro hermano entra bajo las leyes de Ninon; dudo que le sean buenas : hay espíritus para quienes no valen nada. Ella habría mimado á su padre, es preciso recomendarle á Dios; cuando se es cristiana, ó al menos cuando se quiere serlo, no se pueden ver los desarreglos sin pena, ¡Ah! Bourdaloue. ¡Qué divinas verdades nos habéis dicho hoy acerca de la muerte! Mad. de La Fayette estaba allí por la primera vez de su vida; estaba transportada de admiración; agradece mucho vuestro recuerdo y os abraza de todo corazón. Le he dado una bella copia de vuestro retrato y le ha puesto en su gabinete, donde no sois jamás olvidada. Si estáis todavía del humor que estabais en Santa María y guardáis todavía mis cartas, ved si habéis recibido la del diez y ocho de febrero. Adiós, mi muy amable hija. ¿Os diré yo que os amo? Parece burlarse el hablar de esto todavía; sin embargo, como yo estoy encantada cuando me aseguráis vuestra ternura, os aseguro la mía á fin de daros regocijo si sois de mi humor. ¿Y ese Grignan, merece que le diga yo una palabra?

Creo que Mr. d'Hacqueville os envía todas las noticias; yo,

(1) Manera de pronunciar de Mad. de Ludres.

(2) Carlota Seguiet, viuda del duque de Sully, casada en segundas nupcias con el duque de Verneuil, hijo natural de Enrique IV.

por mi parte, no sé nada ; sería muy á propósito para deciros que el canceller ha tomado un enjuagatorio (1). Ayer vi una cosa en casa de Mademoiselle que me causó placer. Mad. de Gevres llegó bella, encantadora y graciosa ; Mad. de Arpajon estaba por cima de mí ; pienso que la duquesa esperaba que la ofreciese mi sitio ; pero por mi fe, yo la debía una descor-

tesia desde el otro día, se la pagué al contado y no me moví. Mademoiselle estaba en la cama y Mad. de Gevres se vió obligada á quedarse fuera del estrado ; esto es incómodo. Traen de beber á Mademoiselle, es preciso darle la servilleta. Veo á Mad. de Gevres que se quita el guante de su flaca mano ; yo empuje á Mad. de Arpajon : esta me entiende y se quita el guante y con mucha gracia avanza un paso, detiene á la duquesa y coge la servilleta y se la da á Mademoiselle. La duquesa de Gevres quedó avergonzada ; había subido al estrado, se había quitado sus guantes y todo esto para haber dado la servilleta desde más cerca á Mad. Arpajon. Hija mía, yo soy mala, esto me ha regocijado ; bien empleado le está. ¿Se ha visto nunca correr para quitar á Mad. de Arpajon un pequeño honor que la correspondia naturalmente ? Mad. de Puisieux se ha alegrado también. Mademoiselle no se atrevia á levantar los ojos ; y yo, yo tenía una cara que no valia nada. Después de esto se me han dicho cien mil cosas buenas de vos, y Mademoiselle me ha mandado deciros que estaba muy contenta de que no os hubieseis ahogado y de que estuviesséis en buena salud. Fuimos en casa de Mad. Colbert, que me pidió noticias vuestras : he aquí terribles bagatelas, pero yo no sé nada.

Bien veis que ya no soy devota : ¡ Ah ! tengo mucha necesidad de las mañanas y de la soledad de Livry ; yo os daría los dos libros de la Fontaine cuando estuviesséis incomodada ; hay pasajes bonitos y otros enojosos : no se quiere jamás contentarse de haber hecho bien, y queriéndolo hacer mejor se hace más mal.

(1) El conciller Seguiet no iba nunca al consejo sin tomar esta precaución.

À LA MISMA

Livry, Jueves-Santo, 26 de marzo de 1671.

Si yo hubiese llorado tanto mis pecados como he llorado por vos desde que estoy aquí, me encontraría muy bien dispuesta para hacer mis pascuas y mi jubileo. He pasado aquí el tiempo que había resuelto, de la manera que lo había imaginado á excepción de vuestro recuerdo que me ha atormentado más de lo que yo había previsto. Es una cosa extraña, una imaginación viva que representa todas las cosas como si todavía existiesen; sobre esto se piensa al presente, y cuando se tiene el corazón como yo le tengo, se muere. Yo no sé dónde esconderme de vos : nuestra casa de París me abrumba siempre, y Livry me acaba. En cuan' á vos, sólo por un exceso de memoria pensáis en mí; la Provenza no está obligada á presentarme ante vos, como estos sitios deben presentaros ante mí. Yo he encontrado dulzura en la tristeza que aquí he tenido; una gran soledad, un gran silencio, oficios tristes, las tinieblas cantadas con devoción, un ayuno canónico y una belleza en estos jardines de la cual quedaríais encantada. Todo esto me ha agradado. No había estado jamás en Livry durante la Semana Santa. ¡Ah! ¡cuánto os he deseado! Por poco que os guste la soledad, hubierais estado contenta de ésta, pero yo me vuelvo á París por necesidad; allí encontraré cartas vuestras y quiero ir mañana á la Pasión del P. Bourdaloue ó del P. Mascaron. Yo he honrado siempre las bellas Pasiones. Adiós, mi querida hija, acabaré ésta en París; ved lo que tendréis de Livry: si yo hubiese tenido la fuerza de no escribiros y de hacer un sacrificio á Dios de todo lo que allí he sentido, esto solo valdria más que todas las penitencias del mundo; pero en lugar de hacer un buen uso de ellas, he buscado consuelo en hablaros. ¡Ah, hija mía! ¡Qué débil y miserable es esto!

Á LA MISMA

Paris, miércoles, 1.º de abril de 1671.

Ayer vine de Saint Germain; estuve con Mad. de Arpajon. El número de los que me pidieron noticias vuestras es tan grande como el de todos los que componen la Corte. Pienso que es bueno distinguir la reina que dió un paso hacia mí, y me pidió noticias de mi hija sobre su aventura del Ródano. Yo la dí gracias del honor que os hacía acordándose de vos. Entonces tomó la palabra y me dijo : « Contadme cómo ha pensado perecer. » Yo me puse entonces á contarla vuestro atrevimiento de querer atravesar el Ródano con un gran viento, y que este viento os había arrojado rápidamente bajo un arco á dos dedos del pilar, donde hubierais perecido mil veces si hubieseis chocado. La reina me dijo : « ¿Y su marido estaba con ella? » Sí, señora, y el señor coadyutor también. — Verdaderamente hicieron muy mal — replicó haciendo exclamaciones y diciendo cosas muy agradables para vos. Vinieron en seguida muchas duquesas, entre otras la jóven Ventadour, muy bella y muy bonita. Se pasaron algunos momentos sin traerla el divino taburete; me volví hacia el gran maestro y le dije : « ¡Eh! que se le den, bastante caro le cuesta (1). » El fué de mi opinión. En medio del silencio del círculo, la reina se volvió y me dijo : « ¿A quién se parece vuestra nieta? » Señora, le dije yo, se parece á Mr. de Grignan. » S. M. exclamó y me dijo dulcemente : « Lo siento; hubiera hecho mejor en parecerse á su madre ó á su abuela. » He aquí para qué me valéis en la Corte. El mariscal de Bellefonds me ha prometido darlo á la prensa; Mr. y Mad. de Duras á quien he dado vuestros recuerdos; MMrs. de Charost y de Montausier *y tutti quanti* os los devuelven centuplicados. He dado vuestra carta á Mr. de Condom. No debo olvidar el Delfin y Mademoiselle, que me

(1) Mr. de Ventadour era no solamente feo y contrahecho, sino además muy calavera.

han hablado de vos. He visto á Mad. de Ludres; ella se dirigió á mí con una superabundancia de amistad que me sorprendió; me habló de vos en el mismo tono, y después de repente, cuando yo pensaba en responderla, vi que ya no me escuchaba, y que sus hermosos ojos registraban el salón. Yo lo vi prontamente, y los que vieron que yo lo veía, me agradecieron haberlo visto y se echaron á reir. Ella ha sido sumergida en el mar, el mar la ha visto completamente desnuda, y su fiereza se ha aumentado; — yo hablo de la fiereza del mar; pues en cuanto á la bella, ésta está muy humillada.

Los peinados hurluberlú me han divertido mucho; hay algunos que dan ganas de darle bofetadas. La Choiseul parecía, como dijo Ninón, una *primavera de Hostelaria* (1) como dos gotas de agua. Esta comparación es excelente. ¡Pero que peligrosa es esta Ninón! Si supiéseis cómo dogmatiza sobre religión, os daría horror. Su celo para pervertir jóvenes es semejante al de un cierto Mr. de Saint-Germain que nosotros hemos visto una vez en Livry. Encuentra que vuestro hermano tiene la sencillez de la paloma, se parece á su madre; es Mad. de Grignan quien tiene toda la sal de la casa y que no es tan tonta para permanecer en esta docilidad. Alguien pensó tomar vuestro partido y quiso quitarle la estima que ella tiene por vos; ella le hizo callar, y dijo que sabía de esto más que él. ¡Qué corrupción! Por que ella os encuentra hermosa y espiritual, quiere unir á esto otra cualidad, sin la cual, según sus máximas, no se puede ser perfecta. Estoy vivamente disgustada del mal que ha hecho á mi hijo tocante á este punto. No digáis nada para ella; Mad. de La Fayette y yo hacemos todos nuestros esfuerzos para separarle de una relación tan peligrosa. Él tiene además una joven actriz (2) y todos los Racine y los Despreaux y paga las cenas; en fin, es una verdadera diablura. Se burla de los Mascarón, como habéis visto. Verdaderamente

(1) Alusión á las malas pinturas que se veían en los hoteles y tabernas.

(2) La Champmelé.

le hará falta vuestro mínimo (1). Yo no he visto nunca nada tan burlón como lo que acerca de esto me escribís; se lo he leído á Mr. de la Rochefoucauld y ha reído muchísimo. Os dice que hay un cierto apóstol que corre detrás de su costilla y que quisiera apropiársela como su bien; pero no tiene el arte de seguir las grandes empresas. Parece que Melusina ha caído en un pozo; no oímos hablar una palabra de ella. Mr. de la Rochefoucauld os dice además, que él quisiera también la tercera costilla de Mr. de Grignan (2). El sitio en que vos decís que hay dos costillas rotas le hizo reír mucho. Os deseamos siempre alguna suerte de locura que os divierta; pero tememos mucho que ésta no haya sido mejor para nosotros que para vos. Después de todo os compadecemos mucho por no oír hablar de Dios mas que de esta manera. ¡Ah! ¡Bourdouloué! Según me han dicho ha predicado una pasión más perfecta que todo cuanto se puede imaginar: era la del año pasado que por consejo de sus amigos había corregido á fin de que fuese inimitable. ¿Cómo se puede amar á Dios, cuando nunca se oye hablar bien de él? Es preciso para esto gracias más particulares que á los otros. El otro día oímos al abate Montmort (3). No he oído jamás un predicador tan joven y hermoso; os le desearía en lugar de vuestro mínimo. Hizo el signo de la cruz y dijo su texto. No nos riñó ni nos dijo injurias; nos rogó que no temiéramos la muerte, pues este era el solo paso que teníamos para resucitar con Jesucristo. Nosotros se lo prometimos y todos nos fuimos contentos. No tiene nada que choque: imita á Mr. de Agen (4) sin copiarle; es atrevido, modesto, sabio y devoto; en fin, quedó contenta de él hasta el último grado.

Madame de Vauvineux os da mil gracias; su hija ha estado muy mala. Mad. de Arpajon os besa mil veces, y sobre todo

(1) El mínimo que predicaba á Grignan.

(2) Es decir, á Mad. de Grignan que era su tercera mujer.

(3) Este abate fué nombrado obispo de Perpiñán en 1680, y murió en Montpellier á la edad de cincuenta y un años en 23 de enero de 1695.

(4) Claudio Soly á quien Mascarón sucedió en 1672.

Mr. de Camus os adora; y yo mi querida hija, ¿qué pensáis que yo hago? Amaros, pensar en vos, entermecerme á cada instante más de lo que yo quisiera inquietarme de lo que pensáis, ocuparme de vuestros asuntos, sentir vuestros enojos y vuestras penas, quererlos sufrir por vos, si esto fuera posible, limpiar vuestro corazón como limpiaba vuestra alcoba de todo lo molesto de que la veía llena; en una palabra, comprender vivamente lo que es amar á otro más que así mismo; he aquí como yo soy. Esta es una cosa que se dice á menudo sin sentirla; se abusa de esta expresión, pero yo la repito sin profanarla jamás; yo la siento toda entera dentro de mí, y esto es verdad. No hay razón para todas las alabanzas que me hacéis; no la hay tampoco para la extensión que yo doy á esta carta; es preciso acabarla y poner límites á lo que no los tendría si yo me creyese. Adiós, amada mía, contad con mi ternura que no tendrá fin jamás

Á LA MISMA

Paris, sábado 4 de abril de 1671.

Os describía el otro día el peinado de Mad. de Nevers y hasta qué exceso había llevado la Martín esta moda; pero hay una cierta medianía que me ha encantado y que os es preciso aprender á fin de que no tengáis que entreteneros más en hacer cien pequeños bucles sobre vuestras orejas que se desrizan en un momento y que no son más á la moda que el peinado de la reina Catarina de Médicis. Vi ayer á la duquesa de Sully y á la condesa de Guiche : sus cabezas son encantadoras; estoy convencida; este peinado parece hecho justamente para vuestro rostro; estaréis como un ángel y se hace en un momento. Lo que me disgusta es que esta moda que deja la cabeza descubierta, me hace temer por los dientes.

He aquí lo que *Trochanire*, (1) que viene de Saint-Germain,

(1) Madame de la Troche, que ayudaba á Mad. de Sévigné en esta descripción.

y yo, vamos á haceros comprender si podemos. Imaginaos una cabeza partida á la aldeana, hasta dos dedos de la almohadilla; se corta el cabello por ambos lados y se hacen dos grandes bucles redondos y caídos que llegan hasta un dedo por bajo de la oreja. Esto da un aspecto muy joven y muy bonito, y como dos gruesos de *bouquets* de cabellos por cada lado. Es preciso no cortar el cabello demasiado corto; pues como es preciso rizarlos *naturalmente*, los bucles, que se llevan mucho, han engañado varias damas cuyo ejemplo deberhacer temblar á las otras. Se ponen las cintas como de ordinario. Yo no sé si os hemos representado bien esta moda. Haré peinar una muñeca para enviárosla, y después, al cabo de todo esto, muero de miedo de que vos no queráis tomaros este trabajo. Lo que es verdad, es que el peinado que hace Mongobert no es ya soportable. Por lo demás, consultad vuestra pereza y vuestros dientes; pero no me impidáis el desear que yo pueda veros peinada aquí como las otras. Yo os veo, aparecéis ante mí, y este peinado es hecho para vos; pero, ¡qué ridículo es para ciertas damas, á cuya edad ó á cuya belleza no conviene!

À LA MISMA

Viernes, noche, 17 de abril de 1671.

Hago mi paquete en casa de Mad. de La Fayette, á quien he dado vuestra carta; la hemos leído juntas con placer, encontramos que nadie escribe mejor que vos; la elogiáis muy agradablemente, y yo como de paso encuentro alguna frase que me va derecha al corazón. Es un don que poseéis por extraña manera. Mad. de La Fayette fué ayer á Versailles; Mad. de Thianges la había invitado á ir, fué muy bien recibida; pero muy bien; es decir que el Rey la hizo subir en su calesa con las damas, y se complació en hacerla ver todas las bellezas de Versailles, como haria un particular á quien se va á ver á su casa de campo; no habló más que á ella y recibió con mucho

placer y finura los elogios que ella hizo de las bellezas que veía; ya podéis pensar si estará contenta con tal viaje. Mr. de la Rochefoucauld, que está aquí, os abraza sin otra forma de proceso, y os ruega que creáis que está más lejos de olvidaros que presto á danzar el baile de la Auvernia; tiene un pequeño principio de gota en la mano que le impide escribir en esta carta. Mad. de La Fayette os estima y os ama, y no os cree tan desprovista de virtudes como el día en que estabais acostada al lado de su chimenea y del cual os acordáis tan bien.

A LA MISMA

Viernes, noche, 24 de abril de 1671.

En casa de Mr. de la Rochefoucauld.

He hecho aquí mi paquete. Tenía deseos de contaros que el Rey llegó anoche á Chantilly; corrió un ciervo á la luz de la luna. Las linternas hicieron maravillas; los fuegos artificiales fueron un poco deslucidos por la claridad de nuestra amiga; pero en fin, la noche, la cena, el fuego, todo fué á maravilla. El tiempo que ha hecho hoy nos hacía esperar una continuación digna de tan agradable principio. Pero he aquí lo que oigo al entrar, y que hace que yo no sepa ya lo que os digo; es en fin que Vatel, el gran Vatel, el jefe de cocina de Mr. Fouquet, que lo era ahora del Príncipe, este hombre de una capacidad distinguida entre todos los otros, cuya buena cabeza era capaz de contener todo el cuidado de un Estado; este hombre, pues, que yo conocía, viendo que esta mañana á las ocho no había llegado el pescado, no ha podido aguantar la afrenta de la cual creyó que iba á ser agoviado, y en una palabra, se ha dado de puñaladas. Podéis pensar el horrible desorden que un accidente tan terrible ha causado en esta fiesta; pensad que el pescado ha podido llegar quizás cuando él expiraba. Yo no sé más hasta ahora; pero creo que vos pensáis que es bas-

tanto. No dudo que la confusión haya sido grande : es una cosa molesta en una fiesta de cincuenta mil escudos.

A LA MISMA

París, domingo, 26 de abril de 1671.

Es Domingo 26 de abril : esta carta no saldrá hasta el miércoles ; pero esto no es una carta, es una relación que Moreui acaba de hacerme para vos de lo que ha pasado en Chantilly con relación á Vatel. Os escribí el viernes que se había dado de puñaladas ; ved aquí el asunto con detallés : el Rey llegó el jueves por la noche ; el paseo, la colación en un sitio tapizado de juncia, todo salió á pedir de boca. Se cenó y hubo algunas mesas en que faltó el asado á causa de algunos convidados con que no se contaba : esto impresionó á Vatel, que dijo varias veces : « He perdido el honor; esto es una afrenta que yo no soportaré. » Luego dijo á Gourville : « Se me va la cabeza ; hace doce noches que no he dormido ; ayudadme á dar órdenes. » Gourville le consoló en lo que pudo ; el asado que faltó no fué en la mesa del Rey, sino á otros veinte y cinco que habían llegado ; pero él lo tenía siempre en la imaginación. Gourville se lo dijo al Príncipe. Este fué á la habitación de Vatel y le dijo : « Vatel, todo va bien, nada ha habido más hermoso que la cena del Rey. » Él respondió : « Monseñor, vuestra bondad me agovia, y sé que el asado ha faltado en dos mesas. — Nada de eso, no os incomodéis, toda va bien. » Llegó media noche, los fuegos artificiales no lucieron ; habían costado diez y seis mil francos. A las cuatro de la mañana salió y fué por todas partes encontrando á todos dormidos. Solo vió un proveedor que no le llevaba más que dos cargas de pescado, y le preguntó. — ¿Es esto todo? — Sí, señor ; él no sabía que Vatel había enviado á todos los puertos de mar. Vatel esperó algún tiempo ; los otros proveedores no vinieron. Su cabeza se

calentaba y creyó que no habría otro pescado; encontró á Gourville y le dijo : « Caballero, yo no sobreviviré á esta afrenta. » Gourville se burló de él. Vatel sube á su habitación, apoya su espada contra la puerta y se la pasa á través del pecho; pero no murió hasta el tercer golpe, pues los dos primeros no fueron mortales. Por fin cayó muerto. El pescado entre tanto llega de todas partes; se busca á Vatel para distribuirle, se va á su habitación, se golpea, se derriba la puerta; se le encuentran bañado en su sangre; corren en casa del príncipe, que expresó la mayor desesperación. El duque lloró : era sobre Vatel en quien fundaba todo su viaje á Borgoña. El Príncipe le dijo al Rey muy tristemente : Se dice que esto era al considerar el honor á su manera; se le alabó mucho y se censuró su valor. El Rey dijo que hacía cinco años que retardaba su venida á Chantilly, porque comprendía el exceso de esta molestia. Dijo al príncipe que no debía tener más que dos mesas y no encargarse de todo; juró que no permitiría que el príncipe hiciese tales gastos; pero todo era demasiado tarde para el pobre Vatel. Sin embargo, Gourville trató de reparar la pérdida de Vatel y fué reparada. Se comió muy bien, se merendó, se cenó, se paseó, se jugó y se fué de caza; todo estaba perfumado y cubierto de verdura, todo era encantador. Ayer, que era sábado, se hizo también lo mismo, y por la noche el rey fué á Liancourt, donde había preparado *media noche* : (1) debe permanecer allí dos días. Esto es lo que Moreuil me ha dicho, esperando que os lo comunicara. Yo me echo todo á la espalda y no sé nada de lo demás. Mr. de Hacquevillé, que ha presenciado todo esto, nos hará sin duda relación de ello; pero como su letra no es tan legible como la mía escribo también, y si os mando esta infinidad de detalles, es porque yo los desearía en semejante ocasión.

(1) Esta frase está en español en el original francés.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles, 4 de noviembre 1671.

Hija mía : Hace hoy dos años que ocurrió una extraña escena en Livry (1) y que mi corazón sufrió una terrible angustia ; pero es preciso pasar ligeramente sobre tales recuerdos. Hay ciertos pensamientos que hacen perder la cabeza. Hablemos un poco de Mr. de Nicole: hace mucho tiempo que no hemos dicho nada de él. Encuentro vuestra reflexión muy buena y muy justa acerca de la indiferencia que él quiere que tengamos por la aprobación ó la desaprobación del prójimo. Creo como vos, que es preciso un poco de gracia y que la filosofía sola no es bastante. Nos pone á un tan alto precio la paz y la unión con el prójimo, y nos aconseja adquirirla á costa de tantas cosas, que no hay medio después de esto de ser indiferente sobre lo que el mundo piensa de nosotros. Adivinad lo que yo hago : comienzo de nuevo este tratado y quisiera que fuese como un caldo que se puede tragar en seguida. Lo que él dice del orgullo y del amor propio que se encuentran en todas las disputas y que se cubre con el hermoso nombre de amor de la verdad, es una cosa que me encanta. En fin, este tratado se ha hecho para bien del mundo ; pero yo creo que se ha hecho especialmente para mí. Dice que la elocuencia y la facilidad de hablar dan un cierto brillo á los pensamientos ; esta expresión me ha parecido bella y nueva ; ¿ no encontráis que esta palabra de brillo está bien colocada ?

Es preciso que releamos este libro á Grignan. Si yo fuese vuestro guardia durante vuestro parto, esta sería la ocasión ; pero, ¿ qué puedo yo hacer desde tan lejos ? Hago decir todos los días la misa por vos ; he aquí mi empleo y el tener muchas inquietudes que no servirán de nada ; pero que es imposible no

(1) Alude al mal parto de Mad. de Grignan, llegada á Livry el 4 de noviembre de 1669.

tener. Sin embargo, tengo diez ó doce obreros trabajando que elevan la techumbre de mi capilla, que corren sobre los andamios, que no temen nada y que están á todo momento á punto de romperse el cuello, que me hacen mal á fuerza de verlos desde abajo. Se piensa en este bello efecto de la Providencia que hace la ambición; se da gracias á Dios de que haya hombres que por doce sueldos quieran hacer lo que otros no harían por cien mil escudos. « ¡Oh, demasiado felices los que plantan coles! Cuando tienen un pie en tierra, el otro no está lejos. » Lo he leído esto en un buen autor (1). Tenemos también plantadores que hacen nuevas calles de árboles, los cuales sostengo yo misma cuando no llueve mucho, pero el tiempo nos agovia y nos hace desear un silfo para trasladarnos á París. Mad. de la Fayette me dice que, puesto que vos me contáis seriamente la historia de *Auger*, está persuadida de que nada es más cierto y de que no os burláis de mí. Ella creía al principio que esto fuese alguna locura de Coulanges, lo cual se podía pensar muy bien; si la escribís acerca de este asunto, hacedlo en este sentido. Mr. de Louvigny, como veis, no ha tenido el valor de comprar el cargo de su padre. He aquí á Mr. de la Feuillade bien establecido; no creía yo que debiese entrar tan pronto en el camino de la fortuna. Mi tía ha tenido una fiebre que me ha dado miedo. Vuestra pequeña tiene mala la dentadura y pellizca como vos; esto es gracioso. ¿Qué más he de deciros? Pensad que estoy en un desierto. Nunca he visto menos gente que este año. La Troche, á quien esperaba, está enfermo. Estamos, pues, solos; leemos mucho y se encuentra la noche y el día siguiente como siempre. Adiós mi querida hija; soy vuestra sin ninguna exageración hasta la muerte inclusive; abrazo á Mr. de Clodiopolis (2) y al coronel Adhemar y al hermoso caballero. En cuanto á Mr. de Grignan, va por separado.

(1) Rabelais en *Panurgo*.

(2) El coadjutor de Arlés

A LA MISMA

Los Rochers, domingo, 15 de noviembre 1671.

Cuando yo os he preguntado si habíais tirado mis cartas últimas, era una broma; pues de buena fe, aunque ellas no merezcan todo el honor que vos las hacéis, creo que después de haber guardado las que os escribía cuando jugabais á las muñecas, guardaréis éstas también; pero ya no hay cajitas bastantes para contenerlas; serán preciso baules.

No creo que haya nada de más gracioso que lo que vos decís del nombre de Adhemar. En fin, la raspadura de sus letras está solo en la firma (1). Yo no sé qué decir acerca del nombre del regimiento; ya os he mandado mi opinión. Vos sabéis lo que yo soy para Adhemar, y que yo quisiera sostenerle con peligro de mi vida (2); pero yo tomo que no seamos nosotros los más fuertes. En cuanto á la divisa, es bonita. (3).

Che peri, pur che m'innalzi.

He aquí el discurso de un amante de la gloria, de un ambiciosillo, de un temerario, de un impetuoso, de un pequeño mariscal de Francia. Tengo gran deseo de saber vuestra opinión y dónde yo la he pescado, pues yo no creo haberla hecho. En cuanto á Mr. de Grignan, le creo bien y estoy segura que ama mejor un mirlo que vos, y en este punto yo amo más á un buho que á él; que lo examine: yo le amo siempre en proporción de lo que él os ama; yo sé bien que hay una cosa que me hará juzgar de él. Pero, hija mía, ¿no admiráis

(1) El caballero de Grignan había tomado desde hacia poco el nombre de Adhemar y no tenía todavía la costumbre de firmar con él.

(2) El regimiento de que se trata era uno de los que se llamaban regimientos de gentiles hombres y que llevaban el nombre de los coroneles.

(3) El cuerpo de esta divisa era un cohete volante.

los errores y los contratiempos á que da lugar la distancia? Tengo pena por vos cuando estáis en buena salud, y acaso cuando estéis enferma, una de vuestras cartas me dará la alegría : pero esta alegría no puede ser larga, porque, en fin, es preciso dar á luz y esto es lo que me entristece y me turba con razón hasta que sepa vuestro feliz alumbramiento. ¿Estáis, pues, resuelta á dar á luz en Lambesc? ¿Tenéis vuestro cirujano? La joven Deville me dice que le conocéis, esto es bastante; pero temo que sea joven, después que os sangren, y los jóvenes no tienen mucha experiencia. En fin, yo no sé lo que digo; pero tened cuidado de vos por encima de todas las cosas. El pasado debe haberos hecho prudente; en cuanto á mí, soy ya de una capacidad que me sorprende.

¿Os he dicho que hacía plantar la plaza más bonita del mundo? Yo me coloco en medio de esta plaza, donde nadie me acompaña porque hace mucho frío. La Mousse da veinte vueltas para entrar en calor; el abate va y viene para nuestros asuntos, y yo estoy allí plantada con mi casaca pensando en la Providencia, pues este pensamiento no me abandona jamás. Quisiera saber aquí las noticias de vuestro parto : la fatiga de los caminos y mi violenta inquietud, no me parecen dos cosas que se puedan soportar á la vez. Mandadme á decir qué nombre tomará Adhemar, yo le encuentro difícil : Mr. de Grignan defiende *Grignan* y tiene razón; Rouville (1) defiende el otro : será preciso dejar la elección á este joven amante de la gloria.

¿Queréis saber si tenemos todavía hojas verdes? Sí, muchas : están mezcladas de aurora y de hoja muerta, y esto hace un conjunto admirable.

He aquí dos buenas viudas : Mad. de Senneterre y Mad. de Leuville ; la una es más rica que la otra, pero la otra es más rica que la una. No me decís nada de vuestra asamblea; dura más que nuestros estados. Habladme de vuestra salud y por

(1) Francisco, Conde de Rouville, hombre extraordinario por la autoridad que había adquirido de decir altamente la verdad.

lo que vos llamáis pesadeces, no encuentro más que esto de bueno. ¡Ah! si vos las odiáis no tendréis más que quemar mis cartas sin leerlas. Nuestro abate os abraza paternalmente, y os conjura á que hagáis durante el tiempo que estéis en esa todos los chicos que queráis y no guardar ninguno para cuando nosotros lleguemos. Adiós, mi querida hija, os recomiendo mi vida.

A LA MISMA

Los Rochers, domingo, 29 noviembre de 1671.

Me es imposible, muy imposible el deciros, mi querida hija, la alegría que he recibido al abrir esta venturosa carta que me anuncia vuestro feliz alumbramiento. Viendo una carta de Mr. de Grignan he sospechado que estaríais en cama; pero al no ver estas amables letras de vuestra mano, comprendí que el asunto era grave. Había, sin embargo, una vuestra del quince; pero la miraba sin ver porque la de Mr. de Grignan me trastornaba la cabeza; en fin, la he abierto con un temblor extraordinario y he encontrado todo lo que yo podía desear en el mundo. ¿Qué pensáis que yo haga en este exceso de alegría?

Preguntad al coadyutor, vos no os habéis encontrado nunca en esta situación. ¿Sabéis lo que se hace? El corazón se conmueve, se llora sin poderlo impedir; esto es lo que yo he hecho, querida mía, con mucho placer: son lágrimas de una dulzura que no puede compararse á nada, ni aun á las alegrías más brillantes. Como vos sois filósofa, sabéis las razones de todos estos efectos; en cuanto á mí, yo lo siento y voy á hacer decir tantas misas para dar gracias á Dios por este beneficio, como mandé decir para pedírselo. Si el estado en que estoy durase mucho tiempo, la vida sería demasiado agradable; pero es preciso gozar del bien presente, las penas vienen bastante

pronto. ¡Qué bonita cosa! ¡Dar á luz un varón y hacerle apadrinar por la Provenza! (1) No se puede desear más. Hija mía, yo os doy gracias mil veces por las tres líneas que me habéis escrito; ellas han sido el coronamiento de una alegría completa. Mi abate está trasportado de gozo como yo y nuestro Mousse encantado. Adiós ángel mío. Tengo otras muchas cartas que escribir además de la vuestra.

À LA MISMA

París, miércoles, 23 de diciembre de 1671.

Os escribo un poco más largo porque quiero hablar un momento con vos. Después que os hube enviado mi paquete el día de mi llegada, Duvois me trajo el que yo creía perdido: podéis pensar con qué alegría le recibí. No pude contestar por que Mad. de La Fayette, Mad. de Saint-Geran y Mad. de Villiers vinieron á abrazarme. Hacéis todas las admiraciones que debe causar una desgracia como la de Mr. de Lauzun; todas vuestras reflexiones son justas y naturales, todos los que tienen ingenio las han hecho, pero se comienza á no pensar más en ello. He aquí un buen país para olvidar á los desgraciados. Se ha sabido que hizo su viaje con una desesperación tan grande, que no le dejaban solo un momento. Se quiso hacerle bajar de la carroza en un sitio peligroso, y respondió: « *Estas desgracias no son hechas para mí.* » Dice que es inocente en cuanto al Rey; pero que su crimen consiste en tener enemigos demasiado poderosos. El Rey no ha dicho nada, y este silencio declara bastante la calidad de su crimen. Él creyó que se le dejaría en Pierre-Encise, y comenzaba en Lyon á dar gracias á Mr. d'Artagnan; pero cuando supo que se le conducía á Pignerol, suspiró y dijo: « *Estoy perdido.* » Se tenía gran piedad de su desgracia en las

(1) Fué tenido en la pila bautismal por los procuradores del país de Provenza y llamado *Luis-Provenza*.

poblaciones por donde pasaba; preciso es confesar que es extrema.

El Rey envió á buscar durante este tiempo á Mr. de Marsillac y le dijo : « Os doy el gobierno de Berry que tenía Lauzun. » — Marsillac respondió : — Señor, vuestra majestad, que sabe mejor las reglas del honor que nadie en el mundo, recuerde si le place que yo no era amigo de Lauzun; y tenga la bondad de ponerse un momento en mi lugar y juzgar si debo aceptar la gracia que me hace. — Vos sois, dijo el Rey, demasiado escrupuloso; yo sé tanto de esto como otro cualquiera, y creo que no debéis poner en este asunto la menor dificultad. — Señor, puesto que vuestra majestad lo aprueba, yo me arrojo á sus pies para darle gracias. — Pero, dijo el Rey, yo os he dado una pensión de doce mil francos, esperando que tuvieseis otra cosa mejor. — Sí, señor, yo la vuelvo á vuestras manos. — Y yo, dijo el Rey, os la doy por segunda vez para hacer honor á vuestros buenos sentimientos. Y diciendo esto se volvió hacia los ministros y los contó los escrúpulos de Mr. de Marsillac y dijo : « yo admiro la diferencia : jamás Lauzun se había dignado darme las gracias por el gobierno de Berry : él no había tomado provisiones, y he aquí un hombre penetrado de reconocimiento. »

Todo esto es en extremo verdadero; Mr. de Rochefoucauld acaba de contármelo. He creído que no despreciaríais estos detalles; si me engaño decídmelo. Este pobre hombre está muy mal de su gota, mucho peor que los otros años; os ama siempre como á su hija; me ha hablado muy bien de vos. El príncipe de Maxillac ha venido á verme, se me habla siempre de mi querida hija.

He visto á Mr. de Mesmes, que por fin ha perdido su querida mujer; ha llorado y sollozado al verme; yo no he podido retener mis lágrimas. Toda la Francia ha visitado esta casa; yo os aconsejo que le deis el pésame; se lo debéis por el recuerdo de Livry que os es grato todavía.

¿Es posible que mis cartas os sean agradables hasta el punto que decís? Yo no lo siento así cuando salen de mis manos; creo

que lo llegan á ser cuando han pasado por las vuestras; en fin, querida hija, es una gran felicidad que vos las améis, pues como os agovio tanto con ellas seríais muy desgraciada si no os agradaran. Mr. de Coulanges está disgustado por saber cuál de vuestras madamas toma gusto en esto : nosotros encontramos que es un buen signo para ella, pues mi estilo es tan poco cuidado, que es preciso tener un ingenio natural y algo de mundo para poder acomodarse á él.

He enviado á buscar á Pecquet para hablarle de la viruela de vuestra hija; se ha asustado, pero admira su fuerza para poder arrojar este veneno y cree que vivirá cien años después de haber comenzado tan bien. Me he animado algo, y he hablado doce horas con Coulanges, pues no comprendo que se pueda hablar á otros. Es una gran felicidad que el azar me haya hecho habitar en . u casa.

Nada, valor, corazón mío; nada de debilidad humana; y fortificándome así, he pasado por encima de todas mis debilidades; pero *Cateau* (1) me ha derrotado todavía una vez; entré y me pareció que debía decirme : « Mad., Mlle. os da los buenos días y os ruega que vayáis á verla. » Me habló de todo vuestro viaje y me dijo que algunas veces os acordabais de mí. Estuve durante una hora bastante impertinente. Yo me divertí con vuestra hija; vos no hacéis gran caso; pero os pagamos en la misma moneda. Ella me abraza, me conoce, me grita, me llama. Yo soy *mamá* simplemente, y de la de Provenza ni una palabra.

El Rey parte el 5 de enero para Chalons, y debe hacer algunos otros viajes, y al paso algunas revistas. El viaje será de doce días; pero los oficiales y las tropas irán más lejos : yo sospecho todavía alguna expedición como la del Franco-Condado. Vos sabéis que el Rey *es un héroe de todas las estaciones* (2).

Los pobres cortesanos están desolados; no tienen un

(1) Doncella de Mad. de Grignan.

(2) Este pensamiento es de un madrigal de Mlle. Scudéri.

cuarto. Brancas me pidió ayer de buena fe si no podría prestarle algo sobre su sueldo, y me aseguró que no hablaría á nadie, pues quería mejor entenderse conmigo que con cualquier otro. La Trousse me ruega le enseñe algunos secretos de Pomenars para vivir honradamente; en fin, están agoviados. Ved aquí á Chatillón, al cual exhorto á que os envíe una improvisación; me pide para esto ocho días; yo le aseguro que para entonces no estará más que preparado y que él la sacaría del fondo del gran saco que vos conocéis. Adiós, bella condesa; él tiene sin embargo razón. Esta carta resulta un volumen. Abrazo al laborioso Grignan, al señor *Cuervo* (1), al presuntuoso Adhemar y al afortunado Luis Provenza, sobre quien todos los astrólogos dicen, que han soplado las hadas.

E con questo mi raccomando.

À LA MISMA

Paris, primer día del año de 1672.

Ayer noche estaba en casa de Mr. de Uzés; resolvimos enviarnos un correo. Me había prometido hacerme saber hoy el éxito de su audiencia con Mr. Le Tellier y aun si él lo consentía que yo llevase allí á Mad. de Coulanges (2); pero como son las diez de la noche yo no he tenido noticias suyas; os escribo ligeramente: Mr. de Uzés tendrá cuidado de instruiros de lo que él ha hecho. Es preciso tratar de suavizar las órdenes rigurosas, haciendo ver que sería quitar á Mr. de Grignan el medio de servir al Rey, hacerle odiosa la provincia y aun cuando nos viésemos obligados á enviar las órdenes, hay gentes prudentes que dicen que debía mejor suspender su ejecución hasta la respuesta de S. M. á quien Mr. de Grignan escribiría una carta,

(1) El coadyutors de Arlés.

(2) Mad. de Coulanges era sobrina de la mujer de Mr. Le Tellier, ministro de Estado y después canciller de Francia.

como hombre que está en el lugar de los sucesos y que ve que para su mejor servicio es preciso obtener un perdón de su bondad por esta vez.

Si supieseis como ciertas gentes censuran á Mr. de Grignan por haber considerado poco su país, en comparación con la obediencia que él quería establecer, veriais cuán difícil es contentar á todo el mundo; pues si él se hubiese conducido de otro modo seria todavía peor. Los que admiran la elevación del sitio en que él está, no conocen las dificultades. Por ejemplo, ¿no sois vos ahora dignos de compasión? El viaje del Rey se ha deshecho completamente; pero las tropas marchan siempre hacia Metz. Sévigné está allí yá; la Trousse se va; los dos más cargados de buenas intenciones que de dinero contante. Está presente el arzobispo de Reims que comienza por haceros mil saludos muy cariñosos : dice que Mr. de Uzès no ha visto á su padre hoy: me asegura también que el Rey está muy contento de vuestro marido; que recibe el presente de vuestra provincia, pero que por no haber sido obedecido puntualmente envía sus órdenes para desterrar algunos cónsules; no se puede decir más por el correo. Lo que es preciso hacer en general es ser siempre muy apasionado por el servicio de S. M; pero es preciso tratar también de aliviar un poco los corazones de los provenzales, á fin de estar más en condiciones de hacer obedecer al Rey en este país.

Mr. de la Rochefoucauld os dice, y yo con él, que si la carta que le habéis escrito no os parece buena, es porque no sabéis lo que decís. Tiene razón : esta carta es muy agradable y muy espiritual; esta es la respuesta. Adiós, mi querida condesa; pienso en vos día y noche; dadme medios de serviros para distraer mi ternura.

À LA MISMA

París, martes, 5 de enero de 1672.

El Rey dió ayer, 4 de enero, audiencia al embajador de Holanda (1); quiso que el Príncipe, Mr. de Turenne, Mr. de Bouillon y Mr. de Crequi, fuesen testigos de lo que había de pasar. El embajador presentó sus cartas al Rey, que no las leyó, aunque el holandés propuso hacer la lectura. El Rey le dijo que sabía el contenido y que tenía una copia en su bolsillo. El embajador se extendió mucho sobre las justificaciones que venían en la carta y que los Estados habían examinado escrupulosamente para ver lo que ellos hubiesen podido hacer que disgustase á S. M.; que ellos no habían faltado jamás al respeto, y que sin embargo habían oído decir que todo este gran armamento no se hace más que para caer sobre ellos; que ellos estaban prontos á satisfacer á S. M. en todo cuanto se dignase ordenar, y que le suplicaban recordase las bondades que los reyes, sus predecesores, hab ían tenido para con ellos, y á lo scuales debían toda su grandeza.

El Rey tomó la palabra, y dijo con una majestad y una gracia maravillosa, que él sabía que se excitaba sus enemigos contra él; que había creído que era muy prudente no dejarse sorprender y que esto es lo que le había obligado á hacerse tan poderoso en el mar y en la tierra á fin de estar en situación de defenderse; que le quedaban aun algunas órdenes que dar, y que á la primavera haría lo que le pareciese más ventajoso para su gloria y para el bien de sus Estados; y en seguida, con un signo de cabeza hizo comprender al embajador que no quería réplica. La carta se ha encontrado conforme al discurso del embajador á parte de que terminaba asegurando á S. M. que harían todo lo que ordenase con tal que no les costase romper con sus aliados.

(1) Este embajador era Pedro Grotius, hijo del autor del « *Derecho de la guerra y de la paz* ».

Este mismo día Mr. de la Feuillade fué recibido á la cabeza del regimiento de guardias y prestó juramento en manos de un mariscal de Francia, según la costumbre; y el Rey, que estaba presente, dijo al regimiento que les daba á Mr. de la Feuillade por maestro de Campo y le puso la pica en la mano, cosa que no se hace jamás sino por el comisario; pero S. M. ha querido que no faltase ningún favor ni ningún complemento á esta ceremonia. MMr. de Dangean y Langlée (1) han tenido fuertes palabras en la calle de los Jacobinos sobre el pago del dinero del juego. Dangean amenazó; Langlée rechazó la injuria, y le dijo que ya no se acordaba de que era Dangean y que no tenía en el mundo fama de hombre terrible. Se les arregló; los dos han hecho mal y los reproches fueron violentos y poco agradables para el uno y para el otro. Langlée es fiero y familiar en sumo grado. El otro día jugaba al brelán con el conde de Gramont, que le dijo con maneras un poco libres: « Mr. de Langlée, guardad esas familiaridades para cuando juguéis con el Rey. »

El mariscal de Bellefonds ha pedido permiso al Rey para vender su cargo (2); nadie lo hará nunca tan bien como él. Todo el mundo cree, y yo más que los otros, que lo hace para pagar sus deudas, para retirarse y cuidar únicamente de su salud.

El procurador general del tribunal de subsidios (Nicolas le Camús), es primer presidente de la misma compañía: este cambio es de importancia para él; no dejéis de escribirle el uno ó el otro, y que el que no le escriba ponga unas líneas en la carta. El Presidente Nicolai ha sido repuesto en su cargo (3). Esto se llama dar noticias.

(1) Langlée era un hombre de oscuro nacimiento que había subido á la Corte por el juego.

(2) Primer maitre d'hotel del Rey.

(3) Primer presidente del Tribunal de Cuentas.

À LA MISMA

París, miércoles, 6 de enero de 1672.

En fin, mi querida hija ; no queréis que lllore viéndoos á mil leguas de mí : no podréis sin embargo impedir que esta orden de la Providencia me sea bien dura y bien sensible : yo no me acostumbraré en mucho tiempo á esta separación. Dejo esto á parte por que no quiero empezar á deciros los sentimientos de mi corazón acerca de esto ; no quiero daros mal ejemplo ni quebrantar vuestro valor con la relación de mis debilidades. Conservad toda vuestra razón, gozad de la grandeza de vuestra alma en tanto que yo me ayudaré, como pueda, con toda la ternura de la mía. Ayer fui á Saint-Germain. La Reina me atacó la primera ; hice mi visita de Corte á costa vuestra como de costumbre. Se trató á fondo el capítulo del parto, á propósito del vuestro ; después se habló de mi viaje á Provenza, una palabra sobre el de Bretaña y sobre la felicidad de Mad. de Chaulnes en haberme encontrado allí : estabamos presentes las dos.

En cuanto á MONSIEUR, éste me llevó cerca de una ventana para hablarme de vos y me ordenó muy seriamente que os diera sus recuerdos y que os manifestase la alegría que él tenía por vuestro feliz alumbramiento. Insistió sobre esto de tal suerte, que dependió de mí el comprender que quería dedicarse á vuestro servicio, estando cansado, según se dice, de *adorar al ángel* (Mad. de Grancey). Yo hice de tales ofrecimientos el caso que debía. Encontré á MADAME mejor de lo que pensaba, pero de una sinceridad encantadora. No pude ver á Mr. de Montausier, pues estaba encerrado con MONSIEUR. No acabaré nunca de deciros todos los cumplimientos que se me hicieron, así como á vos, y de todo esto otro tanto se lleva el viento ; se encuentra una encantada de volver á su casa. Mad. de Richelieu me pareció abatida ; ella responderá á Mr. de Grignan : las fatigas de la Corte han apaciguado su cacareo ; su molino me parece en huelga ; pero, ¿quién pensáis que se

encuentra en mi casa? Pues unos provenzales; me han *tartufée*. ¿De que se habla? De Mad. de Grignan. ¿Quién entra en mi habitación? Vuestra pequeña. Decís que me hace acordarme de vos y está bien dicho; vos queréis al menos que yo os responda que no hay necesidad de esto.

Monto en mi carroza. ¿Dónde voy? En casa de Mad. Valavoire. ¿Para qué? Para hablar de Provenza, de vuestros asuntos y de vuestras comisiones, que es de lo que únicamente me gusta hablar. En fin, Coulanges me decía el otro día: « ¿Ven ustedes esta mujer? pues está siempre en presencia de su hija. » Ya os veo con cuidado por mí por que tenéis miedo de que sea ridícula. No, no temáis nada; no se puede serlo con una locura tan agradable; y además, yo me conduzco según los sitios, los tiempos y las personas con quien estoy, y se podría jurar algunas veces que no pienso en vos.

No es entonces cuando yo estoy en más libertad. Recibo vuestra carta del treinta; me disgustáis, querida mía, hablando así de vuestras amables cartas. ¿Qué gusto tenéis en decir mal de vuestro ingenio, de vuestro estilo y en compararos á la princesa d'Harcourt (1)? ¿Dónde adquirís esta falsa y ofensiva humildad? Ella hiere mi corazón, ofende la justicia y choca con la verdad. ¡Que maneras! ¡Ah! Querida mía, cambiadlas, yo os lo suplico, y ved las cosas como ellas son: si esto sucede, no tendréis más que defenderos de la vanidad y será un asunto que arreglar entre vuestro confesor y vos.

Vuestra delgadez me mata. ¡Ah! ¿Dónde está el tiempo en que no comíais más que una cabeza de becada por día y os moríais de miedo de llegar á estar demasiado gruesa? Si llegáis á estarlo mucho en este tiempo, estad segura que estáis perdida para toda vuestra vida sin reponeros jamás. Es verdad que Mad. Souvise acaba de dar á luz; pero se levanta demasiado gruesa y esto hace que no se tenga ninguna piedad de ella. Yo os compadezco también por vuestras malas compañías; la noticia que ha corrido acerca del gobierno de Bretaña

(1) Hija del Duque de Brancas *el distraído*.

dado á Mr. de Rohan es muy bella; este hombre habla como en tiempo de los Duques (de Bretaña): yo os deseo algunas veces un átomo siquiera de lo que aquí por lo demás no se tiene.

Se hablaba ayer sobre vuestro capítulo en casa de Mad. de Coulanges, y Mad. de Scarron se acordó con cuánto ingenio habíais sostenido otras veces una mala causa en el mismo sitio y sobre el mismo tapete en que nosotros estábamos: allí estaban Mad. de La Fayette, Mad. de Scarron, Segrais, Caderousse, el abad Tétu, Guilleragues y Brancas. No se os olvida nunca á vos ni lo que vos valéis; todo está todavía vivo; pero cuando pienso donde vos est3is, aunque seáis reina, ¿dónde está el medio de no suspirar? Suspiramos aun de la vida que se hace aquí y en Saint-Germain. Bien sabéis que Lauzun al entrar en prisión, dijo: *In sæcula seculorum*; y yo creo que se respondió en cierto sitio *amén* y en otros *no*. Verdaderamente, cuando estaba celoso de vuestra vecina quería sacarle los ojos y la pisaba la mano (1). ¡Y que no ha hecho él otras! ¡Ah! ¡qué locura cometer pecados á cien leguas de distancia!

Vuestra niña es bonita; tiene un metal de voz que me entra en el corazón y unas maneras delicadas que me agradan. Me divierto con ella y la amo; pero no he comprendido todavía en qué grado pueda sobrepujaros; os abrazo, con toda la ternura más viva de mi corazón.

À LA MISMA

París, miércoles, 13 de enero de 1672.

¡Por Dios, hija mía! ¿Qué es lo que decís? Qué placer tenéis en decir mal de vuestra persona, de vuestro ingenio, en reba-

(1) Esto sucedió en Saint-Cloud en casa de MADAME. Mad. de Mónaco estaba sentada en el entarimado á causa del gran calor y Lauzun, dando vueltas al rededor de las damas, la pisó en la mano, sufriendolo ella sin quejarse. El Rey era el rival favorecido que imitaba á Lauzun.

jar vuestra buena conducta y en encontrar que es preciso tener mucha bondad para pensar en vos? Aunque seguramente vos no penséis todo esto, yo estoy molesta de ello, me incomodáis; y aunque yo no debiese responder á cosas que decís bromeando, no puedo contenerme sin reñiros, antes de deciros cualquier otra cosa. Sois buena aun cuando decís que vos tenéis miedo á los grandes ingenios. ¡Ah! si supieseis qué pequeños son de cerca y cuán impedidos están algunas veces con su misma persona, los pondrías bien pronto á la altura de los que merecen apoyo. ¿Os acordáis cuántas veces os excediais en lo que pensabais? Pues tened cuidado que la distancia no os agrande los objetos, cosa demasiado frecuente.

Nosotros cenamos todas las noches con Mad. de Scarron; tiene el espíritu amable y maravillosamente recto; es un placer oírla razonar sobre las agitaciones de cierto país que conoce muy bien. Los desesperados que hacía esta d'Hendicout en el tiempo en que su plaza parecía tan milagrosa; las rabias continuas de Lauzun, los tristes enojos de las damas de Saint-Germain y acaso de la más envidiada (Mad. de Montespan), no son sino ejemplos de esto : es una cosa curiosa oír hablar de estos asuntos. Estos discursos nos llevan algunas veces de moralidad en moralidad, tan pronto cristiana y tan pronto política. Hablamos muy á menudo de vos; ella ama vuestro ingenio y vuestras maneras; y cuando os encontréis aquí no tendréis nada que temer por no estar á la moda. Pero escuchad la bondad del Rey y pensad en el placer de servir á un amo tan generoso. Ha hecho llamar al mariscal de Bellefons á su gabinete y le ha dicho : « Señor mariscal, quiero saber por qué me queréis dejar : ¿es devoción? ¿es necesidad de retiraros? ¿es que estáis agoviado de deudas? Si es esto último, voy á dar órdenes para entrar en el detalle de vuestros negocios. » El mariscal sensiblemente conmovido de esta bondad, le dijo : « Son mis deudas, estoy hundido, no puedo ver sufrir algunos de mis amigos que me han ayudado y que yo no puedo satisfacer. » — « Está bien, dijo el Rey; es preciso asegurar su deuda, yo os doy cien mil francos sobre vuestra

casa de Versalles y un decreto de retención de cuatro cientos mil francos, por si murieseis ; con los cien mil francos pagaréis los atrasos y además permaneceréis á mi servicio ».

En verdad, sería preciso tener el corazón bien duro para no obedecer á un señor que se ocupa con tanta bondad de los intereses de sus servidores ; así es, que el mariscal no resistió más, y vedle aquí vuelto á su plaza y colmado de beneficios. Todos estos detalles son verdaderos.

Hay bailes todas las noches, comedias y máscaras en Saint-Germain. El Rey tiene una aplicación á divertir á MADAME como nunca ha tenido otra. Racine ha hecho una tragedia titulada *Bajazet*, que es muy buena. M. de Tallard dice que está tan por cima de las obras de Corneille, como las de Corneille están por encima de las de Boyer ; esto se llama adular : es preciso no tener las verdades cautivas. Nosotros juzgaremos por nuestros ojos y por nuestros oídos.

Du bruit de Bajazet mon âme importunée

hace que yo quiera ir á la comedia ; en fin, juzgaremos de ella.

He estado en Livry. ¡ Ah, mi querida hija ! ¡ Qué bien os he cumplido la palabra y qué tiernamente he pensado en vos ! Hacia un tiempo muy hermoso, aunque muy frío, pero el sol brillaba y todos los árboles estaban ornados de perlas y de cristales : esta diversidad no desagrada. Me paseaba mucho ; el día siguiente fui á comer á Pomponne : ¿ cómo podré repetiros lo que allí se habló en cinco horas ? Yo no me aburrí. Mr. de Pomponne estará aquí dentro de cuatro días ; sería una gran pena para mí si alguna vez me viese obligada á tener que hablarle de vuestros asuntos de Provenza ; seguramente él no me escucharía ; ya veis que conozco un poco el mundo. Pero de buena fe, nada es igual á Mr. de Uzés : es lo que se llama un bello sujeto. No he visto jamás un hombre ni de mejor espíritu ni de mejor consejo : yo le espero para hablaros de lo que habrá hecho en Saint-Germain.

Me rogáis que os escriba grandes cartas ; pienso que debéis estar contenta de éstas, pues algunas veces estoy asustada de

su inmensidad; pero vuestras adulaciones me dan esta confianza. Os conjuro que os conservéis en este venturoso estado y no paséis de un extremo á otro. De buena fe, tomaos tiempo para restableceros y no tentéis á Dios con vuestros diálogos y con vuestra vecindad.

À LA MISMA

París. viernes, 5 febrero de 1672.

Hace hoy mil años que he nacido (1).

Estoy encantada, hija mía, de que os gusten mis cartas; no creo, sin embargo, que sean tan agradables como vos me decís. Os envío cuatro resmas de papel, ya sabéis con qué condición. Espero recibir la mayor parte desde aquí á Pascuas; después de esto aspiraré á otros placeres. Me han asegurado esta mañana que el caballero iba mejor: yo espero en su juventud y ruego á Dios de todo corazón que nos lo conserve. La princesa de Conty murió algunas horas después que yo hube cerrado mi paquete; es decir, ayer á las cuatro de la mañana sin conocimiento ninguno y sin haber dicho una sola palabra con sentido: algunas veces llamaba á Cecilia, una de sus doncellas, y decía. « ¡Dios mío! » Se creía que su espíritu iba á despertar; pero no decía más. Expiró dando un gran grito y en medio de una convulsión que la hizo imprimir sus dedos en el brazo de una mujer que la sujetaba. La desolación de su cámara no se puede representar; el duque, los principes de Conti, Mad. de Longueville, Mad. de Ganaches lloraban de todo corazón. Mad. de Gesvres había tomado el partido de desmayarse; Mad. de Brissac, el de dar grandes gritos y querer arrojarle á la plaza; fué preciso echarlas, porque no debían entenderse á nadie. Estos dos personajes no han conse-

(1) Mad. de Sevigné tenía entonces cuarenta y seis años.

guido lo que se proponían : « quien prueba demasiado no prueba nada » — dijo no sé quien. — En fin, el dolor es universal. El Rey ha parecido conmovido y ha hecho su panegírico diciendo : « que era más considerable por su virtud que por la grandeza de su fortuna. » Deja por su testamento la educación de sus hijos á Mad. de Longueville : yo decía que no había más que el diablo que ganase en esta muerte y que él iba á tomar posesión de estos dos pequeños príncipes ; pero en fin, que no se regocije de ello, pues han caído en buenas manos. El Príncipe es el tutor : hay veinte mil escudos para los pobres y otro tanto para la servidumbre ; ella quiere ser enterrada en su parroquia como la última mujer. Yo no sé si este detalle es á propósito ; pero enfin, así es. Vos queréis y permitis que mis cartas sean largas, y he aquí el riesgo á que os exponéis.

Ayer vi sobre su lecho á esta santa princesa ; estaba desfigurada por el martirio que le habían hecho sufrir en la boca ; tenía rotos dos dientes y quemada la cabeza ; es decir, que si los pobres pacientes no muriesen de apoplejía, serían dignos de compasión por el estado en que se les pone. Hay grandes reflexiones que hacer sobre esta muerte, cruel para cualquier otra persona, feliz para ella que no la ha sentido y que se hallaba preparada para recibirla. Brancas está muy conmovido.

Yo olvidé anteayer deciros que he encontrado á Canaples en Notre-Dame, y que después de mil amistades para Mr. de Grignan me dijo que el mariscal de Villeroy le había asegurado que las cartas de Mr. de Grignan eran admiradas en el consejo, que eran leídas con placer y que el Rey había dicho que jamás había visto otras mejor escritas ; yo le he prometido decíroslo. Esta dama que yo no nombraba en mi última carta era Mad. de Louvois. Á propósito, Mr. de Louvois ha tomado asiento en el Consejo hace cuatro días en calidad de ministro. El Rey sellará mañana con seis consejeros de Estado y cuatro jefes de impuestos ; no se sabe cuánto tiempo durará esto. He aquí un buen trabajo del cual S. M. se librará muy bien. Me vienen pensamientos locos acerca del Canciller ; pero

¿dónde puedo yo haberlos tomado con la pena que tengo hace dos ó tres días? Esta víspera, este día, este día siguiente, este tiempo de vuestra partida del año pasado, todo esto me ha conmovido de tal modo el corazón y el espíritu, que á pesar mío, tenía sin cesar las lágrimas en los ojos, pues nada es menos útil que los dolores de una cosa sobre la cual no se tiene ningún poder. Uno se mata y se devora sin resultado, lo mismo que en fingir deseos y en formar castillos en el aire. Vos sois demasiado prudente para amarlos y yo los amo. Adiós, hija mía; os beso con la última ternura. Me parece que la vida no me es más necesaria ni más querida que vuestra amistad.

À LA MISMA

Paris, viernes 12 de febrero de 1672.

No puedo, hija mía, menos de tener pena por vos, cuando pienso en el disgusto que tendréis por la muerte del pobre caballero. Le habíais visto hace poco; pero era bastante para amarle mucho y para conocer todas las buenas cualidades que Dios había puesto en él. Es verdad que jamás hubo hombre mejor nacido, ni que haya tenido sentimientos más rectos ni más nobles, con una muy bella fisonomía y una ternura muy grande por vos; todo esto le hacía infinitamente amable para vos y para todo el mundo. Comprendo bien fácilmente vuestro dolor, puesto que yo lo siento también; sin embargo, emprendo la tarea de distraeros un cuarto de hora con cosas en que vos tenéis interés y por la relación de lo que pasa en el mundo.

He tenido una gran conversación con Mr. le Camús; comprende tan perfectamente nuestros sentimientos, que me da consejos. Está disgustado de las conductas deshonestas, y como hay de todas clases, no le cuesta gran trabajo ser de nuestra opinión, en la cual la rectitud y la sinceridad están en uso,

pues de esto es lo que no hay que separarse. Esta moda vuelve siempre. No se engaña mucho por largo tiempo al mundo y los astutos son al fin descubiertos, estoy persuadida de ello. Mr. de Pomponne no es menos opuesto á lo que le es tan contrario, y os puedo asegurar que si yo fuese tan hábil para las demás cosas como lo soy para discurrir acerca de esto, no faltaría nada á mi capacidad. Decidme de vez en cuando alguna cosa agradable para M. le Camús : esto es un favor precioso para él, tanto más, cuanto que no está obligado á ninguna respuesta.

El marqués de Villeroi ha partido para Lyon, como yo os había dicho; el rey le mandó decir con el mariscal de Crequí, que se alejara : se cree que es por algún discurso pronunciado en casa de la condesa de Soissons; en fin,

On parle d'eaux, de Tibre, et l'on se fait du reste (1).

El Rey preguntó á MONSIEUR que venía de París : « — Y bien, hermano mío; ¿qué se dice en París? — MONSIEUR le respondió : — Se habla mucho de este pobre marqués. — ¿Y qué se dice? — Se dice, señor, que ha querido hablar por otro desgraciado. — Y, ¿qué desgraciado? dijo el Rey. — Por el caballero de Lorena, dijo MONSIEUR. — Pero, ¿pensáis todavía en este caballero de Lorena? ¿pensáis en ello? ¿Estaríais, agradecido con el que os lo presentase? — En verdad, respondió MONSIEUR, éste sería el mayor placer que yo podría recibir en mi vida. — Está bien, dijo el Rey; quiero haceros este presente : hace dos días que el correo ha partido; él volverá, yo os le devuelvo y quiero que me debáis toda vuestra vida esta obligación y que le améis por amor de mí; hago más, pues le hago mariscal de campo de mi ejército. — Entonces MONSIEUR se arrojó á los pies del Rey, le abraza fuertemente las rodillas y le besa la mano con una alegría sin igual.

El Rey le levanta y le dice : — Hermano mío, no es así como dos hermanos deben abrazarse — y le abraza fraternalmente.

(1) Verso de Corneille en *Cinna*, acto 4.º escena 5.º

Todo este detalle es muy bueno y muy verdadero : vos podéis acerca de esto hacer vuestras reflexiones, sacar vuestras consecuencias y redoblar vuestras bellas pasiones por el servicio del Rey nuestro señor. Se dice que MADAME hará el viaje y que varias damas la acompañarán. Los sentimientos son diversos en casa de MONSIEUR ; á los unos se les ha alargado el rostro medio pie, á los otros se les ha cortado otro tanto. Se dice que el del caballero de Beuvron es infinito. Mr. de Noailles vuelve también y servirá de lugar teniente general en el ejército de MONSIEUR con Mr. de Schomberg. El Rey ha dicho al mariscal de Villeroy : « Era preciso esta penitencia á vuestro hijo ; pero las penas de este mundo no duran siempre. » Podéis asegurar que todo esto es verdad ; ya sabéis que tengo aversión por los falsos detalles, pero me gustan los verdaderos ; si no sois de mi gusto estáis perdida ; pues os mando infinitos.

La Marans estaba el otro día sola en casa de Mad. de Longueville ; silbaban fuera. Langlade os dice que el otro día por agradaros la dijo mil tonterías, y que hubiese deseado que estuvieseis detrás de la puerta : ¡ojalá que hubieseis estado! Mad. de Brissac estaba inconsolable en casa de Mad. de Longueville, pero por desgracia el Conde de Guiche se puso á hablar con ella y olvidó su papel lo mismo que la desesperación el día de la muerte (1), pues era preciso que en un cierto momento hubiese perdido el conocimiento, pero lo olvidó y reconoció muy bien á las gentes que entraban.

Adiós, amable y querida mía ; ¿no os parece que hace ya mucho tiempo que estamos separadas? Yo estoy atormentada por este dolor de una manera talmente importuna, que me sería insoportable si no os amara tanto como os amo, sean cualesquiera las penas que á esto vayan unidas.

(1) De la princesa de Conti.

Á LA MISMA

Paris, viernes por la noche, 26 febrero de 1672.

He recibido la carta que me habéis escrito por Mr. de la Valette; todo me es caro lo que viene de vos. Quiero hacerle tener á Pelisson por noticiero; yo no lo puedo creer si yo no lo veo.

Esta pobre MADAME (1) está siempre en la agonía; es una cosa extraña el estado en que se encuentra. Pero todo está en conmoción en París: el correo de España ha venido; dice que no solamente la reina de España se atiene al tratado de los Pirineos, que establece no agotar á sus aliados, sino que ella defenderá á los holandeses con todas sus fuerzas: he aquí, pues, la guerra más grande encendida en el mundo; ¿y por qué? es bien propiamente llamada las *pequeñas bofetadas*. ¿Os acordáis?

Nosotros vamos á tocar á Flandes; los holandeses se unirán á los españoles. ¡Dios nos guarde de los suecos, los ingleses y de los alemanes! Estoy anonadada con esta noticia. Quisiera que algún ángel descendiese del cielo para calmar los espíritus y hacer la paz.

Nuestro cardenal (de Retz) está siempre enfermo: yo me intereso mucho por su salud; él os ama mucho y cuenta con que vos le améis.

Os explicaré un poco mejor el negocio de que me hablasteis el otro día; pero ni el conde de Guiche ni M. de Longueville no tienen parte en él, me parece á mí; en fin, yo os instruiré. Mr. de Boufflers ha matado un hombre después de su muerte; iba en su caja y en su carroza, se le llevaba á una legua de Boufflers para enterrarle. Su cura iba con el cuerpo; la carroza vuelca y la caja corta el cuello al pobre cura (2). Ayer

(1) Margarita de Lorena, segunda mujer de Gastón, duque de Orleans, muerta el 3 de abril siguiente.

(2) Esta aventura es el origen de la fábula de la Fontaine «El cura y la muerte».

un hombre volcó volviendo de Saint-Germain y murió en el carro.

Mad. Scarron que cena aquí todas las noches, y cuya compañía es deliciosa, se divierte y juega con vuestra hija; la encuentra graciosa y de ningún modo fea. Esta pequeña llamaba *ayer* al abate Tétu su papá : él se defendía por muy buenas razones y nosotros le creímos. Yo os abrazo, mi muy amable; tantas cosas os decía en la última carta, que me parece que no tengo nada que deciros hoy; os aseguro, sin embargo, que no sería corta si quisiere decir todos los sentimientos que tengo por vos.

A LA MISMA

En Livry, martes, 1.º de marzo de 1672.

Comienzo mi carta hoy, hija mía, martes de Carnaval; la acabaré mañana. Si estáis en Santa María, yo estoy en casa de nuestro abate que tiene desde hace dos días un pequeño des-arreglo que le causa emoción; yo no estoy todavía con cuidado pero me gustaría más que estuviese completamente bien. Mad. de Coulanges y Mad. de Scarrón querían llevarme á Vincennes; Mr. de la Rochefoucauld quería que yo fuese á su casa á oír leer una comedia de Molière (1). Pero en verdad, yo he rehusado todo con placer, y heme aquí cumpliendo con mi deber, con la alegría y la tristeza de escribiros. Verdaderamente hace ya largo tiempo que os escribo. Veo que estáis siempre en Santa María, no queriendo dejar escapar ni un momento el dolor que tenéis por la muerte del pobre caballero; la queréis sentir por completo sin mitigar en nada la pena, sin ninguna distracción : esta aplicación á hacer valer y á querer sentir toda vuestra tristeza me parece de una persona que no se

(1) Será probablemente la comedia « *Femmes Savantes* » representada el 11 de marzo de 1672 por primera vez.

asusta tanto como otra de tener ocasiones de afligirse; yo tomo por testigo de ello á vuestro corazón.

He aquí, pues, vuestro carnaval escapado del furor de los regocijos públicos; salvaos también vos del aire de la viruela: temo por vos mucho más que por mí misma.

Tenemos aquí á Mad. de la Troche; es verdad que ella sabe llegar á París. Su estancia del año pasado fué bien molesta para mí por el extremo dolor de perderos. Desde este tiempo, querida hija, llegáis á todas partes como vos decís, menos á París. Vuestras reflexiones sobre la esperanza son divinas; si Bourdelot (1) las hubiese hecho, todo el mundo lo sabría. Vos no hacéis tanto ruido para hacer maravillas.

La *desgracia de la felicidad* está tan bien dicho, que nunca se amará demasiado una pluma que sabe expresar estas cosas. Vos decís todo sobre la esperanza y yo soy tan de vuestra opinión, que no sé si debo ir á Provenza; tanto es el temor que tengo de tener que volver. Ya veo cómo correrá el tiempo, conozco sus maneras, pero después de esta bella reflexión mi corazón decide como el vuestro, y no deseo nada tanto como partir; yo quiero esperar hasta que puedan suceder tales cosas que os traiga conmigo: acerca de esto es difícil hablar de tan lejos; al menos mi hija no amará solamente á su casa y á sus muebles. Yo no pienso más que en vos: los pasos que doy por vos son los primeros; los otros vienen después como pueden.

Anoche cené en casa de Gourville con los Rochefoucauld, los Plessis, los La Fayette, los Tournai (2): esperábamos al gran Pomponne; pero el servicio de este querido señor que vos honróis tanto, le impidió encontrarse entre la flor de sus amigos: tiene muchos negocios á causa de los despachos que es preciso escribir á todas partes con motivo de la guerra.

El arzobispo de Toulouse (3) ha sido hecho cardenal en Roma,

(1) El abate Bourdelot, médico del Gran Condé. Había escrito una pequeña pieza contra la esperanza á la cual contestó la princesa palatina Ana de Gonzaga.

(2) Gilberto de Choiseul, obispo de Tournai.

(3) Pedro de Bonzi.

y la noticia ha llegado aquí, cuando se esperaba la de Mr. de Laon (1) : esto es un gran dolor para todos sus amigos. Se cree que Mr. de Laon se ha sacrificado por el servicio del Rey y que á fin de no traicionar los intereses de Francia, no ha contestado al cardenal Alfieri que le ha jugado esta mala pasada. Se espera que su turno llegará, pero esto puede ser largo y es siempre aquí un disgusto.

Benserade ha dicho alegremente, á mi sentir, que la vuelta del caballero de Lorena regocijaba á sus amigos y afligía á sus criaturas, pues no hay ninguna que le haya guardado fidelidad.

He sabido, sin duda alguna, que en nosotros consiste solamente el sostener la paz. La reina de España no ha respondido precisamente como se decía ; ha dicho sencillamente que se atenía al tratado de paz que permite asistir á sus aliados. Nosotros hemos tomado la misma libertad para Portugal ; ella promete no asistir por ahora á los holandeses, pero no lo quiere firmar : he aquí el estado del proceso. Si se empeñan en querer que ella firme, todo está perdido ; sino, la paz se hará bien pronto no teniendo á España contra nosotros : el tiempo nos dirá lo demás. Adiós, mi muy querida hija ; temo mucho que amando la soledad como vos la amáis, no se hundan vuestros ojos y vuestro espíritu á fuerza de soñar.

À LA MISMA

París, viernes, 4 de marzo de 1672.

Decis mi querida hija que no podriais odiar vivamente tan largo tiempo : eso está muy bien hecho, yo soy también como vos ; pero adivinad lo que hago muy bien en cambio : amar vivamente á quien vos sabéis, sin que la ausencia pueda dismi-

(1) César d'Estrées obispo de Laon, fué declarado cardenal poco tiempo después.

nuir nada de mi ternura. Vos me aparecéis en una negligencia que me aflige; es verdad que no pedís más que pretextos : esto es vuestro gusto natural; pero yo que os he reñido siempre acerca de esto, os riño todavía. De vos y de Mad. Dufresnoi, se podría sacar una persona en el justo medio : estáis en las dos extremidades, y seguramente la vuestra es menos insoportable. pero al fin es una extremidad. Admiro algunas veces los nadas que mi pluma quiere decir, yo no la obligo. Soy muy feliz de que tales insulseces os agraden : hay gentes que no se acomodarían á ello ; yo os ruego, sin embargo, que no las echéis de menos cuando esté con vos : heme aquí celosa de mis cartas.

La comida de Mr. Valavoire borró enteramente la nuestra, no por la cantidad de las viandas, sino por su extrema delicadeza. ¡Eh! hija mía, ¡qué habéis hecho! Mad. de La Fayette os gruñirá como un perro; arreglaos mañana por amor de mí : el exceso de la negligencia ahoga la belleza y vos lleváis vuestra tristeza más allá de toda medida. He dado todos vuestros recuerdos; los que os envían sobrepujan al número de las estrellas. Á propósito de estrellas, la Gouville estaba el otro día en casa de la Saint-Loup, que ha perdido su antiguo paje. La Gouville discurría y hablaba de su estrella; en fin que era su estrella quien había hecho esto y quien había hecho lo otro. Segrais se levantó como de un sueño y le dijo : « Pero señora, ¿pensáis tener una estrella para vos sola? Yo no oigo más que gentes que hablan de su estrella, parece que no dicen nada. ¿Sabéis bien que no hay más que mil veinte y dos? Ved si puede haber una para cada persona. » Dijo esto tan graciosa y tan seriamente, que hizo desaparecer la aflicción de todos. Hacqueville es quien hace llegar las cartas á Mad. de Vaudemont; no le veo casi : los grandes peces se comen á los pequeños. Adiós, mi muy querida hija ; os preparo *Bajazet* y los cuentos de la Fontaine para distraeros.

Á LA MISMA

París, miércoles por la noche, 9 de marzo de 1672.

No me habléis más de mis cartas, hija mía; acabo de recibir una vuestra encantadora, amable, brillante, toda llena de ternura; es un estilo justo y breve, que camina y que place en grado soberano, aun sin amaros como yo os amo. Os lo diría más á menudo si no temiese ser pesada, pero estoy siempre encantada de vuestras cartas sin decíroslo. Mad. de Coulanges lo está también de algunos párrafos que le hago ver y que es imposible leer sola.

Hay un airecillo de domingo gordo esparcido por esta carta, que la hace de un gusto sin igual.

Hacia largo tiempo que estabais disgustada y yo estaba triste, pero el juego de la oca os ha animado, como reanimaba á los griegos: quisiera bien que no hubiereis jugado más que á la oca y que no hubieseis perdido tanto dinero. Una desgracia continua pica y ofende; no gusta el ser molestado por la fortuna: la ventaja que los otros tienen sobre nosotros nos hiere y disgusta aunque no sea en una ocasión de importancia. ¡Nicole ha dicho esto también! En fin, odio á la fortuna por esto, y estoy bien persuadida de que ella es ciega al trataros como lo hace; si no fuese más que tuerta no seríais vos tan desgraciada. Me preguntáis los síntomas de este amor (1): es primeramente una negativa viva y previsor, es un aire exagerado de indiferencia que prueba lo contrario; es el testimonio de las gentes que ven de cerca, sostenido por la voz pública; es una suspensión de todo este movimiento de la máquina redonda; es un olvido de todos los cuidados ordinarios para entregarse á uno solo; es una sátira perpetua contra los viejos enamorados. • Verdaderamente sería preciso ser loco y bien insensato.

(1) El amor de d'Hacqueville por una hija del mariscal de Gramont, que era tuerta.

Que, ¡una mujer joven! buena cosa para mi; esto me conven-
dría mucho; antes quisiera que me rompiesen los dos brazos. »
Y á esto se responde interiormente. ¡Eh! sí, todo esto es
verdad; pero vos no dejáis de estar enamorado. Hacéis vues-
tras reflexiones; son justas, son verdaderas, constituyen vues-
tro tormento, pero no dejáis de estar enamorado. Estáis
lleno de razón, pero el amor es más fuerte que todas las
razones; estáis enfermo, lloráis, rabiáis, y en fin, estáis enamo-
rado. »

Yo os prohibo, mi querida hija, el enviarme vuestro retrato :
si estáis bella haceos pintar, pero guardadme este amable pre-
sente para cuando yo llegue. Me disgustaría dejarle aquí.
Seguid mi consejo y recibid entre tanto un presente que sobre-
puja á todos los presentes pasados y presentes; esto no es
demasiado decir : es un collar de perlas de doce mil escudos;
es un poco fuerte, pero no lo es más que mi buena voluntad.
En fin, miradle, pesadle, ved cómo está engarzado, y después
decidme vuestra opinión : es el más hermoso que yo he visto
jamás; aquí ha causado admiración. Si os agrada, usadle; será
seguido de algunos otros, pues yo no soy liberal á medias.
Seriamente, es hermoso y procede del embajador de Venecia
nuestro difunto vecino. He aquí también unas pinzas para esta
barba incomparable; son las más perfectas de París. También
va un libro que mi tío de Sévigné me ha rogado que os envíe;
supongo que no será una novela. Yo no le dejaré el cuidado
de enviaros los cuentos de la Fontaine que son... vos juzgaréis.

Procuramos distraer á nuestro buen cardenal (de Retz).
Corneille le ha leído una obra que será representada dentro
de algún tiempo y que hace recordar las antiguas. Molière le
leerá el sábado *Trissotin*, que es una cosa muy graciosa.
Despréaux le dará su *Lutrin* y su *Poética* : he aquí todo lo
que se puede hacer en su servicio.

Él os quiere de todo corazón. ¡Pobre cardenal! Habla á
menudo de vos y vuestros elogios no acaban tan fácilmente
como comienzan. Pero, ¡ah! cuando pensamos que se nos ha
llevado nuestro querido hijo, nada es capaz de consolarnos; en

cuanto á mí me molestaría mucho el ser consolada; yo no me pico ni de firmeza ni de filosofía: mi corazón me lleva y me conduce. Se decía el otro día, ya creo habérselo dicho, que la verdadera medida del mérito del corazón era la capacidad de amar: yo me encuentro de una gran elevación según esta regla; pero me daría demasiado vanidad si yo no tuviese mil otros motivos para descender á mi puesto. Adhemar me quiere bastante, pero odia al obispo y vos le odiáis demasiado también: la ociosidad os hace caer en este divertimento. No estarías tan descansada si estuviéseis aquí. Mr. de Uzés me ha enseñado una memoria que ha sacado y corregido de la vuestra, de la cual hará maravillas; fiaos en él: no tenéis más que enviarle todo lo que queráis, sin temor á que nada salga de sus manos sino en el justo punto de la perfección. Hay en todo lo que viene de vos un pequeño asomo de impetuosidad, que es la verdadera marca del obrero: es el perro de Bassan (1). Se os mandará el desenlace que Mr. Uzés dé á toda esta comedia. Yo iré á hacerme nombrar á la puerta del obispo, cuyo nombre oigo yo todos los días en la mía. No temáis por esto que hagamos traición á vuestros intereses. Hay varios prelados que se atormentan de esta paz, que no se hará sino bajo buenos auspicios. Si queréis dar gusto al obispo, perded mucho dinero, poneos en un grande apuro, allí es donde él os espera. He aquí una noticia; escuchadla. El Rey ha hecho saber á Mr. de Charost que quiere darles títulos de Duque y Par; es decir, que tendrán los dos desde ahora los honores del Louvre y la seguridad de pasar al Parlamento en la primera ocasión. Se da al hijo, la lugar tenencia general de la Picardía, que no había sido provista desde hace largo tiempo, con veinte mil francos de sueldo y doscientos mil francos de Mr. de Duras por el cargo de capitán de guardias de corps que Mr. de Charost le ceden. Razonad acerca de ésto, y ved si Mr. de Duras no es mucho más feliz que Mr. de Charost. Esta plaza es de una belle-

(1) Bassan hacia figurar su perro en la composición de casi todos sus cuadros.

za tal, por la confianza que marca y por el honor de estar próximo á S. M., que no tiene precio. Mr. de Duras, durante el tiempo de su cargo, seguirá al Rey al ejército y mandará en toda la casa de S. M. No hay dignidad que consuele de esta pérdida ; sin embargo, se entra en los sentimientos del señor y se ve que Mr. Charost deben estar contentos.

Se habla siempre de la guerra; vos podéis pensar cuánto esto me incomoda : hay gentes que quieren todavía hacer almanagues; pero respecto á esta campaña, están equivocados.

Toda mi esperanza es que la caballería no estará expuesta en los sitios que se lleven á cabo contra los holandeses; es preciso vivir para ver desenredarse esta madeja. He visto al marqués de Vence ; le encontré tan joven que le pregunté por su madre. Mr. de Coulanges me corrigió. El cardenal de Retz interrumpió nuestra conversación, pero no fué para otra cosa que para preguntarme por vos.

Yo deseo siempre ver á Adhemar, para que me diga mil veces que me amáis; vos me aseguráis que con una ternura digna de la mía : si no estoy contenta de este parecido, soy bien difícil de contentar. Acabo de recibir vuestra carta del miércoles de ceniza, en verdad, hija mía, que me confundís con vuestros elogios y vuestro agradecimiento ; esto es hacerme recordar lo que yo quisiera hacer por vos, y yo suspiro por que no me contento de mí misma, y ¡ ojalá que estuvieseis tan obligada con mis beneficios, que no tuvieseis otro remedio que pecar de ingratitud ! Hemos dicho á menudo que ésta es la verdadera puerta para salir honradamente cuando ya no se sabe dar con la cabeza ; pero yo no soy bastante feliz para reduciros á esta extremidad. Vuestro reconocimiento basta y sobra. ¡ Qué amable sois y qué graciosamente me decís todo cuanto acerca de esto se puede decir !

Por lo demás, ¡ qué locura de perder tanto dinero á ese dichoso juego del brelán. Ese es un corta cabezas que se ha desterrado de por aquí, por que se hacen por él serios viajes. Vos tenéis una desgracia insuperable; perdéis siempre no os obstinéis; pensad que todo este dinero lo perdéis sin diver-

sión alguna. Al contrario, habéis pagado cinco ó seis mil francos para aburriros y para ser humillada por la fortuna. Hija mía, yo voy más adelante de lo que quisiera; es preciso decir como Tartufe; « esto es un exceso de celo ».

A propósito de comedia; os envió *Bajazet*: si pudiere enviaros la Champmelé encontraríais la obra buena, pero sin ella pierde la mitad de su valor. Yo estoy loca por Corneille, el cual nos dará todavía *Pulcherie*, donde se verá:

La main qui crayonna
La mort du grand Pompée et l'âme de Cinna (1).

Es preciso que todo ceda á su genio. Adjunta va también esta fábula de la Fontaine acerca de la aventura del cura de Mr. de Bufflers, que fué muerto instantáneamente por la carroza, de un muerto: este suceso es raro; la fábula es bonita, pero esto no es nada en comparación del precio que alcanzarán. No sé qué quiere decir esto de « El jarro de leche. »

Tengo á menudo noticias de mi pobre hijo; la guerra me disgusta mucho, primero por él y después por las otras personas que amo. Mad. de Vaudemont está en Amberes y no está dispuesta de ninguna manera á volver: su marido está con nosotros. Mad. de Courcelles estará bien pronto en el banco de los acusados; yo no sé si llegará á probar *il petto adamantino* de Mr. de Avaux; pero hasta aquí él ha estado tan rudo en la Tournelle, como en su respuesta.

Hija mía, yo escribo sin medida; es preciso acabar escribiendo á los otros: se alegra uno de haber escrito, y yo gozo con escribiros sobre todas las cosas. Tengo mil recuerdos de que daros de Mr. de la Rochefoucauld, de nuestro cardenal, de Bavillon, y sobre todo de Mad. de Scarron que sabe elogiaros tan á mi gusto porque vos sois perfecta según el suyo. En cuanto á Mr. y Mad. de Coulanges, el abate, mi tía y mi prima, la Mousse, todos forman un grito general para rogar que me que os hable de ellos; pero yo no estoy siempre de humor de hacer letanias; yo olvido á alguno todavía, *hays*.

(1) Verso de Corneille en la dedicatoria de *Edipo*.

para largo tiempo. El pobre Ripert está todavía en la cama; algunas veces pienso en su mal. ¿Qué diablos tiene? Amo siempre á mi pequeña á pesar de las divinas bellezas de su hermano. Adiós, mi querida hija, yo abrazo á vuestro conde, y le amo todavía más en su habitación que en la vuestra. ¡Ah, qué alegría de veros vuestro hermoso talle en salud, en estado de ir y trotar como otra cualquiera! Dadme el placer de volveros á ver así.

À LA MISMA

Paris, miércoles, 16 marzo de 1672.

Me habláis de mi partida. ¡Ah, hija mía! Yo languidezco con esta esperanza encantadora; no me detiene nadie más que mi tía (1), que se muere de dolor y de hidropesía: me quiebra el corazón por el estado en que se encuentra y por todo lo que dice tan tierno y tan de buen sentido; su valor, su paciencia, su resignación, todo es admirable. Mr. d'Hacqueville y yo, seguimos su mal día por día; él ve mi corazón y el dolor que tengo por no estar libre al presente: yo me conduzco según sus consejos. Veremos de aquí á Pascuas si su mal aumenta, como ha sucedido desde que estoy aquí; morirá en nuestros brazos; si ella recibe alguna mejoría y toma el partido de languidecer, partiré en el momento que haya llegado Mr. de Coulanges.

Nuestro pobre abate está desesperado, así como yo; veremos, pues, cómo este exceso de mal se portará en el mes de abril: no tengo otro pensamiento en la cabeza. No tendréis vos tanto deseo de verme como yo le tengo de abrazaros. Limitad vuestra ambición y no creáis jamás poderme igualar en esto.

Mi hijo me dice que son miserables en Alemania y que no saben lo que hacen. Ha estado muy afligido por la muerte del caballero de Grignan. Me preguntáis, mi querida hija, si amo

(1) Enriqueta de Coulanges, marquesa de la Trousse.

mucho la vida : yo os confieso que encuentro en ella grandes penas, pero estoy aún más disgustada de la muerte : me encuentro tan desgraciada al ver que es preciso acabar todo esto por ella, que si yo pudiese volver hacia atrás, no pediría otra cosa. Me encuentro en un compromiso que me molesta : estoy embarcada en la vida sin mi consentimiento : es preciso que yo salga de ella y esto me agobia. ¿Y cómo saldré? ¿Por dónde? ¿Por qué puerta? ¿Cuándo será esto y en qué disposición? ¿Sufriré mil y mil dolores que me harán morir desesperada? ¿Tendré una conmoción en el cerebro ó moriré de un accidente? ¿Cómo estaré yo con Dios? ¿qué tendré que presentarle? El temor, la necesidad, ¿serán las causas de mi vuelta hacia Él? ¿No tendré ningún otro sentimiento que el del miedo? ¿Qué puedo yo esperar? ¿Soy digna del paraíso, soy digna del infierno? ¡Qué alternativa! ¡Qué embarazo! Nada hay tan loco como poner su salvación en la incertidumbre; pero nada es tan natural, y la tonta vida que yo llevo es la cosa más fácil de comprender : yo me abismo en estos pensamientos y encuentro la muerte tan terrible, que odio más la vida porque ésta me lleva á la muerte que por las espinas de que está sembrada. Vos me diréis — que yo quiero vivir eternamente : — de ningún modo ; pero si se me hubiera pedido mi opinión, yo hubiera deseado morir en los brazos de mi nodriza : esto me hubiera quitado muchos disgustos y me hubiera dado el cielo bien segura y bien fácilmente. Pero, hablemos de otra cosa.

Estoy desesperada de que hayáis tenido *Bajazet* por otros antes que por mí. Seguramente es Barbin (1) que me odia, por que yo no hago princesas de Cleves y de Montpensier (2). Habéis juzgado muy justamente y muy bien de *Bajazet*,* y habréis visto que soy de vuestra opinión. Quería enviaros la *Champmelé* para dar calor á la obra. El personaje de *Bajazet* está helado : las costumbres de los turcos están mal observadas, pues no hacen tantas ceremonias para casarse ; el des-

(1) Famoso librero de aquel tiempo.

(2) Novelas de Mad. de La Fayette.

enlace no está bien preparado, pues no se ven las razones de esta gran mortandad. Hay, sin embargo, cosas agradables, pero nada perfectamente bello, nada que arrebate, nada de esas tiradas de versos de Corneille que hacen estremecer. Hija mía, guardémonos bien de compararle á Racine, sentemos siempre la diferencia; las obras de este último tienen trozos fríos y débiles y nunca irá más allá de *Andromaca*. *Bajazet* está por bajo, según la opinión de muchas gentes y la mía, si yo me atrevo á citarme. Racine hace comedias para la Champ-melé, no para los siglos venideros. Si alguna vez él no aparece joven y cesa de ser amoroso, no tendrá ya el mismo valor (1). Viva, pues, nuestro viejo amigo Corneille. Perdonémosle los malos versos en gracia de las divinas y sublimes bellezas que nos trasportan. Son rasgos de maestro que son inimitables. Despréaux, dice de él aún más que yo; y en una palabra, es el buen gusto, no paséis de ahí.

Ved aquí una buena palabra de Mad. Cornuel, que ha recogido mucho á la concurrencia. Mr. Tambonneau, se ha quitado la toga y se ha puesto un cinturón al rededor de su vientre y de su trasero; con este hermoso garbo quiere ir á servir en el mar; yo no sé qué le ha hecho la tierra. Se decía, pues, á Mad. Cornuel que Tambonneau se iba al mar « ¡Ah!—dijo ella — ¿es que ha sido mordido por un perro rabioso? » Esto fué dicho sin malicia, y es lo que nos hizo reir extremadamente.

No hay motivo para compadeceros porque no tengáis manteca en Provenza, puesto que tenéis aceite admirable y excelente pescado. ¡Ah, hija mía, bien comprendo lo que pueden hacer y pensar gentes como vos en medio de vuestros provenzales! Yo los encontraría como vos y os compadecería toda mi vida de tener que pasar con ellos los más bellos años de la vuestra. Estoy un poco deseosa de brillar en vuestra Corte de Provenza, y yo juzgo también de ella por la de Bretaña, que

(1) El éxito ha hecho ver el error de Mad. de Sévigné y la falsedad de su predicción.

por la misma razón que al cabo de tres días en Vitré no respiraba más que los Rochers; os juro delante de Dios que el objeto de mis deseos es pasar el verano en Grignan con vos; he aquí lo que yo pretendo y nada más. Mi vino de Saint-Laurent está en casa de Adhemar : yo lo tendré mañana por la mañana; hace mucho tiempo que os he dado las gracias por ello *in petto*. Esto es muy agradable. A Mr. de Laon le gusta mucho esta manera de ser cardenal. Se asegura que el otro día Mr. de Montausier, hablando al Delfín de la dignidad de los cardenales, le dijo que esto dependía del Papa, el cual si quisiese hacer un cardenal de un palafrenero podría hacerlo. Hablando de esto, llega el cardenal Bonzi y el Delfín le dice : « ¿es verdad que si el Papa quisiese haría cardenal á un palafrenero? » Mr. de Bonzi quedó sorprendido; pero adivinando el negocio, respondió : « Es verdad, señor, que el Papa escoge á quien le place; pero hasta ahora no hemos visto que haya tomado los cardenales de su cuadra. » El cardenal Bouillon es quien me ha contado este detalle.

Escribid un poco á nuestro cardenal; él os ama, el *Faubourg* os ama, Mad. Scarron os ama; ella pasa aquí la cuaresma, y en casa casi todos las noches. Barillon está aquí todos los días, y ojalá querida mía, que estuvieseis vos también. Adiós, hija mía; no acabo nunca; yo os desafío á que podáis comprender cuánto os amo.

À LA MISMA

París, miércoles, 13 de abril de 1672.

Yo os lo confieso, hija mía : estoy muy incomodada porque mis cartas se hayan perdido; pero, ¿sabéis por lo que me incomodaría más todavía? pues sería por perder las vuestras : ya he pasado por esto y es una de las más crueles cosas del mundo. Pero no, hija mía, yo os admiro; escribís el italiano

como el cardenal Ottoboin (1) y hasta mezcláis en él palabras españolas : *manera* no es de las nuestras ; y en cuanto á vuestras frases me sería imposible hacer otro tanto. Divertíos en hablarle así, es una cosa muy bonita : le pronunciáis bien, tenéis tiempo ; continuad, pues ; me agradará mucho encontraros tan hábil. Ya veo que me obedecéis para no estar gruesa ; yo os doy gracias de todo corazón ; tenéis el mismo cuidado de agradarme para evitar la viruela. Vuestro sol me da miedo. ¡ Cómo ! las cabezas arden ; se padecen apoplegias, como se padecen aquí vapores y vuestra cabeza arde también como las otras ! Mad. de Coulanges espera conservar la suya en Lyon y hace preparativos para preparar una bella defensa contra el Gobernador (2). Si ella va á Grignan será para contaros sus victorias, y no su derrota ; yo no creo ni siquiera que el marqués tome el personaje de amante : está observado por gentes que tienen buena nariz y que no entenderán de bromas. Está desolado de no ir á la guerra ; yo estoy desolada también de no partir con Mr. y Mad. de Coulanges ; era una cosa resuelta sin la desdichada situación en que se encuentra mi tía. Pero es preciso tener todavía paciencia : nada me detendrá desde el momento que yo sea libre de partir. Acabo de comprar una carroza de campo y me hago hacer traje á propósito ; en fin, partiré de un día á otro ; jamás he deseado nada con tanta pasión. Fiáos en mí para no perder un momento ; es mi desgracia la que me hace encontrar motivos de tardanza allí donde otros no los encuentran. Bien quisiera poderos enviar nuestro cardenal ; sería un gran divertimento el hablar con él, y yo no encuentro nada que pueda divertirnos tanto, pero en lugar de tomar el camino de Provenza será á Commercy. Se dice que el Rey tiene algo de disgusto por la marcha de Canaples : tenía un regimiento y ha sido deshecho. Ha pedido diez abadías y todas se las han negado ; ha pedido servir de ayuda

(1) El cardenal Marco Ottoboin, veneciano, que fué después el Papa Alejandro VIII.

(2) El marques de Villeroi.

de campo en esta campaña y ha sido rechazado; sobre esto escribe á su hermano mayor una carta llena de desesperación y de respeto, todo junto, por S. M., y se va en el mismo buque del duque de York (1) que le ama y estima. Ved la historia un poco más en detalle. No se habla más que de la guerra y de partir; todo el mundo está triste, todo el mundo está conmovido.

El mariscal de Gramont estaba el otro día tan transportado por la belleza de un sermón de Bourdaloue, que gritó en voz alta al oír un párrafo que le conmovió: *Vive Dios, que tiene razón*. Madame estalló de risa y el sermón fué interrumpido de tal modo, que no se sabía lo que iba á suceder. Yo no creo, de la manera que vos pintáis nuestros predicadores, que si los interrumpís alguna vez sea por admiración. Adiós, mi muy querida y amable hija, cuando pienso en el país que nos separa, pierdo la razón y no tengo reposo.

A LA MISMA

Paris, miércoles, 22 de abril de 1672.

He recibido vuestra carta del trece, justamente cuando ya no era tiempo de contestar; por mucho cuidado que hubiese tomado en el correo, seguramente hubiese sido abandonada por la pereza de los carteros, y he aquí precisamente lo que yo temo. Haré todo lo posible por encontrar algún nuevo amigo (*en las oficinas de correos*), ó más bien yo os confieso que quisiera ir yo á esa y que mi pobre tía tomase un partido: esto es bárbaro de decir; pero también es bárbaro encontrar este deber en mi camino, cuando estaba presta á marchar á veros. El estado en que me encuentro no es agradable. Os envío una corbata de las que ahora se llevan; por ella juzgaréis que desde vuestra partida, el mundo no se ha utilizado

(1) Después Jacobo II. rey de Inglaterra.

Ya veis qué simples somos en este país. Tengo una gran impaciencia por saber lo que ha pasado en vuestro viaje á *Sainte-Baume* (1); es, pues, vuestra virgen de los Ángeles (2). El marqués de Vence que me presta servicios muy atentos, me da gran miedo por lo malo del camino; ha perdido su hijo mayor y me dá mucha lástima; él quisiera llorar y se contiene. Me parece un extremado defensor de vuestros intereses. He estado á ver á Mad. de La Fayette con el cardenal. La encontramos mejor que en París; hablamos mucho de vos. Él se va el lunes: os dirá adiós, como os ha dicho buenos días; os ama tiernamente y os responderá á la proposición de ser arzobispo de Aix. Nosotros le arreglamos la vida que él debía nacer siempre, desgarrado entre el deseo de veros y el temor de ser ridículo. Arreglamos las horas é inventamos suplicios para el primero que quisiere meter la nariz en el afecto que él tenía por vos. Esta conversación nos llevó más allá de Fleury (3). D'Hacqueville y el abate Pont-Carré, estaban con nosotros. Yo estaba insolentemente con estos tres hombres. Me voy ahora á pasearme tres ó cuatro horas á Livry. Yo me ahogo, estoy triste, es preciso que el verde naciente y los ruiseñores, den alguna dulzura á mi espíritu; no se ve aquí más que despedidas y equipajes que nos impiden pasar por las calles. Yo vuelvo mañana por la mañana para enviar el suyo á mi hijo; pero no será muy embarazoso: son baúles que van por las mensagerías; él ha comprado sus caballos en Alemania. He dado dinero á Barilóln para que se lo dé durante la campaña. Soy una madrastra: ayer dije adiós al *pequeño desnaturalizado* (4); estuve para llorar. Esta campaña será ruda y no me fio mucho en él para conservarse: *Poco duri*,

(1) La Saint-Baume es una gruta tallada en la roca, donde según tradición del país, se pretende que Magdalena acabó sus días haciendo penitencia.

(2) Había también en Livry una capilla llamada de Nuestra Señora de los Angeles, donde se encontraba una fuente milagrosa, cuyas aguas estaban reputadas de curar las tercianas.

(3) Donde estaba entonces Mad. de La Fayette.

(4) El caballero de Grigman.

pur che s'innalzi : en esto ha venido á parar, esta es su verdadera divisa. Adiós, no os diré más por hoy. Me voy á la Sainte-Baume. Voy á un sitio donde pensaré en vos sin cesar y acaso demasiado tiernamente. Es bien difícil que yo vea este jardín, estos árboles, este puentecillo, esta avenida, esta pradera, este molino, esta hermosa vista, esta selva, sin pensar en mi muy querida hija.

El joven Daquin es primer médico. *La faveur l'a pu faire autant que le mérite* (1).

À LA MISMA

Paris, miércoles, 27 de abril de 1672

Voy á responder á vuestras dos cartas, y después os hablaré de este país. Mr. de Pomponne ha visto la primera y luego le haré ver una gran parte de la segunda; ha salido : al despedirse fué cuando le mostré vuestra carta, pues no podía darle mejores instrucciones que lo que vos escribís sobre vuestros negocios. Os encuentra admirable; no oso deciros á qué estilo compara el vuestro ni las alabanzas que él le hace; en fin, me ha rogado mucho aseguraros de su estimación y de los cuidados que tendrá siempre por todo lo que pueda interesaros. Se ha alegrado muchísimo de vuestra descripción de la Sainte-Baume; pero se alegrará más de la segunda carta. No se puede escribir mejor sobre este asunto ni más claramente; estoy segura que vuestra carta obtendrá todo lo que vos deseáis; vos veréis la respuesta. Yo no escribiré más que una palabra, pues en verdad, querida mía, no tenéis necesidad de ser socorrida en esta ocasión; yo encuentro toda la razón de vuestra parte. No he sabido este asunto por vos; fué Mr. de Pomponne quien me lo hizo saber conforme á él se lo habían comunicado; pero no hay

(1) Verso de Corneille en el Cid.

nada que responder á lo que vos me escribís; él tendrá el placer de leerlo. El Obispo (de Marsella) demuestra en toda ocasión que tendría un gran placer en reconciliarse con vos. Ha encontrado aquí todas las cosas bastante bien dispuestas para hacerle desear una reconciliación, de la cual se hace honor, como de un sentimiento conveniente á su profesión. Se cree que tendremos entre hoy y mañana un primer presidente de Provenza. Os doy gracias por vuestra bonita relación de la Sainte-Baume y por vuestra bonita sortija; ya veo que la sangre no ha hervido del todo á vuestro gusto. Mad. la Palatine ha tenido una vez la misma curiosidad que vos y no quedó mucho más satisfecha. No me quitaréis el deseo de visitar esa terrible gruta; cuanto más trabajo haya en ello, más se debe ir; aunque á decir verdad, no me cuido de eso sino muy ligeramente; yo no busco en Provenza más que á vos, y cuando os tenga tendré todo lo que yo deseo. Mi tía está siempre muy mal. Dejados el cuidado de partir, pues no deseamos otra cosa, y aun si hubiese alguna esperanza de languidez, tomaríamos nuestro partido. Yo la digo mil ternezas de vuestra parte, que ella recibe muy bien. Mr. de la Trousse le ha escrito excesivas; son amistades de la agonía de las cuales no hago gran caso; yo dejo á aquellos que no comenzarán á amarme hasta mi agonía. Hija mía, es preciso amar durante la vida, como vos hacéis; hacerlo dulce y agradable, no anegar de amargura y colmar de dolor á los que nos aman; es demasiado tarde para cambiar cuando se está expirando. Vos sabéis cómo yo me he reído siempre de los buenos fondos; yo no los conozco más que de una clase y el vuestro debe contentar á los más difíciles. Yo veo las cosas como ellas son; creedme, no soy loca, y para demostrárselo, os diré que no se puede jamás estar más contenta de una persona que lo que yo estoy de vos. Enviaré á Mad. de Coulanges lo que le pertenece de vuestra carta: la haré pedazos y me quedarán todavía algunos cientos de líneas para consolarme; por muy amables que ellas sean, deseo extremadamente no recibir más. Vamos á las noticias.

El Rey parte mañana. Habrá cien mil hombres fuera de

París; poco más ó menos este es el cálculo que se ha hecho de los distritos. Hace cuatro días que no hago más que decir adiós. Ayer fuí al Arsenal, pues quería despedir al gran maestro (1) que había venido á buscarme; no le encontré, pero encontré á Latroche que lloraba por su hijo, y á la Condesa (2) que lloraba por su marido; tenía un sombrero gris, que destrozaba en el exceso de su disgusto; era una cosa graciosa; creo que jamás ningún sombrero se habrá encontrado en semejante fiesta. En fin, los dos han partido esta mañana, la mujer para Lude y el marido para la guerra; pero, ¡qué guerra! la más cruel, la más peligrosa de que se haya oído hablar nunca, desde la marcha de Carlos VIII á Italia. Así se le ha dicho al Rey. El I sel está defendido y bordeado con doscientas piezas de cañón por sesenta mil hombres de á pie, tres grandes ciudades y un ancho río que está delante. El conde de Guiche que conoce el país, nos ha enseñado el otro día este plano en casa de Mad. de Verneuil; es una cosa admirable. El príncipe está muy ocupado en este grande asunto. El otro día fué á verle una especie de loco, bastante agradable, que le dijo que sabía muy bien hacer moneda. « Amigo mío, le dijo el príncipe, te doy las gracias; pero si sabes alguna invención para hacernos pasar el I sel sin ser destrozados, me harás un gran servicio, porque yo no le sé. » — Tendrá por lugar tenientes generales los mariscales d'Humieres y de Bellefonds. Ved aquí un detalle que os gustará saber. Los dos ejércitos se unirán, el Rey mandará á MONSIEUR, MONSIEUR al príncipe, el príncipe á Mr. de Turenne y Turenne á los dos mariscales y además el ejército del mariscal de Crequí. El Rey habló á Mr. de Bellefonds y le dijo que era su intención que obedeciese á Mr. de Turenne sin consecuencias. El mariscal, sin tomarse tiempo para pensarlo (ésta fué su falta), respondió que no sería digno del honor que le ha hecho S. M. si se deshonrase con una obediencia sin

(1) El conde de Lude, gran maestro de Artillería.

(2) Eleonora de Bouillé, primera mujer del conde de Lude. Era muy aficionada á la caza y estaba siempre vestida de hombre. Pasaba su vida en el campo.

ejemplo. El Rey le rogó buenamente que mirase lo que le respondía, añadiendo que deseaba esta prueba de su amistad y que él iba derecho á su desgracia. El mariscal le dijo que bien veía que perdía los favores de S. M. y su fortuna, pero que prefería esto á perder su propia estimación, y que él no podía obedecer á Mr. de Turenne sin degradar la dignidad á que había sido elevado. El Rey le dijo : « Señor mariscal, es preciso, pues, separarse. » — El mariscal le hizo una profunda reverencia y partió: Mr. de Louvois que no le quiere, le expidió en seguida una orden de marcha para Tours : ha sido dado de baja en el estado de la casa del Rey. Sus deudas ascienden á cincuenta mil escudos más de lo que vale su fortuna ; está hundido, pero está contento y no se duda de que vaya á la Trapa. Ha ofrecido al Rey su equipaje que estaba hecho á expensas de S. M. para que hiciese de él lo que le agradase y se ha tomado esto como si quisiese bravear con el Rey. Jamás hubo nada más inocente. Todos sus parientes, los Villars y todos los que son afectos á él, están inconsolables. No dejéis de escribir á Mad. de Villars y al pobre mariscal. Entre tanto, el mariscal d'Humieres, sostenido por Mr. Louvois, no había parecido y esperaba que el mariscal de Crequí hubiese respondido. Este último ha venido en posta desde su ejército á responder él mismo : llegó antes de ayer y tuvo una conversación de una hora con el Rey.

El mariscal de Gramont, que fué llamado, sostuvo el derecho de los mariscales de Francia é hizo al Rey juez, entre los que hacían más caso de esta dignidad ó los que por sostener su grandeza se exponían al peligro de estar mal con él ó el que como Mr. de Turenne se avergonzaba de llevar este título, y le había borrado de todos los sitios en que podía estar, teniendo el nombre de mariscal por una injuria y queriendo mandar en calidad de príncipe. En fin, la conclusión fué, que el mariscal de Crequí se ha ido al campo á su casa á plantar coles, lo mismo que el mariscal d'Humieres. Ved aquí de lo que únicamente se habla ; unos dicen que han hecho bien, otros que han hecho mal. La condesa (de Fiesque) grita hasta

desgañitarse ; el conde de Guiche toma su voz de falsete ; es preciso separarlos porque esto es una comedia. Lo que es verdad, es que hay aquí tres hombres de una gran importancia para la guerra á quienes será difícil reemplazar. El príncipe lo siente mucho por el interés del Rey. Mr. de Schomberg no está más dispuesto que los otros á obedecer á Mr. de Turenne, habiendo mandado ejércitos como general en jefe. En fin, Francia, que está llena de grandes capitanes, no encontrará ahora bastantes á causa de este desgraciado contratiempo. Mr. de Aligre tiene los sellos y además ochenta años : es un depósito, un Papa.

Acabo de dar una vuelta por la ciudad : he estado en casa de Mr. de la Rochefoucauld. Está agoviado de [dolor por haber despedido á todos sus hijos : á pesar de todo esto, me ha rogado que os envíe mil ternezas de su parte : hemos hablado mucho. Todo el mundo llora su hijo, su hermano, su marido, su amante : sería preciso ser muy miserable para no encontrarse interesada en esta partida de la Francia entera. Dangean y el conde de Sault, (1) han venido á despedirse : nos han dicho que el Rey, á fin de evitar lágrimas, ha partido esta mañana á las diez sin que nadie lo haya sabido, en lugar de partir mañana como todo el mundo creía. Es el duodécimo que ha partido, todo el resto correrá después. En vez de ir á Villers-Cotterets, ha ido á Nanteuil, donde se cree que otros que han desaparecido también se encontrarán (2) : irá mañana á Soissons y en seguida, como él había resuelto: sino encontráis esto galante no tenéis más que decirlo. La tristeza que aflige á todo el mundo, es una cosa que no se puede imaginar sin verla. La reina continúa con el cargo de Regente : todas las compañías soberanas han ido á saludarla. Ved una extraña guerra que comienza bien tristemente.

(1) Fué hecho duque de Lesdiguiers en el paso del Rhin.

(2) Se cree que alude á Mad. de Montespan.

À LA MISMA

París, viernes, junio de 1672.

Once de la noche.

Acabo de recibir, hija mía, una triste noticia de la cual no os daré detalles porque no los tengo, pero sé que en el paso del Issel (1) bajo las órdenes del Príncipe, ha sido muerto Mr. de Longueville; esta noticia agovia. Yo estaba en casa de Mad. de La Fayette cuando vinieron á anunciarlo á Mr. de la Rochefoucauld, así como la herida de Mr. de Marsillac y la muerte del caballero de Marsillac : esta granizada á caído sobre él en mi presencia. Se ha afligido mucho, sus lágrimas han corrido del fondo del corazón, pero su firmeza las ha impedido estallar. Después de estas noticias, no he tenido paciencia de preguntar más: he corrido á casa de Mr. de Pomponne, que me ha hecho recordar que mi hijo está en el ejército del Rey, el cual no ha tomado parte en esta expedición que estaba reservada al Príncipe : se dice que está herido ; se dice que ha pasado el río en una barca ; se dice que Nogent se ha ahogado ; se dice que Guitry ha muerto ; se dice que Mr. de Roquelaure y Mr. de la Feuillade están heridos ; que hay una infinidad que han perecido en esta ruda ocasión. Cuando tenga detalles de estas noticias os las enviaré. Guitaud me envía un gentil hombre que viene del hotel de Condé ; me dice que el Príncipe ha sido herido en una mano. Mr. de Longueville había forzado la barrera, donde él se había presentado el primero, y fué también el primero que cayó muerto sobre el campo de batalla : todo lo demás es bastante parecido. Mr. de Guitry ahogado, Mr. de Nogent, también ; Mr. de Marsillac herido como ya os he dicho, y otro gran número de los cuales no se sabe todavía. Pero en fin, el Issel se ha pasado ; el Príncipe le pasó tres ó cuatro veces en lan-

(1) Es decir, en el paso del Rhin, porque el Issel fué abandonado.

cha serenamente, dando sus órdenes por todas partes con esta sangre fría y este valor divino que se le conoce. Se asegura que después de esta primera dificultad no se encuentran ya enemigos, se han retirado á sus plazas. La herida de Mr. de Marsillac, es un tiro de mosquete en el hombro y otro en la mandíbula sin romper el hueso. Adiós, mi querida hija, tengo el espíritu un poco fuera de su lugar, aunque mi hijo está en el ejército del Rey; pero habrá tantas otras ocasiones que esto me hace temblar y morir.

Á LA MISMA

Paris, 20 de junio de 1672.

Me es imposible representarme el estado en que os habéis hallado, mi querida hija, sin una extrema emoción, y aunque yo sepa que ya estáis bien á Dios gracias, no puedo volver los ojos al pasado sin un horror que me turba. ¡Ah! ¡Qué mal instruída estaba yo acerca de una salud que me es tan querida! Quien me hubiese dicho en este tiempo : vuestra hija esta más en peligro que si estuviese en el ejército, me hubiera sido muy difícil creerlo. Es preciso, pues, que yo encuentre esta tristeza además de tantas otras que tengo en mi corazón presente-mente. El peligro extremo en que se encuentra mi hijo; la guerra que aumenta todos los días; los correos que no aportan más que noticias de la muerte de nuestros amigos y que pueden traerlas peores; el temor que se tiene á las malas noticias y la curiosidad que se tiene por saberlas; la desolación de los que son heridos por el dolor y con quien yo paso una parte de mi vida; el inconcebible estado de mi tía y el ansia que tengo de veros, todo esto me desgarras, me mata y me hace llevar una vida tan contraria á mi humor y á mi temperamento, que en verdad, es preciso que tenga una buena salud para resistirla. No habéis jamás visto París como está ahora.

todo el mundo llora ó teme llorar; el espíritu vuelve á la pobre Mad. de Nogent; Mad. de Longueville enternece los corazones, según se dice; yo no la he visto, pero he aquí lo que yo sé.

Mlle. de Vertus había vuelto desde hace dos días á Port-Royal, donde está casi siempre; han ido á bucarla con Mr. Arnauld para darla esta noticia. Mlle. de Vertús no tenía más que presentarse; esta vuelta tan precipitada marcaba bien algo de funesto. En efecto, desde que ella apareció: « ¡Ah, señorita! ¿Cómo está mi hermano? (el gran Condé). » Su pensamiento no se atrevió á ir más lejos: señora, está bien de su herida, ha tenido un combate. — ¿Y mi hijo? No se la responde nada, — ¡Ah, señorita! mi hijo, mi querido hijo, respondedme, ¿ha muerto? — Señora no tengo palabras para responderos. « ¡Ah, mi querido hijo! ¿ha muerto sobre el campo de batalla? — ¿No ha vivido un momento después? ¡Ah, Dios mío, qué sacrificio! » Después de esto cae en el lecho y todo lo que el más vivo dolor puede hacer por convulsiones, por desvanecimientos, por un silencio mortal, por gritos ahogados, por lágrimas, por exclamaciones al cielo y por quejas tiernas y compasivas, todo lo ha experimentado. Ve á ciertas gentes, toma apenas un poco de caldo porque Dios quiere; no tiene ningún reposo; su salud, siempre delicada, está ahora alterada visiblemente. Cuanto á mí, yo la deseo la muerte, no comprendiendo que pueda vivir después de semejante pérdida. Hay un hombre (1) en el mundo que no está menos conmovido; yo creo que si se hubiesen encontrado los dos en los primeros momentos y no hubiese habido nadie con ellos, todos los otros sentimientos hubieran desaparecido ante los gritos y las lágrimas que hubieran redoblado á cada instante: esto es una visión; pero en fin; ¿qué afición no muestra nuestra gran marquesa de Huxelles, solamente por amistad? las amantes no se afligen más. Toda su pobre casa está revuelta y su pobre escudero que llegó ayer no parece un hombre ra

(1) Mr de la Rochefoucauld.

zonable : esta muerte borra todas las demás. Un correo de ayer por la noche trajo la noticia de la muerte del conde de Plessis, (1) que estaba mandando construir un puente; un tiro de cañón le ha llevado por delante. Mr. de Turenne está sitiando á Arnheim : se habla también del fuerte de Skenek. ¡Ah, de qué fin tan trágico serán seguidos estos hermosos comienzos para muchas gentes ! ¡Dios conserve á mi pobre hijo ! Él no ha estado en el paso del Rhin ; si hubiese algo de bueno en un tal oficio, sería el estar dedicado á un cargo. Pero la campaña no ha terminado.

Tales son las relaciones que os mando, no las hay mejores : veréis en todas que Mr. de Longueville ha sido causa de su muerte y de los otros, y que el Príncipe, en esta ocasión, ha sido únicamente padre, pero no general de ejército. Yo decía ayer, y todo el mundo lo aprobaba: el Duque (2) será causa de la muerte del Príncipe; su amor por él excede á todas sus otras pasiones. La Marans está agoviada; dice que bien ve ~~que se ardean las noticias, y que con Mr. de Longueville~~ ha muerto también el Príncipe y el Duque; que se le diga todo; que por Dios no se la oculte nada; también ella está en un estado en que es inútil querer evitarla disgustos; si se pudiese reír se reiría, ¡Ah ! si supiese cuán poco se piensa en ocultarla nada y cómo cada uno está ocupado de sus temores y de sus dolores, no creería que se hubiese tenido tanto cuidado en engañarla.

Las noticias que os mando son originales, son de Gourville, que estaba con Mad. de Longueville, cuando recibió sus cartas: todos los correos vienen derechos á él. Mr. de Longueville había hecho ya su testamento antes de partir; deja una gran parte de su fortuna á un hijo que tiene y que según mi opinión, aparecerá con el nombre de Caballero de Orleáns (3)

(1) Alejandro de Choiseul, conde de Plessis.

(2) Enrique Julio de Borbón, hijo del Príncipe.

(3) Apareció bajo el nombre de caballero de Longueville y fué muerto durante el sitio de Filisburgo en 1688 por un soldado que estaba tirando á los pájaros.

sin costar nada á sus parientes, aunque ellos no serán miserables. ¿Sabéis dónde se puso el cuerpo de Mr. de Longueville? En la misma lancha donde él había pasado vivo dos horas antes.

El Príncipe que estaba herido le hizo poner á su lado, cubierto con una capa, pasando así el Rhin con otros varios heridos para hacerse vendar en una población del lado acá del río; de suerte que este retorno fué la cosa más triste del mundo. Se dice que el caballero de Montchevreuil, ayudante de Mr. de Longueville no quiere que le curen una herida que recibió cerca de él (1).

Mi hijo me ha escrito : está muy afligido por la pérdida de M. de Longueville ; no estuvo en esta primera expedición, pero estará en otra. ¿Se puede encontrar alguna seguridad en tal oficio? Os aconsejo que escribáis á Mr. de la Rochefoucauld acerca de la muerte de su caballero y de la herida de Mr. de Marsillac. He visto su corazón al descubierto en esta terrible aventura ; está en primera fila entre todo lo que yo he visto de valor, de mérito, de ternura y de razón : cuento como nada su ingenio y su agrado. No me distraeré hoy en deciros cuánto os amo.

Del mismo día. A las diez de la noche.

Hace dos horas que he hecho mi paquete, y al volver de la ciudad encuentro la paz hecha según una carta que se me ha enviado. Es fácil de creer que toda Holanda está alarmada y sometida : la felicidad del Rey está por cima de todo cuanto jamás se ha visto. Se va á empezar á respirar ; pero, ¡ qué aumento de dolor para Mad. de Longueville y para los que han perdido sus amados hijos !

He visto al mariscal de Plessis, está afligidísimo, pero como un gran capitán. La mariscala llora amargamente y la condesa

(2) Felipe de Mornay, caballero de Malta. Murió de esta herida

está incomodada por no ser duquesa, y nada más. ¡Ah, hija mía! Sin el atrevimiento de Mr. de Longueville, pensad que tendríamos la Holanda sin que nos hubiese costado nada (1).

À LA MISMA

Paris, viernes, 24 de junio de 1672.

Estoy en estos momentos en la habitación de mi tía; si pudieseis verla en el estado en que se encuentra, no tendríais duda de que yo partiría mañana. Ha recibido hoy el viático por la última vez; pero como su mal consiste en estar enteramente consumida, esta última gota de aceite no se agota tan pronto. Está en pie; es decir, en su silla, con su vestido de casa una cofia negra encima y sus guantes.

Ningún olor, ninguna suciedad hay en su habitación, pero su rostro está más cambiado que si estuviese muerta hace ocho días; los huesos le atraviesan la piel, está enteramente ética y disecada; no tiene dolores por que no tiene ya nada que consumir; está muy aletargada, pero respira todavía: tiene fríos y debilidades que nos hacen creer que ha muerto; se ha querido una vez darle la extremaunción. No dejo este sitio de miedo de un accidente, y os aseguro que cualquier cosa que vea á más de esto, esta escena me costará muchas lágrimas; es un espectáculo difícil de sostener cuando se es tan tierno como yo. He aquí, hija mía, en el estado en que nos hallamos.

Hace tres semanas que nos despidió á todos porque aun tenía un resto de ceremonia; pero al presente que la máscara ha caído del todo, nos ha hecho saber al abate y á mí, tendiéndonos la mano, que recibía un extremo consuelo en vernos

(1) El duque de Longueville con el arrojo de un soldado sin prudencia y sin política, gritaba en el combate: *¡Nada de cuartel para esta canalla!* y hacía fuego sobre los holandeses que pedían cuartel.

á los dos en los últimos momentos; esto nos enterneció el corazón y nos hizo ver que se representa largo tiempo la comedia y que en la muerte se dice la verdad. Ya no os digo, hija mía, el día de mi partida :

Comment pourrois-je vous le dire?

Rien n'est plus incertain que l'heure de la mort (1).

Pero en fin, con tal que vos no nos ordenéis de no partir, es muy cierto que partiremos.

Dejadnos, pues, hacer : vos sabéis como yo odio los remordimientos ; hubiese sido para mí un dragón perpetuo el no haber cumplido con los últimos deberes para con mi pobre tía. No olvido nada de lo que creo deber en esta triste ocasión. No he visto á Mad. de Longueville, no se la puede ver porque está enferma : ha habido personas distinguidas, pero yo no he estado y no tengo títulos para esto. No parece que la paz esté tan próxima como os había dicho; pero parece que por todas partes hay un aire de inteligencia y una prontitud tan grande en someterse, que parece que el Rey no tiene más que aproximarse á una ciudad para que se le rinda. Sin el exceso de bravura de Mr. de Longueville, que ha causado su muerte y la de muchos otros, todo hubiera salido á las mil maravillas; pero en verdad, la Holanda entera no vale la vida de un tal Príncipe. No olvidéis escribir á Mr. de la Rochefoucauld por la muerte de su caballero y la herida de Mr. de Marsillac. No vayáis á quedar mal con él; he aquí lo que le aflige. ¡Ah, yo miento! entre nosotros, hija mía, yo creo que él no ha sentido la pérdida del caballero; él está inconsolable por el que todo el mundo siente. Es preciso escribir también al mariscal de Plessis. Todos nuestros pobres amigos gozan de buena salud. El joven la Troche (1) ha pasado á nado de los primeros; se le ha distinguido. Si ya no estoy aquí, escribid una palabra á su madre.

(1) Este es el pensamiento de un madrigal de Monteuil.

(1) Francisco Martín de Savonniere de la Troche, entonces de edad de 16 años.

Mi pobre tía me rogó el otro día, por señas, que os diera mil recuerdos y os dijera adiós. Nos hizo llorar. Ha tenido pena al saber vuestra enfermedad. Nuestro abato os da mil recuerdos : es preciso que le digáis siempre alguna palabra afectuosa para sostener el deseo que tiene de ir á veros.

Veó que estáis ahora en Grignan; yo espero que estaré allí á mi vuelta también como los otros. ¡Ah, yo estoy preparada! Admiro mi desgracia; es bastante que desee una cosa para encontrar algún entorpecimiento. Estoy muy contenta de los cuidados y de la amistad del coadyutor; no le escribiré acerca de esto; estará más satisfecho y yo estaré encantada de verlo y hablar con él.

A LA MISMA

París, lunes, 27 de junio de 1672.

Mi pobre tía ha recibido ayer la extremaunción : jamás habéis visto un espectáculo tan triste : respira todavía; esto es todo lo que puedo deciros; lo demás lo sabréis oportunamente. Pero en fin, es imposible no estar profundamente conmovida de ver acabar tan cruelmente á una persona que se ha amado y honrado mucho. Vos decís acerca de esto todo lo que puede decirse de más honrado y razonable: yo haré uso de ello según vuestra opinión y después de haber decidido, os daré parte de la victoria y partiré sin tener los remordimientos y las inquietudes que yo preveía; ¡tan imposible es no engañarse en todo lo que se piensa! Yo había imaginado que sufría mucho entre el disgusto de dejar á mi tía y los temores de una guerra para mi hijo. Dios ha puesto orden en un asunto, yo cumpliré todos mis deberes y la felicidad del Rey ha zanjado el otro, puesto que toda la Holanda se rinde sin resistencia y los diputados están en la Corte, como yo os dije el otro día. Así, hija mía, apresurémonos á creer que no podemos pensar nada justo respecto al porvenir, y consideremos solamente la desgracia

de Mad. de Longueville, puesto que es una cosa pasada : he aquí sobre lo que podemos hablar. En fin, la guerra no ha sido hecha más que para matar á su pobre hijo ; un momento después, todo se inclina á la paz ; el Rey no está ya ocupado más que en recibir á los diputados de las ciudades que se rinden. Él volverá *Conde de Holanda*. Esta victoria es admirable y demuestra que nada puede resistir á las fuerzas y á la conducta de S. M. ; lo más seguro es honrarle y temerle y no hablar de él sino con admiración.

He visto por fin á Mad. de Longueville ; la casualidad me colocó cerca de su lecho : ella me hizo aproximar todavía más y me habló la primera, pues yo no encuentro palabras en semejantes ocasiones. Me dijo que no dudaba de que tuviese compasión de ella, pues nada faltaba á su desgracia : me habló de Mad. de La Fayette y de Mr. d'Hacqueville como los que más la compadecían. Me habló también de mi hijo y de la amistad que con el suyo tenía. Yo no os digo mis respuestas : fueron como debían ser y de buena fe ; yo estaba tan conmovida, que no podía expresarme. La multitud me hizo salir. Pero en fin, la circunstancia de la paz, es una especie de amargura que hiere mi corazón, cuando me pongo en su lugar ; pero cuando pienso con respecto á mí, alabo á Dios puesto que conserva á mi pobre Sévigné y todos nuestros amigos.

Veo que seguís en Grignan ; queréis asustarme con el pensamiento de no pasearme y no tener peras ni melocotones ; pero mi muy amable, vos estaréis allí tal vez, y cuando yo me encuentre cansada de contar vuestros olivos, ¿ no podré ir á ver vuestras hermosas terrazas ? ¿ Y no querreis darme higos y nueces ? Diréis lo que queráis ; yo me expondré á la sequedad del país esperando sin embargo no encontrar nada más que allí : preveo, sin embargo, una querella entre nosotros : porque vos queréis que yo ame á vuestro hijo más que á vuestra hija y yo no creo que esto pueda ser ; yo me he prendado de tal modo de esta pequeña, que siento una verdadera pena por no poderla llevar.

Monsieur de la Rochefoucauld está muy disgustado por la

herida de Mr. de Marsillac; él teme que por su desgracia le sobrevenga la gangrena. Yo no sé si debeis escribir á Mad. de Longueville : yo creo que sí. Se ha hecho una bonita alegoría de la Holanda : es una condesa de edad de cerca de cien años, muy enferma; tiene al rededor cuatro médicos : son los reyes de Inglaterra, de España, de Francia y de la Suecia. El Rey de Inglaterra le dice : « Enseñad la lengua. ¡ Ah, qué mala está ! » El rey de Francia la toma el pulso y dice : « Es preciso una gran sangría. »

Yo no sé lo que dicen los otros dos, pues me he detenido en esto de la muerte, porque es bastante justo y muy cómico.

À LA MISMA

París, viernes, 1.º de julio de 1672.

En fin, hija mía, nuestra querida tía ha acabado su triste y desgraciada vida : la pobre nos ha hecho llorar mucho en esta triste ocasión.

Por mí, que soy fácil para derramar lágrimas, puedo decirte que he vertido muchas. Murió ayer á las cuatro de la mañana sin que nadie se percibiese; se la encontró muerta en su lecho : la víspera estaba extraordinariamente mal, por inquietud quiso levantarse; estaba tan débil que no podía tenerse en la silla y se doblaba y caía hasta el suelo y había que levantarla. Mad. de la Trousse creía que esto era falta de alimentación; tenía convulsiones en la boca : mi prima decía que era algún impedimento que había creado la leche en su boca y en sus dientes. Yo, por mi parte, la encontraba muy mal. Á las once me hizo seña de que me marchara : la besé la mano, me dió su bendición y parti; enseguida tomó su leche por complacencia con Mlle. de la Trousse; pero en verdad, no pudo tragar nada y le dijo que no podía más. Se la acostó, echó fuera á todo el mundo y dijo que iba á dormir. Á las tres tuvo necesidad de

algo é hizo seña para que se la dejara en reposo. Á las cuatro dijo Mlle. de la Trousse que su madre dormía; mi prima dijo que no era preciso despertarla para que ella tomase su leche.

Á las cinco, dijo que era preciso ver si dormía. Se acercó á su lecho y la encontró muerta : se grita, se abre las ventanas ; su hija se arroja sobre esta pobre mujer y la quiere dar nueva vida : la llama, grita, se desespera ; en fin, se la arranca de allí y se la lleva por fuerza á otra habitación. Me vinieron á advertir y acudí muy conmovida : encuentro á esta pobre tía fría completamente y acostada tan á su gusto, que no creo que desde hace seis meses haya tenido un momento tan dulce como el de su muerte ; no estaba casi cambiada, sin duda á fuerza de haberlo estado antes. Me puse de rodillas, y ya podéis pensar si lloraría abundantemente al ver este triste espectáculo. Fui á ver en seguida á Mlle. de la Trousse, cuyo dolor conmueve hasta las piedras : las conduje á las dos aquí : por la noche Mad. de la Trousse vino á recoger á mi prima y á llevarla á la Trousse (1), esperando la vuelta de Mr. de la Trousse ; Mlle. de Merí se ha acostado aquí ; esta mañana hemos asistido al servicio fúnebre ; ella vuelve á su casa esta noche porque así lo desca y heme aquí ya presta á partir. No me escribáis, pues, más, querida mía ; yo os escribiré, pues por mucha prisa que me dé no podré dejar á Paris en algunos días, pero no los bastantes para recibir vuestras cartas aquí.

No me habéis escrito el último ordinario ; debíais advertírmelo para estar preparada : no puedo deciros qué pena me ha dado este olvido, y qué larga me ha parecido esta semana ; es la primera vez que esto os sucede ; yo me alegro de que me haya conmovido tanto, pues es señal e que no estoy acostumbrada á ello. El domingo espero noticias vuestras. Adiós, querida hija.

Se me ha prometido una relación : yo la espero ; me parece que el Rey continúa sus conquistas. No me habéis dicho una

(1) Una tierra á doce leguas de París.

palabra sobre la muerte de Mr. de Longueville ni sobre todo el cuidado que he tenido en participaros lo ocurrido, ni acerca de mis demás cartas, parece que hablo á una sorda ó á una muda; veo que es preciso que yo vaya á Grignan. Adiós, pues, hasta la vista. Nuestro abate os da mil recuerdos; es de agradecer en él el valor que tiene para querer ir á Provenza.

Á LA MISMA

Paris, domingo 3 de julio de 1672.

Me voy á Livry á llevar la pequeña; no paséis absolutamente ningún cuidado por ella, pues la cuido yo extraordinariamente y la amo con seguridad mucho más de lo que la amáis vos. Iré mañana á despedirme de Mr. de Andilly y volveré el martes para acabar algunas bagatelas y partir lo que se llama inmediatamente. Dejo esta carta á mi querida Troche que se encarga de enviaros todas las noticias, y cumplirá esto mejor que yo. El interés que tiene en el ejército la hace estar mejor instruída que otra cualquiera, principalmente que yo, que desde hace cuatro días no he visto más que lágrimas, duelos, servicios fúnebres, enterramientos y la muerte en fin. Os confieso que he estado muy agoviada de pena cuando mi lacayo ha venido á decirme que no había cartas para mí en el correo: he aquí la segunda vez que no tengo una palabra de vos; creo que podrá ser falta del correo ó de vuestro viaje; pero esto no deja de disgustarme mucho: como no estoy acostumbrada á la pena que se sufre en esta ocasión, la sostengo de bastante mala gana. Habéis estado tan enferma que me parece siempre que os va á acontecer alguna desgracia, y habéis estado tan rodeada de ellas desde que no estáis conmigo, que tengo razón para temerlas todas, puesto que vos no teméis ninguna. Adiós, querida mía; yo os diría, si hubiese recibido noticias vuestras.

À LA MISMA

Livry, domingo por la noche, 3 julio de 1672.

¡ Ah, hija mía! tengo muchas excusas que pedir os por la carta que os he escrito esta mañana al venir aquí. No había recibido vuestra carta. Mi amigo el del correo me había mandado á decir que no la tenía: me puse desesperada. He dejado el cuidado á Mad. de la Troche de enviaros todas las noticias, y he partido en seguida. Son las diez de la noche y Mr. de Coulanges, á quien amo como á mi vida, y que es el mejor hombre del mundo, me envía vuestra carta que estaba en su paquete; y para darme esta alegría no teme el hacer caminar á su lacayo á la luz de la luna: verdad es hija mía que no se ha equivocado en esto de pensar que me ha dado un gran placer; estoy disgustada al saber que habéis perdido uno de mis paquetes, pues como están llenos de noticias, esto os perjudica y os hace perder el hilo de lo que pasa.

Debéis haber recibido relaciones muy exactas; ellas os habrán hecho saber que el Rhin estaba mal defendido; el gran milagro es haberle pasado á nado. El Príncipe y sus argonautas estaban en una lancha; las primeras tropas que encontraron al otro lado pidieron cuartel, cuando la desgracia quiso que Mr. de Longueville, que sin duda no lo entendió, se aproximase á sus trincheras, y empujado por su ardor llega á la barrera y mata al primero que se encuentra al alcance de su mano: al mismo tiempo cae atravesado por cinco ó seis tiros. El duque le sigue, el Príncipe sigue á su hijo y todos los demás siguen al Príncipe: aquí tuvo lugar la matanza, que como veis se hubiera evitado muy bien si se hubiese sabido el deseo que aquellas gentes tenían de rendirse; pero todo está marcado en el orden de la Providencia.

El conde de Guiche ha llevado á cabo una acción, cuyo éxito le cubre de gloria, pues si hubiera tenido otro resultado hubiese sido criminal. Él se encarga de reconocer si el río es

vadeable ; dice que sí y no lo es. Escuadrones enteros pasan á nado sin desordenarse : verdad es que él pasa el primero. Esto no se ha intentado nunca, pero le sale bien ; envuelve los escuadrones enemigos y los obliga á rendirse. Bien veis que su felicidad y su dolor ne se han separado, pero debéis tener grandes relaciones de todo esto. El caballero de Nantouillet había caído del caballo, se va al fondo, sube, se hunde y vuelve á subir ; en fin, encuentra la cola de un caballo y se agarra á ella ; este caballo le conduce á la orilla ; monta luego sobre el caballo, se mezcla en el combate, recibe dos sablazos en su sombrero y se vuelve tan contento : esto es de una sangre fría que me hace recordar á Orontes, Príncipe de los masagetas ; por lo demás, no hay nada más verdad que el que Mr. de Longueville había confesado antes de partir ; como él no se alababa nunca de nada, no había ni siquiera hecho la corte ni aun á su madre ; pero fué una confesión conducida por nuestros amigos (de Port-Royal) y cuya absolución fué diferida más de dos meses. Esto ha sido tan verdad, que Mad. Le Longueville no ha podido dudar de ello. Ya podéis pensar qué consuelo. Él hacía una infinidad de liberalidades y caridades de que nadie se enteraba, y que no hacía sino á condición de que no se hablase de ellas : jamás se ha visto un hombre de tan sólidas virtudes ; no le faltaban sino algunos vicios ; es decir, un poco de orgullo, de vanidad y de altivez ; pero por lo demás, jamás ha estado tan cerca de la perfección : *pago lui, pago il mondo*. Estaba por encima de todas las alabanzas ; con tal que estuviese contento de él, le bastaba. Yo veo á menudo gentes que están todavía muy lejos de consolarse de esta pérdida ; pero para la mayor parte del mundo, hija mía, esto ya ha pasado ; esta triste noticia no ha causado aflicción, sino durante tres ó cuatro días ; la muerte de MADAME duró mucho más. Los intereses particulares de cada uno por lo que pasa en el ejército, impiden el gran interés por las desgracias de los otros. Desde este primer combate no ha sido cuestión más que de ciudades rendidas y de diputados que vienen á pedir la gracia de ser recibidos por S. M.

No olvidéis escribir unas palabras á la Troche acerca de que su hijo se ha distinguido y ha pasado á nado; se le ha elogiado delante del Rey como á uno de los más atrevidos. No hay apariencia ninguna de que se intente resistencia contra un ejército tan victorioso. Los franceses son bonitos seguramente; es preciso que todo ceda ante sus acciones de brillo y de temeridad; en fin, ya no hay río al presente que sirva de defensa contra su excesivo valor.

Por lo demás, allá van algunas noticias; había conducido aquí mi niña para pasar el verano y me he encontrado con que esto está muy seco y no hay agua; la nodriza teme aburrirse; ¿Qué hago yo según vuestra opinión? La conduciré pasado mañana á casa tranquilamente y se estará allí con la *madre Juana*, que la cuidará. Mad. de Sanzei estará en París; irá á verla, yo tendré noticias de ella muy á menudo. Ved lo que he hecho. Mi casa es bonita y á mi pequeña no la faltará nada: es preciso comprender que Livry no es tan encantador para una nodriza como para mi. Adiós, mi divina hija; perdonad la pena que yo tenía por haber estado tanto tiempo sin recibir vuestras cartas; me son siempre tan agradables, que nadie más que vos puede consolarme de no haberlas recibido.

À LA MISMA

Auxerre, sábado 16 de julio de 1672.

En fin, hija mía; henos aquí. Todavía estoy bien lejos de vos; pero siento, sin embargo, ya, el placer de estar más cerca. Salí el miércoles de París con la pena de no haber recibido vuestras cartas del martes; la esperanza de encontraros al final de tan largo viaje me consuela.

Todo el mundo nos aseguraba agradablemente que yo quería hacer morir á nuestro abate exponiéndole á un viaje

en Provenza en medio del estío; él ha tenido el valor de burlarse de todos estos discursos, y Dios le ha recompensado con un tiempo como le pudiera desear. No hay polvo, hace fresco y los días son de una duración infinita: he aquí todo lo que puede desearse. Nuestra Mousse se anima; viajamos un poco gravemente; Mr. de Coulanges nos hubiese venido muy bien para alegrarnos.

No hemos encontrado una lectura que fuese digna de nosotros nada más que Virgilio, *no disfrazado*; sino en toda la majestad del italiano y del latín (1).

Para tener alegría, es preciso estar con gentes regocijadas; vos sabéis que yo soy como se quiere que sea; pero no invento nada. Estoy un poco triste por no saber lo que pasa en Holanda; cuando salí de París, se estaba entre la paz y la guerra; era la situación más importante en que se ha encontrado Francia desde hace largo tiempo; los intereses particulares luchan con los del Estado. Adiós, pues, querida mía; espero que encontraré noticias vuestras en Lyon.

AL CONDE DE BUSSY

Montjeu, 22 de julio de 1672.

Vos decís siempre maravillas, señor Conde, todos vuestros razonamientos son justos; es muy verdad que á menudo en la guerra los sucesos hacen un héroe ó un aturdido. Si el conde de Guiche hubiese sido derrotado pasando el Rhin, hubiera cometido el mayor error del mundo, puesto que se le habia encomendado solamente saber si el río era vadeable ó no; él dijo que sí, aunque no lo fuese, y cuando este paso ha tenido buen resultado, es cuando se ha coronado de gloria.

Comienzo un poco á respirar. El Rey no hace ya más que

(1) Anibal Caro ha hecho una traducción de la Eneida en verso italiano, que es una de las que pueden leerse, tan bien como el original.

viajar y recorrer la Holanda haciendo camino. Yo no había jamás tomado tanto interés en la guerra, lo confieso, pero la razón no es difícil de encontrar. Mi hijo no estaba mandado para esta ocasión. Es abandonado de los gendarmes á las órdenes de Mr. La Trousse; más quiero que esté allí que en otro sitio.

He estado en casa de Mr. Bailly para vuestro proceso; no le he encontrado, pero le he escrito un billete amistoso. Con el Presidente Mr. Brissonnet no me perdonaré las faltas que desde hace tres ó cuatro años he cometido; ha estado enfermo y le he abandonado; esto es un abismo, estoy llena de errores; no encuentro todavía el beneficio después de esto, de no desearle la muerte : no hablemos más de esto.

He visto una palabra italiana en vuestra carta; me parece que era de un hombre que lo aprendía, y gracias á Dios bien sabéis que siempre os he dicho que faltaba esto á vuestras perfecciones. Aprendedle, primo mío ; yo os lo ruego, encontraréis en ello un gran placer.

Puesto que decís que tengo buen gusto, fíaos en mí. Si no hubieseis estado en Dijón ocupado en ver perder el proceso al pobre conde de Limoges, hubierais estado en este país cuando yo he pasado ; y según el aviso que yo os hubiera dado hubierais sabido noticias mías en casa de mi primo Toulangeon ; pero mi desgracia ha descompuesto todo lo que nos podía hacer encontrar en esta cita. Mad. de Toulangeon vino á verme el lunes ; Mr. Jeanin me ha rogado con tantas instancias venir aquí, que no he podido negarme. Me hace ganar el día que le consagro con un relevo que me conducirá mañana á Chalons como había resuelto. He encontrado esta casa muy embellecida al cabo de diez y seis años que no venía á ella ; pero yo no sigo lo mismo, y el tiempo que ha dado grandes bellezas á estos jardines, me ha quitado un aire de juventud que no pienso recobrar jamás. Vos me la hubieseis hecho más agradable que nadie, por la alegría que hubiera tenido al veros y por las confianzas á que somos propensos cuando estamos juntos.

Pero, en fin, Dios no lo ha querido, ni el gran Júpiter, que se ha contentado con ponerme sobre su montaña sin querer dejarme ver mi familia entera. Encuentro á Mad. de Toulangeon, mi prima, muy bonita y muy amable.

Yo no la creía tan bien hecha ni que ella entendiese tan bien las cosas. Me ha dicho mil elogios de vuestras hijas que no me ha costado trabajo creer. Adiós, mi querido primo; me voy á Provenza á ver á ese pobre Grignan. Ved aquí lo que se llama querer. Os deseo toda la felicidad que merecéis

À MADAME DE GRIGNAN

Marsella, miércoles... 1672

Os escribo después de la visita de la *intendenta* y de una arenga muy bella. Aguardo un presente, y el presente aguarda mi propina. Estoy encantada de la singular belleza de esta ciudad. Ayer el tiempo fué divino, y el sitio desde donde yo descubrí el mar, las *bastidas*, las montañas y la ciudad, son cosa admirable; pero sobre todo estoy encantada de Mad. de Montfuron (1); es amable y se la ama sin dudar. La multitud de caballeros que vinieron ayer á ver á Mr. de Grignan á su llegada; nombres conocidos como Saint-Herem, etc., aventureros, espadas, sombreros airosos, una idea de guerra, de novela, de embarque, de aventuras, de cadenas, de hierros, de esclavos, de servidumbre, de cautividad; yo, que amo las novelas, estoy transportada. Mr. de Marseille vino ayer tarde: comimos en su casa; este es el asunto de los dos dedos de la mano. Hace hoy un tiempo abominable; estoy triste porque no veremos ni mar, ni galeras, ni puerto. Que me perdone Aix, pero Marsella es mucho más bonito y más poblado que París á proporción; tiene lo menos cien mil almas, y es imposible deciros cuántas

(1) Prima hermana de Mr. de Grignan.

mujeres bonitas hay, por que no hay medio de contarlas; pero entre todo esto quisiera estar con vos. No me gusta ningún sitio sin vos, y menos la Provenza que cualquiera otro; este es un robo que yo sentiré siempre. Dad gracias á Dios de tener más valor que yo; pero no os burleis de mis debilidades.

À MR. ARNAULD D'ANDILLY

Aix, 11 de diciembre de 1672.

En vez de ir á Pomponne á haceros una visita, preferis que os escriba; yo siento la diferencia entre lo uno y lo otro; pero es preciso que me consuele, al menos de lo que está en mi poder. Estaríais bien admirado de que yo me volviese buena en Aix; algunas veces me siento llevada por un espíritu de contradicción, y viendo cuán poco amado es Dios, me creo obligada á hacer mi deber. Seriamente, las provincias están poco instruidas en los deberes del cristianismo; yo soy más culpable que los otros, pues sé mucho de ello. Estoy segura que vos no me olvidáis jamás en vuestras oraciones y creo sentir los efectos de ellas cada vez que tengo un buen pensamiento. Espero que tendré el honor de volveros á ver en esta primavera, y que estando mejor instruida, estaré más en estado de persuadiros de todo aquello que me aseguráis que no os persuado. Todo lo que sabréis de aquí allá, es que si el prelado que tiene el don de gobernar las provincias, tuviese la conciencia tan delicada como Mr. de Grignan, sería un buen obispo, *ma basta* (1). Hacedme el favor de mandarme noticias vuestras; habladme de vuestra salud; habladme de la amistad que tenéis
r mi; dadme la alegría de ver que estáis persuadido de que
s encontráis en primera fila entre lo que me es más querido

(1) Se refiere al obispo de Marsella, Forbin de Janson, que se mezclaba en las atribuciones de Mr. de Grignan, gobernador de Provenza.

en el mundo ; he aquí lo que me es necesario, para consolarme de vuestra ausencia, de la cual siento la amargura á través de todo mi amor maternal.

DE RABUTIN CHANTAL.

À MADAME DE GRIGNAN

Lambesc, martes 20 de diciembre de 1672.

Á las diez de la mañana.

Cuando se cuenta sin la Providencia, es preciso contar dos veces. Estaba completamente vestida á las ocho ; habia tomado mi café, oído misa, todas las despedidas hechas, los fardos cargados, las campanillas de las mulas me hacían recordar que era preciso montar en la litera ; mi habitación estaba llena de gente, se me rogaba que no partiera, porque desde hace algunos días llueve mucho y desde ayer continuamente y aun en este momento más que lo ordinario. Yo resistía atrevidamente á todos estos discursos haciendo honor á la resolución que habia tomado y á todo lo que os decía ayer por el correo, asegurándoos que llegaría el jueves ; cuando de repente Mr. de Grignan me ha hablado tan seriamente de la temeridad de mi empresa, diciendo que mi muletero no seguiría mi litera, que mis mulos caerían á los barrancos, que mis gentes estarían mortajadas y no podrían socorrerme, que en un momento he cambiado de opinión y he cedido enteramente á sus prudentes advertencias. Así, hija mía, baúles que se vuelven á entrar, mulos que se desenganchan, las doncellas y lacayos que se secan por haber solamente atravesado el patio y el mensajero que se os envía conociendo vuestras bondades y vuestras inquietudes y queriendo así apaciguar las mías, porque estoy con cuidado por vuestra salud, y este hombre, ó volverá á traernos noticias vuestras, ó no encontrará los caminos. En una palabra, mi querida hija, llegará á Grignan el jueves, en vez

de llegar yo, y partiré verdaderamente cuando le plazca al cielo y á Mr. de Grignan, que me gobierna de buena fe y que comprende todas las razones que me hacen desear apasionadamente estar en Grignan. Si Mr. de La Garde pudiese ignorar todo esto, yo me alegraría, pues va á gozar del placer de haberme predicho todas las dificultades en que me encuentro ; pues que tenga cuidado con la vanagloria que pudiera acompañar al don de profecía de que él puede alabarse. En fin, hija mía aquí estoy ; no me esperéis de ninguna manera ; yo os sorprenderé y no cometeré ningún atrevimiento, de miedo de daros disgusto al mismo tiempo que á mí. Adiós, mi muy querida hija ; os aseguro que estoy muy afligida de encontrarme prisionera en Lambesc ; pero, ¿dónde estaba el medio de adivinar unas lluvias no vistas en este país desde hace un siglo ?

DEL CONDE DE BUSSY Á MADAME DE SÉVIGNÉ

Bussy, 26 de junio de 1673.

Estoy muy disgustado, señora, de no tener ninguna noticia vuestra desde que llegasteis á Provenza. Aun cuando estuvieseis en el otro mundo no tendría menos noticias de vos. ¿Es que cuando se está en Provenza, no se piensa más que en lo que se ve ? Decídmelo, yo os lo ruego, por que en este caso iré á buscaros y preferiré correr el peligro de indisponerme con la Corte, donde no tengo nadie á quien contentar, que no estar sin oír jamás hablar de vos. Bromas á parte, señora ; enviadme noticias vuestras. Tengo también disgusto por no tenerlas tampoco de nuestro amigo (Corbinelli).

Alguien me ha dicho que se había entregado á una devoción extrema. Si es esto lo que le impide el tener relaciones conmigo, yo desearía más que estuviese ya en el paraíso. Decidme lo que sepáis acerca de esto.

DE MADAME DE SÉVIGNÉ AL CONDE DE BUSSY

Grignan, 15 de julio de 1673.

Ya veis mi querido primo que estoy en Grignan. Hace un año justamente que vine; os escribí con nuestro amigo Courbinelli que pasó dos meses con nosotros. Después de esto, he ido á pasearme por la Provenza. He pasado el invierno en Aix con mi hija. Ella ha pensado morir de un mal parto y yo de verla sufrir en alumbramiento tan laborioso. Hemos vuelto aquí desde hace quince días y estaré hasta el mes de setiembre en que iré á Bourbilly, donde cuento veros. Tomad desde ahora las medidas á fin de que no estéis en Dijón. Quiero ver también á nuestro gran primo Toulangeon, decidsele. Yo os llevaré acaso á nuestro amigo Courbinelli; ha venido á encontrarme aquí y habíamos resuelto escribiros cuando he recibido vuestra carta. Le encontraréis respecto á las costumbres, tan poco arreglado como siempre le habéis visto; pero sabe mejor su religión que antes la sabía, y será mucho más condenado si no se aprovecha de sus luces. Yo le quiero siempre y su espíritu está hecho para agradarme. ¿Qué decís de la conquista de Maestricht? El Rey solo se ha llevado toda la gloria (1). Vuestras desgracias dan á mi corazón una tristeza que me hace comprender bien lo que os amo. Dejo la pluma á nuestro amigo. Seríamos demasiado felices si pudiéramos tenerle en nuestro *delicioso* castillo de Bourbilly. Mi hija os manda sus recuerdos aunque vos no penséis en ella. Sigue una carta de Courbinelli.

A MADAME DE GRIGNAN

Montelimar, jueves 5 de octubre de 1673.

He aquí un terrible día (2), mi querida hija; os confieso que

(1) El Rey tomó á Maestricht el 20 de junio de 1673, después de quince días de sitio.

(2) Era el mismo día de su partida de Grignan para Paris.

no puedo más. Os he dejado en un estado que aumenta mi dolor. Pienso en todos los pasos que dais y en todos los que yo doy; y veo cuán imposible es, que marchando siempre de esta suerte podamos jamás encontrarnos. Mi corazón está en reposo cuando está cerca de vos : este es su estado natural y el solo que puede agradarle. Lo que ha pasado esta mañana, me causa un dolor sensible y un desgarramiento del cual vuestra filosofía sabe las razones; los he sentido y los sentiré largo tiempo. Tengo el corazón y la imaginación llenos de vos; no puedo pensar en ellos sin llorar y pienso siempre; de suerte que el estado en que estoy no es una cosa sostenible; como es tan extremo, yo espero que no durará en esta violencia. Yo os busco siempre y encuentro que todo me falta, porque me faltáis vos. Mis ojos que os han encontrado tanto desde hace catorce meses, no os encuentran ya : el tiempo agradable que ha pasado hace que éste sea doloroso, hasta que esté un poco acostumbrada á él; pero no será jamás bastante para no desear ardientemente volveros á ver y abrazaros. No debo esperar nada mejor del porvenir que del pasado : yo sé lo que vuestra ausencia me ha hecho sufrir; seré todavía más digna de compasión porque me he hecho imprudentemente una costumbre necesaria de veros. Me parece que no os he abrazado bastante al partir. No os he dicho bastante cuán contenta estoy de vuestra ternura; no os he recomendado bastante á Mr. de Grignan; no le he dado las suficientes gracias por sus atenciones y por la amistad que tiene por mí; yo esperaré los efectos de todos estos capítulos : hay algunos en que él tiene más interés que yo, aun cuando yo esté más conmovida que él. Estoy ya devorada de curiosidad; no espero consuelo más que de vuestras cartas que aún me harán suspirar mucho. En una palabra, hija mía : no vivo más que para vos. Dios me haga la gracia de amarme algún día, como yo os amo. Yo pienso en los *Pichons*; estoy saturada de los Grignan; los veo por todas partes. Jamás ha sido un viaje tan triste como el nuestro; no hablamos una palabra. Adiós, mi querida hija; amadme siempre. ¡ Ah! ¡ ya hemos vuelto otra vez á las cartas! Asegu-

rad al señor Arzobispo de mi respeto muy tierno y abrazad al coadyutor; yo os recomiendo á él. Todavía hemos comido á vuestras expensas.

Mr. de Saint Geniez viene á consolarme. Hija mía, compadeceosme de haberos dejado.

A LA MISMA

Valence, viernes 6 de octubre de 1673.

Mi único placer consiste en escribiros : la pereza del coadyutor se admira mucho de esta clase de distracción. Vos estáis en Salón, hija mía; habéis pasado el Durance y yo he llegado aquí. Miro todos los caminos que os verán pasar este invierno y hago notas sobre los sitios difíciles. Lo más seguro en el invierno es una litera; hay pasos en que es preciso bajar de la carroza ó perecer. Mr. de Valence (1) me ha enviado su carroza con Montreuil y Le Clair, para dejarme más en libertad. Yo he ido derecha en casa del prelado; tiene mucho ingenio; hemos hablado una hora; sus desgracias y vuestro mérito han sido los dos principales puntos de conversación. Hay dos damas parientas suyas con él. He visto un momento las hijas de Santa María y á vuestra cuñada (2) : su bella abadesa se muere : todo son idas y venidas en la Abadía; una gran fiebre continua en medio de la mayor salud. He cenado en casa de Le Clair, con Montreuil; estoy allí alojada. Mr. de Valence y su sobrina, muy peripuestas, han venido á verme.

Se dice aquí que el Rey ha ido á reunirse con el Príncipe; no se habla de la paz. El corazón me late, cuando llego á dudar de vuestro viaje á París. Yo pienso incesantemente y me paso

(1) Daniel de Cosnac, obispo de Valence.

(2) Maria Adhemar de Monteil, religiosa en Aubenas, hermana de M. de Grignan.

muy bien sin hablar. Tengo un ansia infinita de recibir noticias vuestras; me parece que hace ya mucho tiempo que no os he visto.

À LA MISMA

Lyon, martes 10 de octubre de 1673.

No he tenido fuerza para recibir vuestra carta sin llorar de todo corazón. Os veo en Aix agoviada de tristeza, acabándoos de consumir el cuerpo y el espíritu; este pensamiento me mata. Me parece que escapáis y que desaparecéis y que yo os pierdo para siempre. Comprendo el disgusto que os da mi partida: estabais acostumbrada á verme girar en derredor vuestro. Es molesto volver á ver los mismos sitios; verdad es que no os he visto por estos caminos, pero cuando he pasado por ellos iba colmada de alegría en la esperanza de veros y de abrazaros; y al volver sobre mis pasos siento una tristeza mortal en el corazón, y miro con envidia los sentimientos que en aquel tiempo tenia; los que le siguen son muy diferentes. Yo habia esperado siempre el traerlos conmigo; vos sabéis por qué razones y por qué motivos no se ha verificado esto: ha sido preciso que todo haya cedido á la fuerza de vuestro razonamiento; pero creed que la cosa menos natural del mundo, es el verme volver sola á París. Si vos podéis venir este invierno, yo tendré una gran alegría y un gran consuelo, en este caso no me afligiré más que por tres meses como vos me rogáis. Pero yo me separo de vos y me alejo; esto es lo que yo veo y no conozco el porvenir. Tengo un ansia continua de recibir vuestras cartas; es un placer bien doloroso, pero me intereso tan vivamente en todo lo que hacéis, que no puedo vivir sin saberlo.

No olvidéis de activar el pequeño proceso y de contar por los dedos los carneros de vuestro rebaño. No pongáis vuestro cocido tan de mañana, pues haríais un *consommé*; el pensa-

niento de una *oille* (1) me parece bien; eso es mejor que una vianda sola : en cuanto á mí, yo no pongo como vos, más que una sola cosa con achicoria amarga; pero es preciso que sea buena para la salud; pues fuera de que yo soy fea y que nadie me conoce aquí, lo demás no me puede ir mejor.

Me he alegrado mucho de abrazar al pobre Rochebonne; pero no puedo sufrir más que lo que es Grignan. Yo responderé á nuestra madre de Santa María; he pasado el día con las que están aquí.

Parto mañana para la Borgoña. Ved aquí todavía una cosa que me agrada y es que ya no recibiré más cartas vuestras hasta París; dirigidlas á Mr. de Coulanges, me las enviará á Dourbilli. La Rochebonne que está aquí conmigo os adora : nos interrumpimos cada cual para hablar de vos con la mayor ternura. Adiós, mi muy amable. Vos queréis que juzgue vuestro corazón por el mío; ya lo hago y por eso os amo y os compadezco.

À LA MISMA

Desde una mala aldea, á seis leguas de Lyon.

Miércoles 11 de octubre de 1673.

Vedme aquí llegada, hija mía, á un sitio que me pondría triste aunque yo no lo estuviera; no hay nada, esto es un desierto. Me he perdido en el campo por buscar la iglesia; he encontrado un cura un poco salvaje y un comerciante que conocía al abate y que hará llegar hasta vos esta carta. Cuando no estoy con vos, mi única diversión es escribiros; contad un poco de esto al coadyutor para hacerle venir los cuernos á la cabeza. Chamarande (2) está á una legua de aquí; es

(1) Se refiere al cocido español llamado también olla.

(2) Uno de los cuatro primeros ayudas de cámara del Rey.

señor de cinco ó seis parroquias; espera la vuelta del Rey. Yo sé otras muchas noticias del país, pero no quiero confiárolas. He salido esta mañana á las ocho de Lyon rodeada de todos los Rochebonne, á quien yo amo y estimo mucho. Mr. de Rochebonne se va á sus tierras para poner en orden sus negocios; quiere estar presto para la guerra en caso de alarma. No se puede viajar más tristemente que yo lo hago. He aquí la cuarta vez que os escribo; sin esto, ¿qué hubiera sido de mí? Ved aquí lo que me mata un poco, es que después de mi primer sueño oigo dar las dos, y en vez de volverme á dormir pongo el cocido con achicoria amarga; éste cuece hasta el romper el día á cuya hora es preciso montar en la carroza. Yo estoy segura que para sacarme de penas me diréis que el aire de Aix os ha puesto como nueva y que no estáis tan delgada como en Grignan. Yo no creeré una sola palabra de todo eso, hija mía; uno á mi inquietud el ruido de la calle, al cual vos no estáis acostumbrada, y que os impide dormir; yo os veo, hija mía, y os sigo paso á paso: veo entrar, veo salir, veo algunos de vuestros pensamientos; en fin, si yo no pensara más en vos, es que estaría muerta. Hemos visto cuadros admirables en Lyon; censuro á Mr. de Grignan por no haber aceptado el que el arzobispo de Vienne (1) quería darle á él; no le sirve de nada y es el más bonito cuadro que puede verse; en cuánto á mí no pude contenerme, y quise poner de nuevo le tela que creía desclavada.

Á propósito: este arzobispo es cuñado de Mad. de Villars; él me esperaba y me hizo visitas y cumplimientos infinitos. Adiós, querida hija: vos me decís las cosas más tiernas del mundo; esto hiere el corazón, y sin embargo estoy encantada de ello. Me habláis de vuestra amistad; creo que es muy fuerte; por eso mismo os amo tanto y no creo engañarme, pero guardaos bien en los momentos en que más lo sentís de pensar ni decir jamás que vuestra amistad puede igualar á la que yo os tengo.

(1) Enrique de Villars muerto en 1693 á la edad de 72 años.

À LA MISMA

Bourbilli, lunes 16 de octubre de 1673.

En fin, mi querida hija, llego en este momento al viejo castillo de mis padres. He aquí donde ellos han triunfado siguiendo la costumbre de aquel tiempo. Encuentro mis bellas praderas, mi pequeño río, mis magníficos bosques y mi hermoso molino en el mismo sitio en que yo los había dejado. Hay aquí gentes más honradas que yo, y sin embargo, al salir de Grignan, después de haberos dejado, me muero de tristeza.

Lloraría de todo corazón si me dejase llevar de mis impulsos; pero me contengo siguiendo vuestros consejos. Os he visto aquí; estaba Bussy con nosotros y nos impedía aburrirnos. En este sitio me llamasteis madastra con un tono tan gracioso. Se han colocado árboles delante de esta puerta, lo cual hace una entrada muy agradable. Llueve á cántaros, y como no estoy acostumbrada á estas continuas tempestades, me causan gran disgusto.

Mr. de Guitaut está en Epoisses ; todos los días envía aquí á saber cuándo llegaré para conducirme á su casa; pero no es así como se hacen los negocios; iré sin embargo á verle; ya comprendéis que hablaremos de vos : yo os ruego que tengáis el espíritu tranquilo acerca de todo lo que yo diga : no soy de seguro muy imprudente. Guitaut y yo os escribiremos. Yo no puedo acostumbrarme á no veros más, y si vos me amáis, me daréis una prueba cierta de ello este año. Adiós, hija mía, acabo de llegar y estoy un poco fatigada; cuando tenga los pies calientes os diré más.

À LA MISMA*Moret, lunes por la noche, 30 de octubre de 1673.*

Heme aquí bien cerca de París, pero sin la esperanza de

encontrar allí todas vuestras cartas, no tendré ninguna alegría al llegar. Me represento la ocupación que podré tener para vos, lo que tendré que decir á Brancas, La Garde, el abate Grignan, D'Hacqueville, á Mr. de Pomponne y á Mr. le Camus. Fuera de esto, ¿dónde os encuentro? yo no preveo ningún placer : merecería que mis amigos me castigasen y me volviesen á enviar por mis mismos pasos; pluguiese á Dios; puede ser que este humor se me pasara y que mi corazón que está siempre oprimido se ensanchara un poco; pero lo que no puede jamás suceder es que yo deje de desear única y apasionadamente veros. Hablar de vos entre tanto será un sensible placer, pero yo escogeré mis gentes y mis discursos : sé vivir un poco; sé que lo que es bueno á los unos, es malo á los otros; no he olvidado por completo el mundo; ya conozco sus ternuras y sus bondades para entrar en los sentimientos de los otros. Os ruego que os fiéis de mí y que no temáis nada del exceso de mi ternura. Si mis delicadezas y las medidas injustas que tomo sobre mí, han dado algunas veces disgusto á mi amistad, yo os ruego hija mía con todo mi corazón, excusarlos en gracia de su intención.

Yo conservaré toda mi vida esta intención muy preciosamente, y espero que sin perjudicarla llegaré á ser menos imperfecta de lo que soy; trato todos los días de aprovechar mis reflexiones, y si pudiera, como algunas veces os he dicho, vivir solamente doscientos años, me parece que sería una persona admirable.

Si Mr. de Sens (*Luis Enrique de Gondrin*) hubiese estado en Sens yo le hubiera visto; me parece que yo debía esta atención á la manera que él tiene de hablar de vos. Miro todos los sitios por donde yo pasaba hace quince años con un fondo de alegría tan verdadera, considero con qué sentimiento los vuelvo á pasar ahora, y admiro lo que es amar como yo os amo.

He recibido noticias de mi hijo, son de la víspera de un día en que ellos creían dar batalla; él me parece contento de ver enemigos; pues creía en ellos lo mismo que en las brujas; te-

nía un gran deseo de sacar un poco la espada, por curiosidad solamente. Esta carta me hubiera asustado mucho si yo no hubiese sabido muy bien la marcha de los imperiales y el respeto que han tenido al ejército de vuestro hermano.

¡ Dios mío, hija mía, abuso de vos; qué fárrago os cuento! Puede ser que desde París pueda mandaros algunas bagatelas que os diviertan : estad bien persuadida de que mis verdaderos asuntos vendrán de el lado de la Provenza ; pero vuestra salud, esto es lo que me mata; temo que no durmáis, y en fin, que caigáis mala. Vos no me decís nada de ello, pero yo no tendré menos inquietud.

À LA MISMA

Paris, jueves 2 de noviembre de 1673.

En fin, mi querida hija; vedme aquí después de cuatro semanas de viaje, lo que sin embargo me ha fatigado menos que la noche que acabo de pasar en el mejor lecho del mundo : no he cerrado los ojos ; he contado todas las horas del reloj, y en fin, al romper el día me he levantado ; pues, *¿que hacer en un lecho, á menos que no se duerma en él* (1)? Tenía ya la comida; era una *oille* y un *consomé* que cocían separadamente. Llegamos ayer, día de Todos los Santos, y en buen día, buena obra; nos apeamos en casa de Mr. de Coulanges : no os diré mis debilidades ni mis tonterías al entrar en París : en fin, llegó la hora y el momento en que yo no estaba visible, pero distraje mis pensamientos y dije que el viento me había enrojecido la nariz. Encuentro á Mr. de Coulanges; Mr. de Rarai un momento después; en seguida llegan Mad. de Sanzei, Mad. de Bagnols, el arzobispo de Reims, completamente trasportado de amor por el coadjutor; un momento después Mr. de La Fayette,

(1) Alusión á la fábula de la Fontaine « La liebre y las ranas ».

Mr. de la Rochefoucauld, Mad. Scarron, d'Hacqueville, La Garde, el abate Grignan, el abate Tetu : desde donde estáis veis todo lo que se dice y la alegría que se demuestra; ¿y Mad. de Grignan y vuestro viaje? y todo lo que no tiene continuidad ni relación. En fin. La cena, nos separamos y yo paso esta bella noche. Esta mañana á las nueve La Garde, el abate Grignan, Brancas y d'Hacqueville han entrado en mi habitación para lo que se llama *razonar en zapatillas*. Primeramente os diré que nunca amaréis bastante á Brancas, La Garde y d'Hacqueville; en cuanto al abate Grignan, esto no hay que decirlo. Yo olvidaba deciros que ayer noche, antes de todo leí vuestras cuatro cartas del quince, diez ocho, veinte y dos y veinte y cinco de octubre : sentí todo lo que explicáis tan bien; pero, ¿puedo nunca agradeceros bastante vuestra buena y tierna amistad, de la cual estoy muy convencida, ni el cuidado que tenéis de hablarme de todos vuestros asuntos? ¡Ah, hija mía! esto es una gran justicia, pues nada en el mundo me llega tanto al corazón como vuestros intereses, cualesquiera que ellos puedan ser : vuestras cartas son mi vida, esperando otra cosa mejor.

Me admira que el insignificante mal de Mr. de Grignan haya aumentado hasta el punto que me decís, pues esto significa que en Provenza hay que tener cuidado con el pliegue de su calcetín; deseo que se mejore y que la fiebre se le quite, pues será preciso echar la espada al viento. Odio mucho esta insignificante guerra (1).

Vuelvo á hablar de los tres hombres á quienes debéis querer muy sólidamente : no tienen todos más que vuestros negocios en la cabeza; han encontrado á quien hablar y nuestra conferencia ha durado hasta medio día. La Garde me asegura mucho la amistad de Mr. de Pomponne; están todos contentos de él. Si me preguntáis lo que se dice en París y cuál es el asunto principal, os diré que no se habla más que de Mr. y de Mad. de Grignan, de sus negocios, de sus intereses y de su vuelta. En

(1) Se trataba del sitio de Orange.

fin, hasta aquí, yo no me he apercebido que se trate de otras cosas : las buenas cabezas os dirán lo que os parece de vuestra vuelta ; yo no quiero que me creáis, creed á Mr. de La Garde. Hemos examinado cuantas cosas deben obligaros á venir para arreglar lo que ha desarreglado vuestro buen amigo (1) con el jefe y con todos los principales ; en fin, no hay puerta á donde él no haya llamado y nada que no haya destruido con sus discursos, cuyo fondo es en realidad veneno adornado de falsas apariencias : hasta convendría decir muy alto que vos venís y acaso le encontraríais todavía, pues ha dicho que volverá y entonces es cuando Mr. de Pomponne y todos vuestros amigos os esperan para arreglar estos asuntos en el porvenir. En tanto que estéis alejada no lo conseguiréis nunca, pues á la verdad, el que habla desde aquí, tiene muchísima ventaja sobre el que no dice palabra.

Cuando vayáis á Orange, es decir, Mr. de Grignan, escribid á Mr. de Louvois el estado de las cosas á fin de que no sea sorprendido. Este sitio de Orange me disgusta por mil razones. He visto hace poco á Mr. de Pomponne, Mr. de Besons, Mad. d'Uxelles, Mad. Villars, el abate de Pontcarré, Mad. de Rarai ; todo el mundo os hace mil cumplimientos y os saluda. En fin, creed en La Garde ; es todo cuanto yo tengo que deciros. No se os aconseja enviar aquí embajadores, se cree que sois necesarios Mr. de Grignan y vos ; se tiene en poco la razón de la guerra. Mr. de Pomponne ha dicho á d'Hacqueville que los negocios no se desenredarán en Provenza y que algunas veces se consigue la paz cuando más se habla de la guerra.

Déspreaux ha estado con Gourville á ver al Príncipe. Este quiso que él viese su ejército. « Y bien ; ¿ que decís de esto ? — le preguntó. — Señor, dijo Déspreaux. — Yo creo que será muy bueno cuando sea mayor. » Es que el soldado de más edad, no tenía diez y ocho años.

(1) El obispo de Marsella, que trabajaba en París contra Mr. de Grignan.

La Princesa de Módena (1) venía pisándome los talones desde Fontainebleau; ha llegado esta tarde y se aloja en el arsenal. El Rey irá á verla mañana; ella irá á ver á la reina á Versailles y después, adiós.

À LA MISMA

Paris, lunes 27 de noviembre de 1673.

Vuestra carta, mi querida hija, me parece de un estilo triunfante; estabais contenta cuando la habéis escrito, habíais ganado vuestro pequeño proceso, vuestros enemigos parecían confundidos; habíais visto partir vuestro marido á la cabeza de un *drapello eletto* y esperáis un buen éxito en Orange. El sol de Provenza disipa al menos al medio día las más profundas penas; en fin, vuestro honor está pintado en vuestras cartas. Dios os mantenga en esta buena disposición. Tenéis razón de ver desde donde vos estáis las cosas según las veis, y nosotros tenemos razón también de verlas desde aquí, tal como nosotros las vemos. Vos creéis llevar ventaja, nosotros lo deseamos tanto como vos. En este caso decimos que no es preciso ningún acomodamiento; pero supuesto que el dinero que nosotros miramos como una divinidad, á la cual no se resiste, os hizo encontrar un error en vuestro cálculo, confesaréis que todos los expedientes os parecerán buenos, como á nosotros nos parecen. Lo que hace que nosotros no pensemos siempre las mismas cosas, es que nos encontramos lejos; ¡ah! ¡may lejos! Así no se sabe lo que se dice, pero es preciso hacerse honor reciprocamente creyendo que cada cual piensa bien, según su punto de vista, que si estuviéseis aquí deríais lo que nosotros, y que si nosotros estuviésemos en esa tendríamos

(1) María de Este, que iba á casarse con el duque de York, hermano de Carlos II, rey de Inglaterra, después de la muerte del cual, el duque de York fué proclamado rey con el nombre de Jacobo II.

todos vuestros pensamientos. Hay muchas gentes en este país que están curiosos de saber cómo saldréis de vuestro sindicato; pero no os engaño cuando os aseguro que la pérdida de esta batalla no haría aquí el mismo efecto que en Provenza. Decimos en todos los sitios y á propósito todo lo que puede decirse sobre los gastos de Mr. de Grignan, sobre la manera con que él sirve al Rey y acerca del cariño que el país le toma : no olvidamos nada, y en tono sencillo, con palabras naturales y dichas fácilmente sin vanidad, no cederemos á los que hacen visitas por la mañana con antorchas (1). Pero sin embargo, Mr. de La Garde no encuentra nada tan necesario como vuestra presencia. Se habla de una tregua, y estaré tranquila acerca de la conducta de los que han de pedir vuestra licencia. Comprendo los gastos de ese sitio de Orange : admiro las invenciones que el demonio encuentra para haceros gastar el dinero ; estoy por ello más afligida que nadie, pues además de todas las razones de vuestros negocios, yo tengo una particular para desearos prosperidad este año : es que el buen abate quiere rendir cuentas de mi tutela y es una necesidad que esto se haga á los hijos de los cuales he sido tutora. Mi hijo vendrá si vos venís : ved y juzgad vos misma el placer que me daríais. Hay imprudencia en retardar este asunto ; el buen abate puede morir ; yo no sabría ya por donde empezar y me encontraría abandonada por el resto de mi vida á las trapisondas de los bretones.

No os digo más : juzgad de mi interés y de la extrema necesidad que tengo de salir de un asunto tan importante. Aun tenéis tiempo suficiente de acabar vuestra asamblea ; pero en seguida yo os pido esta muestra de amistad á fin de que yo pueda morir tranquila.

Dejo á vuestro buen corazón el cuidado de madurar este pensamiento.

Todas las doncellas de la reina fueron despedidas ayer ; no

(1) Alusión al obispo de Marsella que iba á solicitar muy de madrugada en contra de Mr. de Grignan.

se sabe por qué (1). Se sospecha que se quería despedir alguna, y que para ocultar la causa se ha hecho lo mismo con todas. Mlle. de Coëtlogon está con Mad. de Richelieu, la Mothe con la mariscala, la Marek con Madame de Crussol; Ludres y Dampierre, vuelven á casa de MADAME; la Rouvroi con su madre que va á su casa, Lannoi se casa y parece contenta; Thébou, aparentemente, no quedará en el arroyo. Ved aquí todo lo que se sabe hasta el presente.

He enseñado vuestra carta á Mlle. de Mery, la cual está siempre lánguida. He hecho presentes vuestros saludos á todos los que me indicábais. El abate Tetu está muy contento de lo que me decís para él; cenamos juntos á menudo. Estáis muy bien con el arzobispo de Reims. Mad. de Coulanges no está muy bien con el hermano de este prelado. (*M. de Louvois*); así, no contéis con este camino para llegar hasta él. Brancas os ha adquirido todo esto. Seguíis siendo siempre tiernamente amada en casa de Mad. de Villars. Hemos visto en fin, La Garde y yo, vuestro primer presidente; es un hombre muy bien hecho y de una fisonomía agradable.

Besons dice : « Es un hermoso mastín, si quisiera morder. » Nos recibió muy políticamente : le hicimos presentes los respetos de Mr. de Grignan y vuestros.

Hay gentes que dicen que volverá la casaca y que os amará á vos en vez de amar al obispo. *El flujo los trajo y el reflujo se los lleva*. ¿No os he dicho que el caballero de Bouos (2) está aquí? Yo le creía no sé dónde y me alegré mucho de abrazarle; me parece que éste os es más próximo que los otros. Viene de Brest; ha pasado por Vitre; ha tenido un diálogo con *Rahuel* y le preguntó quién era ese Mr. de Grignan y quién era yo. *Rahuel* le respondió. « Este Mr. de Grignan es un hombre de gran condición : es el primero de la

(1) En un capítulo del *Siglo de Luis XIV* dice Voltaire : « La aventura infortunada de una dama de honor de la reina dió lugar á esta despedida. » Esta dama de honor que Voltaire no nombra, era Mlle. de Ludres.

(2) Capitán de buque; primo hermano de Mr. de Grignan.

Provenza pero está muy lejos de aquí. La señora hubiera hecho mejor en casar á la señorita cerca de Rennes ». El caballero se divertía mucho. Adiós mi muy amable; soy vuestra. Esta verdad es, como *la de dos y dos, cuatro*.

À LA MISMA

Paris, viernes 22 de diciembre de 1673.

Hay una noticia en Europa que me ha llenado la cabeza : voy á decíroslo contra mi costumbre.

Ya sabéis la muerte del rey de Polonia (1). El gran mariscal (2), marido de Mlle. d'Arquien está á la cabeza de un ejército contra los turcos; ha ganado una batalla (3) tan entera y completa que han quedado quince mil turcos sobre el campo de batalla. Ha cogido prisioneros dos bajás; se ha alojado en la tienda del general y esta victoria es tan grande, que nadie duda de que será elegido rey, tanto más, cuanto que él está á la cabeza de un ejército y la fortuna está siempre al lado de los batallones. Ved aquí una noticia que me ha agradado.

À LA MISMA

Paris, lunes, primer día del año de 1674.

Yo os desco un año feliz, mi querida hija, y en este deseo comprendo tantas cosas que no podría deciros jamás, si lo hiciese en detalle. Yo no he pedido todavía vuestro permiso,

(1) Miguel Koribut Wiesnovieski, muerto el 10 de noviembre de 1673.

(2) Juan Sobieski, gran mariscal, elegido rey de Polonia el 20 mayo 1674.

(3) La batalla de Choczim sobre el Niester, ganada el 11 noviembre de 1673 al día siguiente de la muerte del rey de Polonia. El mismo Juan Sobieski salvó al emperador Leopoldo y al Imperio, batiendo á los turcos bajo los muros de Viena el 12 de setiembre de 1683.

como vos teméis; pero quisiera que hubieseis oído á La Garde después de comer, hablar sobre la necesidad de vuestro viaje á ésta para no perder vuestros cinco mil francos y sobre lo que es preciso que Mr. de Grignan diga al Rey. Si esto fuera un proceso en el cual fuere preciso solicitar contra alguno que os quisiere hacer esta injusticia, vendriais seguramente á solicitarlo; pero como es para venir á un sitio en que vos teneis además otros mil negocios, sois perezosos los dos. ¡Ah! ¡Qué cosa tan hermosa la pereza! Esto ya es demasiado; leed La Garde *capítulo primero*. Sin embargo, vos tendréis placer en ver y recibir la aprobación del Rey. A propósito, han sido revocados todos los edictos que nos estrangulaban en nuestra provincia; el día en que Mr. de Chaulnes lo anunció, fué un grito de *¡viva el rey!* que hizo llorar á todo el mundo. Todos se abrazaban; se estaba fuera de sí: se ordenó un *Te Deum*, hubo fuegos artificiales y una pública acción de gracias á Mr. de Chaulnes. Pero, ¿sabéis lo que damos al Rey para demostrarle nuestro reconocimiento? — Dos millones, seiscientas mil libras y otro tanto de don gratuito; justamente cinco millones doscientas mil libras. ¿Qué decis de esta pequeña suma? Podéis juzgar por esto de la gracia que se nos hace al quitarnos los edictos.

Mi pobre hijo ha llegado, como sabéis, y se vuelve el jueves con otros varios. Mr. de Monterey, es un hombre hábil; hace rabiar á todo el mundo. Fatiga nuestro ejército y le pone fuera de situación para poder salir y estar en campaña antes del fin de primavera. Todas las tropas estaban muy á su gusto para el invierno, y cuando el terreno esté duro hacia Charleroi, no habrá más que dar un paso para retirarse: entre tanto Mr. de Luxembourg no estará contento. Según todas las apariencias, el Rey no partirá tan pronto como el año pasado. Si en tanto que permanecemos en este estado, hiciésemos algún insulto á cualquier gran ciudad ó se quisiesen oponer á los dos héroes (1), como es de presumir que los enemigos serian de-

(1) El Príncipe y Mr. de Turenne.

rrutados, la paz estaría casi asegurada : he aquí lo que se oye decir á las gentes del oficio. Es cierto que Mr. de Turenne está á mal con Mr. de Louvois ; pero como está bien con el Rey y con Mr. de Colbert, esto no importa nada. Se han nombrado cinco damas (de Palacio) ; que son : la de Soubise, la de Chevreuse, la princesa d'Harcourt, Mad. de Albret y Mad. de Rochefort. Las doncellas no sirven ya, y Mad. de Richelieu, dama de honor, no servirá tampoco ; serán gentiles hombres y mayordomos del Rey, como se hacía antes. Estarán siempre detrás de la reina Mad. de Richelieu y otras tres ó cuatro damas, á fin de que la reina no sea la sola mujer.

Branca está encantado de su hija (la princesa d'Harcourt), que se ha arreglado tan bien.

El gran mariscal de Polonia, Sobieski, ha escrito al Rey que, si S. M. quería hacer algún rey de Polonia, él le serviría con todas sus fuerzas ; pero que si no ha puesto la amistad en nadie, le pide su protección. El Rey se la da ; pero se cree que no será elegido porque es de una religión contraria á su pueblo.

La devoción de la Marans es de las mejores que hayáis visto jamás : es perfecta, del todo divina. Yo no la he visto todavía pero me lo figuro. Hay una mujer que ha tenido el placer de decirle que Mr. de Longueville, tenía una verdadera ternura por ella y sobre todo una estima singular y que había predicho, que algún día ella sería santa. Este discurso en el comienzo la ha impresionado tan fuertemente, que no ha tenido reposo hasta que no ha cumplido las profecías. No se ve todavía á los pequeños príncipes (1) ; el mayor ha estado tres días con papá y mamá. Es bonito, pero nadie le ha visto. Adiós, mi querida hija. Yo os abrazo con una ternura sin igual ; la vuestra me encanta : tengo la felicidad de creer que me amáis.

(1) Los hijos de Mad. de Montespan.

À LA MISMA

No he visto jamás cartas tan amables como las vuestras, mi muy querida condesa. Acabo de leer una de ellas que me encanta. Yo os he oído decir que tenía yo una manera de designar las menores cosas; verdaderamente, hija mía, sois vos quien la tenéis. Hay cinco ó seis párrafos en vuestra última carta que son de un brillo y de un encanto que abren el corazón. No sé por donde empezar á responderos.

Tengo deseos de hablaros de vuestro hermoso sol y de vuestros bonitos paseos; tenéis razón al decir que me he vuelto á casar en Provenza: yo haría de él uno de mis países con tal que vos no borrrais este de uno de los vuestros. Me decís mil dulzuras con motivo del principio de año; nada puede agradarme más: vos sois para mí todo y yo no me aplico más que á conseguir que todo el mundo no vea siempre hasta qué punto esto es verdad. He pasado el principio de este año bastante brutalmente; no os he dicho más que una pobre palabra; pero creed, hija mía, que este año y todos los que me quedan de vida son vuestros; esto es un tejido, una vida toda entera consagrada á vos hasta el último suspiro. Vuestras moralidades son admirables: es verdad que el tiempo pasa por todas partes y pasa pronto: griláis en pos de él porque os lleva siempre alguna cosa de vuestra bella juventud; pero os resta aún mucho de ella. En cuanto á mí, yo le veo correr con horror y traerme al pasar la terrible vejez, las incomodidades, y en fin, la muerte (1).

Ved de qué color son las reflexiones de una persona de mi edad; rogad á Dios, hija mía, que me haga sacar de ella la conclusión que el cristianismo nos enseña. Veo á menudo Corbinelli, es vuestro adorador y comprende fácilmente los sentimientos que tengo por vos: yo le quiero por eso todavía más. Estimo mucho á Barbantane; es uno de los hombres más bravos del mundo, de un valor romántico del cual he oído hablar

(1) Mad. de Sévigné tenía entonces 48 años

mil veces á Bussy, que era su amigo y su hermano de armas. Mad. de Sanzei tiene todavía la escarlatina, pero está terminando su curación. Coulanges no la ha abandonado un momento.

A MR. DE GRIGNAN

Paris 31 de julio de 1675.

Hoy me dirijo á vos, mi querido conde, para comunicaros una de las más dolorosas pérdidas que pudiese experimentar Francia : es la muerte de Mr. de Turenne, la cual estoy segura que os dejará tan conmovido y desolado como lo estamos aquí. Esta noticia llegó el lunes á Versailles. El Rey se afligió tanto al saberla, como debió afligirse por la muerte del más grande capitán, y del hombre más honrado del mundo. Toda la Corte derramó abundantes lágrimas, y Mr. de Condom estuvo á punto de desvanecerse. Estaban preparándose para ir á divertirse á Fontainebleau, pero todo se ha deshecho. Jamás un hombre ha sido tan sinceramente sentido ; todo este barrio en que él había vivido (1), y todo París, y todo el pueblo estaba turbado y en la mayor emoción.

Todos hablaban, y se reunían para sentir y recordar á este héroe. Os envió una buena relación de lo que ha hecho antes de su muerte. Después de tres meses de una conducta verdaderamente milagrosa, que las gentes de la profesión no se cansan de admirar, le ha llegado el último día de su gloria y de su vida. Tenía el placer de ver levantar el campo á sus enemigos delante de él, y el 27, que era sábado, subió sobre una pequeña altura para observar su marcha : su designio era picarles la retaguardia, y en este pensamiento escribía al Rey, á medio día, que había mandado á Brissac que hiciese las oraciones de las cuarenta horas. Él comunica la muerte del joven

(1) Calle de San Luis, en el Marais.

T d'Hocquincourt, y dice que enviará un correo al Rey para hacerle saber el resultado de esta empresa. Cierra su carta y la envía á las dos. Va hacia la pequeña colina con ocho ó diez personas, disparan lejos á la ventura un desgraciado tiro de cañón, que le parte por medio del cuerpo, y ya podéis pensar en los gritos y los llantos de este ejército. El correo parte al instante; llegó el lunes, como ya os he dicho; de suerte que con una hora de intervalo, el Rey tuvo una carta de Mr. de Turenne, y otra noticiándole su muerte. Ha llegado después un gentil-hombre de Mr. de Turenne, que dice que los ejércitos están muy cerca uno de otro; que Mr. de Lorges se ha encargado del comando, en lugar de su tío, y que nada es comparable á la violenta aflicción de todo este ejército. El Rey ha ordenado en seguida al Duque que se dirija inmediatamente allá en posta hasta tanto que llegue el Príncipe, que también debe ir; pero como su salud es bastante mala y el camino es largo, todo es de temer en este intermedio. Es una cosa cruel para el Príncipe esta fatiga. ¡Quiera Dios que vuelva! Mr. de Luxembourg permanece en Flandes para mandar allí en jefe. Los lugartenientes generales del Príncipe son MMrs. de Duras y de la Feuillade. El mariscal de Crequí permanece en su puesto. Al día siguiente de esta noticia, Mr. de Louvois propuso al Rey reparar esta pérdida, haciendo ocho generales en vez de uno : esto es, ganar. Al mismo tiempo se han hecho ocho mariscales de Francia, á saber : Mr. de Rochefort á quien los otros deben estar agradecidos (1), MMrs. de Luxembourg, Duras, La Feuillade, d'Estrades, Navailles, Schomberg y Vivonne. Ocho bien contados; os dejo meditar acerca de este asunto. El gran maestro de artillería (2) está desesperado; se le ha hecho duque, pero, ¿qué le da esta dignidad? Tiene los honores del Louvre por su cargo; no irá al Parlamento á causa de las consecuencias, y su mujer no quiere taburete más que en Bouillé : sin embargo,

(1) Queriendo Louvois hacer mariscal de Francia á Mr. de Rochefort, no tuvo más remedio que proponer á los otros siete, que eran generales más antiguos.

El conde de Lude.

es una gracia; y si estuviese viudo, podría casarse con alguna viuda joven. Ya sabéis el odio del conde de Gramont por Rochefort. Ayer le vi, está rabioso. Ha escrito al Rey, y le ha dicho :

Señor :

El favor ha podido hacer tanto como el mérito (1). Por lo cual, no os diré más.

El conde de GRAMONT.

Adiós, Rochefort.

Creo que encontraréis este cumplimento, como todos le hemos encontrado aquí. He visto un almanaque de Milán; en él se lee en el mes de julio : *muerte súbita de un grande*. Y en el mes de agosto : ¡Ah! ¿qué es lo que veo? Aquí se está en continuos temores : sin embargo, nuestros seis mil hombres han partido para destrozarnos nuestra Bretaña. Son provenzales los que tienen esta comisión. Mr. de Pomponne ha recomendado nuestras pobres tierras. Mr. de Chaulnes y Mr. de Lavardin, están desesperados. Ved aquí lo que se llama disgustos. Si alguna vez hacéis los locos, no deseo que envíen bretones para corregiros; admirad cuán alejado está mi corazón de toda venganza. Ved aquí, mi querido conde, todo lo que sabemos á la hora presente. En recompensa de una carta tan amable, yo os escribo una que os disgustará; pero en verdad, yo estoy tan disgustada de ella como vos. Hemos pasado todo el invierno en oír contar las divinas perfecciones de este héroe. Jamás ha estado un hombre tan cerca de ser perfecto, y cuanto más se le conocía, más se le amaba y más se le siente. Adiós, señor y señora; os abrazo mil veces. Os compadezco de no tener nadie á quien hablar de esta gran noticia; es natural el comunicar todo lo que se piensa acerca de esto. Si estáis incomodados, estáis lo mismo que nosotros estamos aquí.

(1) « La faveur l'a pu faire, autant que le mérite ». Verso del *Cid* de Corneille.

À MADAME DE GRIGNAN

París, viernes 2 de agosto de 1675.

Pienso siempre, hija mía, en la admiración que os habrá causado la muerte de Mr. Turenne. El cardenal de Bouillon está inconsolable; ha sabido esta noticia por un gentil hombre de Mr. de Louvigny que quiso ser el primero en darle el pésame.

Paró su carroza cuando venía de Pontoise á Versailles : el cardenal no comprendió nada de este discurso. Cuando el gentil hombre se apercibió de su ignorancia huyó; el cardenal hizo correr detrás de él y supo así esta terrible muerte. Se desvaneció, se le condujo á Pontoise donde ha estado dos días sin comer, en llantos y gritos continuos. Mad. de Guenegaud y Caboye han ido á verle, no están menos afligidos que él. Acabó de escribirle una carta que me ha parecido buena : le digo por adelantado vuestra aflicción y el interés que tomáis en todo lo que la concierne y la admiración que teníais por el héroe. No olvidéis escribirle; me parece que vos escribís muy bien sobre esta clase de asuntos : en éste no hay más que dejar ir la pluma. En París se está muy conmovidos por esta gran muerte. Esperamos con ansiedad el correo de Alemania ; Montecuculli que iba hacia allá, volverá sobre sus pasos y pretenderá aprovecharse de esta desgracia. Se dice que los soldados lanzaban gritos que se escuchaban á dos leguas ; ninguna consideración podía contenerlos. Gritaban que se les llevase al combate, que querían vengar la muerte de su padre, de su protector, de su general, de su defensor; que con él, ellos no temían nada; que ellos vengarían su muerte; que se les dejase hacer, que estaban furiosos y que se les llevase al combate. Un gentil hombre agregado al servicio de Mr. de Turenne que ha venido á hablar al Rey, se le ha visto siempre bañado en lágrimas contando lo que yo os digo y los detalles de la muerte de su señor. Mr. de Turenne recibió el tiro á través del cuerpo; ya podéis pensarse caería del caballo y cómo moriría. Sin embargo, un

resto de espíritu le hizo que se arrastrase un paso y que apretase la mano convulsivamente; después se cubrió su cuerpo con un paño. Este Boisguyot, (el gentil hombre de quien os hablo) no le dejó un momento hasta que se hubo llevado sin ruido á la casa más próxima. Mr. de Lorges estaba á una media legua de allí; juzgad de su desesperación. Él es quien pierde todo y quien queda encargado del ejército y de todos los sucesos hasta la llegada del príncipe, que tiene veinte y dos días de marcha. En cuanto á mí, pienso mil veces al día en el caballero de Grignan y no me imagino que pudiese sostener esta pérdida sin perder la razón: todos los que amaban á Mr. de Turenne son dignos de lástima.

El Rey decía ayer hablando de los ocho nuevos mariscales: « Si Gadagne hubiese tenido paciencia, sería del número de ellos; pero se ha retirado, se ha impacientado, bien está. » Se dice que el conde de Estrees quiere vender su cargo; es del número de los desesperados por no tener el bastón. Adivinad lo que ha hecho Coulanges; copia palabra por palabra y sin incomodarse todas las noticias que os envío. Os he dicho como el gran maestre de artillería ha sido hecho duque; no se atreve á quejarse, será mariscal de Francia á la primera ocasión y la manera con que el Rey le ha hablado sobrepuja mucho el honor que ha recibido.

S. M. le ha dicho que dé á Pomponne su nombre y sus cualidades y él respondió. « Señor, yo le daría el título de mi abuelo, no tiene más que copiarle. » Es preciso cumplimentarle.

M. de Grignan tiene mucho que hacer y acaso muchos enemigos, pues van con pretensiones á *Monseñor*, y esto es una injusticia que no se le puede hacer comprender.

Vuelvo á Mr. de Turenne, el cual, al despedirse del cardenal de Retz, le dijo: « Señor, no soy un bromista y os ruego creáis seriamente que sin estos asuntos donde acaso se tiene necesidad de mí me retiraría como vos, y os doy mi palabra que si vuelvo, no moriré impensadamente y pondré á vuestro ejemplo algún tiempo entre la vida y la muerte. Sé esto por d'Hac-

queville, que me lo ha dicho hace dos días. Nuestro cardenal estará muy afligido de esta pérdida. Me parece, hija mía, que no os cansáis de oír hablar de esto : hemos convenido en que hay cosas de las cuales no se saben nunca demasiados detalles. Abrazo á Mr. de Grignan y os desearía á los dos alguna persona con quien pudiereis hablar de Mr. de Turenne.

Los Villars os adoran; Villars ha venido, pero Saint-Geran y su cabeza han quedado por allá. Su mujer esperaba que se tendría piedad de él y que le traerían. Creo que La Garde os comunica el designio que tiene de ir á veros : yo tengo buenos deseos de decirle adiós para este viaje. El mío, como sabéis, está un poco aplazado : es preciso ver el efecto que hará en nuestro país la marcha de seis mil hombres mandados por dos provenzales. Es bien duro para Mr. de Lavardier haber comprado un cargo en cuatrocientos mil francos para obedecer á Mr. de Forbin, pues al fin y al cabo Mr. de Chaulnes conserva la sombra del mando. Mad. de Lavardin y Mr. d'Harouïs son mis brújulas. No estéis con cuidado por mí ni por mi salud; me purgaré después de luna llena y cuando se hayan tenido noticias de Alemania. Adiós, mi querida hija, os amo tan apasionadamente, que no pienso que se pueda ir más lejos; si alguno deseara mi amistad, podría contentarse con que yo le quisiera solamente tanto como quiero á vuestro retrato.

AL CONDE DE BUSSY

Paris, 6 de agosto de 1675.

No os hablo ya de la marcha de mi hija aunque pienso en ello siempre y no puedo jamás acostumbrarme á vivir sin ella; pero esta pena no debe ser más que para mí. Me preguntáis dónde estoy, como me va y en que me divierto. Estoy en París, me va bien y me divierto en algunas. Pero este es no

es un poco lacónico, y quiero hacerle un poco más extenso. Yo estaría ya en Bretaña donde tengo mil negocios sino fuese por los movimientos de esa provincia que la hacen poco segura. Van allá seis mil hombres mandados por Mr. de Forbin; la cuestión es saber el efecto de este castigo; yo le espero, y si el arrepentimiento enseña á los amotinados á que ellos comprendan su deber, yo reanudaré el hilo de mi viaje y pasaré allí una parte del invierno.

He tenido algunos vapores, y esta bella salud que habéis visto tan triunfante ha recibido algunos ataques, de los cuales me he sentido humillada como si hubiese recibido alguna afrenta. En cuanto á mi vida, vos la conocéis también. Se pasa con cinco ó seis amigas, cuya sociedad agrada y en mil deberes á que se está obligada, lo cual no es un pequeño asunto. Pero lo que me molesta es, que no haciendo nada los días pasan y nuestra pobre vida está compuesta de días y se envejece y se muere. Encuentro esto bien malo. La vida es demasiado corta; apenas hemos pasado la juventud y ya nos encontramos en la vejez. Yo quisiera que se tuviesen cien años asegurados y el resto en la incertidumbre. ¿No lo deseáis vos también, primo mío? ¿Pero cómo podríamos hacerlo? Mi sobrina será de mi opinión según la felicidad ó la desgracia que encuentre en su matrimonio; ella nos dará noticias de esto ó acaso nos nos dirá nada: sea de ello lo que quiera, yo bien sé que no hay dulzura, ni comodidad, ni dicha que yo no la desee en este cambio de condición.

Hablo de esto algunas veces con mi sobrina la religiosa; la encuentro muy agradable y con una especie de ingenio que me hace acordarme mucho de vos. Según yo, no puedo alabarla más.

Por lo demás, sois un buen almanaque: habéis previsto como hombre del oficio todo lo que ha sucedido del lado de Alemania; pero no habíais visto la muerte de Mr. de Turenne, ni este cañonazo tirado al azar que le hiere á él solo entre diez ó doce. En cuanto á mí, que veo en todo la Providencia, veo este cañón cargado desde hace una eternidad; veo que

todo conduce á él á Mr. de Turenne en su encuentro en ello nada de funesto para él, suponiendo su conciencia en buen estado. ¿Qué le falta? Muere en medio de su gloria; su reputación no podía aumentar más; gozaba en este momento del placer de ver retirarse á sus enemigos, y veía el fruto de su conducta desde hace tres meses. Algunas veces á fuerza de vivir, la estrella palidece. Es más seguro cortar por lo sano, principalmente para los héroes de los cuales todas las acciones son tan observadas. Si el conde d'Harcourt hubiese muerto después de la toma de la isla de Santa Margarita ó del socorro de Casal, y el mariscal de Plessis-Praslin, después de la batalla de Rhetel, ¿no hubieran sido más gloriosos? Mr. de Turenne no ha sentido la muerte; ¿contáis esto como nada? Ya sabéis el dolor general ocasionado por esta pérdida, y los ocho nuevos mariscales de Francia.

Vaubrun ha sido muerto en este último combate, que colma de gloria á Mr. de Lorges; es preciso ver el fin de esto. Estamos siempre transidos de miedo hasta que sepamos si nuestras tropas han repasado el Rhin. Entonces, como dicen los soldados, estaremos mezclados y el río entre los dos. La pobre *Madelonne* (1) está en su castillo de Provenza. ¡Qué destino! ¡Ah, Providencia, Providencia! Adiós, mi querido conde, adiós, mi muy querida sobrina. Haced presentes mis amistades á Mr. y á Mad. de Toulangeon. Amo mucho á esta condesita. No estuve más que un cuarto de hora en Montelon y ya estábamos como si nos hubiéramos conocido toda la vida; es que ella tiene mucha facilidad de ingenio y que no teníamos tiempo que perder. Mi hijo ha permanecido en Flandes; no irá á Alemania. He pensado en vos mil veces después de todo esto; adiós.

(1) Diminutivo de Magdalena que Mad. de Sévigné daba á menudo á su hija.

Á MADAME DE GRIGNAN

París, viernes 9 de agosto de 1675.

Como no os escribí más que una pequeña esquila el miércoles, olvidé varias cosas que tenía que deciros. Mr. Boucherat me dijo el lunes por la noche que el coadjutor había hecho maravillas en una conferencia tenida en Saint-Germain para los asuntos del clero. Mr. de Condom y Mr. d'Agen, me han dicho lo mismo que en Versalles: estoy persuadida de que hará tan bien su arenga al Rey; será preciso elogiarle siempre. Ved aquí, pues, nuestros pobres amigos que han repasado el Rhin muy felizmente, con mucha calma y después de haber batido á los enemigos. Esto es una gloria bien completa para Mr. de Lorges. Todos teníamos mucho deseo de que el Rey le enviase el bastón después de una acción tan bella y tan útil, de la cual á él solo corresponde el honor. Ha tenido un caballo muerto bajo de él de un tiro de cañón que le pasó entre las piernas; de modo que puede decirse que estuvo á caballo sobre una bala de cañón. La Providencia había dado á ésta su comisión lo mismo que á las otras. Hemos perdido á Vaubrun en esta acción y acaso también á M. de Montlaur (1), hermano del Principe d'Harcourt, vuestro primo hermano. La pérdida de los enemigos ha sido grande; han tenido por confesión propia, cuatro mil hombres muertos; nosotros no hemos perdido en esta acción más que siete á ochocientos. El duque de Sault y el caballero de Grignan, se han distinguido á la cabeza de su caballería; los ingleses, sobre todo, han hecho cosas novelescas: en fin, esto es una gran felicidad. Se dice que Montecuculli (2) después de haber enviado á demostrar á

(1) Cesar, conde de Montlaur, fué muerto de un cañonazo.

(2) Generalísimo de los ejércitos del Emperador; — decía hablando de Turenne: — «Yo siento y no dejaré nunca de sentir un hombre superior á los demás hombres, un hombre; que hacía honor á la naturaleza humana.»

Mr. de Lorges el dolor que sentía por le pérdida de tan gran capitán, le dijo que le dejaría repasar el Rhin y que no quería exponer su reputación á la rabia de un ejército furioso y al valor de los jóvenes franceses á quien nadie puede resistir en su primera impetuosidad. En efecto, el combate no ha sido general y las tropas que nos han atacado han sido deshechas. Varios cortesanos, que no me atrevo á nombrar por prudencia, se han señalado por hablar al Rey de Mr. de Lorges y de las razones que había para que se le hiciera mariscal de Francia en seguida ; pero han sido inútiles. Solamente se le concede el mando de la Alsacia y las veinticinco mil libras de pensión que tenía Vaubrun. ¡ Ah ! no era esto lo que él quería. El conde de Auvernia tiene el cargo de coronel general de la caballería y el gobierno del Limousin. El cardenal de Bouillon está muy afligido. Nuestro buen cardenal ha escrito otra vez al Papa diciendo que no puede menos de esperar que cuando Su Santidad haya visto las razones que hay en su carta deje de acceder á sus muy humildes ruegos ; pero nosotros creemos que el Papa es infalible y que no hace nada inútil, ni siquiera leerá sus cartas habiendo dado su respuesta con anterioridad, como aquel amiguito nuestro á quien conocéis.

Hablemos un poco de Mr. de Turenne ; hace ya largo tiempo que no hemos hablado de él. ¿ No admiráis el hecho de que nos creamos felices por haber repasado el Rhin, y que lo que hubiera sido una desgracia si él estuviese en el mundo nos parezca una prosperidad, ahora que él no existe ? Ved lo que hace la pérdida de un solo hombre. Escuchad, yo os ruego una cosa que es en mi sentir muy bella : me parece que leo la historia romana. Saint-Hilaire, teniente general de la artillería, hizo detenerse á Mr. de Turenne, que había galopado continuamente, para hacerle ver una batería ; es como si le hubiese dicho : « Señor, deteneos un poco, pues es aquí donde debéis ser muerto. » En efecto, el tiro de cañón viene, lleva el orazo de Mr. de Saint-Hilaire que mostraba la batería, y mata á Mr. de Turenne. El hijo de Saint-Hilaire se arroja sobre su padre gritando y llorando. *Callaos, hijo mto*, le dijo el herido

mostrando el cuerpo muerto de Mr. de Turenne; *mirad, ved lo que es preciso llorar eternamente, ved lo que es irremparable*; y sin hacer ningún caso de sí mismo se puso á llorar esta gran pérdida. Mr. de la Rochefoucauld llora también admirando la nobleza de este sentimiento.

El gentil-hombre de M. de Turenne que había vuelto al ejército y que ya ha venido, dice que ha visto hacer hechos heroicos al caballero de Grignan; que ha cargado hasta cinco veces y que su caballería ha rechazado tan bien á los enemigos, que fué este vigor extraordinario el que decidió el combate. Mr. de Boufflers y el duque de Sault se han portado muy bien, pero sobre todo Mr. de Lorges, que se portó como sobrino del héroe en esta ocasión. Vuelvo al caballero de Grignan y admiro que no haya sido herido mezclándose en la pelea tanto como él lo ha hecho y sufriendo tantas veces el fuego de los enemigos. El duque de Villeroy ne se puede consolar de la muerte de Mr. de Turenne: dice que la fortuna no puede hacerle un mayor mal después de haberle hecho el de quitarle el placer de ser amado y estimado por tal hombre: acababa de uniformar á su costa todo un regimiento inglés, y no se han encontrado más que nuevecientos francos en su gabeta. Su cuerpo ha sido conducido á Turenne; varios de sus amigos y aun de sus conocidos, le han seguido. El duque de Bouillon ha vuelto; el caballero de Coislin porque está enfermo; pero el caballero de Vendome lo ha hecho en la vispera del combate; sobre esto se murmura mucho y toda la belleza de Mad. de Ludres no le excusa.

Á LA MISMA

Paris, lunes 12 de agosto de 1675

Os envío la más bella y mejor relación que aquí se ha tenido después de la muerte de Mr. de Turenne; es del joven marqués de Feuquieres á Mad. Vins, para Mr. de Pomponne. Este

ministro me dice que dicha relación es mejor y más exacta que la del Rey; es verdad que este joven Feuquieres (1) tiene un rincón de Arnault en su cabeza que le hace escribir mejor que los otros cortesanos.

Acabo de ver al cardenal de Bouillon; está tan cambiado que apenas se le conoce: me ha hablado mucho de vos y no duda de vuestros buenos sentimientos. Me ha contado mil cosas de Mr. de Turenne que hacen llorar; su tío aparentemente se hallaba en estado de aparecer delante de Dios, pues su vida era perfectamente inocente. Pedía al cardenal en la Pentecostés, sino podría comulgar sin confesar; su sobrino le dijo que no, y que después de Pascuas no podría estar muy seguro de no haber ofendido á Dios. Mr. de Turenne le contó su estado. Se hallaba á mil leguas de un pecado mortal. Fué sin embargo á confesarse por la costumbre, y decía: « ¿Pero es preciso decir á este recoleto lo mismo que á Mr. de Saint-Gervais? ¿es lo mismo? » En verdad que un alma tal es muy digna del cielo; venía demasiado directamente de Dios para no volver á él habiéndose preservado tan bien de la corrupción del mundo. Amaba tiernamente al hijo de Mr. d'Elbeuf, que es un prodigio de valor á los catorce años. Envió el año pasado á saludar á Mr. de Lorraine que le dijo: « Querido primo, sois demasiado feliz con ver y oír todos los días á Mr. de Turenne; no tenéis más pariente de padre que él: debéis besar el sitio donde pisa y haceos matar á sus pies. » Este pobre niño se muere de dolor; es una aflicción de razón y de juventud á la cual se teme que no resista. El conde de Auvernia la ha tomado con él, pues no tiene nada que esperar de su padre. Caboye se muestra afligido por el qué dirán. El duque de Villeroi ha escrito aquí cartas en el trasporte de su dolor, que son de una tal fuerza que es preciso ocultarlas. El no ve nada en su fortuna que esté por cima del honor de haber sido amado por este héroe y declara que él desprecia toda otra suerte de estimación. Des-

(1) Antonio de Pas, marques de Feuquieres, autor de las memorias sobre la guerra que llevan su nombre.

pués de esto, sálvese el que pueda. Mr. de Marsillac se ha señalado hablando de Mr. de Lorges, como de un sujeto digno de otra recompensa que la del despojo de Mr. de Vaubrun. Jamás nada hubiese sido de una tan gran edificación y de tan buen ejemplo como el honor del bastón después de un éxito tan grande.

Se vino á despertar á Mr. de Reims á las cinco de la mañana para decirle que Mr. de Turenne había sido muerto. Preguntó si el ejército estaba deshecho; se le dijo que no, y se incomodó porque se le hubiese despertado. Llamó á su ayuda de cámara « bribón. » Corrió la cortina y se durmió de nuevo. Adiós, hija mía, ¿qué queréis que os diga?

Os envío esta relación á las cinco de la tarde : he hecho mi paquete sola; Mr. de Coulanges vendrá esta noche y querrá copiarla; yo odio esto como la muerte. He hecho presente todos vuestros afectuosos recuerdos á Mr. de Pomponne y á Mad. Vins; en verdad que vuestros recuerdos son muy bien recibidos. Le dije la alegría que teníais por no estar mezclada en las tontas querellas de Provenza; él se rió de ello y de la razón de vuestra prudencia : desearía que los bretones se divirtiesen en odiarse más bien que en sublevarse. He visto á Mad. de Rouille en su casa y la he encontrado muy amable. Yo creía estar en Aix y quisiera tener su hija (1); pero tiene más grandes ideas. Adiós, mi muy cara y muy amada. Mad. de Verneuil y la mariscala de Castelnau, acaban de admirar vuestro retrato, se le ama tiernamente y no es tan hermoso como vos. Abrazo á Mr. de Grignan y lo mismo que á vos le envío esta relación.

A LA MISMA

París, viernes 16 de agosto de 1635

Quisiera poner todo lo que me escribis de Mr. de Turenne en

(1) En calidad de esposa para Mr. de Sevigné.

una oración fúnebre : verdaderamente vuestro estilo es de una energía y de una belleza extraordinarias ; estabais en las explosiones de la elocuencia que da la emoción del dolor. No creáis, hija mía, que su recuerdo se haya acabado en este país. Esto río que lo arrastra todo, no arrastra tan pronto una memoria de esta especie : está consagrada á la inmortalidad. Yo estaba el otro día en casa de Mad. de la Rochefoucauld con Mad. de La Fayette, Mad. de Lavardin y Mr. de Marsillac. Mr. le Premier vino también ; la conversación duró dos horas sobre las divinas cualidades de este verdadero héroe. Todos los ojos estaban bañados en lágrimas y no podéis figuraros de qué manera está grabado en los corazones tan profundamente el dolor de su pérdida : vos no tenéis nada por encima de nosotros más que el consuelo de suspirar más alto y de escribir su panegírico. Notábamos una cosa, y es que no solamente después de su muerte se admira la grandeza de su corazón, la extensión de sus luces y la elevación de su alma, sino que todo el mundo estaba convencido de ello durante su vida y podéis pensar lo que hace su pérdida además de lo que se pensaba de él. En fin, no creáis que esta muerte sea aquí como la de los otros. Podéis hablar de ella tanto como queráis sin creer que la dosis de vuestro dolor sea superior á la nuestra. En cuanto á su alma, y esto es también un milagro de la estimación perfecta que se tenía por él, no ha pasado por la cabeza de ningún devoto que dicha alma no estuviese en buen estado : no se podría comprender que el mal y el pecado pudiesen estar en su corazón. Su conversión tan sincera nos ha parecido como un bautismo ; cada uno cuenta la inocencia de sus costumbres, la pureza de sus intenciones, su humildad alejada de toda suerte de afectación, la sólida gloria de que él estaba lleno sin fausto y sin ostentación, amando la virtud por ella misma sin cuidarse de la aprobación de los hombres ; una caridad generosa y cristiana. ¿ Os he dicho cómo equipó este regimiento inglés ? Le costó catorce mil francos y quedó sin dinero. Los ingleses han dicho á Mr. de Lorges que acabarían de servir esta campaña por vengar la muerte de Mr. de Turenne, pero que después de

esto se retirarían, pues no pueden obedecer á otros después de él. Había allí jóvenes soldados que se impacientaban un poco en los pantanos al encontrarse con el agua hasta las rodillas, y los soldados viejos les decían : « ¡Qué! ¿Os quejáis? Bien se ve que no conocéis á Mr. de Turenne : él está más disgustado que nosotros cuando estamos mal; y en este momento no piensa más que en sacarnos de aquí. Él vela cuando nosotros dormimos; es nuestro padre. Bien se ve que sois jóvenes, » y los tranquilizaban así. Todo lo que yo os digo es verdad. No me encargo de las exageraciones con las cuales se cree satisfacer á los que están lejanos; esto es abusar de ellos y yo escojo mucho más lo que os escribo que lo que os diría si estuviésteis aquí. Vuelvo á su alma : es una cosa muy de notar que ningún devoto ha pensado en dudar que Dios no la hubiese recibido con los brazos abiertos, como una de las más bellas y de las mejores que hayan salido de sus manos. Meditad en esta confianza general de su salvación y comprenderéis que es una especie de milagro que no se ha verificado más que para él. En fin, nadie se ha atrevido á dudar de su reposo eterno. Veréis en las noticias los efectos de esta gran pérdida. El Rey ha dicho de cierto hombre, cuya ausencia os complacía bastante este invierno, que no tenía ni corazón, ni ingenio : nada más que esto. Mad. de Rohan, con un puñado de gente, ha dispersado y hecho huir los amotinados que se habían reunido en su ducado de Rohan. Las tropas están en Nantes mandadas por Forbin, pues de Vins es todavía subalterno. La orden de Forbin es de obedecer á Mr. de Chaulnes; pero como este último está en su Fort-Louis, Forbin avanza y manda siempre.

Ya comprendéis bien lo que son esta especie de honores en idea, que deja sin acción á los que mandan. M. de Lavardin había pedido con insistencia este mando; él había estado á la cabeza de un antiguo regimiento y pretendía que le correspondía este honor; pero no ha sido satisfecho. Se dice que nuestros sublevados piden perdón. Yo creo que se los perdonará mediante algunos ahorcados. Se ha quitado á Mr. de Chamillard que era odioso á la provincia y se ha nombrado intendente de

estas tropas á Mr. de Marillac, que es un hombre muy honrado. No son ya estos desórdenes los que me impiden partir; es otra cosa que no quiero dejar; no he podido ni aun ir á Livry, por mucha gana que de ello tenga. Es preciso tomar el tiempo conforme viene, y darse por contento de estar en el centro de las noticias en estos terribles tiempos. Escuchad, yo os ruego, una palabra de Mr. de Turenne. Había hecho conocimientos con un pastor que conocía muy bien los caminos y el país; iba solo con él y hacía situar sus tropas según los detalles que este hombre le daba. Quería mucho á este pastor y le encontraba de un buen sentido admirable. Decía que el coronel Bec había sido lo mismo que éste, y que creía que este pastor haría su fortuna como aquél. Cuando hubo hecho pasar sus tropas con comodidad, se encontró contento y dijo á Mr. de Roye : « Perfectamente, me parece que esto no va muy mal, y yo creo que Mr. de Montecúlli encontrará bastante bien lo que acabamos de hacer. » Es verdad que era una obra maestra de habilidad. Mad. de Villars ha visto otra relación desde el día del combate en la que se dice que en el paso del Rhin el caballero de Grignan hizo maravillas de valor y de prudencia. Dios le conserve, pues el valor de Mr. de Turenne parece que ha pasado á nuestros enemigos : no encuentran nada imposible.

Después de la derrota del mariscal de Crequi, Mr. de la Feuillade ha tomado la posta y vino derechamente á Versailles, donde sorprendió al Rey y le dijo : « Señor, unos hacen ir sus mujeres al campamento (de estos era Rochefort), otros vienen á verlas; yo vengo una hora á ver á vuestra majestad y á darle mil y mil gracias; yo no veré más que á vuestra majestad, pues no es más que á él á quien se lo debo todo. » Habló largo tiempo, y después despidiéndose dijo : « Señor, yo me marchó; os suplico que presentéis mis respetos á la reina, al Delfín, á mi mujer y á mis hijos; » y se marchó á montar á caballo, sin que en efecto viese á alma viviente. Esta pequeña aventura ha agradado mucho al Rey que ha contado riendo, que él era el encargado de dar los recuerdos de Mr. de la Feuillade. No hay más que ser feliz para conseguirlo todo.

Á LA MISMA

Livry, miércoles 21 de agosto de 1675.

En verdad, hija mía, que deberíais estar aquí conmigo; he venido esta mañana sola, fatigada y cansada de París, hasta el punto de no poder estar allí más. Nuestro abate se ha quedado allí para algunos asuntos; pero yo no volveré hasta el sábado. Heme aquí, pues, por estos tres días en paz y en reposo; mañana tomo mi tercera medicina. Andaré mucho, pues me imagino que tengo necesidad de ello. Pensaré extremadamente en vos, por no decir continuamente: no hay sitio ni lugar que no me recuerde que estábamos aquí juntos hace un año. ¡Qué diferencia, Dios mío! Me es muy dulce pensar en vos, pero la ausencia arroja una cierta amargura que oprime el corazón: esto será durante esta noche la negrura de mis pensamientos: tengo un placer en pensar en vos en este pequeño gabinete, que tan bien conocéis. Nada me interrumpe.

He dejado á Mr. de Coulanges con mucho cuidado por Mr. de Sanzei. En cuanto á Mr. de la Trousse, desde mis queridos romances no he visto nada tan perfectamente feliz como él. ¿No habéis visto un príncipe que se bate hasta la extremidad? Otro avanza para ver quién puede hacer una resistencia tan grande: él ve la desigualdad del combate y se muestra vergonzoso de ella. Separa sus gentes y pide perdón á este valiente hombre que le rinde su espada, á causa de su honradez y que sin él no se hubiese jamás rendido. Le hace prisionero, le reconoce por uno de sus amigos del tiempo en que estaban los dos en la corte de Augusto, trata á su prisionero como á su propio hermano y elogia su extremado valor. Pero parece que el prisionero suspira; yo no sé si es que está enamorado; yo creo que se le permitirá volver bajo su palabra, pero no veo bien dónde le espera la Princesa y he aquí toda la historia. Cuando yo os mando noticias, contad que las tengo de gentes bien informadas, pero no quieren jamás ser citadas

por las menores bagatelas. Hay otras de las cuales jamás tomo yo las noticias. ¿Queréis saber lo que los lacayos han escrito? Ya adivinaréis desde luego que esto viene del sitio en que vos sabéis que se divierten con cartas ridiculas. El uno hace inventario de lo que ha perdido, como su estuche, su taza, su piel de búfalo, su sombrero. « Aquello era, dice uno, un desorden del diablo; por mi fe, si yo hubiere sido general, no hubiera sucedido esto. » Otro dice : « Hemos sido bonitamente temerarios; no éramos más que siete mil hombres y hemos atacado á veinte y seis mil, así es que nos han zurrado de lo lindo. » Otro dice : « Nos hemos salvado lo más diligentemente que hemos podido, y sin embargo no hemos dejado de tener gran miedo. » Es preciso tener, hija mía, mucho tiempo de sobra para contar todas estas tonterías.

Habláis tan dignamente del cardenal de Retz y de su retiro, que por esto solo sería digna de su estimación y de su amistad. Veo algunas gentes que dicen que debería venir á Saint-Denis y son seguramente las que encontrarían más que decir si viniese. Se querría á cualquier precio que fuese, manchar la belleza de su acción; pero yo desafío á que lo haga ni aun la más refinada envidia.

Lo que decís de Mr. de Turenne, merece entrar en su panegírico : el cardenal de Bouillon tendrá en ello placer ó disgusto, pues estoy bien segura de que no leerá este párrafo de vuestra carta sin llorar.

Desde la muerte del héroe de la guerra, el héroe del breviario se ha retirado á Commercy; no tenía ya seguridad en Saint-Michel. El primer presidente del Tribunal tiene una tierra en Champagne; su arrendatario vino el otro día á pedir que se le rebajaran considerablemente ó á romper el contrato que se hizo hace dos años. Se le pregunta por qué, se dice que esta no es la costumbre y responde que en tiempo de Mr. de Turenne se podía recoger la cosecha con seguridad y contar con las tierras de este país; pero que desde su muerte todo el mundo le abandonaba creyendo que los enemigos van á invadir la Champagne. Ved aquí cosas sencillas y naturales que hacen

su elogio tan magníficamente como los Flechier y los Mascaron.

No me habléis tanto de ir á veros por que separáis mi imaginación de mis tristes deberes. Si yo escuchase á mi corazón, enviaría á paseo á todos mis asuntos y me iría á Grignan. ¡Oh! ¡Con qué alegría dejaría todo esto, y para cuatro días que se tiene de vida viviría á mi gusto y seguiría mi inclinación! ¡Qué locura molestarse por las rutinas del deber y de los negocios! ¿Quién lo agradece? No pienso poco en todas estas cosas por desgracia; la regla está continuamente en todas mis acciones, aunque mis discursos tomen más alto vuelo y me den al menos la satisfacción de aprobar lo que hago. Vuestros asuntos arreglan mi vida presente, este es todo mi consuelo. Me voy á recorrer la Bretaña durante estas vacaciones y estaré de vuelta el mes de noviembre para abandonarme á toda la prolestia que me prepare la infidelidad de Mr. de Mirepoix (1).

Depit mortel, juste courroux
Je m'abandonne á vous.

Á LA MISMA

Paris, lunes 26 de agosto de 1675.

Vine el sábado por la mañana de Livry; iba por la tarde en casa de Mad. de Lavardin que os ha escrito una esquila, enviándoos una relación. Esta marquesa os ama mucho y vos la correspondéis sin duda también como sabéis hacerlo. Ella va por su lado y d'Harouís y yo por el nuestro. Las vacaciones hacen partir mucha gente. La Corte ha marchado esta mañana para Fontainebleau; esta palabra me hace todavía temblar,

(1) Gaston Juan Bautista de Lomagne, marqués de Levi y de Mirepoix, cuya familia tenía la pretensión de descender de la tribu de Levi.

pero, en fin, van allí para divertirse, ¡ Dios quiera que no seamos destrozados durante este tiempo! El sitio de Treves adelanta vivamente; si hay alguna bala que haya recibido la comisión de matar á Mr. de Crequi, no le costará mucho trabajo encontrarle, pues dicen que se expone como un desesperado. El Príncipe está en el ejército de Alemania, y ha dicho á un hombre que le ha visto hace poco : « Yo hubiera querido hablar solamente dos horas con la sombra de Mr. de Turenne, para comprender sus designios, conocer sus puntos de vista y ponerse al tanto de los conocimientos que él tenía de este país y de la manera de conocer á Montecuculli. » Y cuando este hombre le dijo : « Monseñor, Dios os conserve por nuestro bien y el de la Francia, » el Príncipe no respondió más que alzando los hombros.

Mi hijo me dice que el príncipe de Orange ha hecho intención de sitiár á Quesnoy y que si esto sucede están en visperas de una acción.

Mr. de Luxembourg tiene buen deseo de hacer hablar de él; es muy afortunado, pues ha seguido bien la sombra del Príncipe. En fin, se teme por todas partes.

He pedido á Mr. de Louvois el regimiento de Sanzei con todos los derechos y con el permiso de vender el abandono : bien entendido, que el pobre Sanzei se supone que ha muerto, pues no se tiene ninguna noticia de él. El vizconde de Marsilly es mi residente cerca del Ministro y se ha encargado de traerme la respuesta; pero yo quisiera que me la trajese el mismo Mr. de Sanzei. Bien podréis creer que si Mad. de Sanzei tuviese la menor pretensión de obtenerle, no se lo hubiera impedido yo, que respeto á Saint-Heren para el regimiento real; pero el Rey que había dado este regimiento á Sanzei, le dará á cualquier otro. En el de Picardía (1), es inútil pensar, á menos de querer estar arruinado antes de dos años; pero he dicho mal arruinado, sino deshonrado; pues como ya no está permitido arruinarse y] contraer deudas como antes,

(1) Era el del conde de Marek.

se queda uno arruinado con infamia. Este segundo Chenoise, sobrino de Saint-Heren, ha resucitado hace dos días; estaba prisionero de los alemanes; allí es donde nos deberíamos encontrar á Mr. de Sanzei. Por el pobre joven Froulai, ha sido preciso remover y dar vueltas, y mirar 1,500 hombres muertos en un sitio del combate para encontrar al desdichado joven, que ha sido reconocido al fin atravesado de diez ó doce heridas; su pobre madre pide el cargo que el joven desempeñaba, y que ella había comprado, y grita y llora, y no habla más que de rodillas. Se le responde que ya verán, y hay veinte y dos ó veinte y tres personas que piden este cargo. Para decir la verdad, cada día se reconoce más que no ha habido nunca una derrota tan llena de desorden y de confusión como la del mariscal de Crequí. Vi el sábado á la mariscala en casa de Pomponne: está desconocida; los ojos no se le secan.

No creáis, hija mía, que la muerte de Mr. de Turenne, se haya olvidado aquí tan pronto como las otras noticias; se habla de ella y se le llora todos los días.

Tout en fait souvenir et rien ne lui ressemble (1).

Puede decirse este verso por él. ¡ Felices los que, como vos decís, no han prestado la menor atención á esta pérdida. La derrota que hemos sufrido después ha renovado mucho la memoria del héroe. Me habéis dado un gran placer conmoviéndoo con las palabras de Saint-Hilaire (2); no ha muerto, vivirá con su brazo izquierdo y gozará de la belleza y de la firmeza de su alma. Creo que os hubierais admirado mucho de ver una pequeña derrota nuestra; vos no la habéis visto desde que estáis en el mundo. No hay más que el coadyutor que se haya aprovechado de ella, dando un aire tan nuevo y tan espiritual á su arenga, que este pasaje la ha dado todo el valor, al menos para los cortesanos, pues todas las buenas cabezas la han alabado desde el principio al fin.

(1) Todo le recuerda y nada se le parece

(2) Vease la carta del 9 de agosto.

Yo comí el sábado con el coadyutor y el buen abate : estoy encantada cuando veo algún Grignan. En fin, mi querida hija, buscad bien en toda la corte y en toda Francia, no hay más que yo que teniendo una hija tan perfectamente amada, esté privada de la alegría de verla y de pasar mi vida con ella : son estas reglas de la Providencia á las cuales no puedo someterme sino con penas infinitas; hacemos por lo tanto bien en escribirnos, pues es el único consuelo que tenemos.

Abrazo de todo corazón á Mr. de Grignan y á mis nietos; pero mi bella y muy amada hija, yo soy vuestra por encima de todo : bien sabéis cuán lejos estoy de decir lo que no siento y de hablar por hablar. No es que pretenda hacer pasar violentamente el amor maternal á los nietos; mi amor ha permanecido siempre el mismo y si amo á todos esos pequeños es por el amor de vos.

À LA MISMA

Paris, miércoles 28 de agosto de 1675.

Si se pudiere escribir todos los días, yo me acomodaría á ello muy bien, hasta encuentro algunas veces el medio de hacerlo, aunque mis cartas no salgan; pero el placer de escribir es solamente por vos, pues á todo el resto del mundo se quisiera haber escrito solamente porque se debe escribir. Verdaderamente, hija mía, vuelvo todavía á hablaros de Mr. de Turenne. Mad. d'Elbeuf, que permanece algunos días en casa del cardenal de Bouillon me rogó ayer que comiera con ellos para hablar de su aflicción; Mad. de La Fayette vino también : hicimos precisamente lo que habíamos resuelto; las lágrimas no se secaron de nuestros ojos. Mad. d'Elbeuf tenía un retrato divinamente hecho de este héroe, cuyo convoi había llegado á las once. Todas estas pobres gentes estaban anegadas en llanto y vestidas de luto. Llegaron tres gentiles hombres,

que pensaron morir viendo este retrato. Eran gritos que traspasaban el corazón; no podían pronunciar una palabra; sus ayudas de cámara, sus lacayos, sus pages, sus trompeteros, todos derramaban lágrimas y hacían derramar á los otros. El primero que estuvo en estado de hablar, respondió á nuestras tristes preguntas : nos hicimos contar su muerte. Él quería confesarse ocultamente; había dado sus órdenes para la noche y debía comulgar al día siguiente domingo, que era el día en que creía dar la batalla.

Montó á caballo el sábado á las dos, después de haber comido, y como tenía mucha gente al rededor de él, las dejó á todos á treinta pasos de la altura á que él quería ir, y dijo al joven d'Elbeuf : « Sobrino, quedaos ahí : no hacéis más que dar vueltas al rededor de mí y haríais que me conociesen. » Mr. d'Hamilton que se encontraba cerca del sitio en que estaba le dijo : « Señor, venid por aquí, hacen disparos del lado por donde vais. » — « Tenéis razón, le contestó, no quiero de ninguna manera ser muerto hoy, esto sería lo mejor del mundo para los enemigos. » Apenas volvió su caballo, apercibió á Saint-Hilaire con el sombrero en la mano que le dijo : « Señor, echad una mirada sobre esta batería que acabo de hacer colocar aquí. » Mr. de Turenne se aproximó, y en el mismo instante, antes que se parara, tuvo el brazo y el cuerpo destrozados por el mismo tiro que llevó el brazo y la mano que sostenían el sombrero de Saint-Hilaire. Este gentil hombre que le miraba siempre, no le vió caer; el caballo le llevó al sitio en que había quedado d'Elbeuf; todavía no había caído, pero estaba inclinado con la cara sobre el arzón de la silla. En este momento el caballo se para, el héroe cae entre los brazos de sus gentes, abre dos veces desmesuradamente los ojos y la boca y permanece tranquilo para siempre . pensad que estaba muerto y que la metralla le había llevado una parte del corazón. Se grita y se llora. Mr. d'Hamilton hace cesar este ruido y separa al pequeño d'Elbeuf que se había arrojado sobre su cuerpo y que no quería dejarle gritando amargamente. Se cubre el cuerpo con una manta, se le trasporta en unas anga-

rillas, se le oculta sin ruido, viene una carroza y le llevan á su tienda. Allí fué donde Mr. de Lorges, Mr. de Roye y muchos otros pensaron morir de dolor; pero fué preciso violentarse y pensar en los grandes asuntos que había entre manos. Se le han hecho unas honras fúnebres en el campo en que las lágrimas y los gritos demostraban el verdadero duelo; todos los oficiales llevaban lazos de gasa negra; los tambores estaban también cubiertos; no daban más que un golpe, las lanzas se arrastraban y los mosquetes iban boca abajo. Pero estos gritos de todo un ejército no se pueden representar sin que se esté conmovido completamente. Sus dos sobrinos estaban en esta ceremonia en el estado en que podéis suponer. Mr. de Roye, herido como estaba, se hizo conducir, pues esta misa no fué dicha sino cuando hubieron repasado el Rhin. Pienso que el pobre caballero (de Grignan) estaría también traspasado de dolor. Cuando los despojos del héroe dejaron al ejército, fué también otra desolación y por todas partes por donde ha pasado no se oían más que clamores; pero en Langres han sobrepujado á todos. Fueron delante del féretro en traje de duelo en número de más de doscientos seguidos del pueblo y todo el clero de ceremonia. Hubo un servicio solemne en la ciudad, y en un momento se cotizaron todos para este gasto, que ascendió á cinco mil francos, pues condujeron el cuerpo hasta la primera ciudad. ¿Qué decís de estas pruebas naturales de una afección fundada sobre un mérito extraordinario? Llega á Saint-Denis esta tarde ó mañana; todas sus gentes van á recibirle á dos leguas de aquí. Se le depositará en una capilla y se le harán unos funerales en Saint-Denis, en tanto que se preparan los de Notre-Dame que serán solemnes. Ved aquí cuál fué la distracción que tuvimos. Comimos, como podéis pensar, y hasta las cuatro no hicimos más que suspirar. El cardenal de Bouillon habló de vos, y dijo que no hubierais evitado esta triste reunión si hubiereis estado aquí. Todos están seguros de vuestro dolor. Os contestará á vos y á Mr. de Grignan. Me rogó que os enviara muchas expresiones, así como la buena d'Elleuf, que lo pierde todo, y su hijo.

No sé por qué me he decidido á contaros esto que sabiais ya; pero estos originales me han conmovido y he tenido placer en haceros ver cómo se olvida á Mr. de Turenne en este país.

Mr. de La Garde me dijo el otro día, que en el entusiasmo de las maravillas que se decían del caballero, exhortó á sus hermanos á hacer un esfuerzo por él en esta ocasión, á fin de sostener su fortuna, al menos lo que resta de año, y que encontró á los dos muy dispuestos á hacer cosas extraordinarias. Este bueno de La Garde está en Fontainebleau, de donde debe venir dentro de tres días para partir definitivamente, pues él muere de deseos de estar allí, porque los cortesanos tienen mucha liga al rededor de ellos. Verdaderamente el estado de Mad. de Sanzei es deplorable: no sabemos nada de su marido. No está vivo ni muerto, ni herido, ni prisionero; sus gentes no escriben.

Mr. de la Trousse, después de haber comunicado el día del combate, que le acababan de decir que habia sido muerto, no ha escrito una palabra más, ni á la pobre Sanzei ni á Coulanges (1); no sabemos pues qué decir á esta desolada mujer; es cruel dejarla en este estado. Por mi parte, yo estoy bien persuadida de que su marido ha muerto. El polvo mezclado con su sangre le habrá desfigurado, no se le habrá reconocido y le habrán despojado; puede ser que haya sido muerto lejos de los otros por los que le han prendido ó por aldeanos, y haya quedado oculto entre algún seto. Yo encuentro más apariencias á este triste destino, que á creer que esté prisionero y no se oiga hablar de él.

Por lo demás, hija mía, el abate cree mi viaje tan necesario, que no me puedo oponer á él: yo no le tendré siempre; así es, que debo aprovechar su buena voluntad. Es una carrera de dos meses, pues el buen abate no está lo bastante bien para desear pasar allí el invierno. Me habla de ello con un aire

(1) Mad. de Sanzei era hermana de Mr. de Coulanges y Mr. de la Trousse su primo hermano.

tan sincero, que yo procuro aparecer siempre engañada; tanto peor para los que me engañen. Comprendo que el aburrimiento será grande durante el invierno; las largas noches pueden ser comparadas á las marchas largas por lo fastidiosas. Yo no me aburría el invierno que estabais conmigo; vos podéis aburriros quizá ¿porque sois joven; pero ¿os acordáis de nuestras lecturas? Es verdad que quitando todo lo que estaba al rededor de esta pequeña mesa y el libro mismo, sería imposible saber qué hacer: la Providencia ordenará. Recuerdo siempre lo que me habéis dicho; se sale del aburrimiento como de los malos caminos, y no he visto á nadie permanecer en medio de un mes por no tener valor para acabarle. Esto es como morir: vos no veis á nadie que no sepa salir de este último papel. Hay cosas en vuestras cartas que no se pueden ni se deben olvidar. ¿Están enesa mi amigo Corbinelli y Mr. de Vardes? Yo lo deseo; habréis razonado bien y si habláis sin cesar de los asuntos presentes y de Mr. de Turenne sin que podáis comprender lo que sucederá, estáis verdaderamente como nosotros, y no por que vivéis en una provincia. Mr. de Barillon cenó ayer aquí: no se habló más que de Mr. de Turenne y está verdaderamente afligido. Nos contaba la solidez de sus virtudes, cuán veraz era, cómo amaba la virtud por ella misma, y cómo por ella sola se encontraba recompensado, y después acabó por decir que no se podía amarle y convencerse de su mérito sin ser más hombre honrado. Su sociedad comunicaba un horror por la bribonería y por la doblez que ponía á todos sus amigos por cima de los otros hombres; en este número se distinguió mucho el caballero como uno de los que este grande hombre amaba y estimaba más, y también como uno de sus adoradores. Muchos siglos no darán un hombre semejante. Yo no encuentro que se sea completamente ciego en esto, al menos las gentes que yo veo: creo que es alabarse de estar en buena compañía. Acabo de mirar mis fechas; es cierto que os he escrito el viernes 16; os habia escrito el miércoles 14 y el lunes 12. Es preciso que *Pacolet* ó la bendición de Montelimart haya llevado muy diabólicamente esta carta; examinad este

prodigio. Pero digamos todavía una palabra de Mr. de Turenne. Ved lo que me fué contado ayer. Vos conocíais bien á Pertuis (1) y su adoración y su afecto por Mr. de Turenne; así es que en el momento que supo su muerte escribió al Rey y le dijo: «Señor, he perdido á Mr. de Turenne; siento que mi espíritu no es capaz de sostener esta desgracia; así, no hallándome en estado de servir á vuestra majestad, le pido permiso para dimitir el gobierno de Courtrai. » El cardenal de Bouillon impidió que se remitiese esta carta, pero temiendo que viniese él mismo, comunicó al Rey el efecto de la desesperación de Pertuis. El Rey comprendió muy bien este dolor, y dijo al cardenal de Bouillon, que por ello estimaba más á Pertuis y que no quería que pensase en retirarse, creyéndole demasiado hombre honrado para no hacer siempre su deber en cualquier estado que se encontrase. Ved aquí cómo son los que sienten á este héroe. Por lo demás, tomó cuarenta mil libras de renta, y Mr. de Bucherat ha encontrado que pagadas todas sus deudas y todos sus legados no le quedaba más que diez mil libras de renta : es decir, doscientos mil francos para sus herederos, con tal que la curia no meta en ello la nariz. Ved cómo se ha enriquecido en cincuenta años de servicio. Adiós, mi querida hija, os abrazo mil veces con una ternura que no se puede representar.

À LA MISMA

París, viernes 6 de setiembre de 1675.

Yo os recuerdo mucho, mi querida hija, y esta rabia de alejarme todavía de vos y de ver por algunos días interrumpidas nuestras relaciones, me da una verdadera tristeza. Para acabar de hacer grato mi viaje, *Helene* no viene conmigo; yo tengo á María, que arroja su pereza como sabéis; pero no tengáis cui-

(1) Había sido capitán de guardias de Mr. de Turenne.

dado por mí : voy á ensayar un poco el no ser servida tan á mi gusto y estar algo en la soledad. Me gustaría conocer la docilidad de mi espíritu y seguir los ejemplos de valor y de razón que vos me dais. Mad. de Coulanges, ¿no hará también maravillas de aburrimiento en Lyon? Sería una gran cosa que yo no supiese vivir más que con las gentes que me son agradables : me acordaré de vuestros sermones; me divertiré en pagar mis deudas y en comerme mis provisiones; pensaré mucho en vos, querida mía; leeré, pasearé, escribiré cartas vuestras. ¡ Ah, la vida se pasa demasiado pronto, se gasta en todo ! Llevo una infinidad de remedios buenos ó malos ; yo los amo todos, pero sobre todo no hay uno que no tenga su patrón y que no sea la medicina de mis vecinos : espero que esta botica me será muy inútil, pues me encuentro extremadamente bien. Anteayer fui sola á Livry á pasearme deliciosamente con la luna ; no hacía relente ; estuve allí desde las seis de la tarde hasta media noche y me he encontrado muy bien con esta pequeña escapatoria. Yo debía ya esta pequeña atención á la bella Diana y á la amable Abadía. No ha consistido más que en mí el no ir á Chantilly en muy buena compañía ; pero no me he encontrado bastante libre para hacer un viaje tan delicioso : esto será para la primavera que viene. He estado hace poco en casa de Mignard para ver el retrato de Louvigny ; está hablando, pero no he visto á Mignard ; estaba retratando á Mad. de Fontevrault, la cual he visto por el agujero de la puerta. No la he encontrado bonita. El abate Tétu estaba cerca de ella en un encantador diálogo : los Villars estaban conmigo al agujero : estábamos de broma.

El Príncipe que ha hecho levantar el sitio de d'Hagenau está un poco admirado de verse á la defensiva y de retroceder y atrincherarse hacia Schelestadt ; la gota y el mes de octubre no disminuirán su mal humor. Por mi parte, yo llevo siempre la inquietud de mi hijo ; me parece que voy á tener la cabeza en un saco durante diez ó doce días, y comprenderéis bien que sin buenas razones no dejaría yo París en estos tiempos de noticias. Saint-Thou había soñado la víspera de ser muerto,

contrarle en esta plaza sitiada, ¡fuese á saber que ha sido muerto allí! Estas son locuras.

Ayer dije adiós á Mr. de la Garde; si os abraza dejadle hacer, que es por mí; yo le amo y le estimo mucho; aprovechad bien su buen ingenio. Os exhorto, mi querida hija, á conservar bien vuestra salud si es que amáis. Ya entiendo que vos me decís la misma cosa y os aseguro que lo haré, aunque solo fuere por agradaros : no os entretengáis en inquietaros por nada, esto no es digno de vos; conservad vuestro valor y enviadme un poco en vuestras cartas : es una buena provisión en esta vida. Habladme mucho de vos : todos los detalles son admirables, cuando el afecto llega á cierto punto.

Escribid á nuestro cardenal : ya sabéis que no habéis pensado bien sobre su incensario y que se ha picado por la altivez con que habéis tratado esta última prueba de su amistad. Seguramente habéis traspasado los límites de los buenos sentimientos. No es ahí, hija mía, donde debéis de sentir el horror por un regalo de plata : no encontráis nadie de vuestro modo de pensar y debéis desconfiar de vos, cuando estéis sola con vuestra opinión.

Ayer por la noche me despedí del más hermoso de todos los prelados (1) : me rogó que le prestara mi retrato; es decir, el vuestro, para llevarle en casa de Mad. de Fontevrault; yo se lo rehusé obstinadamente, como una Rabutín, y le dije que se le había rehusado á MADemoiselle, y al mismo tiempo le llevé yo mismo á una pequeña habitación, donde fué colocado y recibido con ternura y deseo de agradarme. Estoy segura que no le tirarán; saben demasiado bien lo que significa para mí esta encantadora pintura, y si vienen á pedirle aquí, dirán que me le he llevado. Mr. de Coulanges os dirá dónde está. Mr. de Pomponne le quiso ver el otro día; él le hablaba y creía que debíais responderle y que había algo de orgullo de parte vuestra : vuestra ausencia ha aumentado el parecido y no es esta una de las cosas porque menos me ha costado separarme de él. He-

(1) El abate de Grignan.

mos reído hasta derramar lágrimas con vuestra Mad. de la Charu y de Philis, su hija mayor, de edad de treinta y nueve años; parece que la veo desde aquí. ¿Cómo queréis decir que no narráis bien? No hay cosa en el mundo tan graciosamente contada y nadie escribe tan agradablemente; pero es preciso llorar al verse en un país donde se lleva el luto tan burlescamente. Os doy gracias por el trabajo que os habéis tomado de narrar esta locura. Es un estilo que no os gusta, pero que me ha regocijado mucho: Mr. de Coulanges os hablará de esto. El mismo leyó este párrafo á la perfección. Me parece que no tengo más que decir: *Que se me lleve á los Rochers, yo no quiero escribir más: vamos, abate, esto es hecho* (1). Voy á partir, bella condesa; adiós, pues, mi querida condesa:

Je vais partir belle Hermione (2)
Je vais exécuter ce que l'abbé m'ordonne
Malgré le péril qui m'attend.

Esto es decir una locura, pues nuestra provincia es más tranquila que la Saone.

En estos días se hace en Notre-Dame el funeral de Mr. de Turenne con gran pompa. El cardenal de Bouillon y Mad. d'Elbeuf vinieron ayer á invitarme; pero yo me contento con el de Saint-Denis: no he visto nunca uno tan hermoso. ¿No admiráis lo que hace la muerte de este héroe y el aspecto que toman los negocios desde que nosotros no le tenemos?

¡Ah, mi querida hija; cuánto tiempo hace que soy de vuestra opinión! Nada es tan bueno como tener un alma buena y hermosa: se la ve en todas ocasiones como á través de un corazón de cristal; no se oculta. Vos me habéis visto en años acerca de ésto; no se ha tomado nunca por mucho tiempo la sombra por el cuerpo; es preciso ser si se quiere parecer. El

(1) Parodia de estos versos de Corneille en *Poliuto*, acto 4.º, escena 4.ª.

Que se me lleve á la muerte, nada tengo que decir,
Vamos guardías, esto es hecho.

(2) Parodia del « *Adiós* » de Cadmus.

mundo no tiene largas injusticias : vos debéis ser de esta opinión por vuestros propios intereses. Adiós, mi querida, hija :
o abrazo de todo corazón.

A LA MISMA

Martes, 17 de setiembre de 1675.

Ved una fecha extraordinaria : *estoy en un barco, en la corriente del agua, muy lejos de mi castillo* ; pienso hasta si podré acabar ¡ Ah ! ¡ qué locura ! pues las aguas están tan bajas y soy tan á menudo detenida, que siento mi equipaje que no se para y sigue su marcha. Se aburre una sobre el agua cuando está sola : hace falta un joven conde de Chapelles y una señorita de Sévigné. Pero en fin, es una locura embarcarse cuando se está en Orleans y acaso en Paris mismo : esto es por decir una gentileza. Verdad es, sin embargo, que una se cree obligada á tomar bateleros en Orleans, como en Chartres á comprar rosarios. Os he dicho cómo había visto al abate d'Effiat en su hermosa casa. Os escribi desde Tours ; vine á Saumur, donde vimos á Vineuil ; juntos lloramos de nuevo á Mr. de Turenne. Vineuil se conmovió extraordinariamente. Vos le compadeceréis cuando sepáis que está en una ciudad donde nadie ha visto al héroe. Vineuil ha envejecido mucho, tose y escupe y es muy devoto, pero conserva siempre su ingenio ; os envía mil y mil afectos. Hay treinta leguas de Saumur á Nantes ; hemos resuelto hacerlas en dos días y llegar hoy á Nantes. En este deseo caminamos ayer dos horas de noche ; encallamos y permanecemos á doscientos pasos de nuestra hostelería sin poder abordar. Despertamos al ruido de un perro y llegamos á media noche á un *tugurio* más pobre y más miserable que todo lo que se os puede representar : no encontramos allí más que dos ó tres viejas que hilaban, y paja fresca sobre la cual nos acostamos todos sin desnudarnos. Me

hubiera reído mucho sin el abate, al cual me da vergüenza exponer así á las fatigas de un viaje. Nos hemos reembarcado al romper el día, y estábamos tan perfectamente bien establecidos en nuestro arenal, que hemos estado cerca de una hora antes de reanudar el hilo de nuestro discurso : queremos contra viento y marea llegar á Nantes, y remamos todos. Yo encontraré allí cartas vuestras, hija mía, pero tengo tan buena opinión de vuestra amistad, que estoy persuadida de que os alegraréis mucho de tener noticias de mi viaje; y como se me ha dicho que el correo va á pasar á Ingrande, voy á dejar allí esta carta de paso.

Yo estoy muy bien, no me haría falta más que un poco de conversación. Os escribiré desde Nantes según podéis pensar. Estoy impaciente por saber noticias vuestras y del ejército (de Mr. de Luxembourg); esto me tiene con mucho cuidado. Hace nueve días que mi cabeza es una devanadera. La historia de las cruzadas es muy bella, sobre todo para los que han leído el Tasso y que vuelven á ver á sus antiguos amigos en prosa y en historia; pero yo soy admiradora del estilo del jesuita. La vida de Orígenes es divina (1). Adiós, mi muy querida, muy amable y muy perfectamente amada, vos sois mi querida hija.

Á LA MISMA

Los Rochers, domingo 29 de setiembre de 1675.

Os he escrito, hija mía, desde todos los lugares en que he podido; y como no he tenido un cuidado tan exacto para nuestro querido d'Hacqueville, ni para mis otros amigos, todos han estado con cuidado por mí, de lo cual yo les estoy agradecida :

(1) Esta vida es de Tomás de Fossé, uno de los escritores de Port-Royal. Ha escrito también las de santo Tomás de Cantorbery y de Tertuliano.

han hecho el honor al río Loire de creer que me había tragado. ¡Ah, pobre criatura! Sería yo la primera á quien hubiese jugado esta mala pasada; no he tenido más incomodidad que la de no haber bastante agua en este río. D'Hacqueville me dice que no sabe qué deciros de mí y que teme que su silencio acerca de mi viaje os inquiete.

¿No sois demasiado amable, querida hija, en haber tenido la bondad de aparecer bastante tierna en lo que á mí se refiere para que se os ahorren los menores disgustos?

Me habéis persuadido tan bien la primera que no he tenido atención más que para escribiros muy exactamente. Partí, pues, de la Silleraye al día siguiente de aquel en que os escribí que fué miércoles; Mr. de Lavardin me condujo á la carroza y Mr. de Harouis me agovió de provisiones. Llegamos aquí el jueves. Yo encontré desde luego á Mlle. de Plessis más terrible, más loca y más impertinente que nunca: su afición por mí me deshonor. *Yo juro sobre este hierro, no contribuir á ello con ninguna dulzura, con ninguna amistad, ni con ninguna aprobación.* Le digo rudezas abominables, pero tengo la desgracia de que lo toma todo á broma: vos debéis estar persuadida de ello después de la bofetada, cuya historia ha pensado hacer morir de risa á Pomenars. Está siempre al rededor de mí, pero trabajo le mando: yo no me incomodo mucho por ello; ahora me está cortando las servilletas. He encontrado este bosque de una belleza y de una tristeza extraordinarias; todos los árboles que habéis visto pequeños son ya grandes, derechos y hermosos á la perfección; dan una sombra agradable y tienen cuarenta ó cincuenta pies de altura. Hay un cierto aire de amor maternal en este detalle: pensad que yo los he plantado todos, que los he visto, como decía Mr. de Montbazón, *ast de chiquititos*. Es esta una soledad hecha expresamente para soñar bien; vos sacaríais de ella buen provecho, yo no hago mal uso: si los pensamientos no son completamente negros, son por lo menos muy oscuros. Pienso en vos en todo momento; os recuerdo y os deseo: vuestra salud, vuestros asuntos; ¿qué efecto queréis que todo esto haga?

en mí á la hora del crepúsculo? Tengo siempre estos versos en la cabeza :

Sous quel astre cruel avez-vous mis au jour
L'objet infortuné d'un si tendre amour? (1)

Es preciso mirar la voluntad de Dios bien fijamente para arrostrar sin desesperación todo lo que yo veo, con lo cual seguramente no os entretendré. No estéis con cuidado por la ausencia de *Helena* : María me sirve muy bien; yo no me impaciento; mi salud está como hace seis años; yo no sé de donde me viene esta fuente de Jouvence : mi temperamento hace precisamente lo que me es necesario. Leo y me distraigo, tengo asuntos que hago delante del abate, como si estuviera detrás de la cortina. Todo esto, con esta bonita esperanza, impide como vos decís de hacer el gasto de una cuerda para ahorcarse. Encontré el otro día una carta vuestra en la que me llamabais *mi buena mamá* : teníais entonces diez años, estabais en Santa María y me contabais la caída de Mad. de Amelot que desde la sala se encontró en la cueva; hay ya un buen estilo en esta carta. He encontrado otras mil que se escribían hace tiempo á Mlle. de Sévigné : todas estas circunstancias son á propósito para hacerme acordar de vos; pues sin esto, ¿dónde podría yo encontrar esta idea? No he recibido de vuestras cartas la última ordinaria. Estoy muy triste por ello. No sé tampoco nada del coadyutor, de La Garde, de Mirepoix, de Bellievre; parece que todos han muerto : voy á avivarlos un poco. ¿No admiráis la felicidad del Rey? Se me anuncia la muerte de S. A. *mi padre* (2), que era un buen enemigo, y que los imperiales han repasado el Rhin para ir á defender al Emperador contra los turcos que le aprietan en Hungría. He aquí lo que se llama estrellas felices; esto nos hace temer en Bretaña rudos castigos. Voy á

(1) ¿Bajo que astro cruel habéis dado á luz el objeto infortunado de un amor tan tierno?

(2) Carlos IV, duque de Lorena, muerto el 17 de setiembre. Mad. de Liyebonne, su hija, decia hablando de él : S. A. *mi padre*

ver á la buena de Tarento (1), me ha enviado ya dos recados y me pide siempre noticias vuestras; si le da por ahí, me hará muy bien su corte. Decís maravillas de Saint-Thou; al menos no se le acusará de no haber contado su sueño hasta después de su desgracia; esto es agradable. Yo os compadezco por no leer todas vuestras cartas, pero aunque ellas hacen mi verdadero y único consuelo, y aunque yo conozco todo el precio de ellas, estoy bien incomodada de recibir tantas. El buen abate esta muy enfadado contra M. de Grignan; esperaba que le dijese si el viaje de *Jacob* ha sido feliz y si ha llegado á buen puerto en la tierra prometida; si está bien colocado, bien establecido él, sus mujeres, sus hijos, sus carneros, sus camellos; esto bien merece la pena de unas cuantas palabras. Tiene el designio de volverlo á emprender cuando vuelva á Grignan. ¿Cómo están vuestros hijos? Adiós, mi muy amable y muy querida. Recibo muy á menudo cartas de mi hijo, está muy afligido de no poder salir de ese desgraciado abanderamiento, pero debe comprender que hay gentes presentes y que meten prisa á quien se deben recompensas que se preferirá siempre á un ausente que se cree colocado y que no nace simplemente más que aburrirse en una larga situación subalterna, donde no se cuidan mucho de él. ¡Ah! esto es precisamente lo que nosotros decíamos, después de una larga navegación, encontrarse á novecientas leguas de un cabo y el resto.

A LA MISMA

Los Rochers, miércoles 4 de diciembre de 1675.

He aquí el día en que yo escribo sobre la punta de una aguja, pues no recibo ya vuestras cartas más que dos á la

(2) La Princesa de Tarento que habitaba en Chateau-Madame en el Faubourg de Vitré.

vez, el viernes. Cuando venía de pasearme anteayer encontré al *frater*, que se puso de rodillas cuando me apareció, sintiéndose tan culpable de haber estado tres semanas bajo tierra cantando maitines, que no creía poder abordar de otra manera la cuestión. Yo había resuelto reñirle y no he sabido jamás donde encontrar la cólera; me alegro mucho de verle. Bien sabéis cuán divertido es: me abrazó mil veces y me dió las peores razones del mundo, que yo tomé por buenas. Hablamos mucho, leímos y nos paseamos, y acabaremos así el año; es decir, el resto. Hemos resuelto ofrecer nuestro *banderamiento* y pagar todavía algún suplemento, según que el Rey lo ordene. Si el caballero de Lauzun (1) quiere vender su cargo entero, le dejaremos encontrar compradores por su lado, como nosotros buscaremos por el nuestro, y veremos entonces de acomodarnos.

Estamos siempre con la tristeza de las tropas que nos llegando todos lados con Mr. de Pommereuil. Este golpe es rudo para los grandes oficiales; ellos están mortificados á su vez; es decir, el gobernador que no se esperaba una tan mala respuesta sobre el presente de los tres millones. Mr. de Saint-Malo ha vuelto, ha sido mal recibido en los Estados; se le acusa de haber hecho una mala maniobra en Saint-Germain; debía al menos permanecer en la Corte después de haber sufrido esta desgracia en Bretaña para tratar de arreglar algún acomodo. En cuanto á Mr. de Rohan, está rabioso, no ha vuelto todavía; puede ser que no venga. Mr. de Coulanges me dice que ha visto al caballero de Grignan, que se acomoda mal con mi ausencia. Estoy más commovida que lo que nunca había estado por no hallarme en París para verle y hablar con él. ¿Pero sabéis bien, querida mía, que su regimiento está en el número de las tropas que se nos envía? Sería una buena cosa si él viniese aquí: le recibiría con grande regocijo. Tengo mucho deseo de saber lo que ha sucedido al procurador de vuestro país; yo creo que Mr. de Pomponne que se había mez-

(1) Francisco Nompár de Caumont.

clado en este asunto, creyendo obligaros, debe haberse incomodado un poco al ver el aspecto que ha tomado. Esto se presenta en grande como una cosa que no queréis después de haberla deseado. Las circunstancias que os han obligado á tomar otro partido, no saltarán á los ojos, al menos yo lo temo y deseo engañarme. Me parece que debéis estar bien instruida de mis noticias, de que á esta hora el caballero está en París. Mr. de Coulanges acaba de recibir un violento disgusto: Mr. le Tellier ha abierto su bolsa á Bañols para hacerte comprar un cargo de recaudador de impuestos y al mismo tiempo le da la comisión que había rehusado á Mr. de Coulanges y que vale sin moverse de París más de dos mil libras de renta. Ved aquí una mortificación sensible por la cual si Mad. de Coulanges (1) no hace cambiar por una conversación que debe tener con el Ministro, Coulanges está resuelto á vender su cargo; él me lo escribe altamente mortificado. Vos sabéis bien las esperanzas de paz: las gacetas no os faltan, así como tampoco las lamentaciones de esta provincia. El cardenal me escribe que ha visto al conde de Sault, Renti y Biran: tiene tanto miedo de ser el ermitaño de la feria, que se ha ido á pasar el adviento á Saint-Mihiel. Habladme de vos, mi querida hija. ¿Cómo estáis? ¿Vuestra tez, no ha perdido nada? ¿Estáis bella cuando queréis? En fin, yo pienso mil veces en vos y nunca me hablaréis bastante de todo lo que os concierne.

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 8 de diciembre de 1675.

Esperaba dos de vuestros paquetes por el último ordinario, y no he recibido ninguno. Aunque los correos tardarán

(1) Sobrina de Mr. le Tellier.

como yo creo presentemente, debiera haber recibido uno, pues no cuento jamás que me hayáis olvidado. Esta confianza es justa, y yo estoy segura que os agrada; pero como los pensamientos negros revolotean bastante en estos bosques, he querido primero pasar cuidado por vos; pero el buen abate y mi hijo me aseguran que me hubeirais hecho escribir. Yo no quiero permanecer en este temor, que es insoportable: quiero echar la culpa de todo al correo, aunque no comprenda nada de este exceso de desarreglo, y esperar mañana noticias vuestras, las cuales deseo con la impaciencia que podéis imaginar.

D'Hacqueville está constipado, con fiebre; yo estoy con cuidado, pues no me gusta la fiebre nada: se dice que ella *consume*, pero es la vida. Aunque se diga, los d'Hacqueville, no hay en verdad más que uno en el mundo como el nuestro. ¿No ha comenzado ya á hablaros de un viaje incierto que el Rey debe hacer por Champagne ó Picardía? Desde que sus gentes, por nuestra desgracia, han empezado á esparcir una noticia de esta clase, van ya tres meses; es preciso ver también lo que yo hago con esta hoja volante que se llama las *Noticias*.

La carta d'Hacqueville, está tan llena de mi hijo y de mi hija y de nuestra pobre Bretaña, que sería preciso ser desnaturalizados para no saltarse los ojos descifrándola (1). M. de Lavardin es mi residente en los Estados: él me instruye de todo y como mezclamos muchas veces el italiano en nuestras cartas, yo le mandé para explicarle mi reposo y mi pereza lo siguiente:

*...D'ogni oltraggio, e scorno
la mia famiglia, e la mia greggia illese
sempre qui fur, nè strepito di Marte
ancor turbò questa remota parte. (2)*

Apenas mi carta había partido, cuando han llegado á Vitré

(1) La escritura de M. d'Hacqueville era muy difícil de leer.

(2) *Gerusalemme liberata*. Canto VII estrofa VIII.

ochocientos soldados de caballería, de los cuales está disgustada la Princesa. Es cierto que no hacen más que pasar; pero á fe mía, viven como en país conquistado, no obstante nuestro buen matrimonio con Carlos VIII y Luis XII (1). Los diputados han vuelto de Paris. Mr. de Saint-Malo que es Guemadec, vuestro pariente y sobre todo un *chorlito mitrado*, como decía Mad. de Choisy, ha aparecido en los estados trasportado y lleno de bondades del Rey, y sobre todo de atenciones particulares que ha tenido para él, sin hacer ninguna atención á la ruina de la provincia que él ha traído muy agradablemente: este estilo es de buen gusto para gentes llenas por su parte del mal estado de sus negocios. Dice que S. M. está contento de la Bretaña y de su presente; que ha olvidado el pasado y que es por pura confianza el enviar aquí ocho mil hombres, como se envía un equipaje á su casa cuando no se sabe qué hacer de él. Mr. de Rohan tiene maneras muy diferentes y que tienen más el aspecto de un buen compatriota. Ved nuestras agradables noticias; tengo deseo de saber las vuestras y lo que ha sucedido al procurador del país.

No debéis dudar de que los Jansons hayan escrito con grandes quejas á Mr. de Pomponne; yo creo que vos no habréis olvidado escribir también á Mad. de Vins que se había comprometido á escribir para Saint-Andiol. D'Hacqueville es quien debe servirlos y daros instrucciones en todo esto. Yo os soy completamente inútil *in questa remota parte*; esta es una de mis mayores penas: si alguna vez llego á encontrarme á vuestro lado y puedo ser buena para alguna cosa, veréis cómo recompensaré el tiempo perdido. Adiós, mi muy cara y amada hija; os deseo una perfecta salud; este es el verdadero medio de conservar la mía, que vos amáis tanto: es muy buena. Os abrazo muy tiernamente.

(1) El matrimonio de Ana, duquesa de Bretaña, con Carlos VIII y Luis XII, su sucesor, reuniendo de este modo el ducado á Francia.

A LA MISMA

Los Rochers, el 1.º día del año de 1676.

Henos aquí, pues, en el año *que viene*, como decía Mr. de Montbazon : mi muy querida, yo os lo deseo feliz; y si creéis que la continuación de mi afecto entra en la composición de esa felicidad, podéis contar con él seguramente. Os envío una carta d'Hacqueville que os hará saber el agradable éxito de nuestros negocios de Provenza : supera en mucho mis esperanzas. Ya habréis visto á lo que yo me limitaba por las cartas que he recibido hace pocos días y que os enviaba. Ya está pues, esta gran espina fuera del pie, esta caverna de ladrones destruída, la sombra de Mr. de Marseille conjurada, el crédito de la cábala desvanecido, la insolencia aterrada : yo diría después de esto, hasta mañana. Pero, en nombre de Dios, sed modesta en vuestras victorias : ved lo que dice el bueno d'Hacqueville ; la política y la generosidad os obligan á ello. Ya veis también cómo vendo su secreto para vos ; por el placer de enseñaros lo interior de las cartas que él desea ocultaros á vos misma. Pero yo no quiero dejar equívocos en vuestro corazón los sentimientos que debéis tener por el amigo y por la cuñada (1), pues me parece que han hecho todavía más de lo que me han escrito, y por toda recompensa no quieren ni aun las gracias. Servídesles, pues, á su modo y gozad en silencio de su verdadera y sólida amistad. Guardaos bien de soltar la menor palabra que pueda hacer sospechar al bueno d'Hacqueville que yo os he enviado su carta, ya le conocéis ; el rigor de su exactitud no comprendería esta licencia poética. Así, hija mía, yo me entrego á vos y os conjuro á que no me indispongáis con un tan bueno y tan admirable amigo. En fin, querida mía, me pongo en vuestras manos, y conociendo vuestra fidelidad dormiré en reposo ; pero respondedme también de M. de Grignan,

(1) Mr. de Pomponne y Mad. de Vins.

pues no sería un consuelo para mí el ver correr mi secreto por ese lado.

Alla va todavía otro : este es el día de los secretos, como es el día de los engaños. El *frater* ha vuelto de Rennes; me ha traído una tonta canción que me ha hecho reír; ella os hará ver en verso una parte de lo que yo os decía el otro día en prosa.

Teníamos en la cabeza un bonito matrimonio, pero todavía no está cocido : la bella no tiene más que quince años y se quiere que tenga algunos más para pensar en casarla. ¿Qué decís de la hábil persona de la cual os hablamos la última vez y que no pudo adivinar del todo, qué día es el que sigue á la víspera de Pascuas? Es un exquisito bocado que nos regocija mucho, pero que *no tendrá veinte años hasta que pasen seis*. (1) Quisiera que la hubieseis visto por las mañanas comer una tostada con manteca, larga como de aquí á las Pascuas, y en la merienda comerse dos manzanas verdes con pan. Su inocencia y su bonito y pequeño rostro nosquita del cansancio de la tontería y del ingenio cursi de Mlle. de Plessis.

Pero hablemos de otra cosa. ¿No os han enviado la oración fúnebre de Mr. de Turenne? Mr. de Coulanges y el pequeño cardenal me han arruinado ya con los portes de las cartas; pero á mí me agrada mucho este gasto. Me parece no haber visto jamás nada tan hermoso como este trozo de elocuencia. Se dice que el abate Flechier (2) quiere hacerle mejor; pero le desafío á que lo haga : podrá hablar de un héroe, pero no será de Mr. de Turenne, y he aquí lo que Mr. de Tulle ha hecho divinamente, á mi parecer. La pintura de su corazón es una obra maestra; y esta rectitud, esta inocencia, esta verdad de que él estaba apasionado, en fin, este carácter, como él dice, igualmente alejado de la humillación y del orgullo, del fausto

(1) *Cela n'aura vingt ans que dans six ans d'ici*. Verso de Benserade.

(2) Después obispo de Lavaur y más tarde de Nîmes

y de la modestia. Yo os confieso que estoy encantada de él ; y si los críticos no lo estiman más cuando esté impreso,

Je rends grâces aux dieux de n'être pas romain (1).

¿No me decís nada de los *Ensayos de moral* y del *Tratado de tentar á Dios* y de *La semejanza entre el amor propio y la caridad*? Es una bella conversación la que se sostiene á doscientas leguas de distancia : nosotros, sin embargo, la sostenemos todo cuanto es posible. Os envió una esquila de la bonita abadesa. Ved cómo bromea alegremente ; no es preciso más para comprender la cultura de su ingenio. Adiós, mi muy amable y querida hija. Os recomiendo todos mis secretos, y os abraza muy tiernamente y soy más vuestra que de mí misma.

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 12 de enero 1676.

Podéis llenar vuestras cartas de todo cuanto queráis y creer que yo las leo siempre con un gran placer y una gran aprobación : no se puede escribir mejor, y el afecto que yo tengo por vos no contribuye en nada á este juicio.

Me encantáis al decirme que os gustan los *Ensayos de moral*. ¿No os había yo dicho que había de ser de vuestro gusto? Desde que comencé á leerlos no pensé más que en enviároslos : ya sabáis que yo soy comunicativa y que no me gusta gozar de un placer sola. Aunque se hubiera hecho este libro para vos, no sería más digno de agradaros. ¡Qué lenguaje! ¡Qué fuerza en el orden de las palabras! se cree no haber leído francés más que en este libro. Este parecido de la caridad con el amor propio y de la modestia heroica de Mr. de Turenne y del príncipe con la humildad del cristianismo... Pero,

(1) *Doy gracias á los Dioses de no ser romano. Verso de Corneille en los Horacios.*

me detengo ; sería preciso elogiar esta obra de un extremo al otro y sería una carta muy larga. En una palabra ; me alegro mucho que os agrade, y por ello estimo en más mi gusto. En cuanto á *Josepho*, veo que no os gusta su vida : bastante es que hayáis aprobado sus acciones y su historia. ¿No habéis encontrado que gozaba de una gran felicidad en aquella cueva, donde ellos tiraban á ver quién se mataría el último ?

Hemos llorado de risa con aquella niña que cantó á voces en la iglesia cierta canción de que se confesaba ; no hay nada en el mundo más nuevo ni más agradable ; yo creo que tenía razón. Seguramente el confesor quería oír la canción, puesto que no se contentaba con lo que la muchacha le dijo acusándose. Veo desde aquí el bueno del confesor pasmado de reirse el primero con esta aventura. Á menudo os enviamos á decir locuras, pero no podemos pagaros ésta. Os hablo siempre de nuestra Bretaña y es para daros confianza para que me habléis siempre de vuestra Provenza : es un país por el cual yo me intereso más que por ningún otro. El viaje que por él he hecho, me impide aburrirme con lo que me decís de él, por que yo conozco todo y conozco todo lo mejor del mundo. No he olvidado la belleza de vuestros inviernos. Nosotros tenemos uno admirable ; me paseo todos los días y construyo casi un nuevo parque al rededor de las grandes plazas de la avenida del Mayo y hago plantar allí cuatro filas de árboles. Será una cosa muy bonita ; todo este sitio está ya unido y desmontado. Yo partiré á pesar de todos estos encantos en el mes de febrero. Los negocios del abate le dan más prisa aún que los vuestros ; esto es lo que me ha impedido el pensar en ofrecer nuestra casa á Mlle. de Meri. Ella se queja de esto á todo el mundo ; yo no comprendo el interés que en ello tiene. El *bien bueno* está trasportado de vuestras cartas ; yo le enseño á menudo las cosas que le convienen : os da gracias por todo lo que vos decís de los *Ensayos de moral* ; ha quedado encantado de ello. Siempre está con nosotros la pequeña, es un espíritu vivo y novelero, el cual tenemos mucho placer en iluminar. Está en una perfecta ignorancia ; nosotros nos divertimos en

irla instruyendo generalmente sobre todo : cuatro palabras de este gran universo, de los imperios, de los países, de los reyes, de las religiones, de las guerras, de los astros y de los mapas; este caos es tan agradable de explicar ligeramente en una juvenil cabeza que no ha visto jamás ni ciudad, ni río y que no creía que la tierra entera fuese más lejos de este parque. Esto nos regocija. Hoy le he contado la toma de Wismar; (1) ella sabe muy bien que estamos incomodados por que el rey de Suecia es nuestro aliado. En fin, ya veis la extravagancia de nuestras diversiones. La Princesa está encantada de que su hija haya tomado Wismar, es una verdadera danesa. Pide también que Mr. y Mad. la envíen una excepción entera de las gentes de guerra; de suerte que estamos todos salvados. Mad. de La Fayette está muy reconocida de vuestra carta; os encuentra muy atenta y muy cariñosa: pero, ¿no os parece cómico que su cuñado no haya muerto del todo y que no sepamos las verdades referentes á Tolón y Aix? Sobre las preguntas que haceis al *frater*, decide atrevidamente que, el que se encoleriza y lo dice es preferible al *traditor* que oculta su veneno bajo bellas y dulce apariencias. Hay una estancia en el Ariosto que pinta el fraude, que me convendría mucho, pero no tengo tiempo de buscarla (2).

El bueno de Hacqueville me habla todavía del viaje de la Saint-Geran, y para hacerme ver que este viaje será corto, dice que ella no podrá recibir más que una de mis cartas en la Palisse. Ved aquí cómo trata un conocimiento de ocho días. No es menos bueno para los otros, pero esto es admirable. Yo olvidaba deciros que había pensado como vos en las diversas maneras de juntar el corazón humano: los unos blancos, los otros negros ó ennegrecidos. El mío es para los del color que sabéis.

(1) Ciudad del país de Meklemburgo junto al mar Báltico

(2) Esta estancia es la ochenta y siete del Canto XIV de *Orlando furioso*.

MR. DE SÉVIGNÉ À LA MISMA

(BAJO EL DICTADO DE MADAME DE SEVIGNÉ.)

Los Rochers, lunes 3 febrero de 1676.

Adivinad, hija mía : ¿cuál es la cosa del mundo que viene más pronto y se va más lentamente; que os hace aproximarnos más á la convalecencia y que os retira más lejos, de ella, que os hace llegar al estado más agradable del mundo y que os impide el gozar de él; que os da las más bellas esperanzas y que aleja más el afecto de ellas?

¿No podríais adivinarlo? ¿Os dais por vencida? Es un reumatismo. Hace veinte y tres días que le padezco; desde el catorce estoy sin fiebre y sin dolores y en este estado venturoso creyendo que estoy en disposición de andar, que es todo lo que yo deseo, me encuentro hinchada de todos lados; los pies, las piernas, las manos, los brazos; y esta hinchazón que se llama mi curación, y que lo es efectivamente, es también toda la causa de mi impaciencia y sería la de mi mérito si estuviese buena. Sin embargo, creo que esto ya ha concluído y que dentro de dos días podré andar : *Larmechin* me lo hace esperar. ¡*O che spero!* Recibo de todas partes cartas de alegría por mi buena salud y tienen razón. Me he purgado una vez con los polvos de Mr. de Lorme y me han hecho maravillas. Voy todavía á tomarlos otra vez; este es el verdadero remedio para toda clase de males. Se me promete después de esto una salud eterna. ¡Dios lo quiera! El primer paso que daré será para irme á París; os ruego, pues, mi querida hija, que calméis vuestras inquietudes; ya sabéis que os he escrito siempre con sinceridad. Antes de cerrar esta carta preguntaré á esta mano tan gorda si me permite que os escriba dos palabras: no creo que quiera, pero puede ser que acceda dentro de dos horas. Adiós, mi muy bella y muy amable; os conjuro á todos á que respetéis con temor lo que se llama un reumatismo; me

parece que al presente no tengo nada más importante que recomendaros. Ved aquí al *frater* que se indigna contra vos desde hace ocho días por haberos opuesto en París al remedio de Mr. de Lorme.

MR. DE SÉVIGNÉ

Si mi madre se hubiese entregado al régimen de este hombre y hubiese tomado sus polvos todos los meses, como él quería, no hubiera caído en esta enfermedad que no procede más que de una revolución terrible de los humores; pero era querer asesinar á mi madre el aconsejarla ensayar una toma. Sin embargo, este remedio tan terrible que hace temblar al nombrarlo, que está compuesto con antimonio, que es una especie de hemético, purga mucho más suavemente que un vaso de agua de la fuente, no produce la menor náusea, ni el menor dolor y no hace otra cosa que poner la cabeza limpia y ligera y hasta capaz de hacer versos si á ello se quisiere aplicar. No era preciso sin embargo el tomarlo. ¿Os burláis, hermana mía, queriendo hacer tomar antimonio á mi madre? No es preciso más que régimen y tomar un pequeño cocimiento de hojas de sem todos los meses ». Esto es lo que decíais. Adiós hermanita, estoy incomodado cuando pienso que hubiéramos podido evitar esta enfermedad con este remedio que nos vuelve tan pronto le salud; sea lo que quiera lo que la impaciencia de mi madre la haga decir. Ella grita : ¡ Oh, hijos míos ! ¡ Qué locos sois al creer que una enfermedad pueda contenerse de este modo ! ¿ No es preciso que la Providencia de Dios siga su curso ? ¿ Y podemos nosotros hacer otra cosa que obedecerle ? Esto es muy cristiano ; pero tomemos siempre á buena cuenta los polvos de Mr. de Lorme.

MADAME DE SÉVIGNÉ Á LA MISMA

Los Rochers, miércoles 12 de febrero de 1676.

Hija mía, ya no es cuestión de mí; yo me encuentro bien, es decir, todo lo bien que se puede estar en las postrimerías de un reumatismo, pues estas hinchazones se van tan lentamente que se perdería mucho la paciencia si no se saliese de un estado que hace encontrar á éste muy feliz. ¿Es verdad que el caballero de Grignan se ha encontrado después en el mismo embarazo? Yo no comprendo lo que un joven glorioso puede hacer de un mal que comienza por someteros atados de pies y manos á su imperio (1). Se dice también que el cardenal de Bouillon no está exento de esta pequeña humillación. ¡Oh, el buen mal! ¡Qué bien hace arrojar un poco entre los cortesanos! Mi hijo ha ido á Vitré á un asunto; por esto doy su cargo de secretario á una persona de la cual os he hablado á menudo y que os ruega toméis á bien el que os bese respetuosamente las manos. *Elena* estará aquí dentro de tres ó cuatro días; yo he comprendido que no podía pasarme sin ella, viendo que mi hijo me va á quitar *Larmechin*. Hay tantas incomodidades en la salud que sigue á un reumatismo, que no se puede pasar sin estar bien servida. Ved una carta que la buena princesa acaba de enviarme para vos; sabéis que estoy conmovida de la extrema delicadeza y de la tierna amistad que hay en este procedimiento. No estoy con cuidado por la manera con que vos contestaréis.

 Á LA MISMA
París, miércoles 8 de abril.

Estoy mortificada y triste por no poder escribiros todo lo

(1) El caballero de Grignan tenía entonces 26 años.

que quisiera, y comienzo á sufrir este aburrimiento con impaciencia. Sigo muy bien : el cambio de aire hace milagros, pero mis manos no quieren todavía tomar parte en esta curación. He visto todos nuestros amigos y amigas. No salgo de mi habitación y seguiré vuestros consejos : de hoy en adelante pondré mi salud y mis paseos ante todas las cosas. El caballero (*de Grignan*) habla conmigo muy bien hasta las once : es un amable joven. He obtenido de su modestia que me hable de su campaña, y hemos llorado de nuevo á Mr. de Turenne. El mariscal de Lorges, ¿no es demasiado feliz? ¡Las dignidades, los grandes bienes y una bonita mujer! Se la ha educado como para ser un día una gran dama. La fortuna es bonita, pero no puedo perdonarla las rudezas que ha tenido para todos nosotros.

MR. DE CORBINELLI

Acabo de llegar, señora, y quiero aliviar esta mano temblorosa : ella tomará la pluma cuando le plazca ; quiere deciros una locura de Mr. de Armagnac (1). Era cuestión de la disputa de los principes y de los duques para la cena. Ved aquí cómo el Rey lo ha arreglado: inmediatamente después de los principes de la sangre, ha pasado Mr. de Vermandois, después todas las damas y después Mr. de Vendome y algunos duques, pues los otros y los principes de Lorena, habían tenido el permiso de excusarse. Acerca de esto Mr. de Armagnac quiso hablar de nuevo al Rey sobre esta disposición ; el Rey le hizo comprender que él lo quería así. Mr. de Armagnac le dijo : *Señor, el carbonero es dueño de su casa*. Se ha encontrado esta contestación muy graciosa ; nosotros la encontramos también y vos la encontraréis como nosotros.

(1) Gran caballero de Francia y hermano mayor del caballero de Lorena.

MADAME DE SÉVIGNÉ

No me gusta tener secretarios que tengan más ingenio que yo : se hacen los entendidos y no me atrevo á hacerles escribir todas mis tonterías ; la jovencilla me servía mucho mejor. Tengo siempre el designio de ir á Bourbon y admiro el placer que se tiene en quitármelo de la cabeza sin saber por qué, no obstante la opinión de todos los médicos.

Ayer hablaba con d'Hacqueville sobre lo que decís de venir á verme. No os digo si yo lo deseo ni cuánto siento mi vida ; me quejo dolorosamente de pasarla sin vos. Parece que hay otra, la cual se reserva el verse y el gozar de su ternura ; y sin embargo, nuestro objeto es nuestro presente, porque al fin de él se encuentra la muerte. Estoy conmovida de este pensamiento. Vos juzgáis bien al pensar que no deseo sino estar con vos ; sin embargo, encontramos que era preciso que tomaseis un poco vuestras medidas en vuestra casa. Si el gasto de este viaje impidiese el de este invierno, yo no le querría y desearía mejor veros después más largo tiempo, pues yo no espero ir a Grignan por muchos deseos que de ello tenga. El buen abate no quiere ir allá, tiene mil negocios aquí y teme el clima. Yo no he encontrado en mi tratado de la ingratitud que me fuese permitido el dejarle en la edad en que está, y como yo no puedo dudar de que esta separación le arrancase el corazón y el alma, mis remordimientos no me darian ningún reposo si él muriese en esta ausencia : sería, pues, por tres semanas por lo que nos quitaríamos el medio de vernos luego por más largo tiempo. Medid esto en vuestro espíritu según vuestros designios y según vuestros asuntos ; pero pensad que en cualquier tiempo que esto sea, debéis á mi amistad y al estado en que me he encontrado el sensible consuelo de veros. Si queréis venir aquí conmigo desde Bourbon, sería una cosa admirable. Pasáramos nuestro otoño aquí ó en Livry, y este invierno Mr. de

Grignan vendría á vernos y á llevaros. Esto sería lo más fácil, lo más natural y lo más deseable para mí; pues en fin, vos debéis darme un poco de vuestro tiempo para el encanto y el sostén de mi vida. Ordenad todo esto en vuestra cabeza, mi querida hija: no hay tiempo que perder; yo partiré para Bourbon ó para Vichy en el mes que viene.

Queréis que os hable de mi salud; es muy buena, fuera de mis manos y mis rodillas en las cuales siento algunos dolores. Duermo bien, como bien, pero con continencia; ya no me velan: llamo y se me da lo que pido, se me vuelve y me duermo. Comienzo á comer con la mano izquierda; era una cosa ridícula el verme *imboccar da i sergenti*; y para escribir ya veis el estado en que me hallo. Esto es lo que me desespera, pues es una pena increíble para mí el no poder hablar con vos; esto es quitarme una satisfacción que nada puede reparar. Se me dicen mil bienes de Vichy y creo que le preferiré á Bourbon por dos razones: la una por que se dice que Mad. de Montespán va á Bourbon; la otra por que Vichy está más cerca de vos; de suerte que si venís os costaría menos trabajo, y si el *bien bueno* cambiase de opinión estaríamos más cerca de Grignan. En fin, querida mía, recibo en mi corazón la dulce esperanza de veros. A vos corresponde disponer la manera; pero sobre todo, que no sea por quince días, pues esto sería demasiado pena y demasiado sentimiento para tan poco tiempo. Os burláis de Villebrune, y sin embargo no me ha aconsejado nada que no se me aconseje aquí. Me voy á hacer sudar mis manos, y en cuanto al equinoccio, si supierais la emoción que se experimenta cuando este gran movimiento se verifica, desearíais vuestros errores. El *frater* se irá muy pronto á su brigada y de allí á mailines (1). Hace seis días que estoy en mi habitación haciéndome la interesante y reposando. Recibo á todo el mundo; han venido á verme algunos Soubisse y algunos Sully á causa vuestra.

(1) Con esto indica que Mr. de Sévigné se detenía voluntariamente al ir y al venir en casa de una abadesa conocida suya.

Ya no se habla absolutamente de enviar á Mr. de Vendôme á Provenza. Ha dicho al Rey hace ocho días : « Señor, yo espero que después de la campaña, vuestra majestad me permitirá ir al gobierno que me ha hecho el honor de darme. » « Caballero — dijo el Rey — cuando sepáis arreglar bien vuestros asuntos os encomendaré el cuidado de los míos. » Y esto acabó así. Adiós mi querida hija ; tomo diez veces mi pluma, pero no temáis que me haga mal en la mano.

Á LA MISMA

Paris, viernes 10 de abril 1676

Cuanto más lo pienso, hija mía, más comprendo que no quiero veros por sólo quince días. Si venís á Vincy ó á Bouillon, es preciso que sea para venir luego aquí conmigo : nosotros pararemos aquí el resto del estío y el otoño. Me gobenaréis y me consolareis, y Mr. de Grignan os vendrá á ver este invierno y hará de vos á su vuelta todo lo que quiera, Ved aquí cómo se hace una visita á una madre que se ama. Ved aquí el tiempo que se le da ; ved aquí cómo se le consuela de haber estado muy enferma, de tener todavía mil incomodidades y de haber perdido la bonita quimera de creerse inmortal (1) ; empieza á dudar alguna cosa y se encuentra humillada hasta el punto de creer que podía muy bien pasar un día en la barca como los otros, y que Carón no hace gracia. En fin, en lugar de ese viaje de Bretaña, que vos tenéis tan gran desec de hacer, yo os propongo y os pido éste.

Mi hijo se va ; yo estoy triste por ello y siento esta separación. No se ve en París más que equipajes que parten. Los gritos sobre la falta de dinero son más vivos que de ordinario ; pero no permanecerá nadie aquí lo mismo que los años pasa-

(1) Esta era la primera enfermedad de Mad. de Sévigné.

tos. El caballero ha partido sin querer decirme adiós; me ha ahorrado un estremecimiento de corazón, pues yo le amo sinceramente. Ya veis que mi letra toma su forma ordinaria; toda la curación de mi mano se encierra en la escritura sabe bien que yo la dejaría voluntariamente durante algún tiempo. No puedo llevar nada; una cuchara me parece la máquina del mundo y todavía estoy molestanda por dependencias lo más incómodas y lo más humillantes que os podéis imaginar; pero yo no me quejo de nada puesto que os escribo. La duquesa de Sault me viene á ver como una de mis antiguas amigas; yo la agrado. La segunda vez vino con Mad. de Brisac; ¡qué contraste! serían preciso volúmenes para contaros las ocurrencias de esta última. Mad. de Sault os ogradaría y vos la agradaríais también. Guardo mi habitación muy fielmente y he dejado las Pascuas para el domingo á fin de tener diez días de reposo. Mad. de Coulanges trae al rincón de mi chimenea los restos de su pequeña enfermedad; yo la llevé ayer mi dolor de rodilla y mis chinelas. Se envió allí á los que me buscaban, que fueron de Schomberg, Senneterre, Cœuvres y Mlle. de Mery, que yo no había visto todavía. Está según se dice, muy bien alojada; yo tengo grandes deseos de verla en su castillo. Mi mano quiere descansar; yo la debo esta complacencia por la que ella tiene conmigo.

MONSIEUR DE SÉVIGNÉ

Je vais partir de cette ville,
Je m'en vais mercredi tout droit à Charleville;
Malgré le chagrin qui m'attend.

No he creído á propósito acabar la parodia de esta copla porque ésta es toda mi historia dicha en tres versos. No podéis creer la alegría que tengo por ver á mi madre en el estado en que ya se encuentra; pienso que vos estaréis tan contenta como yo lo estoy, cuando la véáis en Bourbón, donde yo os

ordeno que vayáis á verla. Podréis muy bien volver aquí con ella esperando que Mr. de Grignan os vuelva de nuevo vuestro lustre y os haga reaparecer como *la gala del pueblo, la flor del Abril* (1).

Si seguís mi consejo seréis mucho más feliz que yo, pues veréis á mi madre sin tener la pena de ser obligada á dejarla á los dos ó tres días: esto es un gran disgusto para mí, acompañado de algunos otros que adivináis sin gran trabajo. En fin, beme aquí abanderado, abanderado eterno, abanderado de barba gris. Lo que me consuela es que, digan lo que quieran, todas las cosas de este mundo tienen fin, y que no hay apariencia de que ésta sea exceptuada de la ley general. Adiós mi bella hermanita, deseadme un feliz viaje: temo mucho que el alma interesada de Mr. de Grignan os lo impida; sin embargo, cuento como que los dos tenéis algún deseo de verme.

MADAME DE SÉVIGNÉ

Adiós, querida mía; abrazo á ese conde y le conjuro á entrar en mis intereses y en los sentimientos de mi ternura.

Á LA MISMA

París, miércoles 15 de abril de 1676.

Estoy muy triste, hijita mía; el pobre joven compadre acaba de partir. Tiene de tal modo las pequeñas virtudes que constituyen el adorno de la sociedad, que, aunque no le sintiera más que como mi vecino, estaría disgustada por su marcha. Me ha rogado mil veces que os abraze y que os diga que ha olvidado hablaros de la historia de vuestro Proteo; tan pronto galeote, tan pronto capuchino, y que le ha regocijado

(1) Las dos frases subrayadas estaban en español en el original.

mucho. Aquí viene Beaulieu (1) que acaba de verle montar alegremente en carroza con Broglie y otros dos; no ha querido dejarle *hasta que no le ha visto ahorcado* (2), como Mad. de... á su marido. Se cree que se va á entablar el sitio de Cambray; es un trozo tan extraño que se cree también que tengamos allí inteligencias. Si perdemos Filisburgo, será difícil que pueda nada reparar esta brecha; *vederemo*. Sin embargo, se razona y se hacen profecías y yo acabo por decir: la estrella del Rey sobre todo.

En fin, el marsical de Bellefonds ha cortado el hilo que le sujetaba todavía aquí; Sanguin tiene su plaza por quinientas cincuenta mil libras, con un decreto de retención de trescientas cincuenta mil. Ved aquí un gran establecimiento bien asegurado. Mr. de Pomponne ha venido á verme muy cordialmente; todas vuestras amigas han hecho maravillas. Yo no salgo: hace un viento que impide la curación de mis manos; sin embargo, escriben mejor, como podéis ver.

Me vuelvo por la noche del lado izquierdo; como con la mano izquierda; vedme aquí bien zurda. Mi rostro casi no ha cambiado y fácilmente comprenderéis que habéis visto *esta cara perra en alguna parte*: es que no he sido sangrada, y que por consiguiente no tengo que hacer más que curarme del mal, pero no de los remedios. Iré á Vichy y desisto de Bourbón á causa del aire. La mariscala de Estrées quiere que vaya á Vichy; es un país delicioso. Ya os he dicho sobre esto todo lo que he pensado: ó venir aquí conmigo, ó nada; pues quince días no harían más que doblar mis males con la pena de la separación. Esto sería un trabajo y un gasto ridículos. Bien sabéis lo que hacia vos siente mi corazón y cuánto deseo veros: á vos corresponde tomar vuestras medidas: quisiera que hubiesen ya concluido el contrato de vuestra tierra, puesto que esto os conviene. Mr. de Pomponne me dice que acababa de

(1) Lacayo de Mad. de Sevigné.

(2) *L'ait vu pendu*. Alusión al papel de Martina en el *Medecin malgré lui*. Acto 3.º escena 9.ª

hacer de él un marquesado : yo le he rogado que os hiciera duques ; me aseguró de su diligencia en extender las cartas y aun de la alegría que tendría en ello. Esto es ya un gran avance.

Estoy encantada de la salud de los *Pichons*. El pequeñito, es decir, el más gordo, es un niño admirable ; yo le quiero mucho por haber querido vivir contra viento y marea.

No puedo olvidar la pequeña (1) ; creo que os arreglaréis para meterla en Santa María, según las resoluciones que toméis para este verano ; esto es lo que ha de decidir. Me pareciéis plenamente satisfecha de las devociones de la Semana Santa y el jubileo. Vos habéis estado retirada en nuestro castillo. En cuanto á mí, querida mía, yo no he sentido nada sino con el pensamiento ; ningún objeto ha herido mis sentidos, y he comido carne hasta el Viernes Santo ; tenía solamente el consuelo de estar muy lejos de toda ocasión de pecar. He dicho á la Mause vuestro recuerdo ; os aconseja hacer vuestro gui-sado por vos misma. Adiós, mi querida hija.

À LA MISMA

Paris, miércoles 29 de abril de 1676.

Es preciso comenzar por deciros que Condé fué tomado al asalto en la noche del sábado al domingo. Desde luego esta noticia hace latir el corazón ; se cree haber comprado esta victoria.

De ningún modo, hija mía, no nos cuesta más que algunos soldados y ni un solo hombre que tenga nombre conocido. He aquí lo que se llama una felicidad completa. Larrei, hijo de Mr. Lainé, que fué muerto en Candia, ó su hermano, está herido bastante considerablemente. Ya veis cómo se pasa muy bien sin viejos héroes.

(1) María Blanca de Adhemar, nacida el 15 de noviembre de 1670.

Mad. de Brinvilliers no está tan contenta como yo; está en prisión y se defiende bastante bien. Ayer pidió jugar á los naipes por que se aburría. Se ha encontrado su confesión. En ella nos hace saber que á los siete años había dejado de ser virgen; que después había continuado por el mismo camino; que había envenenado á su padre, á sus hermanos, á uno de sus hijos y á ella misma, pero que no era más que por ensayar un contraveneno : Medea no había hecho tanto. Ha reconocido que esta confesión es de letra suya; es una gran tontería, pero que tenía una gran fiebre cuando la había escrito; que era un frenesí, una extravagancia que no podía ser leída seriamente.

La reina ha estado dos veces en las Carmelitas con *Quanto*. Esta última se empeñó en hacer una lotería, y se hizo llevar todo lo que puede convenir á las religiosas, lo cual dió un gran juego en la comunidad. Habló mucho con la hermana Luisa de la misericordia (Mad. de la Vallière); le preguntó si estaba tan á gusto como se decía. « No, respondió ella; no estoy á gusto, pero estoy contenta. » *Quanto* le habló mucho del hermano de MONSIEUR, si quería enviarle alguna cosa, y qué es lo que quería que le dijese. La otra, con un tono y con un aire muy amables y acaso picada por este estilo, respondió : « Todo lo que queráis, señora; todo lo que queráis. » Poned en esto toda la gracia, todo el ingenio y toda la modestia que podéis imaginar. *Quanto* quiso comer en seguida; dió una pieza de cuatro pistolas para comprar lo necesario para una salsa que ella misma hizo y que comió con un apetito admirable; os digo el hecho sin ninguna paráfrasis. Cuando pienso en cierta carta que me escribisteis el verano pasado acerca de Mr. de Vivonne, tomo por una sátira todo lo que os digo.

Examinad un poco hasta dónde puede ir la locura de un hombre que se creyera digno de estas hiperbólicas alabanzas.

Á LA MISMA

Paris, domingo por la noche 10 mayo de 1676.

Parto mañana al amanecer y doy esta noche de cenar á Mad. de Coulanges, su marido, Mad. de la Troche, Mr. de la Trousse, Mlle. de Montgeron y Corbinelli que vendrán á despedirme, comiendo una torta de pichones. La buena de Escars parte conmigo, y como el *bien bueno* ha visto que podía poner mi salud entre sus manos, ha tomado el partido de ahorrarse la fatiga de este viaje y de esperarme aquí, donde tiene mil negocios que hacer. Me esperará con impaciencia, pues yo os aseguro que esta separación, aunque pequeña, le cuesta mucho y temo por su salud : las tristezas del corazón no son buenas cuando se llega á viejo. Yo haré mi deber á la vuelta, puesto que es la sola ocasión en mi vida en que puedo demostrarle mi amistad, sacrificándole hasta el pensamiento solamente de ir á Grignan.

He aquí precisamente uno de los casos en que es preciso sacrificar sus más tiernos sentimientos al reconocimiento. Cogereis quinientas ó seiscientas pistolas de la sucesión de nuestro tío de Sévigné, que yo quisiera tuvieseis prestas para este invierno. Yo comprendo demasiado el embarazo que podéis encontrar en los gastos que estáis obligados á hacer, y no digo nada acerca del viaje á París, persuadida de que me amáis bastante y de que deseáis también bastante el verme para hacer en este sentido todo cuanto podáis.

Ya conocéis por otra parte todos mis sentimientos acerca de vos y cuán triste me parece la vida sin ver una persona á quien amo tan tiernamente.

Será una cosa molesta si Mr. de Grignan se ve obligado á pasar el verano en Aix y un gran gasto según las noticias que se me han dado ; aunque no fuese más que á causa del juego que es por vuestra parte un artículo muy considerable. Yo admiro la fortuna : el juego es quién sostiene á Mr. de la

Trousse. ¿Os habéis, pues creído, obligada á haceros sangrar? La mano temblorosa de vuestro cirujano me hace temblar. El Príncipe decía una vez á su nuevo cirujano: « ¿No tembláis de sangrarme? » « Pardiez, monseñor, respondió; sois vos el que debéis temblar » y decía la verdad. Heos aquí, pues, bien curada del café; Mlle. de Meri le ha arrojado también vergonzosamente de su casa. Después de tales desgracias, ¿se puede contar con la fortuna? Estoy persuadida de que lo que más enardece está más sujeto á esta especie de reveses, que lo que tranquiliza: es preciso siempre pensar en esto. Y á fin de que lo sepáis, todas mis serosidades vienen tan rectas del calor de mis entrañas, que después que Vichy las haya consumido, se me va á refrescar más que nunca con aguas, con frutos y con lavados que vos conocéis. Seguid este régimen más bien que el de quemaros, y conservad vuestra salud de manera que no sea por esto por lo que vayáis á estar impedida de venir á verme. Yo os pido esta conducta por amor de vuestra vida y para que nada destruya la satisfacción de la mía. Voy á acostarme, hija mía: mi acompañante acaba de partir. Mad. de Pomponne, de Vins, de Villiars y de Saint-Geron han estado aquí. He abrazado á todas por vos. Mad. de Villiars ha reído mucho con lo que le habéis enviado á decir; *tengo una palabra que decirle*; esto no se puede pagar. Parto mañana á las cinco; os escribiré desde todos los sitios, os abrazo por donde pase. Os abrazo de todo corazón. Me disgusta que se haya profanado esta manera de hablar; sin esto, sería digna de explicaros de qué manera os amo.

A LA MISMA

Vichy, martes 19 mayo de 1676.

Comienzo hoy á escribiros; mi carta partirá cuando pueda; quiero hablar con vos. Llegué aquí ayer noche.

Mad. de Brissac, con el canónigo (1), Mad. de Saint-Heren y otras dos ó tres, vinieron á recibirme al borde de la bonita ribera del Allier : yo creo que si se mirase bien por allí se encontrarían todavía los pastores de Astrea. Mr. de Saint-Heren, Mr. de La Fayette, el abate Dorat, Planey y otros, seguían en una segunda carroza ó a caballo ; yo fuí recibida con una grande alegría. Mad. de Brissac me llevó á cenar con ella. Creo haber visto ya que el canónigo está hasta allí de la duquesa : bien veis donde pongo yo la mano. Hoy he reposado y mañana comenzaré á beber. Mr. de Saint-Heren ha venido á buscarme esta mañana para ir á misa y para comer en su casa. Mad. de Brissac ha venido también y se ha jugado : cuanto á mí, yo no podría fatigarme en barajar las cartas. Hemos paseado esta tarde por los sitios más hermosos del mundo, y á las siete *la gallina mojada viene á comer su pollo* y hablar un poco con su querida hija : se os ama más cuando se ve á otros. He pensado mucho en esta devoción que se había despertado en Mr. de la Vergne, he creído ver restos de esta fabulosa conversión ; lo que vos me deciais el otro día está en la imprenta. Estoy muy contenta de no tener aquí á mi *bien bueno* ; hubiese hecho un mal personaje ; cuando no se bebe se aburre uno ; es un desorden que no es agradable y menos para él que para otro ; se ha dicho aquí que Bouchain se ha tomado tan felizmente como Condé, y que aunque el príncipe de Orange hubiese tenido intención de continuar, se está muy persuadido de que no hará nada : esto da algún reposo (2). La buena de Saint-Geran me ha enviado sus recuerdos desde la Palisse. He rogado que no se me hablase más del poco camino que hay de aquí á Lyon ; esto me da pena, y como yo no quiero poner mi

(1) Mad. de Longueval, Canonessa.

(2) Se ha mirado como una gran falta que los franceses no hubiesen dado la batalla. Louvois lo impidió : sus enemigos dijeron que querían prolongar la guerra. La verdad es, que Luis XIV quería éxitos ciertos ; este no lo era, puesto que el príncipe de Orange mismo tuvo ganas de atacar y no fué retenido más que por los españoles.

virtud á prueba que es para mí todo lo peligroso que pueda ser, no quiero recibir este pensamiento, que es algo que mi corazón, á pesar de mi resolución, me hace sentir. Yo espero aquí cartas vuestras con mucha impaciencia, y para escribiros, mi querida hija, pues éste es mi único placer; estoy lejos de vos y si los médicos, de los cuales yo me burlo extremadamente me prohibiesen escribiros, yo los prohibiría comer y respirar para ver qué tal les iba con este régimen.

Dadme noticias de mi pequeña y decidme si se acostumbra á su convento; dádmelas también vuestras y de las de Mr. de La Garde: decidme si no vendréis este invierno á París: no puedo disimularos que estaría sensiblemente afligida si por estas desgracias y estas imposibilidades que pueden suceder, estuviera privada de veros. La palabra peste que nombráis en vuestra carta me hace temblar; la temería mucho de Provenza. Ruego á Dios, hija mía, que aparte este azote de un sitio en que os ha puesto á vos. ¡Qué dolor que pasemos nuestra vida tan lejos la una de la otra, cuando nuestra amistad nos aproxima tan tiernamente!

À LA MISMA

Vichy, domingo 24 de mayo de 1676.

Estoy encantada verdaderamente cuando recibo vuestras cartas, querida hija; son tan amables que no puedo resolverme á gozar sola del placer de leerlas; pero no temáis nada, yo no hago nada ridículo. Hago ver una sola línea á Bayard, otra al *canónigo*. ¡Ah, y qué bien os ama este canónigo! Y en verdad está encantado de vuestra manera de escribir. No dejo ver más que lo que conviene, y ya comprenderéis que me hago dueña y señora de la carta, para que no se lea por encima del hombro lo que yo no quiero que se vea.

Os he escrito varias veces por el camino y aquí. Ya habréis visto todo lo que yo hago, todo lo que digo, todo lo que pienso y hasta la conformidad de nuestros pensamientos, acerca del matrimonio de Mr. de la Garde. Yo admiro como nuestro espíritu es verdaderamente engañado por nuestro corazón y las razones que encontramos para apoyar nuestros cambios. El del coadyutor me parece admirable; pero la manera con que vos lo describís lo es más todavía; cuando le pedís noticias del lunes parecéis bien persuadida de su fragilidad. Estoy muy contenta de que haya conservado su alegría y su rostro de jubilación. Tengo siempre ganas de reír cuando me habláis del bueno de Dupart; no encuentro nada tan gracioso como el verle solo persuadido de que hace milagros; yo soy de vuestra opinión de que el más grande de todos sería el persuadirle.

Estoy muy satisfecha de que mi pequeña esté alegre y contenta; la tristeza de su joven corazón era lo que me daba pena. Es verdad que el viaje de aquí á Grignan no es nada : separo mi pensamiento de él con cuidado por que me hace mal; pero vos no me haréis creer, hija mía, que el de Grignan á Lyon sea poco considerable; es de los más rudos y me incomodaría mucho el que le hicierais para volver sobre vuestros pasos : no cambio de opinión acerca de esto. Si fueseis de estas personas que se las lleva y se las trae y que se dejan arrastrar, hubiera esperado conduciros conmigo á pesar vuestro; pero vos sois de un carácter del cual no se puede esperar semejantes complacencias. Conozco vuestros tonos y vuestras resoluciones, y siendo esto así, prefiero mucho más que guardéis toda vuestra amistad y todo vuestro dinero para venir este invierno á darme la alegría y el consuelo de abrazaros.

Os prometo solamente una cosa : es que si cayese enferma aquí, lo cual no creo seguramente, os rogaría que vinieseis en diligencia; pero querida mía, estoy muy bien, tomo las aguas todas las mañanas. Así como Nouveau (1) preguntaba : « *¿ Es-
toy yo contento?* » Así pregunto yó : *¿ me hacen buen prove-*

(1) Superintendente de Postas.

cho mis aguas? ¿La cantidad, la cualidad, va todo bien? Se me asegura que hacen maravillas y yo lo creo y hasta lo siento, pues mis manos y mis rodillas, aunque no están curadas del todo, porque no he tomado todavía ni el baño ni la ducha, están muchísimo mejor. La belleza de los paseos es superior á todo lo que yo pudiera deciros; esto solo me devolvería la salud. Se pasa todo el día juntos. Mad. de Brissac y el *canónigo* comen aquí muy familiarmente. Como no se come más que manjares sencillos, no se hace ninguna ostentación en dar de comer. Habréis visto por lo que os decía anteayer, cuán presta estoy á amar alguno más que á vos. Después de la pieza admirable del cólico, se nos ha dado la de una convalecencia llena de languidez, que es en verdad muy bien acomodada para el teatro. Serían preciso volúmenes enteros para decir todo lo que descubro en esta obra maestra de los cielos. Paso ligeramente sobre muchas cosas por no escribir demasiado.

Me habláis muy alegremente de ese santo que os ha caído en Aix y que se espulga á cada momento; sería preciso haber nombrado á punto su relicario. Esos piojos que vos llamais *reliquias vivas* me han chocado; pues como se me ha dado siempre este nombre en Santa María (1), me he visto al mismo tiempo como vuestro Mr. Ribon. Se me agovia aquí á presentes; es la moda del país, donde, por otra parte la vida no cuesta absolutamente nada: en fin, tres sueldos, dos pollos; y todo á proporción. Hay tres hombres que no están ocupados más que en hacerme este servicio; Bayard, Saint-Herem y La Fayette; y como yo os hago á menudo pagar por mí, no debéis olvidar de escribirme algunas palabras referentes á ellos. Adiós, ángel mío; amadme mucho siempre; yo os aseguro que no amáis á una ingrata.

(1) Mad. de Sevigné era llamada reliquia viva en Santa María por las jóvenes de la Visitación á causa de ser su abuela Mad. de Chantal la fundadora.

A LA MISMA

Vichy, jueves 28 de mayo de 1676

Recibo dos de vuestras cartas : una me viene del lado de París, la otra de Lyon. Estáis privada de un gran placer, el de no hacer semejantes lecturas. Yo no sé donde tomáis todo lo que decís; pero es de un encanto y de una justicia á las cuales no se está acostumbrado. Tenéis razón en creer que yo escribo sin esfuerzo y que mis manos están mejor : no se cierran todavía, y la palma está todavía muy hinchada y los dedos también. Esto me hace temblar algunas veces y me hace también la peor gracia del mundo en el aspecto de los brazos y de las manos; pero sostengo muy bien una pluma y esto es lo que me hace tener paciencia. He comenzado hoy la ducha, que es un bastante buen ensayo del purgatorio. Se está toda desnuda, en un pequeño lugar subterráneo, donde se encuentra un tubo de agua caliente que una mujer os echa por donde queréis. Este estado, en el cual apenas se conserva una hoja de parra por todo vestido, es una cosa humillante. Yo hubiera querido mis dos doncellas para tener algún conocimiento.

Detrás de una cortina se mete alguno que sostiene vuestro valor durante una media hora; para mí, era un médico de Gannat que Mad. de Noailles ha llevado á todas sus aguas, á quien ella ama mucho y que es un honrado mozo, nada charlatán ni preocupado y que ella me ha enviado por pura y buena amistad. Yo le retengo, aunque debiese costarme mi gorro, pues los de aquí me son enteramente insoportables, y este hombre me divierte. No parece un mal médico, ni se parece tampoco á el de Chelles. Tiene ingenio y honradez y conoce el mundo; en fin, que estoy contenta de él. Este me hablaba durante el tiempo que yo estaba en el suplicio : representaos un caño de agua contra alguna de vuestras pobres partes, todo lo más ardiente que os pudieseis imaginar. Se esparce la alarma primero por todas partes, para poner en movimiento todos los

los espíritus; después se acude á los sitios que han sido castigados; pero cuando se llega á la nuca y al cuello, es una especie de fuego y de sorpresa que no se puede comprender. Allí está, sin embargo, el nudo del negocio. Es preciso sufrirlo todo y se sufre todo; no se está todavía bastante quemada y hay que meterse en seguida en un lecho caliente, donde se suda en abundancia y esto es lo que cura. Ved aquí todavía una cosa para que mi médico es bueno, pues en vez de abandonarme á dos horas de un aburrimiento que no puede separarse del sudor, le hago leer y esto me distrae. En fin, haré esta vida siete u ocho días, durante los cuales, yo creí tomar aguas; pero no se puede, pues serían demasiadas cosas á la vez; de suerte que es una pequeña prolongación de mi viaje. Es principalmente para concluir este adiós y hacer una última legía para lo que se me ha enviado aquí, y yo creo que tienen razón; esto es como si renovase un contrato de vida y de salud; y si yo puedo veros, querida mía y abrazaros con el corazón lleno de ternura y de alegría, podréis acaso todavía llamarme vuestra *bellísima madre* y no renunciaré á la cualidad de *madre-belleza*, con la cual me ha honrado Mr. de Coulanges. En fin, hija mía, de vos dependerá el resucitarme de esta manera. Yo no os digo que vuestra ausencia haya causado mi mal, al contrario; parece que no he llorado bastante, puesto que me resta tanta agua; pero es lo cierto que el pasar mi vida sin veros, arroja en mí una tristeza y una amargura á que no puedo acostumbrarme.

He recordado dolorosamente el 24 de este mes (1); le he marcado, querida mía, con un recuerdo demasiado tierno, estos días no se olvidan fácilmente; pero sería una crueldad el tomar esto por pretexto para no querer verme más y rehusarme la satisfacción de estar con vos por ahorrarme el disgusto de la despedida. Yo os conjuro, hija mía, á razonar de otra manera y á encontrar bueno que Hacqueville y yo nos arregle-

(1) Aniversario del día en que Mad. de Sevigné, se separó de su hija en Fontainebleau.

mos de manera que el tiempo de vuestro permiso podáis estar en Grignan bastante largo tiempo y tener todavía para volver. ¿Qué obligación no os tendré yo si pensáis en darme el verano que viene lo que me habéis rehusado en éste? Es verdad que el veros por quince días me ha parecido una pena para vos y para mí, y he encontrado más razonable el dejaros guardar vuestras fuerzas para este invierno, puesto que es cierto que suprimiendo el gasto de la Provenza, no hacéis otros nuevos en París. Si en lugar de filosofar tanto, me hubiereis dado de buen grado y francamente el tiempo que yo os pedía, hubiese sido una prueba de vuestra verdadera amistad; pero no insisto más, pues vos sabéis vuestros negocios y comprendo que puedan tener necesidad de vuestra presencia. Ved aquí como he razonado, pero sin dejar de ningún modo la esperanza de veros; pues os confieso que la siento necesaria á la conservación de mi salud y de mi vida. Habladme de *Pichon* (1). ¿Es todavía tímido? ¿No habéis comprendido lo que yo os decía acerca de esto? El mío no estaba en Bouchain; ha sido espectador de los dos ejércitos ordenados durante tanto tiempo en batalla. Ved aquí la segunda vez que no falta nada más que una pequeña circunstancia para batirse; pero como dos preparativos valen un combate, yo creo que dos veces al alcance del mosquete, valen una batalla. Sea de ello lo que quiera, la esperanza de volver á ver al pobre barón alegre y gallardo me ha ahorrado mucha tristeza. Es una gran felicidad que el príncipe de Orange no haya tenido el placer y el honor de ser vencido por un héroe como el nuestro. Se os habrá dicho cómo nuestros guerreros, amigos y enemigos se han visto galantamente *nell' uno, nell' altro campo*, y se han hecho regalos los unos á los otros. Se me dice que el mariscal de Rochefort está bien muerto en Nanet, sin que le haya matado otra cosa que las tercianas á dobles. ¿No es verdad que los pequeños deshollinadores son bonitos? (2). Estábamos ya cansados de amores. Si están

(1) El joven marqués.

(2) Aludía á un país de abanico que Mad. de Sévigné había enviado á Mad. de Grignan con el caballero de Buons.

todavía en esa las de Buons, presentadlas mis respetos, sobre todo á la madre; las madres deben tener esta preferencia. Mad. de Brisac se va bien pronto; el otro día me dió grandes quejas por vuestra frialdad para con ella, y me dijo que habíais olvidado su corazón y su inclinación que la llevaban hacia vos. Nosotros permaneceremos aquí, la buena de Escars y yo, para terminar nuestra curación. Decidle siempre alguna cosa; no podéis comprender los cuidados que tiene por mí. No os he dicho cuán celebrada sois aquí por el bueno de Saint-Heren y por Bayard, y por Mad. de Brissac y Mad. Longueval.

Se me hace tomar todos los días agua de pollo; no hay nada más sencillo ni más refrescante: yo quisiera que vos la tomaseis para que impidieseis arder á Grignan. Me decis alegres cosas sobre el hermoso médico de Chelles. El cuento de los dos sablazos para debilitar á su hombre, está muy bien aplicado. Yo estoy siempre con cuidado por la salud de nuestro cardenal; se ha consumido á fuerza de leer. ¡Ah, Dios mío! ¿Acaso no lo ha leído todo? Estoy encantada, hija mía, cuando habláis con confianza de la amistad que tengo por vos; os aseguro que no sabríais creer demasiado de qué manera vos hacéis toda la alegría, todo el placer y toda la tristeza de mi vida; ni en fin, todo lo que vos sois para mí.

A LA MISMA

Vichy, lunes por la noche 1.º de junio de 1676.

Idos á paseo, señora condesa, con vuestra proposición de que no os escriba; sabed que ésta es mi alegría y el placer más grande que tengo aquí. Es gracioso el régimen que me proponéis; dejadme conducir este deseo con toda libertad, puesto que estoy tan obligada en las otras cosas que quisiera hacer por vos, y no se os ocurra acortar en nada vuestras cartas; yo tengo mi tiempo, la manera con que vos os intere-

sais en mi salud me impide de querer hacer la menor alteración. Vuestras reflexiones sobre los sacrificios que se hacen á la razón, muy justas en el estado en que nosotras nos encontramos. Es verdad que sólo el amor de Dios puede hacernos felices en este mundo y en el otro : hace muy largo tiempo que se dice ; pero vos lo habéis dado un aspecto que me ha conmovido. Es un hermoso asunto de meditación la muerte del mariscal de Rochefort ; un ambicioso, cuya ambición es satisfecha ; ¡ morir á los cuarenta años ! Tiene algo de muy deplorable. Ha rogado al morir á la condesa de Guiche que viniese á buscar su mujer á Nancy y le da el cuidado de consolarla.

Encuentro que ella pierde tanto por todos conceptos, que no creo que esto sea una cosa fácil. Ved aquí una carta de Mad. de La Fayette que os distraerá. Mad. de Brissac ha venido aquí por un ciego cólico y no se ha encontrado bien : ha partido hoy de en casa de Bayard después de haber brillado, danzado y comido carne y pescado.

El *canónigo* me ha escrito ; me parece que había exagerado su frialdad por la mía. Yo la conozco y el medio de agradarla es no pedirle nada. Mad. de Brissac y ella formaron el más hermoso contraste de fuego y de agua que jamás se ha visto. Yo quisiera ver esta duquesa establecerse en vuestra plaza de predicadores sin ninguna consideración de edad ni cualidad : esto excede á todo cuanto se puede creer. Sois un ídolo bien agradable ; sabed que ella encontraría muy bien el vivir donde vos moriríais de hambre.

Pero hablemos de la encantadora ducha ; ya os he hecho la descripción de ella. Estoy en la cuarta y tomaré hasta ocho. Mis sudores son tan extremos que calo hasta los colchones ; pienso que es toda el agua que he bebido desde que estoy en el mundo. Cuando se entra en esta cama verdaderamente ya no se puede más ; la cabeza y todo el cuerpo están en movimiento , todos los espíritus en campaña y latidos por todas partes. Estoy una hora sin abrir la boca, durante la cual el sudor empieza y continúa dos horas después, y de miedo de impacientarme hago leer á mi médico algo que me agrade.

también os agradaría á vos. Yo le meto en la cabeza la idea de aprender la filosofía de vuestro *padre* Descartes; recojo palabras que os he oído decir. Él sabe vivir y no es charlatán; trata la medicina como hombre bien educado; en fin, me divierte. Voy á estar sola y me voy á quedar á gusto con tal que no se me quite el paisaje encantador, la ribera del Allier, mis bosquecillos, arroyos, praderas, carneros, cabras y aldeanos que bailan en los campos; yo consiento decir adiós á todo lo demás; el país solo me curaría.

Los sudores que debilitan á todo el mundo me dan fuerza y me hacen ver que mi debilidad procedía de las superfluidades que yo tenía todavía en el cuerpo. Mis rodillas están mucho mejor, mis manos no quieren todavía; pero ellas lo querrán con el tiempo. Tomaré las aguas todavía ocho días, después del día del Corpus y luego pensaré con dolor el alejarme de vos. Es verdad que hubiese sido una alegría muy sensible el teneros aquí únicamente para mí; vos habíais puesto una cláusula, la de volver cada cual á su casa, que me ha hecho sufrir: no hablemos más de ello, hija mía; esto ya está hecho. Pensad en hacer esfuerzos por venir á verme este invierno; en verdad, yo creo que debéis tener algún deseo de hacerlo y que Mr. de Grignan debe desear que me deis esta satisfacción. Tengo que deciros que juzgáis mal estas aguas creyéndolas negras; negras no, pero calientes sí. Los provenzales se acomodarían mal á esta bebida; pero que se ponga una hierba ó una flor en esta agua hirviente, y sale de ella tan fresca como cuando se la coge; en lugar de cocerla y hacerla la piel rugosa, esta agua la pone suave y unida: razonad acerca de esto. Adiós, querida mía; si es preciso para que aprovechen las aguas no amar á su hija, yo renuncio á ellas. Me decís cosas demasiado amables y vos lo sois también cuando queréis. ¿No es verdad, señor conde, que vos sois feliz por poseerla? ¡Qué presente os he hecho!

Á LA MISMA

Vichy, lunes 8 de junio de 1676.

No dudéis, hija mía, de que me conmueve profundamente el preferir alguna cosa á vos que me sois tan querida : todo mi consuelo es que vos no podáis ignorar mis sentimientos y que veréis en mi conducta un hermoso asunto para reflexionar como haciais el otro día con respecto á la preferencia del deber sobre la inclinación. Pero yo os conjuro y á Mr. de Grignan también á que me consoléis este invierno de esta violencia que cuesta tan cara á mi corazón. Ved aquí, pues, lo que se llama virtud y reconocimiento. Yo me admiro de que se demuestre tan poca prisa en el ejercicio de tan bellas virtudes. No me atrevo, en verdad á insistir sobre estos pensamientos, porque turban enteramente la tranquilidad que se ordena en este país; yo os conjuro pues, una vez más, de teneros por bien colocada en mí como vos estáis, y de creer todavía que ésta es precisamente la cosa que yo deseo más vivamente. Estais con cuidado por mi ducha, querida mía; la he tomado ocho mañanas como os había dicho y me ha hecho sudar abundantemente; esto es todo lo que aquí se desea, y lejos de encontrarme más debil por ello me encuentro más fuerte. Es verdad que vos me hubieseis servido de gran consuelo, pero dudo, sin embargo, que yo hubiese querido permitirlo que me acompañarais en esta humareda. Mi sudor seguramente os hubiera causado piedad; pero en fin, yo soy el prodigio de Vichy por haber soportado la ducha valerosamente. Mis tobillos están curados; si yo pudiese cerrar mis manos, no padecería ya. Tomaré las aguas hasta el sábado, que es el décimo sexto día; me purgan y me hace mucho bien. Todo mi disgusto es que no veáis bailar la danza de este país; es la cosa más sorprendente del mundo; aldeanos y aldeanas con un oído tan justo como el vuestro, una ligereza y una disposición... en fin, estoy entusiasmada.

Doy todas las tardes un violín y una pandereta con muy pocos gastos; y en estos prados y estos bonitos bosques es una alegría el ver bailar los restos de los pastores y las pastoras del Lignon (1). Me es imposible el no desearos, no obstante lo sería que sois, que viérais esta especie de locuras.

Tenemos aquí la *Sibila de Cumas* (2), muy compuesta y adornada como una jovenzuela. Cree curarse y me da compasión. Yo creo que esto sería posible si esta fuese la fuente de la Juventud. Lo que decís sobre la libertad que se toma la muerte de interrumpir la fortuna, es incomparable; es lo que debe consolarnos de no estar en el número de sus favoritos, pues esto nos hace encontrar la muerte menos amarga. Me preguntáis si yo soy devota. ¡Ah! no, y lo siento mucho; pero me parece que me separo en cierto modo de lo que se llama mundo. La vejez y un poco de enfermedad dan tiempo para hacer grandes reflexiones; pero lo que yo quito al público me parece que os lo doy á vos: así es, que no avanzo mucho en el hecho de librarme de este sentimiento, y vos sabéis que el derecho del juego debía ser el comenzar por borrar un poco aquello por que se tiene más interés.

Madama de Montespan partió el jueves de Moulin en un barco pintado y dorado, adornado con damasco rojo, que le había hecho preparar el Intendente con mil cifras y mil banderolas de Francia y de Navarra. Jamás se vió nada más gallante. Este gasto asciende á más de mil escudos, pero fué pagado todo al contado con la carta que la hermosa escribió al Rey, pues no hablaba ni una palabra de esta magnificencia. No quiso dejarse ver de las mujeres, pero los hombres la vieron por mediación del Intendente. Se embarcó en el Allier para tomar el Loira en Nevers, que debe conducirla á Tours y después á Fontevrault, donde esperará la vuelta del Rey que ha sido aplazada por el placer que tiene en las cosas de la guerra. Yo no sé si se debe amar esta preferencia.

(1) Pequeño río al cual ha dado celebridad la novela *Astrea*.

(2) Madama de Pequigny.

À LA MISMA

Vichy, jueves por la noche, 11 de junio de 1676.

Vos seríais la bienvenida, hija mía, pero no para decirme que á las cinco de la tarde no debo escribiros, pues esta es mi única alegría y lo único que me impide dormir. Si yo tuviera deseo de tener un sueño dulce, no tendría más que coger las cartas, nada me duerme más seguramente. Si yo quiero estar desvelada como se me ordena, no tengo más que pensar en vos, escribiros y hablaros de Vichy. He aquí el medio de quitarme toda especie de amodorramiento.

He encontrado esta mañana en la fuente un buen capuchino; me ha saludado humildemente: yo por mi parte le he hecho también reverencia, pues yo honro la librea que lleva. Ha comenzado por hablarme de la Provenza, de vos y de Mr. de Roquesante; de haberme visto en Aix y del dolor que habéis sentido por mi enfermedad. Yo quisiera que hubieseis visto lo que ha llegado á ser para mí este buen padre desde el momento que me ha parecido tan bien instruido. Yo creo que vos no le habéis nunca visto ni notado, pero ya es bastante el saberos nombrar. El médico que tengo aquí para conversar conmigo, no podía cansarse de ver como naturalmente me he aficionado á este padre. Le he asegurado que si iba á Provenza y os dijese que él ha estado conmigo en Vichy, sería por lo menos muy bien recibido. Me ha parecido que moría de ansias de partir á daros noticias de mi salud. Fuera de estas manos, ella es perfecta; y estoy segura de que vos tendríais alguna alegría de verme y de abrazarme en el estado en que estoy, sobre todo después de haber sabido el estado en que antes me encontraba.

Veremos si vos continuáis pasándoos sin los que amáis ó si querréis darles la alegría de veros: aquí es donde Hacqueville y yo os esperamos.

La buena Pequigny ha venido á la fuente. Es una máquina extraña, quiere hacer todo lo mismo que yo á fin de estar como yo estoy. Los médicos de aquí le dicen que sí, y el mio se burla de ellos. Ella tiene sin embargo mucho ingenio con sus locuras y sus debilidades, y ha dicho cinco ó seis cosas muy graciosas. Es la sola persona que yo he visto que ejerce sin límites la virtud de la liberalidad. Trae dos mil y quinientos luises que ha resuelto dejar en el país. Ella da, arroja, viste y alimenta á los pobres. Si se le pide una pistola da dos. Yo no habia hecho más que imaginar lo que veo en ella. Es verdad que tiene veinticinco mil escudos de renta y que en París no gasta diez mil. He aquí en lo que funda su magnificencia ; por mí, yo encuentro que debe ser alabada por tener la buena voluntad, unida con el poder, pues estas dos cosas están casi siempre separadas.

Á LA MISMA

Paris, viernes 17 de julio de 1676.

En fin, esto es hecho ; la Brinvilliers está en el aire (1) : su pobre y pequeño cuerpo ha sido arrojado después de la ejecución en un gran fuego y sus cenizas esparcidas al viento ; de suerte, que nosotros la respiraremos, y que por la comunicación de los pequeños espíritus nos invadirá algún humor envenenador, del cual estaremos muy admirados. Fué juzgada ayer ; esta mañana se le ha leído su sentencia, que era hacer penitencia en Notre-Dame, cortarle la cabeza y quemar su cuerpo, arrojando las cenizas al viento. Se la presentó al tormento, y dijo que no era necesario, que ella lo diría todo. En efecto, hasta las cinco de la tarde ha contado su vida, más espantable todavía de lo que se pensaba. Ha envenado diez

(1) Fué condenada el 16 de julio.

veces seguidas á su padre sin poder conseguir su objeto; á sus hermanos y varios otros, y siempre el amor y las confidencias mezclados por todas partes. No ha dicho nada contra Penautier. No se ha dejado, sin embargo, después de esta confesión, de darle la cuestión ordinaria y extraordinaria; pero no ha dicho más. Ha pedido hablar con el procurador general; ha estado con él; no se sabe todavía el asunto de la conversación. A las seis se la ha llevado desnuda en camisa, con una cuerda al cuello, á Notre-Dame á hacer penitencia. Después, ha subido de nuevo en la misma carreta, donde yo la he visto, echada á empujones sobre la paja con el pelo destrenzado y su camisa. Un doctor cerca de ella y el verdugo al otro lado: en verdad, esto me hizo temblar.

Los que han visto la ejecución, dicen que ha subido al cadalso con mucho valor. Yo estaba sobre el puente de Notre-Dame con la 'uena de Escars. Jamás se ha visto tanta gente; nunca París ha estado tan conmovido ni tan atento; y que se pregunte lo que muchas gentes han visto: ellos no han visto, como yo, más que una copia, pero en fin, este día estaba consagrado á esta tragedia. Mañana sabré más y os lo comunicaré.

A LA MISMA

París, miércoles 22 de julio de 1676.

Todavía una palabra de la Brinvilliers: ha muerto como ha vivido, es decir, con resolución. Entró en el lugar donde debía dársele el tormento, y viendo tres cubos de agua dijo: « Esto es seguramente para ahogarme; pues de la talla que yo soy no se pretenderá que me beba todo esto ». Escuchó su sentencia por la mañana sin temor y sin debilidad, y hacia el fin hizo que volviesen á empezar diciendo que eso de la carreta le había chocado al principio, pero que había prestado

atención á todo lo demás. Á su confesor le dijo por el camino que hiciese poner al verdugo delante de ella, á fin — dijo — *de no ver á ese pillo de Desgrais (1) que me ha preso* Desgrais iba á caballo delante de la carreta. Su confesor la reprendió por este sentimiento, y ella dijo : « ¡ Ah, Dios mío ! Yo os pido perdón ; que se me deje, pues, esta visión extraña. » Subió sola y con los pies desnudos por la escalera del cadalso, y durante un cuarto de hora fué examinada, pelada, dispuesta y preparada por el verdugo. Esto originó un gran murmullo, pues fué una gran crueldad. Al día siguiente se buscaban sus huesos, pues el pueblo creía que era santa. Tenía, según decía ella, dos confesores. El uno sostenía que era preciso decirlo todo, el otro no. Ella se reía de esta diversidad de opiniones diciendo : « Yo puedo en conciencia hacer lo que me plazca », y le ha placido no decir nada absolutamente.

Penantier saldrá algo más blanco que la nieve. El público no está contento ; se dice que todo esto es oscuro. Admirad la desgracia : esta criatura ha rehusado decir lo que se quería, y ha dicho lo que no se le preguntaba ; por ejemplo : ha dicho que Mr. de Fouquet había enviado á Glaser su boticario envenenador á Italia para buscar una hierba que produce veneno ; ella ha oído decir esta bella cosa á Sainte-Croix. Ved qué exceso de desdicha, y qué pretexto para acabar con este pobre infortunado. Todo esto es bien sospechoso. Se añaden todavía muchas cosas ; pero ya es bastante por hoy.

Á LA MISMA

Paris, miércoles 29 de julio de 1676.

He aquí un cambio de escena que os parecerá tan agradable como á todo el mundo. El sábado fui á Versailles con los Villars. Ved aquí como va esto. Ya conocéis el tocado de la reina, la misa, la comida ; pero ya no hay necesidad de ha-

(1) Comisario de policia.

cerse ahogar mientras que SS. MM. están á la mesa, pues á las tres, el rey, la reina, MONSIEUR, MADAME, MADEMOISELLE, todo lo que hay de Príncipes y de Princesas, Mad. de Montespan, todo su séquito, todos los cortesanos, todas las damas, en fin, lo que se llama la Corte de Francia, se encuentra en esta bella habitación del Rey que vos conocéis. Todo está amueblado divinamente, todo es magnífico. No se sabe lo que es tener calor; se pasa de un sitio á otro, sin apresurarse por ninguna parte. Un juego de quinola da la forma y fija todo. El Rey está cerca de Mad. de Montespan que tiene la carta; MONSIEUR, la reina y Mad. de Soubise, Dangeau y compañía, Langlée y compañía : mil luises están esparcidos sobre el tapete : no hay otra clase de fichas. Yo veía jugar á Dangeau y admiraba cuán tontas somos nosotras en el juego comparadas con él. No piensa más que en su negocio, y gana donde los otros pierden; no olvida nada, se aprovecha de todo, no es distraído; en una palabra, su buena conducta desafía á la fortuna; así los doscientos mil francos en diez días, los cien mil escudos en un mes, todo esto se pone sobre su libro de ganancias. Me dijo que tomase parte en su juego, de modo que estuve sentada muy agradable y cómodamente. Saludé al Rey de la manera que vos me habéis enseñado y me devolvió mi saludo, como si yo hubiese sido joven y bella. La reina me habló tan largamente de mi enfermedad como si hubiera sido un parto. Me dijo además algunas palabras de vos. El duque me hizo mil caricias de esas en que no se piensa. El mariscal de Lorges me atacó bajo el nombre del caballero de Grignan, y en fin *tutti quanti*.

Ya sabéis lo que es recibir una palabra de todo el que se encuentra en el camino. Mad. de Montespan me habló de Bourbon, y me rogó que la contara algo de Vichy y de cómo me había encontrado allí; me dijo que Bourbon, en vez de curarle una rodilla, le ha puesto malas las dos. Yo la encontré la espalda bien llana, como decía la mariscala de Milleraie; pero en verdad que es una cosa sorprendente su belleza; su cintura no era la mitad de gruesa que antes, sin que su tez, ni sus ojos, ni sus labios, estén menos bien. Estaba toda vestida de punto

de Francia, peinada con mil bucles; los dos de las sienes le caían muy bajos, junto á las mejillas; con cintas negras sobre su cabeza y perlas de la mariscala de l'Hopital embellecidas de bucles y de diamantes de la más rara belleza, con tres ó cuatro agujas, nada de cofia; en una palabra, una triunfante belleza que ha causado la admiración de todos los embajadores. Ella ha sabido que se quejaban de que impedía á toda la Francia ver al Rey, y le ha devuelto como vos veis, y no podéis comprender la alegría que todo el mundo tiene por esto ni la belleza que da á la Corte. Esta agradable confusión, sin confusión de todo lo que hay de más escogido, duró desde las tres hasta las seis. Si vienen correos, el Rey se retira al momento para leer sus cartas y vuelve. Hay siempre algo de música que se escucha, que hace muy buen efecto. Habla con las damas que han acostumbrado tener este honor. En fin, se deja el juego á las seis; no cuesta trabajo ninguno hacer las cuentas, no hay fichas ni marcas; las puestas son por lo menos de cinco, seis, ó siete cientos lises; las grandes de mil ó de mil dos cientos. Ponen primero veinticinco cada uno que hacen ciento, y después el que hace pone diez. Da cada uno cuatro lises al que hace la quínola; se pasa, y cuando se ha hecho jugar y no se toma la puesta, se ponen diez y seis para aprender á jugar. Se habla sin cesar y nada se queda en el corazón. ¿Cuántos corazones tenéis? — Yo tengo dos, yo tengo tres, yo tengo uno, tengo cuatro. No suele haber más que tres ó cuatro, y Dangeau está encantado de ellos: descubre el juego y saca las consecuencias. Ve con quién se las tiene que haber; en fin, yo estaba muy contenta viendo este exceso de habilidad. Verdaderamente es él quien sabe los secretos de las cartas; pues conoce todos los otros colores. Á las seis se monta en la calesa; el Rey, Mad. de Montespan, MONSIEUR, Mad. de Thianges y la buena d'Hendicourt en el estrapuntin; es decir, como en el paraíso ó en la *Gloria de Niquea* (1). Ya sabéis cómo

(1) Cuento de hadas de la novela de los *Amadis*; libro 8.º de *Amadis de Gaula*, capítulo 24.

están construídas estas calesas; no se mira nada, se está vuelto del mismo lado. La reina iba en otra con las princesas y en seguida todo el mundo agrupados según su fantasía. Se va por el canal en góndolas y se encuentra allí música; se vuelve á las diez y se encuentra la comedia; suenan las doce, se hace *media noche* (1), así se pasa el sábado.

Deciros cuántas veces se habló de vos, cuántas se pidieron noticias vuestras, cuántas preguntas se me hicieron sin esperar la respuesta, cuántas ahorraaba yo y qué poco se cuidaban de ello, reconoceríais al natural la *inícu*a corte. Sin embargo, no fué nunca tan agradable y se desea que continúe así. Mad. de Nevers muy bonita, muy modesta, muy inocente; su belleza hace acordarse de vos; Mr. de Nevers, es siempre el mismo, su mujer le ama con pasión. Mlle. de Thianges es más regularmente bella que su hermana y mucho menos encantadora. Mr. de Maine es incomparable; su ingenio admira y las cosas que dice no pueden imaginarse. Mad. de Maintenón, Mad. de Thianges, Güelfos y Gibelinos, ved como todo está reunido. MADAME me guardó mil atenciones á causa de la buena princesa de Tarento. Mad. de Mónaco estaba en París.

El príncipe fué á ver el otro día á Mad. de La Fayette; este príncipe, *all' cui spada ogni vittoria é certa*. Hay medio de no ser adulada con una estimación tal, y tanto más, cuanto que él no la pone á la cabeza de las damas. Él habla de la guerra, espera noticias como los otros. Se teme un poco por las de Alemania. Se dice, sin embargo, que el Rhin está tan crecido por las nieves que se funden en las montañas que los enemigos están más embarazados que nosotros. Rambures ha sido muerto por uno de sus soldados que descargaba inocentemente su mosquete. El sitio de Aire continúa; nosotros hemos perdido allí algunos subtenientes de guardias y algunos soldados. El ejército Schomberg está en plena seguridad. Mad. de Schomberg ha empezado de nuevo á amarme; el barón se aprovecha de ello por las caricias excesivas de su general. El joven glo-

(1) Esto está en español en el original.

rioso no tiene más asuntos que los otros, podrá aburrirse; pero si tiene necesidad de una contusión, será preciso que se la haga el mismo. Dios les conserve en esta ociosidad. Ved aquí, querida mía, espantosos detalles, los cuales, ú os enojarán mucho, ú os divertirán; pero no pueden seros indiferentes. Yo deseo que estéis de este humor del cual me decís algunas veces : « pero, vos no queréis hablarme; yo admiro á mi madre que moriría mejor antes que decirme una sola palabra. » ¡ Oh! si no estáis contenta no es culpa mía ni vuestra si yo no lo he estado por la muerte de Ruyter. Hay párrafos en vuestras cartas que son divinos. Me habláis muy bien del matrimonio; no hay nada mejor; el juicio domina pero es un poco tarde. Conservadme en la buena gracia de Mr. de la Garde y siempre en las amistades de Mr. de Grignan. La justicia de nuestros pensamientos sobre vuestra partida, renueva nuestra amistad. Encontráis que mi pluma está siempre cortada para decir maravillas del gran maestro. Yo no lo niego absolutamente; es verdad que yo creía haberme burlado de él diciéndos el deseo que tiene de prosperar y las ansias de ser mariscal de Francia, sobre todo, como en tiempo pasado; pero es que vos me tratáis mal acerca de este asunto. El mundo es bien injusto.

Así ha sido también para la Brinvilliers; jamás tantos crímenes han sido tratados tan suavemente. No ha sufrido la cuestión; se tenía tanto miedo de que hablase que se le hacía entreveer una gracia, de tal modo que ella no pensaba morir. Al subir al cadalso dijo : « *Esto es, pues, de verdad.* » En fin, ya está en el viento y su confesor dice que es una santa. El primer presidente (Lamoignon) había escogido este doctor (1) como una maravilla : fué engañado por los interesados. Este era el que se quería que tomase. ¿ No habéis visto esas gentes que hacen juegos de naipes? Los barajan mucho tiempo, y luego os dicen que toméis una, la que queráis, que ellos no se cuidan de esto; la tomáis, creéis haberla tomado, y es justa-

(1) Mr. Pirot, doctor de la Sorbona.

mente la que ellos quieren; la aplicación es justa. El mariscal de Villeroi decía el otro día : « Penautier quedará arruinado con este asunto », y el mariscal de Gramont respondió : « Será preciso que suprima su mesa. » (1) Ved aquí buenos epigramas. Supongo que ya sabréis que se cree que hay repartidos trecientos mil escudos para facilitar todas estas cosas. La inocencia, no hace nunca tales profusiones. No se puede escribir todo lo que se sabe; habría para una noche entera. Nada es tan agradable como lo que decís acerca de esta horrible mujer. Yo creo que estáis contenta, pues no es posible que esté en el paraíso. Su alma infame debe estar separada de las otras. Asesinar es lo más seguro, somos de vuestra opinión; esto es una bagatela en comparación de estar ocho meses para matar á su padre y recibir todas sus caricias y todas sus dulzuras, á las cuales ella correspondía doblando siempre la dosis.

Contad al señor arzobispo (de Arlés) lo que me ha hecho decir el primer Presidente por mi salud. He enseñado mis manos y casi mis rodillas á Langeron á fin de que os dé cuenta de ello. Tengo una especie de pomada que me curará según se me asegura; no tendré la crueldad de sumergirme en la sangre de un buey hasta que la canícula no haya pasado. Sois vos, hija mía, la que me curaréis de todos mis males. Si Mr. de Grignan pudiese comprender el placer que me da aprobando vuestro viaje, se consolaría por adelantado de las seis semanas que estará sin vos.

Madama de La Fayette no está mal con Mad. de Schomberg. Esta última me hace maravillas y su marido á mi hijo.

Madama de Villars piensa nada menos que en irse á Saboya; os encontrará en el camino. Corbinelli os adora; no hay que rebajar nada; tiene siempre para mí cuidados admirables. El *bien bueno* os ruega que no dudéis de la alegría que tendrá de veros; está persuadido de que este remedio me es necesario, y ya sabéis la amistad que tiene por mí. Livry

(1) No fué así, pues después de su absolución volvió á entrar en todos sus empleos.

viene á menudo á mi imaginación, y yo digo que comienzo á ahogarme aquí á fin de que se apruebe mi viaje. Adiós, mi muy amable y mi muy amada; me rogáis que os ame: ¡Ah! verdaderamente, bien lo deseo. No podrá decirse nunca que yo os niego algo.

A LA MISMA

Paris, miércoles 5 de agosto de 1676.

Quiero comenzar hoy por mi salud: estoy muy bien, querida hija; he visto al bueno de Lorme á su vuelta de Maisons. Me ha reñido por no haber estado en Bourbón; pero es una insignificancia, pues él confiesa que para beber, Vichy es tan bueno ó mejor, y si es para sudar, dice que he sudado hasta el exceso. Así es que no he cambiado de opinión acerca de la elección que he hecho.

Entre tanto Aire se ha tomado. Mi hijo me hace mil elogios del conde de Vaux que se ha encontrado el primero por todas partes; pero denigra mucho á los sitiados que han dejado tomar en una noche el camino cubierto, la contra escarpa, y pasar el foso lleno de agua y tomar las obras exteriores de defensa que puedan verse; y que en fin, se han rendido el último día del mes sin que nadie haya combatido. Se han asustado de tal modo de nuestro cañón, que los nervios de la espalda que sirven para volverse y los que hacen mover las piernas para huir, no han podido ser detenidos por la voluntad de adquirir gloria, y ved aquí lo que hace que nosotros to-

a quien corresponde á las ciudades. Mi de... meñinos á su vuelta de Maisons es todo el honor; tiene plenos poderes y hacer ceder los ejércitos según le conviene. Mi... pasaba, había iluminación en Versailles que gloria: fué el sábado, aunque se haya di... pueden celebrar las fiestas y las ópera... felicidad del Rey, unida á la capacidad... honor de servirle, cumplirá siempre lo qu

Al presente tengo el espíritu muy libre del lado de la guerra. Cuando leáis la *Historia de los Visires*, os aconsejo que no os detengáis en las *cabezas cortadas sobre la mesa*; no dejéis el libro en este pasaje; id hasta el hijo (1) y si encontráis un hombre más honrado entre los que han recibido el bautismo, decidmelo. En cuanto á la epístola dedicatoria, yo creo que debiera ser á la mujer.

Ved aquí una pequeña historia que podéis creer como si la hubieseis oído. El Rey decía una de estas mañanas: « En verdad, yo creo, que no podremos socorrer á Filisburgo; pero en fin, yo no seré por ello menos Rey de Francia. »

Que por el Papa no dijera
Una cosa que no creyera.

Mr. de Moutausier, le dijo: « Es verdad, señor, que V. M. sería todavía muy bien rey de Francia, aunque os volvieran á tomar Metz, Toul, Verdun, el Franco Condado y varias otras provincias sin las cuales han pasado vuestros predecesores. » Todos apretaron los labios y el Rey, con muy buena gracia, le dijo: « Ya os entiendo, Mr. de Montausier; es decir, que vos creéis que mis asuntos van mal, pero yo encuentro muy bien lo que decís; pues sé el corazón que para mí tenéis. » Esto es muy verdad y yo encuentro que los dos desempeñaron perfectamente su papel.

À LA MISMA

Livry, viernes 18 de setiembre de 1676.

La pobre Mad. de Coulanges tiene una gran fiebre que aumenta diariamente; el frio la empezó en Versailles; mañana es el cuarto día; ya la han sangrado, y si esto dura, está de tal

(1) Achmet Coprogli, bajá, fué nombrado gran Visir después de la muerte de su padre Mahomet. Las vidas del padre y del hijo son interesantes.

consideración y en un sitio que no permiten que se la deje una gota desangre. Su pecho está muy ofendido y yo todavía más. No puedo pensar en todo lo que ella me ha dicho sobre el dolor que tiene de no poder volver aquí, sin estar fuertemente conmovida.

Mañana voy á verla, pues es preciso que yo esté aquí el domingo para comenzar mi vendimia. Vais á estar bien contenta, hija mía, por el tiempo que voy á dar á la esperanza de cuidar mis manos. Corbinelli me ha enviado la carta que le escribisteis : verdaderamente es la cosa más agradable que se puede ver : yo quiero enseñársela á mi padre le Bossu ; (1) es mi Malebranche (2); se alegrará mucho de ver vuestro ingenio en esta carta : os responderá, si puede, pues cuando no encuentra razones, no pone palabras en su lugar. Estoy segura de que os gustará la suavidad y la cualidad de su ingenio ; es sobrino de Mr. de la Lane, que tenía una mujer tan bella ; el cardenal de Retz os ha hablado veinte veces de su divina belleza. Es sobrino de este gran abate de Lane jansenista : toda su raza tiene ingenio y él más que todos ; en fin, es primo de este joven Lane que baila.

Ved en que honduras me he metido, esto era bien necesario.

La hoja de política de Corbinelli es excelente ; para él, se entiende solamente, pues yo no lo consultaré con nadie. El mariscal de Schomberg ha caído sobre la retaguardia de los enemigos y los hubiese destruído si los hubiese seguido con más tropas. Cuarenta dragones más bravos que héroes han perecido.

Un Aigremont ha muerto en el campo ; el hijo de Bussy que quería llegar al paraíso, prisionero. El conde de Vaux, siempre de los primeros ; pero el resto del ejército estaba en la innac-

(1) Canónigo de Santa Gertróveva, autor de un tratado sobre el poema épico.

(2) Nicolás Malebranche, sacerdote del Oratorio, autor de la « Investigación de la verdad » y de varias obras muy estimadas. Fué uno de los mejores escritores y más grandes filósofos de su tiempo.

ción y solo quinientos caballos hicieron este destrozo. Se dice que es lástima que el destacamento no haya sido más fuerte : yo encuentro que en todo momento se abusa de lo más justo. El mismo *bien bueno* ha encontrado algunas veces el error en su cálculo. Os abraza de todo corazón, y yo por cima de todo cuanto pudiera deciros. Pienso mil veces al día la alegría que tendré de teneros á mi lado, querida mía; creed que de todos estos corazones en que vos reináis también, no hay uno en que seáis tan soberana como en el mío.

A LA MISMA

EN CASA DE MADAME DE COULANGES

Paris, viernes 25 de setiembre de 1676.

En verdad, hija mía, ved aquí una pobre mujer bien enferma; es el undécimo día de su mal que la ha empezado en Chaville viniendo de Versailles. Mad. le Tellier fué atacada al mismo tiempo que ella y volvió en diligencia á Paris, donde recibió el Viático ayer. *Beaujeu* (la doncella de Mad. de Coulanges) fué herida del mismo golpe y ha seguido siempre á su señora; ni un remedio ha sido ordenado para ésta que no lo haya sido para la otra. Una inyección, una inyección; una sangría, una sangría. Nuestro Señor, Nuestro Señor; todos los delirios, todos los crecimientos de fiebre, todo era igual; pero Dios quiere que esta comunidad se separe : se acaba de dar la extremaunción á *Beaujeu* y se cree que no pasará la noche. Tememos mañana el acceso de Mad. de Coulanges, pues es este el que figura con el que se lleva esta pobre joven. Verdaderamente esto es una enfermedad terrible. Pero habiendo visto de qué manera los médicos hacen sangrar rudamente á una pobre niña, y sabiendo que yo no tengo venas, declaraba ayer al primer presidente que me vino á ver, que si alguna vez me encuentro en peligro de muerte, le rogaré que se lleve á

Mr. Sanguin desde el principio; estoy resuelta á ello. No hay más que ver á estos señores para no querer jamás ponerles en posesión de nuestro cuerpo. Han matado por segunda mano á la pobre Beaujeu.

He pensado veinte veces en Molière desde que he visto todo esto. Espero, sin embargo, que esta pobre mujer escapará á pesar de todos sus malos tratamientos: está bastante tranquila y en un reposo que le dará fuerza para sostener el acceso de esta noche.

He visto á Mad. de Saint-Geran; no está de ninguna manera consolada (1). Su casa será siempre un refugio este invierno. M. de Grignan pasará allí sus noches amorosamente.

Ella se va á Versailles como las otras. Os aseguro que pretende gozar de sus ahorros y vivir sobre su reputación adquirida: el largo tiempo no apurará sus fondos. Os envía mil recuerdos. Ha engordado, pero está buena. Os conjuro, hija mía, á que presentéis mis excusas al gran Roquesante por no haberle podido contestar. Me decís maravillas de su amistad: no me sorprende de ninguna manera conociendo su corazón como yo le conozco. Merece por muchas razones la distinción y la amistad que le profesáis. Yo sigo muy bien; estoy encantada por no haber vendimiado; haré los otros remedios, y cuando esta pobre mujer esté mejor, iré otra vez á Livry á reposar algunos días. Brancas (2) ha llegado esta noche á pie, á caballo y en carreta; está asustado al pie del lecho de esta pobre enferma: ninguna amistad puede compararse con la suya. La que yo tengo por vos no me parece pequeña.

He encontrado en París un asunto esparcido por todas partes y que os parecerá ridículo. Muchas gentes os lo dirán; pero me parece que lo veis más claro en mis cartas. Había en la Corte una especie de agente del rey de Polonia (3) que comerciaba con las tierras más hermosas de su señor. En fin, se había

(1) De la partida de Mad. de Villars.

(2) Uno de los más ardientes adoradores de Mad. de Coulanges.

(3) Juan Sobieski.

fijado en la de Ricux, en Bretaña, de la cual había firmado el contrato en quinientas mil libras. Este agente ha pedido que se hiciese de esta tierra un ducado con el nombre en blanco. Ha hecho poner los mejores derechos en varones y hembras, todo lo que queráis. El Rey y todo el mundo creía que esta era, ó para Mr. de Arquien ó para el marqués de Bethune (1). Este agente ha dado al Rey una carta del Rey de Polonia en la cual nombra, ¡adivina á quién! á Brisacier, hijo del contador general. Este se elevaba con un tren excesivo y gastos ridículos; se creía sencillamente que estaba loco. Esto no es muy raro. Pero se ha encontrado que el rey de Polonia por no sé qué intriga, asegura que Brisacier es originario de Polonia, de suerte que he aquí su nombre aumentado con un *Ski* y él polaco. El rey de Polonia añade que Brisacier es su pariente, y que estando hace tiempo en Francia había querido casarse con su hermana. Ha enviado una llave de oro á su madre como dama de honor de la reina. La maledicencia para divertirse, decía que el rey de Polonia, para divertirse también, había tenido algunas ligeras disposiciones á no odia á la madre, y que este pequeño era hijo suyo; pero esto no es verdad : la primera está fundada sobre su buena casa de Polonia (2). Entre tanto, el agente ha divulgado el negocio; la opinión está hecha, y desde que el Rey ha sabido la verdad de la aventura, ha tratado á este agente de loco é insolente y le ha arrojado de París diciendo : que sin la consideración del rey de Polonia le hubiera metido en prisión. S. M. ha escrito al rey de Polonia y se ha quejado fraternalmente de la profanación que ha querido hacer de la principal dignidad del reino; pero el Rey mira toda la protección que el rey de Polonia ha concedido á un súbdito tan insignificante como una sorpresa que se le ha hecho, y hasta pone en duda el poder del agente.

(1) Francisco Gasion, cuya mujer, Maria Luisa de la Grange de Arquien, era hermana de la reina de Polonia.

(2) Se pueden ver todos los detalles de esta intriga en las *Memoires del abate de Chotsky*.

Dejo á la pluma de Mr de Pomponne toda la libertad de extenderse en un tan hermoso asunto. Se dice que este agente se ha evadido, y este asunto queda así hasta un nuevo correo.

A LA MISMA

Livry, miércoles 7 octubre de 1676.

Os escribo un poco adelantado, como dicen en Provenza, para deciros que vuelvo aquí el domingo á fin de acabar el buen tiempo y reposar. Me encuentro muy bien y hago una vida solitaria que no me disgusta cuando es por poco tiempo. Voy también á hacer algunos pequeños remedios para mis manos, puramente por amor á vos, pues yo no tengo mucha fe; siempre es en vista de agradaros por lo que yo me conservo, estando muy persuadida de que la hora de mi muerte no puede avanzar ni retroceder; pero sigo la conducta ordinaria de la buena prudencia humana, creyendo aún que por ella se llega á las órdenes de la Providencia. Así, hija mía, yo no olvidaré nada, puesto que todo me parece como una obediencia necesaria. Ved aquí una cosa bien seria; pero ved también la consecuencia de mi estancia en París por espacio de quince días. Ya sabéis lo que yo hice el viernes, y cómo iba en casa de Mr. de Pomponne. Hemos encontrado Mr. de Hacqueville y yo, que debíais estar contenta del reglamento, puesto, que en fin, el Rey quiere que el teniente sea tratado como el gobernador y que se encuentre en la apertura de la Asamblea, como se ha hecho antiguamente: he aquí un gran asunto. El sábado, Mr. y Mad. de Pomponne, Mad. de Vins, d'Hacqueville y el abate de Feuquieres vinieron á buscarme para ir á pasear á Conflans (1). Hacia un tiempo muy hermoso. Encontramos esta casa cien veces más bella que en tiempo de Mr. Richelieu. Hay seis fuentes

(1) Castillo situado al borde del Sena.

admirables, cuya máquina saca el agua del río y no acabará más que cuando no haya una gota de agua. Se piensa con placer en esta agua natural para beber y para bañarse cuando se quiera. Mr. de Pomponne estaba muy alegre; hablamos y nos reímos extremadamente. Con su prudencia encontraba por todas partes una aire de catedral que nos regocijaba mucho. Esta pequeña partida causó placer á todos y vos no estuvisteis olvidada.

La visión de la buena mujer pasó á vista de pájaro, pero sin creer que haya otra cosa que el temor que inspira á Quanto.

En cuanto al viaje de Mr. de Marsillac, guardaos bien de esperar ninguna fineza, ha sido muy corto. Mr. de Marsillac está también mejor que nunca junto al Rey; no se ha distraído ni separado: él tenía á Gourville, que no tiene á menudo tiempo que dar; le paseaba por todas sus tierras como un río que lleva el abono y la fertilidad. En cuanto á Mr. de la Rochefoucauld, iba como un niño á ver á Verteuil y los lugares en que él ha cazado con tanto placer; yo no digo dónde ha estado enamorado, pues no creo que lo que se dice enamorado lo haya estado jamás. Él vuelve más dulcemente que su hijo y pasa á Turenne en casa de Mad. de Valentiné y casa del abate Effiat. Ha estado muy afligido por Mad. de Coulanges que sale seguramente de la más grande enfermedad que se pueda tener. La fiebre ni los accesos no la han dejado todavía; pero toda la violencia y los delirios han pasado y puede alabarse de estar en el camino de la convalecencia. Mad. de La Fayette está en Saint-Maur. Yo no he estado allí más que una vez. También tiene su mal de costado que la impide ir en casa de Mad. de Coulanges, por la cual está muy inquieta y de ir á ver á Langlade que ha pensado morir en Fresne del mismo mal que Mad. de Coulanges, y ha tenido más que ella, la extremaunción. En fin, ella ha sido consolada de todas partes sin haber dejado su sitio.

Yo decía el otro día á Mad. de Coulanges, que *Beaujeu* había tenido ya la extremaunción, y que se le había gritado. *Jesús*

Marta, ella me respondió con una voz del otro mundo : ¡ *Eh !* ¿ *Por qué no se me gritó á mí también ? Yo lo merecía tanto como ella.* ¿ Qué decis de esta ambición ? Escribid al joven Coulanges, ha sido digno de compasión : él perdía todo al perder su mujer. Fué una cosa muy conmovedora cuando hice escribir á Mr. du Gué (1) para recomendarle á Mr. de Coulanges, y esto por conciencia y por justicia, reconociendo haberle arruinado y pidiendo á Mr. y á Mad. du Gué esta prueba de su amistad como la última. Les pedía perdón y su bendición al mismo tiempo. Os aseguro que fué una escena muy triste. Escribiréis, pues, á este pobre hombre, que está perfectamente contento de mi amistad : verdaderamente en estas ocasiones es cuando es preciso demostrarla.

Vuestro joven alemán parece extremadamente diestro al buen abate : es hermoso como un ángel y sencillo y honesto como una doncella. Va á estudiar su alemán en casa de M. de Strasbourg (2). Yo le he exhortado mucho á hacerse digno ; pero os desafío á que adivinéis su nombre. Cualquiera que vos pudieseis decir, yo os diría, siempre : es « de otra manera » ; es que él se llama *Autrement* (3). ¿ No es verdad que este es un nombre muy propio á entretener el ingenio con bromas continuas ? Yo le enseño á anudar cintas : en una palabra, creo que os encontraréis muy bien con él.

Mad. de Cornuel estaba el otra día en casa de Berryer, por el cual ha sido maltratada ; esperaba hablarle en una antecámara que estaba llena de lacayos. Vino una especie de hombre de confianza, que la dijo que estaba mal en aquel sitio : ¡ *Ah ! contestó ella ; estoy muy bien, no los temo en tanto que son lacayos.* Esto ha hecho estallar de risa á Mr. de Pomponne, de estas risas que vos conocéis ; yo creo que vos también encontraréis la cosa muy agradable. El cardenal me

(1) Padre de Mad. de Coulanges.

(2) Francisco Egon, cardinal de Furistemberg, obispo de Estrasburgo, muerto en 1682.

(3) *Autrement*, que significa de otra manera.

escribe al día siguiente que ha hecho un Papa, y me asegura que no tiene ningún escrúpulo. Ya sabéis cómo ha evitado el sacrilegio del falso juramento; los otros deben encontrar en él un gran gusto, puesto que no es ni siquiera necesario. Me dice que el Papa es todavía más santo de hecho que de nombre; que os ha escrito desde Lyon al paso y que no os verá al volver por la misma razón de las galeras, con lo cual está muy incomodado; de suerte que se encontrará en pocos días en su casa, como si no nos hubiera hecho nada. Este viaje le ha honrado mucho, pues no se puede añadir nada al buen ejemplo que ha dado. Se cree que por la buena elección de soberano Pontífice ha traído al cónclave el Espíritu Santo que estaba desterrado de allí hace tantos años. Después de este ejemplo, no hay desterrado que no deba esperar.

Ya estáis otra vez en la soledad: ahora es cuando debéis temer á los espíritus. Me atrevo á apostar que no sois más de cien personas en vuestro castillo. Estoy persuadida de toda la amabilidad de la bella Rochebonne; pero la constancia de Corbinelli está abismada en tanta filosofía y va tan terriblemente unida á la justicia de los razonamientos, que no respondo ya de él. Dice que el P. le Bossu no contesta bien á vuestras preguntas; que haría mal en querer instruiros, puesto que vos sabéis más que todos ellos: vos nos daréis vuestra opinión acerca de esto.

Os he contado la historia de Brisacier; nada puede añadirse de esto hasta que vuelva el correo de Polonia. Él está sin embargo, fuera de París y de la Corte. Sitia la ciudad y permanece en casa de sus amigos en los alrededores. El otro día estaba en Clichy; Mad. Duplexis fué á verle desde Fresne para lamentarse de la ruptura de su contrato. Brisacier le dijo que seguramente no estaba roto y que á la vuelta del correo se vería si estaba tan loco como decían. Si es protegido de la reina de Polonia ó del Rey, nosotros juzgaremos como vos decís.

Mr. de Bussy ha llegado cuando yo escribía esta carta; le he enseñado vuestro recuerdo. Él mismo os dirá cuán contento está de él. Me ha leído las memorias más agradables del

mundo : no serán impresas (1) aunque lo merecen mucho más que otras muchas cosas.

Se nos acaba de decir que Brisacier y su madre que estaban aquí cerca, en Gagny, han sido secuestrados. Esto sería un mal presagio para el ducado. Esta noticia es un poco cruda. Como ahora corre por París, no dejará Hacqueville de comunicársela.

Os abrazo mil veces, querida mía, con una ternura muy por encima de todo lo que pudiera deciros.

Recibo, hija mía, vuestra carta del treinta ; pero qué, ¿no habéis recibido la mía del veinte y uno? ¡Qué tontería de correo! era muy á propósito para instruiros.

Decidía acerca de vuestra partida y os conjuraba por pura ternura á no diferirla; esto es lo que os pido todavía por las mismas razones. Vos seguiréis este consejo si tenéis por mí la amistad que yo creo. En esta confianza no me detendré en deciros cuánto lo deseo, ni cuántas semanas faltan á mi impaciencia. Adiós, abrazo tiernamente al señor conde.

À LA MISMA

Livry miércoles 28 de octubre de 1676.

No se puede jamás estar más admirada que yo lo estoy de veros escribir que el matrimonio de Mr. de la Garde se ha roto; ¡roto! ¡ay, Dios mío! ¿No habéis oído el grito que he dado? Todo el bosque le ha repetido y soy demasiado feliz de estar en un sitio donde no tengo más testigos de esta admiración que los ecos. Yo sabría tomar en la ciudad todos los tonos de una amiga y aun allí yo no tendría pena. Yo aprobaba su elección por la gran estima que tengo por él, y por la misma ra-

(1) La marquesa de Coligny las publicó después de la muerte de su padre, pero hizo supresiones considerables.

zón cambio como él. Quiera Dios que estuviese dispuesto á volver con vos! Verdaderamente este sería un conductor como yo le quisiera.

Estoy admirada de que la Asamblea no haya comenzado todavía. Mr. de Pomponne creía que debía ser el quince de este mes. Vos pasaréis, pues, todavía la fiesta de Todos los Santos en Grignan; pero después de esto, querida mía, ¿no pensaréis en partir? Os he dicho ya tantas cosas acerca de esto y sabéis tan bien lo que yo pienso, que no debo deciros nada más. El *frater* está todavía aquí esperando los documentos que le concederán su permiso. Él galopa y hace remedios, y aunque nos amenaza con todas las severidades de la antigua disciplina, nosotros vivimos en paz, en la esperanza de que no seremos ahorcados.

Hablamos y leemos. El compadre que conoce que estoy aquí por amor de él, me da excusas por la lluvia y no olvida nada para distraerme; él lo consigue á maravilla y hablamos á menudo de vos con ternura.

MR. DE SEVIGNÉ

La hija del señor *Alcantor* no se casará ya con el señor *Sganarelle*, que no tiene más que cincuenta ó cincuenta y seis años (1).

Yo estoy disgustado por ello; todo estaba dicho y todos los gastos estaban hechos. Yo creo que la dificultad de la consumación, ha sido el mayor obstáculo. El caballero *de la gloria* (2) no se encontrará peor, y esto me consuela. Mi madre está aquí por amor de mí; yo soy un pobre criminal á quien se amenaza todos los días con la Bastilla ó con ser ahorcado. Espero, sin embargo, que todo se apaciguará con la vuelta

(1) Escena de la comedia de Molière *El casamiento forzoso*.

(2) El caballero de Grignan

próxima de todas las tropas. El estado en que me encuentro podía solo producir este efecto; pero ya no es moda.

Hago todo lo que puedo por consolar á mi madre del mal tiempo y de haber dejado París, pero no quiere escucharme cuando le hablo de estos asuntos. Ella vuelve siempre á los cuidados que he tenido durante su enfermedad; y á lo que yo puedo juzgar por sus discursos, está muy incomodada de que mi reumatismo no sea universal y de que yo no tenga fiebre continua á fin de poderme demostrar toda su ternura y toda la extensión de su reconocimiento. Estaría por completo contenta si me hubiese visto en estado de hacerme confesar; pero por desgracia, por esta vez no es así: es preciso que se resigne á verme corretear, como lo hacía en otro tiempo Mr. de la Rochefoucauld, que ahora va como un vasco. Esperamos veros bien pronto; no nos engañéis y no hagáis la impertinente; se dice que lo sois mucho en este capítulo. Adiós, mi bella hermanita; os abrazo mil veces con todo mi corazón.

MADAMA DE SEVIGNÉ

Podéis contar con que tendréis otra pensión; yo iré la semana que viene á Versailles para hablar á Mr. Colbert con el gran d'Hacqueville: él nos la dió tan pronto para veros partir; ¿no querrá hacer otro tanto para veros volver. Adiós, mi muy querida y muy perfectamente amada. Yo abrazo todo lo que está cerca de vos. Dios sabe si yo deseo veros. Sin embargo, os confieso que no quiero que sea contra vuestro gusto, ni con toda la pena que creo ver en vuestras cartas; es preciso que compartáis esta alegría si queréis que la mía sea completa.

À LA MISMA

Livry, miércoles 4 de noviembre de 1676.

Es una gran verdad, hija mía, que la incertidumbre quita la libertad. Si estuviéseis obligada, tomaríais vuestro partido y no estaríais suspendida como la tumba de Mahoma : uno de los imanes hubiera vencido al otro y no estaríais en un estado tan violento. La voz que os grita al pasar el Durance : *¡Madre mta! ¡madre mta!* sería escuchada por los Grignan, ó la que aconseja el dejarla no os turbaría en Briare. Así, yo concluyo que no hay nada tan opuesto á la libertad como la indiferencia y la indeterminación; pero el sabio La Garde que ha recobrado toda sus abiduría, ¿ha perdido también todo su libre albedrío? ¿No sabe ya aconsejar? ¿no sabe decidir? En cuanto á mí, ya habéis visto que yo decido como un concilio; pero La Garde que vuelve á París, ¿no podía hacer su viaje útil para nosotros? Si venís, no estará mal decir que baje á Sully : la duquesita os enviará seguramente hasta Nemours, donde ciertamente encontraréis amigos, y al día siguiente otros nuevos. Así, de relevo en relevo de amigos, os encontraréis en vuestra habitación. Se os hubiera recibido un poco mejor la última vez, pero vuestra carta llegó tan tarde, que sorprendisteis á todo el mundo y hasta pensasteis no encontrarme, que hubiera sido una gran cosa. No caeremos en el mismo inconveniente. Es preciso que elogie al caballero (de Grignan) : llegó el viernes por la noche á París; el sábado vino á comer aquí; ¿no es bonito esto? Yo le abracé de todo corazón, nos dijimos lo que pensábamos respecto á vuestras incertidumbres. Me voy á dar una vuelta por París; quiero ver á Mr. de Louvois acerca de vuestro hermano que está todavía aquí sin permiso, lo cual me inquieta. Quiero ver también á Mr. de Colbert para vuestra pension : no tengo más que estas dos pequeñas visitas que hacer; creo que iré hasta Versailles, os daré cuenta de ello.

Sin embargo, hace aquí el tiempo más delicioso del mundo; la campiña no está todavía desagradable; los cazadores han sido favorecidos por Saint-Huberto. Nosotros leemos siempre á San Agustín con transporte. Hay algo de tan noble y de tan grande en sus pensamientos, que todo el mal que puede dar su doctrina á los espíritus mal hechos es mucho menor que el bien que los otros sacan de ella. Vos creís que me hago la entendida; pero cuando veáis cómo se ha familiarizado esto, no estaréis admirada de mi capacidad. Me aseguráis que si no me amerais más de lo que decís, no me amaríais mucho. Estoy tentada de hacer un discurso sobre esta expresión y de revolverla tanto que haga de ello una rudeza; pero no, estoy persuadida de que vos me amáis y Dios sabe tan bien ó mejor que yo de qué manera yo os amo.

Estoy muy contenta de que Paulina se me parezca, ella os hará acordaros de mí. *¡Ah, madre mía, no es bueno esto!*

Mr. DE SEVIGNÉ.

Cuando pienso que Mr. de la Garde está con vosotros y que él os ve recibir vuestras cartas, tiemblo el que haya visto por encima del hombro la tontería que os escribí hace algunos días.

Acerca de esto gimo y me digo *¡Ah, hermana mía! ¡Ah, hermana mía!* Si yo fuese tan libre como vos lo sois y entendiese esta voz como entendéis el: *¡Ah madre mía! ¡Ah madre mía!* bien pronto estaría en Provenza. No comprendo, que pudieseis dudar; dais años enteros á Mr. de Grignan y á lo que debéis a toda la familia de los Grignan: ¿hay después de esto una ley bastante austera para impediros dar cuatro meses á la vuestra. Jamás las leyes de caballería que hacían jurar á Sancho Panza han sido tan severas, y si don Quijote hubiese tenido para él un autor tan grave como Mr. de la Garde, hubiera seguramente permitido á su escudero cambiar de montura con

el caballero del yelmo de Mambrino. Aprovechaos bien de Mr. de la Garde puesto que le tenéis. Convenid juntos vuestro viaje y pensad que teneis varios deberes que cumplir. Estamos seguros de vuestro corazón, pero esto no es bastante, hacen faltas *significancias*.

Repartid pues vuestros favores y vuestra presencia entre uno y otro hemisferio á ejemplo del sol que nos alumbra : ved una bonita manera de hablar para no permanecer ahí. Adiós mi bella hermanita, tengo todavía un muslo acardenalado y temo tenerle todo el invierno.

MADAMA DE SEVIGNÉ Á LA MISMA

Paris, viernes 6 de noviembre de 1676.

Heme aquí ya de vuelta. He comido en casa de esta buena Bañols; he encontrado á Mad. de Coulanges en esta habitación bella y brillante de sol, donde os he visto tantas veces tan brillante como él. Esta pobre convaleciente me ha recibido agradablemente. Quiere escribiros dos palabras, acaso sea alguna noticia del otro mundo que vos estaréis bien contenta de saber. Me ha contado los transparentes; ¿habéis oído hablar de los transparentes? Son vestidos completos de los más hermosos brocados de oro y azul que puedan verse, y por encima telas negras transparentes ó de bellos encajes de Inglaterra ó de felpillas aterciopeladas sobre un tisú como esos encajes de invierno que habéis visto; esto compone un transparente, que es un vestido negro ó un vestido todo de oro ó de plata ó de color, según se quiera, y esta es la moda. En este traje se dió un baile el día de Saint-Hubert, que duró una media hora, pues nadie quiso bailar. El Rey empujó á Mad. de Hendicourt. Ella obedeció, pero en fin, el combate concluyó por falta de combatientes. Los hermosos corpiños bordados destinados para Villers-Colteret, sirven por la tarde para paseo y han servido en la fiesta de Saint-Hubert.

El príncipe ha mandado á decir desde Chantilly que sus transparentes serian mil veces más hermosos si quisieran ponerlos sin cubierta ninguna; yo dudo que estuviesen mejor. Los Grancey y los Mónaco no han participado de estos placeres á causa de que esta última está enferma y que la *madre de los ángeles* (1) ha estado en la agonía. Se dice que la marquesa de la Ferté está en esa desde el domingo con un trabajo terrible que no acaba nunca, y en el cual Bouchet pierde su latín.

Mr. de Langlée ha dado á Mad. de Montespan un vestido de oro sobre oro, bordado de oro y rebordado de oro; y por encima un oro rizado, rebrochado de oro, mezclado con un cierto oro, que hace la tela más divina que se haya imaginado jamás. Esta obra la han hecho las hadas en secreto, pues no hay alma viviente que tuviese conocimiento de ello. Se la quiso dar tan misteriosamente como había sido fabricada. El sastre de Mad. de Montespan la llevó el traje que ella le había mandado hacer, habiendo hecho el cuerpo con medidas ridículas. Esto originó gritos y riñas, como podéis pensar. El sastre dijo temblando. « Señora, como el tiempo apremia, ved si este otro traje que está aquí podría serviros á falta de otro. » Le descubrió el traje : ¡Ah qué cosa tan hermosa ! ¡Qué tela ! ¿ Viene del cielo ? No hay otra semejante sobre la tierra ; se prueba el cuerpo ; está que ni pintado. El Rey llega, el sastre dice : « Señora, está hecho para vos. » Se comprende que es una galantería ; pero, ¿ quién puede haberla hecho ? — Es Langlée — dice el Rey. — Es Langlée seguramente, dice Mad. de Montespan ; nadie más que él puede haber imaginado tal magnificencia ; ¡ es Langlée ! ¡ es Langlée ! todo el mundo repite : ¡ es Langlée ! Los ecos permanecen de acuerdo y dicen : ¡ es Langlée ! y yo hija mía, para estar á la moda os digo : ¡ es Langlée !

(1) La mariscala de Grancey

À LA MISMA

Livry, miércoles 25 de noviembre de 1676.

Me paseo en esta avenida ; veo venir un correo : ¿ Quien es ? Es Pomier. ¡ Ah ! verdaderamente, ¡ esto es una cosa admirable ! Y « ¿ cuando vendrá mi hija ? — Señora, ya debe haber salido. — Venid pues que os abraze, ¿ y vuestro don de la asamblea ? — Ya está acordado. — ¿ Á cuanto ? — Á ocho cientos mil francos ». Esto está muy bien ; nuestra prensa es buena, no hay nada que temer ; no hay más que apretar, que la cuerda también es buena. En fin, abro vuestra carta y veo un detalle que me encanta. Reconozco fácilmente los dos caracteres, y veo en fin que partís. No os digo nada acerca de la perfecta alegría que tengo. Mañana voy á París con mi hijo ; ya no hay peligro para él. Escribo cuatro líneas á Mr. de Pomponne para presentarle nuestro correo.

Estáis en camino con un tiempo admirable ; pero temo la helada. Os enviaré una carroza á donde vos queráis. Voy á enviar á Pomier á fin de que vaya esta noche á Versailles, es decir, á Saint-Germain. Yo lo destrozo todo, pues el tiempo apremia. Yo estoy muy bien, os abrazo mil veces y el *frater* también.

A LA MISMA

Paris, domingo por la noche 15 diciembre de 1676.

¿ Cuánto no os debo, mi querida hija, por tantas penas, fatigas, enojos, frío, helada, molestias y vigiliass ? Creo haber sufrido todas estas incomodidades con vos. Mi pensamiento no ha estado un momento separado de vos. Os he seguido por todas partes y he visto mil veces que yo no valía la extrema molestia que sufríais por mí, es decir, en cierto modo ; pues

el de la ternura y el de la amistad, eleva bien mi mérito con respecto á vos. ¡Qué viaje, buen Dios, y que estación! Llegaréis precisamente el día más corto del año, y por consecuencia nos traeréis el sol. He visto una divisa que me convendría bastante; es un árbol seco y como muerto con estas palabras al rededor: *Fin che sol ritorni*. ¿Qué decís de esto, hija mía? No os hablaré, pues, de vuestro viaje, no haremos cuestión de esto; echaremos la cortina sobre veinte días de extremas fatigas y trataremos de dar otro curso á los espíritus y otras ideas á vuestra imaginación. Yo no iré á Melun: temería daros una mala noche por una disipación poco conveniente al reposo; pero, esperaré á comer en Villeneuve-Saint-Georges. Allí encontraréis nuestra sopa calentita; y sin querer ofender á nadie, encontraréis allí la persona que en el mundo os ama más perfectamente.

El abate os esperará en vuestra habitación bien iluminada y con un buen fuego. Mi querida hija, ¡qué alegría! ¿Puedo jamás tener una más sensible.

À LA MISMA

París martes 8 de junio de 1677.

No, hija mía, no os digo nada, nada absolutamente: demasiado sabéis que mi corazón es vuestro; pero, ¿puedo ocultaros por completo, la inquietud, que vuestra salud me da? Es un sitio por el cual no había sido todavía herida; esta primera prueba no es mala.

Yo os compadezco de tener el mismo mal para mí; pero quiera Dios que yo no tuviese más motivo de temor que vos. Lo que me consuela es la seguridad que Mr. de Grignan me

N. B. Madama de Grignan llegó á París, el 22 de diciembre de 1676 y no volvió á Provenza hasta el mes de junio de 1677.

ña dado de no llevar al extremo vuestro valor; él está encargado de una vida de la cual depende absolutamente la mía. Esta no es una razón para hacerle aumentar sus cuidados : la de la amistad que tiene por vos, es la más fuerte. En esta confianza es, mi querido conde, en la cual os recomiendo todavía mi hija : observadla bien, hablad á Montgobert. Poneos de acuerdo para un asunto tan importante. Cuento mucho con vos, mi querida Montgobert. ¡Ah! ¡mi querida hija! Todos los cuidados de los que están á vuestro alrededor no os faltarán ; pero os serán bien inútiles si no os gobernáis vos misma. Vos os conocéis mejor que nadie, y si creéis que tenéis bastante fuerza para ir á Grignan y que de repente encontráis que no tenéis la bastante para volver á París; si en fin, los médicos de ese país que no querrán que se los escape el honor de curaros, os llevan al punto de estar más apurada que lo que estáis, ¡ah! no creáis que yo pueda resistir á este dolor. Pero quiero esperar que para vergüenza nuestra todo irá bien. No me cuidaré mucho de la afrenta que hareis al aire natal con tal que os veáis en mejor estado. Yo estoy en casa de la buena Troche, cuya amistad es encantadora ; ninguna otra me sería más á propósito. Mañana os escribiré una palabra ; no me quitéis este único consuelo. Tengo gran necesidad de saber noticias vuestras ; en cuanto á mí, estoy en perfecta salud : las lágrimas no me hacen mal.

He comido y me voy á buscar á Mad. de Vins y á Mlle. de Mery. Adiós, mis queridos hijos ; ¡ cómo esta calesa que yo he visto partir, es precisamente la que me ocupa y el objeto de todos mis pensamientos !

À LA MISMA

Paris, miércoles 20 de junio de 1677

Me decís, hija mía, que al cabo estáis en Grignan. Los cuidados que tenéis de escribirme son pruebas continuas de

vuestra amistad. Os aseguro, al menos, que no os engañáis en el pensamiento en que tengo necesidad de estos socorros; nada me es en efecto tan necesario; es verdad que pienso en ello demasiado á menudo, que vuestra presencia me hubiese sido mucho más; pero vos estabais dispuesta de una manera tan extraordinaria, que los mismos pensamientos que os han determinado á partir me han hecho consentir en este dolor, sin osar hacer otra cosa que ahogar mis sentimientos. Era un crimen para mí mostrar pena por vuestra salud : os vería perecer á mi vista y no me era permitido verter una lágrima; esto era mataros, era asesinaros; era preciso callar; no he visto jamás una especie de martirio más cruel ni más nuevo. Si en lugar de esta imposición que no hacía más que aumentar mi pena hubieseis estado dispuesta á comprender vuestro languidecimiento y vuestra amistad por mí, se hubiese tomado en complacencia, y en demostrarme un verdadero deseo de seguir las indicaciones de los médicos, de alimentaros, de seguir un régimen, de confesarme que el reposo y el aire de Livry os hubiesen sido buenos; esto es lo que verdaderamente me hubiese consolado y no el ahogar todos nuestros sentimientos. ¡Ah, hija mía! estábamos ya de tal manera al fin, que era preciso hacer lo que hemos hecho. Dios nos mostraba su voluntad por esta conducta; pero es preciso tratar de ver si quiere que nos corriamos y que en lugar de la desesperación á que me condenabais por amistad, no sería un poco más natural y más cómodo el dar á nuestros corazones la libertad que quieren tener y sin la cual no es posible vivir en reposo.

Ya está dicho una vez para todas : no diré nada más acerca de esto. Pero hagamos nuestras reflexiones cada una por nuestro lado, á fin de que cuando á Dios le plazca, que nos volvamos á encontrar juntas, no caigamos de nuevo, en semejantes inconvenientes. Una prueba de la necesidad que tenéis de no haceros violencia, es el consuelo que habéis encontrado en las fatigas de un viaje tan largo. Es preciso remedios extraordinarios á las personas que lo son : los médicos no hubiesen jamás imaginado este. Dios quiera que continúe

siendo bueno y que el aire de Grignan no os sea contrario. Era preciso que yo os escribiese todo esto una sola vez para consolar mi corazón y para deciros que á la primera ocasión no nos pondremos en el caso de que se nos venga á hacer el abominable cumplimiento de decirnos con toda suerte de atenciones que para estar muy bien era preciso no vernos jamás. Yo admiro la paciencia que puede sufrir la crueldad de este pensamiento.

Habéis hecho venir las lágrimas á mis ojos hablándome de vuestro pequeño. (1) ¡Ah! ¡la pobre criatura! Qué pena contemplarle en tal estado. Yo no me desdigo de lo que he pensado siempre, sino que creo que por ternura, se debiera desear que estuviese ya donde su felicidad le llama. Paulina me parece digna de ser vuestro juguete. Su parecido mismo no os disgustará, al menos yo lo espero. Esta pequeña nariz *cuadrada*, es una hermosa pieza que debe encontrarse en vuestra casa (2). Encuentro agradable que las narices de los Grignan no hayan querido permitir más que ésta y no hayan querido oír hablar de la vuestra. Esto hubiese sido más pronto hecho; pero han tenido miedo de las extremidades y no han temido esta modificación. El pequeño marqués está muy bonito, y para no ser cambiado por otro mejor, no es preciso que tengáis pena. Habladme á menudo de esa pequeña población y de las distracciones que en ella encontráis. Yo vine el domingo de Livry. No he visto al coadyutor ni á ningún Grignan desde que estoy aquí. Dejo á La Garde el cuidado de mandaros noticias. Me parece que todo está como antes. *Io* está en las praderas con toda libertad, y no está observada por ningún *Argos*; Juno, tonante y triunfante (3). Corbinelli vuelve; yo me voy dentro de dos días á recibirle á Livry. El cardenal me quiere tanto como nosotros; el gran abate me ha enseñado cartas agradables que os escriben. En fin, después de haber dado mil vueltas,

(1) Se trataba de un niño nacido á los ocho meses.

(2) Alusión á la nariz de Mad. de Sevigné que era un poco *cuadrada*.

(3) Madame de Ludres y Mad. de Montespan.

nuestra alma está verde; ha sido un gran juego para Su Eminencia, un espíritu nuevo, como el de nuestro amigo. Adiós, mi muy querida hija, continuad amándome, instruidme de vuestro estado en pocas palabras, pues yo os recomiendo siempre el acortar vuestros escritos. En cuanto á mí, yo no tengo más correspondencia que la vuestra y escribo una carta en varias veces.

Creo que Mad. de Coulanges no irá á Lyon; tiene demasiados asuntos aquí. ¡Oh! ¡cuánto polvo hago! ¿Cómo es que tenéis una hermana (1) y ésta no es Mad. de Rochebonne? Yo os desearía para la una los mismos sentimientos que para la otra; pero me parece que no es la misma cosa.

À LA MISMA

Livry, sábado 3 de julio de 1677.

¡Ah, querida mía! estoy disgustada con vuestro pobre niño; es imposible que esto no conmueva. No es, como ya sabéis, que yo haya contado con su vida. Lo encontraba según la pintura que se me había hecho sin ninguna esperanza; pero en fin, esta es una pérdida para vos; ya van tres. Dios os conserve el solo que os resta, pues me parece ya un hombre honrado. Más me gustaría su buen sentido y su recta razón que toda la vivacidad que se admira en algunos á esta edad y que son tontos á los veinte años. Estad contenta del vuestro, hija mía, conducidle suavemente como á un caballo que tiene la boca delicada y recordad lo que os he dicho acerca de su timidez. Este consejo viene de gentes más hábiles que yo y se ve que es muy bueno.

En cuanto á Paulina, tengo una pequeña cosa que deciros; y es que de la manera con que la representáis, podría muy

(1) La marquesa de Saint-Andiol, hermana de Mr. de Grignan.

bien ser tan bella como vos. He aquí justamente como vos erais. Dios os preserve de un parecido tan exacto y de un corazón hecho como el mío. En fin, veo que la amáis, que ella es amable y que os divierte.

Yo quisiera poder abrazarla y reconocer *esa carita de perro que yo he visto en alguna parte*. Estoy aquí desde ayer mañana; tenía deseos de esperar á Corbinelli al paso y de reunirme al extremo de la avenida para hablar con él hasta mañana. Hemos tomado todas las precauciones. Hemos enviado á Claie y encuentra que había pasado media hora antes. Voy mañana á verle en París y os diré las noticias de su viaje, pues no acabaré esta carta hasta el miércoles. ¡Ah, querida mía cómo os desearía yo noches como las que aquí se disfrutan ! ¡ Qué aire tan suave y tan grato ! ¡ Qué frescura, qué tranquilidad y qué silencio ! Quisiera poder enviaros todo esto y que vuestro viento del norte quedase confundido. Me decís que tengo pena por vuestra delgadez : yo os lo confieso, es por que ella habla y dice vuestro mal estado de salud. Vuestro temperamento es de estar gruesa, si no es como vos decís, que Dios os castiga por haber querido destruir una salud tan bella y una máquina tan bien compuesta : es una falta tan grande semejantes atentados que Dios es justo cuando los castiga ; pero los que están afligidos por ello, tienen mucha razón de estarlo. Queréis persuadirme de la dureza de vuestro corazón para asegurarme acerca de la pérdida de vuestro pequeño. Yo no sé, hija mía, de dónde sacáis tal dureza , yo no la encuentro más que para vos, pero para mí, y para todo lo que debeis amar, no sois sino demasiada sensible ; este es vuestro gran mal y por el cual estáis devorada y consumida. ¡ Ah, querida mía ! Tomadla con nos otros y dadnos el cuidado de vuestra persona ; contaos por algo y os estaremos obligados de todas las pruebas de amistad que nos deis por este lado. No podréis hacer nada por mí que conmueva mi corazón más sensiblemente. Estoy admirada de que el joven marqués y su hermana no se hayan incomodado con la venida del hermanito. Busquemos un poco dónde

habrán tomado este corazón tranquilo; no es en vos seguramente.

Bien veis que la longitud de esta carta viene precisamente del abuso que yo hago del permiso de hablar en Livry, donde estoy sola sin ningún asunto. Yo debería hacer un cumplimiento á Mr. Grignan por la muerte de este pequeño, pero cuando se piensa que es un ángel que va delante de Dios, la palabra dolor y aflicción no puede pronunciarse: es preciso que los cristianos se regocijen, si tienen el menor principio de la religión que profesan.

À LA MISMA

Livry, viernes 16 de julio de 1677.

Llegué ayer noche aquí, querida mía. Hace un tiempo perfectamente hermoso, estoy sola, en una paz, un silencio y un descanso que me tienen encantada. ¿No queréis que me distraiga en hablar un poco con vos? Pensad que no tengo trato ninguno más que con vos; cuando he escrito á Provenza ya he escrito á todos. No creo, en efecto, que tuvieseis la crueldad de llamar relaciones á una carta en ocho días á Mad. de Lavardin. Las cartas de asuntos, no son ni frecuentes ni largas. Pero vos, hija mía, sois la representante de diez ó doce personas que, poco más ó menos, son estos corazones de los cuales sois únicamente adorada y que yo os he visto contar por los dedos. No tienen todos más que una carta que escribir y son precisas doce para contestarla. Ved lo que esto significa por semana, y si no es para estar muerta y asesinada, pues cada una de ellas dice: «yo no quiero respuesta;» solamente tres líneas para saber cómo está. He aquí el lenguaje que usan, y yo la primera; en fin os agoviamos, pero lo hacemos con toda la delicadeza y la cultura de aquel hombre de la comedia que daba de palos á otro con una cara muy alegre y

diciendo con una gran reverencia : « Perdón, señor, vos lo queréis, yo lo siento mucho (1). » Esta aplicación es justa y demasiado fácil de hacer.

Ya no diré más acerca de esto.

El miércoles por la noche después de haber escrito, me rogaron con toda suerte de amistades que fuera á cenar en casa de Gourville con Mad. de Schomberg, de Frontenac, de Coulanges, con el duque y con MMr. de la Rochefoucauld, Barillon, Briole, Coulanges y Sevigné.

El dueño de la casa nos recibió en un local nuevamente construido, el jardín de planta baja del Hotel de Condé, con caños de agua, gabinetes, paseos en las terrazas, seis instrumentos de aire en un rincón, seis violines en otro, dulces flautas un poco más cerca, una cena encantada, un bajo de viola admirable, una luna que fué testigo de todo. Si no odiarais el divertiros, sentiríais no haber estado con nosotros.

Es verdad que el mismo inconveniente del día en que vos estabais llegó y llegará siempre, es decir, que se reúne una muy buena compañía para callarse y á condición de no decir una palabra. Barillon, Sevigné y yo, nos reíamos y pensábamos en vos. Al día siguiente que era jueves, fui á Palacio y lo hice tan bien, según dice el abate, que obtuve una pequeña injusticia después de haber sufrido muchas muy grandes, por la cual cobraré doscientos luisas, esperando otros setecientos que debería tener hace ocho meses y que se dice tendré este invierno. Después de esta miserable y pequeña expedición, vine aquí por la noche para descansar, y resuelta estoy á permanecer hasta el ocho del mes próximo que será preciso irme para preparar el viaje á Borgoña y á Vichy.

Iré algunas veces á comer á París. Mad. de La Fayette está mejor. Yo iré á Pomponne mañana ; el grande Hacqueville está allí desde ayer, yo le traeré aquí. El *frater* va en casa de la bella y la regocija mucho ; ella es naturalmente alegre. Las madres le ponen también muy buena cara.

(1) *El casamiento forzoso*, comedia de Molière.

Corbinelli me vendrá á ver aquí ; la ha aprobado y admirado lo que decís de esta metafísica y del modo que habéis tenido de comprenderla. Es verdad que se meten en grandes embarazos, lo mismo acerca de la predestinación que de la libertad. Corbinelli lo resuelve más atrevidamente que nadie ; pero los más sabios salen del apuro por un *altitudo* ó por imponer silencio, como nuestro cardenal. El más hermoso galimatías que yo he visto, está en el artículo veinte y seis del último tomo de los *Ensayos de moral*, en el *Tratado de tentar á Dios*. Esto divierte mucho, y cuando por otra parte se es sumiso, las costumbres no están desarregladas, y esto no se hace más que para confundir los falsos razonamientos, no hay en ello gran mal, pues si quisiesen callarse, nosotros no diríamos nada. Pero querer por la fuerza establecer sus máximas, traer á san Agustín por miedo de que le ignoremos, poner á la luz todo lo que hay de más severo, y después concluir como el P. Bauny (1) de miedo de perder el derecho de reñir, esto es verdaderamente lo que impacienta ; y en cuanto á mí, siento que hago como Corbinelli. Que me muera si no prefiero mil veces á los jesuitas ; estos son almenos todos de una pieza, uniformes en la doctrina y en la moral ; nuestros hermanos dicen bien y concluyen mal : no son sinceros ; heme aquí en Escobar. Hija mía, ya veis cómo me distraigo y me divierto.

He dejado á Beaulieu con el copista de Mr. de la Garde ; no deja un momento mi original. No he tenido esta complacencia para Mr. de la Garde, sino con mucho trabajo ; ya veréis, ya veréis lo que es este pintarrajo. Deseo que los últimos rasgos sean más felices, pero ayer era una cosa horrible. He aquí lo que se llama querer tener una copia del hermoso retrato de Mad. de Grignan, y yo soy bárbara cuando lo rehuso. Es decir, no le he rehusado, pero estoy contenta de no encontrar una tal profanación del rostro de mi hija. Este pintor es un joven de Turnay á quien Mr. de la Garde da tres luises al

(1) Jesuita ridiculizado en las « Cartas provinciales. »

mes. Su designio ha sido al principio hacerle pintar mamparas, y finalmente es Mignard á quien se trata de copiar. Hay un poco de vanidad en la mayor parte de estos pensamientos; pero silencio, pues yo quiero mucho á la persona de quien hablo.

Yo quisiera, hija mía, que tuvieseis un preceptor para vuestro hijo; es lástima el dejar su espíritu *inculto*; yo no sé si no es todavía muy joven para dejarle comer de todo; es preciso examinar si los niños son carreteros, antes de tratarles como á carreteros: se corre el riesgo de hacerles malos los estómagos y esto trae consecuencias.

À LA MISMA

Les lettres de Madame de Sévigné à sa fille.

El barón esta aquí y no me deja poner el pie en tierra, tan aprisa me lleva en las lecturas que emprendemos. Esto no es, sin embargo, sino después de haber hecho honor á la conversación. Don Quijote, Luciano, las pequeñas cartas (1), he aquí lo que nos ocupa. Quisiera con todo corazón, hija mía, que hubieseis visto con qué aire y con qué tono hacía esta última lectura; toman un precio particular cuando pasan por sus manos. Es una cosa divina, y por lo serio es una burla perfecta.

Estas lecturas me son siempre nuevas y creo que esta clase de distracción os divertiría tanto como la *indefectibilidad de la materia*. Yo trabajo mientras que leen, y el paseo está tan á la mano, como sabéis, que se está diez veces en el jardín y diez veces se vuelve. Creo hacer un viaje de un instante á París. Tracremos á Corbinelli, pero yo dejaré este bonito y apacible desierto y partiré el diez y seis de agosto para la Borgoña y para Vichy. No estéis con cuidado de ninguna manera por mí

(1) *Cartas provinciales.*

conducta en las aguas. Como Dios no quiere que yo esté allí con vos, es preciso pensar en someterse á lo que él ordena. Yo trato de consolarme en el pensamiento de que dormís, coméis y reposáis y que no estáis devorada por mil *dragones*, que vuestro bonito rostro tome de nuevo su agradable figura; que vuestra garganta no es ya como la de una persona ética : en estos cambios es en los que yo quiero encontrar un lenitivo á nuestra separación. Cuando la esperanza quiera mezclarse á estos pensamientos, será muy bien acogida y tendrá su sitio admirable. Yo creo á Mr. de Grignan con vos.

Le hago mil cumplimientos por todas sus prosperidades; ya sé cómo se le recibe en Provenza y nunca me admiro de que se le quiera mucho. Le recomiendo á Paulina y le ruego la defienda contra la filosofía. No os quitéis los dos este bonito divertimento. ¡Ah! Se tiene tan á menudo los placeres á elegir. Cuando se encuentra alguno inocente y natural en nuestra mano, me parece que no es preciso tener la crueldad de privarse de él. Yo canto, pues, una vez más : *amad, amad, Paulina, amad su gracia extrema* (1).

Esperaremos hasta la fiesta de Saint-Remi lo que pueda hacer Mad. de Guenegaud por su casa.

Si no tiene nada hecho para entonces, tomaremos nuestra resolución y buscaremos una para navidad. No será sin mucha pena para mí el perder la esperanza de estar bajo un mismo techo con vos; puede ser que esto se arregle cuando menos lo pensemos. Creo que Mr. de la Garde se irá bien pronto: yo le diré adiós en París, y esto os será un aumento de buena compañía. Mr. de Charost me ha escrito para hablarme de vos : os envía mil recuerdos.

Me ocurre, hija mía, el pensar como vos, sobre el poema épico; la brillantez del *Tasso* me ha encantado. Creo sin embargo, que os aficionaréis á *Virgilio*. Corbinelli me la ha hecho admirar, sería preciso alguno como él para acompañaros en

(1) Parodia de un verso de la ópera *Theseo* : acto 2.º, escena 1.º

este viaje. Voy á empezar el *Cisma de los Griegos*; se ha hablado muy bien de él : aconsejaré á la Garde **que es le lleve**. No tengo ninguna clase de noticias.

À MADAME DE GRIGNAN (1)

Paris, viernes por la noche 15 de setiembre de 1679.

Estoy en una gran tristeza por no tener noticias vuestras. Encuentro mil cosas en mi camino que me hieren los ojos y el corazón. Estuve ayer en casa de Mlle. de Meri; de allí vengo ahora : está sin fiebre, pero tan agoviada de sus males ordinarios y de sus vapores, tan apurada y tan disgustada por vuestra partida, que da lástima. No se atreven á hablarla de nada ; todo le hace mal y le hace sudar, ella misma me ha rogado que os participara su estado de tristeza. ¡ Dios mío, qué ganas tengo de saber cómo os encontráis en ese barco ! ¡ Y siempre ese **barco** ! Siempre os veo en él y casi siempre y casi nada en la hostelería. Yo creo que después de esta marcha tan lenta deseareis fatigas como podriais querer un olor fuerte después del perfume del azahar. En fin, hija mía, espero noticias vuestras y de toda vuestra tropa á la cual abrazo de todo mi corazón. Me parece que todos los cuidados y todos los ojos están vueltos hacia vos : además de la persona calificada que sois, sois una persona tan delicada que es preciso no ocuparse más que de vos. He visto á la marquesa de Uxelles (2) que os hará un digno recibimiento en Chalons : allí os dirijo esta carta.

Henos ya de nuevo con los escritos por cima de los ojos : pero por lo menos no tengo ya sobre mí corazón la pena de no haberos tenido junto á mí ; no tengo por qué sentir ni un

(1) Madame de Grignan habia permanecido en París desde los primeros días de noviembre de 1677 hasta la mitad de setiembre de 1679, y acababa de partir para la Provenza.

(2) Su hijo era Gobernador de la ciudad de Chalons.

solo momento el no haber sabido aprovechar el tiempo que he estado junto á vos. En fin, ya ha pasado, pasó este tiempo tan querido; mi vida pasaba demasiado pronto, yo no la sentia, y todos los días me quejaba de ello: esto no duró más que un momento. Debo á vuestra ausencia el placer de sentir la duración de mi vida en toda su amplitud; no sé ninguna noticia: *el que no ve nada no tiene nada que decir* (1). — El rey de Inglaterra está muy enfermo. La reina de España grita y llora: es la estrella de este mes. Desearia entreteneros más, pero es tarde y os dejo reposar. Os deseo una muy buena noche. — ¿Es posible que yo ignore lo que ha sucedido á esa barca que he visto con tanto sentimiento alejarse de mí? Esta ignorancia me causa mucho sentimiento. Pero si no habéis escrito tengo al menos el consuelo de creer que no es por culpa vuestra y que mañana tendré una de vuestras cartas. Ved aquí á lo que todo ha quedado reducido en lugar de estar con vos todos los días y todas las noches.

À LA MISMA

Paris, viernes 20 de octubre de 1679.

¡Qué! ¿Pensáis escribirme grandes cartas sin decirme una palabra acerca de vuestra salud?

Pienso, querida hija, que os burláis de mí. Para castigaros os advierto que he hecho de este silencio el peor uso que he podido; he comprendido que teniais las piernas más mal que de ordinario, puesto que no me deciais nada de ellas, y que seguramente si hubieseis estado un poco mejor os hubiarais apresurado á comunicármelo; ved aquí cómo he razonado, ¡Dios mío, qué feliz era yo cuando estaba tranquila en lo que

(1) *Quiconque ne voit quère n'a quère à dire aussi.* La Fontaine, fábula de los dos pichones.

se refiere á vuestra salud! ¿Y de qué tenía yo que quejarme, en relación con los motivos que tengo presentamente?

No es que para mí á quien impresionan mucho los objetos, y que amo apasionadamente vuestra persona, no sea la separación un gran mal; pero la circunstancia de vuestra delicada salud es tan sensible, que ésta borra la otra. Comunicadme de hoy en adelante el estado en que os encontráis, pero con sinceridad.

Yo os he dicho todo cuanto sabía respecto á vuestras piernas, si no las abrigáis mucho, no estaréis nunca mejorada. Cuando pienso en esas piernas desnudas dos ó tres horas durante la mañana, mientras escribís... ¡Dios mío! ¡querida mía! ¡Qué malo es esto! Yo veré si vos tenéis cuidado de mí. Yo me purgaré el lunes por cariño á vos. Verdad es que en el mes pasado no tomé ninguna píldora. Admiro que lo hayáis sentido, pero o, advierto que no tengo ninguna necesidad de purgarme. Lo hago por causa de estas aguas y para evitaros disgustos; odio mucho estas fiebres que andan en vuestro alrededor.

El caballero os envía todas las noticias; él sabe más que yo, aunque esté un poco incómodo á causa de su brazo, y por consecuencia muy á menudo en mi habitación. Ayer estuve á ver al bello abate. Me es preciso siempre algún Grignan; sin esto me parece que estoy perdida. Ya sabéis cómo Mr. de la Salle (1), ha comprado el cargo á Mr. de Tilladet. Es bien raro dar quinientos mil francos por ser subalterno de Mr. de Marsillac. Más me gustarian á mi parecer los subalternos de los cargos de guerra. Se habla mucho del matrimonio de Baviera. Si se le hiciese de los caballeros (*de la orden*), sería una bonita cosa; veo muchas gentes que no lo creen. He recibido una carta de muy lejos, la cual os guardo; está llena de todo cuanto hay en el mundo de más amable, reconocido, y de un estilo admirable. En cuanto al pobre Corbinelli, no conozco

(1) Luis de Caillebot, marqués de la Salle, subteniente de caballería ligera.

corazón mejor que el suyo : y en cuanto á ingenio, él os agradaba mucho antes. Mira con respeto la ternura que tengo por vos, es un original que le hace conocer hasta dónde puede extenderse el corazón humano.

Está bien lejos de aconsejarme que me oponga á esta pendiente : conoce la fuerza de los consejos sobre semejantes asuntos.

El cambio de mi amistad por vos, no es una obra de la filosofía ni de los razonamientos humanos. No busco el deshacerme de esta cara amistad, hija mía. Si en el porvenir me tratáis como se trata á una amiga, vuestro trato será encantador; á mi me colmará de alegría y marcharé como por vías nuevas. Si vuestro temperamento, poco comunicativo como vos decís, os impide aún darme este placer, yo no os amaré menos por eso; ¿no estáis contenta de lo que yo siento por vos? ¿Deseáis aún más? Este es vuestro flaco. El otro día hablábamos de vos Mad. de La Fayette y yo, y convinimos en que no había en el mundo más que Mad. de Rohan y Mad. de Soubise que estuviesen en tan buena armonía como nosotros estamos; y ¿dónde encontrarían una hija que viva con su madre tan agradablemente como vos vivís conmigo? Nosotros las recorrimos todas : en verdad os hicimos justicia, y hubierais estado muy contenta de oír todo lo que declamos.

Me parece que tiene grandeseo de servir á Mr. de Grignan; ella ve bien claro el interés que yo tengo en ello, y estoy segura de que estará alerta acerca de los caballeros, y sobre todo el matrimonio se hará dentro de un mes á pesar del *cangrejo* que toma el aire todo lo que puede, pero que no obstante estará más roja para entonces.

Madame de La Fayette toma caldos de víboras que le dan espíritu y fuerzas á ojos vistos. Ella cree que esto os sentaría admirablemente. Se corta la cabeza y la cola á la víbora, se la abre, se le arranca la piel, y todavía se mueve; una hora, dos horas pasan, y todavía se la ve moverse. Nosotros comparamos esta cantidad de espíritus tan difíciles de apaciguar, á las viejas pasiones y sobre todo, á las de este barrio. ¿Qué no se

hace aquí? Se dicen injurias, rudezas, crueldades, desprecios, querellas, quejas, rabias, y siempre se remueven, no se ve el fin. Se cree que cuando se les arranca el corazón, ya se ha terminado, y no hay más que hablar, nada de eso; todavía están vivas, todavía se mueven. Yo no sé si esta tontería os parecerá como á nosotros, pero la encontramos agradable. Se puede á menudo hacer aplicación de ella.

Ved aquí nuevos asuntos que nos vienen; creo que vais á Lambesc. Es preciso tratar de cuidarse, de ajustar un poco los dos extremos del año que están desquiciados, y los días pasarán. Yo he visto que soy avara de ellos, y los arrojo á la cabeza presentemente. Me vuelvo hacia Livry, hasta la fiesta de Todos los Santos; tengo todavía necesidad de esta soledad. No quiero llevar á nadie; leeré, trataré de pensar en mi conciencia, el invierno será todavía largo.

Vuestro *pichón* está en los Rochers como un ermitaño paseándose en los bosques. Ha hecho muy bien sus estados. Tenía deseos de estar en amores con una señorita de la Corte. Hacía todo cuanto podía por encontrarla buen partido, pero no ha podido. Este asunto tiene *una costilla rota*; (1) esto es bonito. Se marcha á Bodegat, de allí á Burón y volverá por *Noche Buena* con Mr. de Harouis y Mr. de Coulanges. Este último ha hecho canciones extremadamente bonitas; señoritas, yo os las enviaré. Había en Rennes una señorita Descartes (2) propia sobrina de *vuestro padre* (*Descartes*) que tiene ingenio como él; ella hace muy buenos versos. Mi hijo os habla, os apostrofa, os adora, no puede vivir sin su *pichón*; no hay nadie que no fuese engañado. En cuanto á mí, yo creo su amistad muy buena, con tal que se le conozca para ser todo lo que sabe; ¿se le puede pedir más? Adiós, mi muy querida y muy amable; no quiero emprender ahora el deciros cuánto

(1) Expresión de Mad. de Grignan, alusión á la *costilla* del Génesis.

(2) Catalina Descartes, hija de un consejero del Parlamento de Bretaña. Tenía mucho mérito, lo cual hizo decir que el ingenio de su tío se había afeminado.

os amo; creo que al fin esto os aburriría. Yo envío mil recuerdos á Mr. de Grignan, á pesar de su silencio. Esta mañana he estado con el caballero de la Garde : siempre pie ó ala de esta familia. Señoritas, ¿cómo lo pasan Vds.? y esa fiebre, ¿qué ha sido de ella? Mi querido marquesito; me parece que vuestra amistad ha disminuído considerablemente. ¿Qué respondéis? Paulina, mi querida Paulina, ¿dónde estáis, querida mía?

Á LA MISMA

Paris, miércoles 22 noviembre de 1679.

Vais á quedar bien sorprendida y bien incomodada, mi querida hija: Mr. de Pomponne es desgraciado; tuvo orden el sábado por la noche, cuando volvía de Pomponne, de dimitir su cargo. El Rey había arreglado que tuviera setecientos mil francos, y que la pensión de veinte mil que tenía como ministro, le sería continuada. Mr. de Pomponne se mostró por este arreglo que estaba contento de su fidelidad. Fué Mr. de Colbert quien le hizo este cumplimiento, asegurándole que *estaba desesperado de verse obligado*, etc.

Mr. de Pomponne preguntó si no podría tener el honor de hablar al Rey y saber de su boca cuál era la falta que había atraído este castigo. Se le dijo que no podía ser; de suerte que escribió al Rey para marcarle su extremo dolor y la ignorancia en que estaba acerca de lo que podía haber contribuído á su desgracia. Le habló de su numerosa familia, y le suplicó tuviese consideración á ocho hijos que tenía. Mandó enganchar la carroza y vino á Paris, donde llegó á media noche. Mr. de Pomponne no era de esos ministros, sobre los que una desgracia cae á propósito para enseñarles la humanidad que ellos han olvidado casi todos; la fortuna no había hecho más que emplear las virtudes que tenía para la felicidad de los otros. Se le amaba, sobre todo, por que se le honraba infinitamente. Hemos estado, como ya os dije el

viernes, en Pomponne, Mr. de Chaulnes, Caumartin y yo. Le encontramos, así como á las damas, que nos recibieron muy alegremente. Se habló toda la tarde, se jugó al ajedrez. ¡ Ah! ¡ qué juego se le preparaba en Saint-Germain! Fué allá al día siguiente por la mañana, por que un correo le esperaba; de suerte que Mr. Colbert que creía encontrarle el sábado á la hora ordinaria, sabiendo que había ido derecho á Saint-Germain, volvió sobre sus pasos y pensó reventar sus caballos.

Nosotros no partimos de Pomponne hasta después de comer; dejamos allí las damas, y Mad. de Vins me encargó mil recuerdos para vos. Era preciso, pues, comunicaros esta triste nueva. Un ayuda de cámara de Mr. de Pomponne que llegó el domingo á las nueve á la habitación de Mad. de Vins, fué quien se encargó de hacerlo. Era una marcha extraordinaria la de este hombre, y estaba tan excesivamente cambiado, que Mad. de Vins creyó que venía á anunciarle la muerte de Mr. de Pomponne.

De suerte, que cuando supo que no estaba más que destituido, respiró. Pero sintió su mal cuando se hubo repuesto, y fué á decírselo á su hermana. Ambas partieron al instante dejando todos sus hijos bañados en lágrimas y agobiadas de dolor; llegaron á París á las dos de la tarde. Ya podéis representaros su entrevista con Mr. de Pomponne y lo que sintieron al verse en tan diferente estado del que pensaban estar la víspera. Yo supe esta noticia por el abate de Grignan. Os confieso que me fué derecha al corazón.

Yo iba á su casa por la noche, pues no se les vela en público y encontré á los tres; Mr. de Pomponne me abrazó sin poder pronunciar una palabra; las damas no pudieron retener sus lágrimas ni yo las mías; hija mía, vos hubierais vertido las vuestras; aquello era un espectáculo doloroso.

La circunstancia de que acababamos de dejar á Pomponne de una manera tan diferente, aumentó nuestra ternura. En fin, no puedo representaros esta situación. La pobre Mad. de Vins, á quien yo había dejado tan buena, no era conocida. Una fiebre de quince días no la hubiera cambiado más. Me habló de vos

y me dijo que estaba persuadida de que sentiríais su dolor y el estado de Mr. de Pomponne; yo se lo aseguré. Hablamos del golpe que sentía por esta desgracia que es espantable para sus negocios, para la felicidad de su vida y para la fortuna de su marido. Mr. de Pomponne no estaba en favor, pero estaba en estado de obtener ciertas cosas ordinarias, que hacen sin embargo el establecimiento de las gentes. Hay muchos grados por bajo del favor de los otros que hacen la fortuna de los particulares. Así era una cosa bien grata el encontrarse naturalmente establecido en la Corte.

¡Oh, Dios, qué cambio! ¡Qué cuidados, qué economía en esta casa! ¡Ocho hijos! No haber tenido tiempo de obtener la menor gracia. Deben treinta mil libras de renta: ved lo que les quedará. Van á reducirse tristemente en París y en Pomponne. Se dice que tanto de los viajes, como de los correos que esperaba, incluso el de Baviera que llegó el viernes y que el Rey esperaba con impaciencia, ha procedido en parte su desgracia (1). Pero vos comprenderéis fácilmente estas conductas de la Providencia, cuando sepáis que es el presidente Colbert quien ha obtenido el cargo. Como él está en Baviera, su hermano le ha nombrado entre tanto y le ha escrito regocijándose y para sorprenderle, como si se hubiese equivocado, una carta con el siguiente sobre: *A Mr. Colbert, Ministro y secretario de Estado*. Yo he hecho mis cumplimientos en la afligida casa; no podía hacer otra cosa mejor. Reflexionad un poco acerca del poder de esta familia, unid los países extranjeros y comprenderéis que todo lo que está del otro lado, *donde se casan* no vale esto. Mi pobre hija, ved aquí bien de detalles

(1) Las memorias y las cartas contemporáneas están de acuerdo para atribuir la desgracia de Mr. de Pomponne á su negligencia. Voltaire da una memoria escrita de manos de Luis XIV, en que el mismo Rey explica la despedida del Ministro. « Todo lo que pasaba por él perdía la grandeza y la fuerza que se debe tener ejecutando las órdenes de un rey de Francia, que no es desgraciado. » Además Pomponne era jansenista, y Louvois y Colbert trabajaron para perderle, el primero para poner en su puesto á un amigo y el segundo á su hermano Colbert de Croissy. Este último fué el que venció.

y circunstancias ; pero me parece que no son desagradables en esta clase de ocasiones. Me parece también que vos queréis que se os hable siempre : yo he hablado demasiado. Cuande vuestro correo venga ya no tengo nada que presentarle. Esta

otra de mis penas ; la de seros de hoy en adelante inútil. Es verdad que la era ya para Mad. de Vins, pero hablábamos juntas. En fin, hija mía, esto ya está hecho ; ved lo que es el mundo. Mr. de Pomponne es más capaz que nadie de sostener esta desgracia con valor, con resignación y con mucho cristianismo. Cuando, por otra parte, se ha usado como él de la fortuna, no se deja de ser compadecido en la adversidad.

Todavía es preciso, querida mía, que os diga una palabra acerca de vuestra carta ; me ha dado un sensible consuelo. He visto la salud del pequeño confirmada y la vuestra, mi querida hija, de la cual me decís maravillas. Me aseguráis que estaría bien contenta si os viese : tenéis razón de creerlo así. ¡Qué espectáculo tan encantador el veros dedicada á vuestra salud, á reposaros, á restableceros ! es un placer que no me habéis dado jamás. Ya veis que no tomáis este cuidado inútilmente. El éxito es visible ; y cuando yo me atormento desde aquí para inspiraros la misma atención, comprendéis que la razón está de mi parte.

Á LA MISMA

París, miércoles 10 de enero 1680

Si yo tuviese un corazón de cristal en que pudieseis ver el dolor triste y sensible de que yo estoy penetrada al ver que deseáis que mi vida esté compuesta de más años que la vuestra, conoceríais bien claramente con qué verdad y que ardor deseo yo también que la Providencia no altere el orden de la Naturaleza, que me ha hecho nacer vuestra madre y venir á este mundo mucho antes que vos. Es la regla y la razón, hija mía, que yo parta la primera, y Dios, para quien nuestros

corazones estan abiertos, sabe bien con qué instancia le pido que este orden se cumpla en mí. Es imposible que la verdad y la justicia de este sentimiento no os penetren, como yo estoy penetrada de él. De aquí, hija mía que no os costará trabajo el representaros qué suerte de interés tengo por vuestra salud. Yo os conjuro por toda la amistad que tenéis por mí á no escribir sino una hoja todo lo más: mandad á cualquiera que escriba, y ni aun dictéis vos, pues esto fatiga. En fin, yo no puedo encontrar ya placer en lo que me encantaba otras veces en vuestra ausencia, y vuestras grandes cartas me hacen más daño que á vos; yo os ruego evitarme esta pena; aun me restan bastantes. Mad. de Schomberg os aconseja, que si queréis de todas maneras tomar café, pongáis en él miel de Narbona en lugar de azúcar; esto consuela el pecho, y con esta modificación se le deja tomar á Mr. de Schomberg, cuya salud es extremadamente mala desde hace seis ó siete meses. La mía es perfecta; ya os he dicho cómo me había purgado á maravilla y además he tomado agua de cerezas. En cuanto á mis manos, creo que están curadas: yo no pienso más en ellas. ¡ Ah, mi querida hija! no penséis más que en vos, no olvidéis nada de todo lo que debe aliviarnos; conocéis demasiado la amistad para dudar de lo que yo sufro, cuando pienso en el estado en que os encontráis, y este pensamiento no se aparta de mí.

Soy de vuestra opinión en todo lo que se refiere á la casa de la Delfina. El mariscal d'Humieres ha dicho á Bonville que él era servidor de los devotos; después, que él veía al mariscal de Bellefonds, caballerizo, Mad. de Effiat, aya y Mad de Vibraye dama de honor. Se dice que esta última es rechazada, por que se ha dado demasiada importancia y ha hecho excesivas proposiciones. Se pretende que toda plaza para la cual se es escogido en la *casa del señor*, honra á la persona nombrada: todo está realzado ahora. Antes, las damas de honor de la reina eran marquesas y todos los grandes cargos de la casa del Rey eran para los señores: hoy todo es duque y mariscal de Francia: todo ha subido.

Mr. de Pomponne ha vuelto para terminar sus asuntos ; van á pagarle. Veo bastante á menudo á Mad. de Vins, que no teniendo nada nuevo que deciros, no escribe por no obligaros á escribir inútilmente. Mr. de Bussy y su hija (Mad. de Coligny) han cenado aquí dos veces ; en verdad que tienen mucho ingenio ; me han rogado mucho que os dé sus recuerdos. El pequeño Coulanges está aquí, tal como vos le habéis visto ; la mariscala de Rochefort le lleva con ella á presencia de la Delfina.

Yo le aconsejo que haga este viaje, puesto que no tiene otra cosa mejor que hacer, y puede ser que escribiendo bonitas relaciones esto le haga bien. Adiós, querida mía, yo no sé nada ; creo que haciendo mis cartas un poco menos infinitas os mandaria menos pensamientos y menos ganas de responder : esto es lo que yo deseo, no pudiendo jamás querer otra cosa que aquello que os es conveniente.

Mi hijo ha vuelto á la baja Bretaña á pasar los Reyes. Es una bella fiesta ; yo la pasé sola al lado del fuego. Asegura que estará aquí el veinte. ¡ Dios lo quiera !

À LA MISMA

Paris, viernes 26 de enero de 1680.

Quiero comenzar por vuestra salud, que es lo que únicamente interesa mi corazón. Sin perjuicio de este continuo pensamiento, veo, entiendo y tomo interés en todas las cosas de este mundo, las cuales están más próximas ó más lejanas de mí, según que tienen más ó menos relación con vos ; vos me dais hasta la atención que tengo por las noticias. Yo estoy muy mimada, muy cuidada, mi querida hija ; vos no estáis en el torbellino y yo estoy en reposo, por vuestro reposo ; pero no estoy por este calor y esta pesadez, ni por este dolor sordo, aunque sin fatiga. Yo quisiera más bien un poco más

esclarecimiento sobre un punto tan importante : tantos cuidados como se tienen de vos, no son sin razón ni por pura precaución. Deseo que hayáis cambiado en lo de la escritura y que sea sinceramente que no queréis mataros con vuestro escritorio ; confirmadme esta buena opinión de vos y no me escribáis en ningún caso grandes cartas ; ya me escribís bastantes y aun demasiado. Montgobert, por otra parte, lo hace muy bien, y como ya os he dicho, puede hasta evitaros el dictar. Yo quisiera que ella mezclase una palaora suya acerca de vuestra salud.

He recibido al fin, una carta de mi hijo : está en Nantes ; no ha estado más que veinte días de viaje y no ha hecho más que noventa leguas en Bretaña en el mes de enero para solemnizar la fiesta de los reyes sin ningun amor. Yo le digo que se guarde bien de decir esto á los demas, y que para no desacreditarse, es preciso que deje comprender una pasión verdadera ó falsa ; sin esto parecerá mas breton que todos los bretones. Le ruego también que no permanezca en Nante para nuestros asuntos. Estos no son verosímiles y me incomodaría mucho el que se me creyese bastante tonta ó bastante avara para preferir negocios de nada, á la necesidad de hacer su corte en una ocasión como esta. Me parece que está preocupado ; pero en fin, volverá bastante pronto para partir con Mr. de Chaulnes. Ved mi bondad : le he hecho retener un sitio en su carroza.

En verdad, ya no me acuerdo del pequeño Gonor, os dejo el cuidado á vos y á vuestro hermano, de estas antiguas fechas. Sin la presencia de **MADemoiselle**, yo hubiera renunciado á Mlle. d'Epernon ; yo dije este día y siempre estas tonterías que vos llamáis bonitas y que es todo lo que se puede hacer por suavizarlas. Vos queréis sacar de este rango, el cumplimiento que hice á Mad. de Richelieu : yo lo deseo, pues parece á lo que le hubiera dicho Mr. de Grignan, ~~ya pensaba~~ en ello. He aquí justamente de estas cosas que le suceden cuando habla y cuando escribe : es lo que hace que sus cartas sean siempre durante dos meses el ornamento de todos los

bolsillos. Mad. de Coulanges tiene todavía la suya y la enseña. ¿No es esto gracioso? Por lo demás, querida mía, no contéis tanto que vos estáis donde debéis estar, pues debéis contar también que algunas veces debéis estar aquí : es vuestro país y el de Mr. de Grignan ; yo viviría bien tristemente si no esperase volveros á ver este año. Mr. de Rennes (1) os guarda vuestra habitación y nos dará sin embargo todo el tiempo necesario para hacer trabajar en ella. No me debéis ningún agradecimiento por esta sociedad, pues en realidad no lo es, es un hombre admirable que no molesta nada, ni él, ni sus gentes. Su conversación es ligera, se le ve poco, trota bastante y no le disgusta el estar metido en su habitación ; se le desea, no se parece al difunto Mr. du Mans (2). En fin, él es tal, que si se deseara alguien que no fueseis vos, sería otro como él. Me ha rogado ya varias veces que os presente sus respetos y que os diga que por mucha alegría que él tenga el estar aquí, me ama demasiado para no tener muchos deseos de dejaros la plaza. No se habla ya de Mad. de Soubise ni aun se piensa en ella. Verdaderamente hay muchos otros asuntos, y yo creo que estoy loca distrayéndome en hablar de otra cosa.

Hace dos días que se tienen bastantes, como el día de Mademoiselle y Mr. de Lauzun ; se está en una agitación continua ; se envían noticias, se va á las casas para saberlas, se tiene curiosidad y he aquí lo que ha aparecido esperando el resto (3).

Mr. de Luxemburgo estaba el miércoles (24 de enero) en

(1) El obispo de Rennes, Juan Bautista de Beaumanoir, ocupaba por este tiempo un departamento en casa de Mad. de Grignan en el hotel Carnavalet.

(2) Filiberto Manuel de Beaumanoir, obispo de Mans.

(3) La Voisin, la Vigoureux y un sacerdote nombrado le Sage, conocidos en París como adivinos, unieron á este juego el comercio secreto de los venenos. Las piezas de su proceso estan conservadas en la Biblioteca del Arsenal. Se ve allí figurar la condesa de Soissons, á la duquesa de Bouillon, dos sobrinas del cardenal Mazarino, la condesa de Roure, Mlle. de Polignac, el marqués de Feuquiére, el marqués de Lesnac, el duque de Vendome, de Rubigni, Chaulieu, la marquesa de Fontel, el duque de Luxemburgo, Pedro Bonard, su intendente, etc., etc. Contra la condesa de Soissons y el duque de Luxemburgo, se hicieron cargos muy graves

Saint-Germain, sin que el Rey le pusiese la buena cara que de ordinario; se le advirtió que había contra él un decreto de detención: quiso hablar al Rey, ya pensaréis lo que se dijo. S. M. le contestó que si estaba inocente no tenía más que ir á ponerse en prisión, pues él había dado tan buenos jueces para examinar esta clase de asuntos, que les dejaba en libertad de conducta. Mr. de Luxemburgo rogó que no se le llevase á la prisión, y en efecto, subió en seguida en su carroza y se vino en casa del P. la Chaise. Mad. de Lavardin y de Mouci, que venían aquí, le encontraron en la calle de Saint-Honoré bastante triste en su carroza. Después de haber estado una hora con los jesuitas, fué á la Bastilla y entregó á Bezemaux (el gobernador) la orden que llevaba de Saint-Germain. Entró al principio en una habitación bastante buena. Mad. de Meckelbourg fué á verle allí y pensó desahacerse en lágrimas; al fin se marchó, y una hora después de su salida llegó una orden de ponerle en una de las horribles habitaciones enrejadas que están en las torres y donde apenas se ve el cielo y se prohíbe ver á todo el mundo. Ved aquí, hija mía, un gran asunto de meditación. Pensad en la brillante fortuna de tal hombre, en el honor que ha tenido de mandar los ejércitos del Rey, y representaos lo que fué para él oír correr los gruesos cerrojos; y si ha dormido por exceso de abatimiento, ¡pensad en su despertar! Nadie cree que haya veneno en este negocio (1). Os aseguro que esta es una especie de desgracia que borra muchas otras. Mad. de Tingry está citada para responder delante de los jueces.

La condesa de Soissons no ha visto la prisión; han querido darla el tiempo de huir, si es culpable. Jugó al escondite el miércoles, Mr. de Bouillon entró, y la rogó que pasara á su gabinete, y allí la dijo que era preciso salir de Francia ó ir á la Bastilla. No dudó; hizo salir con ella á la marquesa de Alluye,

(1) La humillación del mariscal de Luxemburgo, fué obra de Louvois, que no le perdonaba el haber dejado de ser su amigo y haberse aproximado á Colbert.

y no parecieron más. La hora de cenar llegó, se dijo que la condesa comía fuera de casa : todo el mundo se fué persuadido de que ocurría algo extraordinario.

Entre tanto se hicieron muchos paquetes; se recogió el dinero y la pedrería, se pusieron casacas grises á los lacayos y cocheros, en fin, se engancharon ocho caballos á la carroza. Hizo colocar cerca de ella, en el fondo, á la marquesa de Alluye que se dice que no quería ir, y dos doncellas en la delantera. Dijo á sus gentes que no pasasen cuidado por ella pues era inocente, pero que aquellas infames mujeres habían tenido la mala intención de nombrarla. Lloró, pasó á casa de Mad. de Carignan y salió de París á las tres de la mañana. Se dice que va á Namur.

Ya comprenderéis que no se tienen deseos de seguirla. No se dejará de hacer su proceso aunque no fuese más que para justificarla : ha muchas oscuridades en lo que dice la Voisin. El duque de Villerói parece muy afligido, ó por mejor decir, no parece, pues está encerrado en su habitación y no ve á nadie. Tal vez os diga yo alguna noticia antes de cerrar esta carta.

Madame de Vibraye ha vuelto á dedicarse á la devoción; Dios no ha querido que pase su vida, como vos decís muy bien, con sus enemigos. Mad. de Buri hace voltear muy bonitamente su molino de palabras. Si se ve la Princesa (de Conty) en París, Mad. de Vins desea que vaya á verla con ella. Pomenars ha sido tallado, ¿os lo he dicho ya? Yo le he visto; es un placer oírle hablar de todos estos venenos : dan tentaciones de decirle : ¿es posible que este solo crimen os sea desconocido? — Volonne dice su opinión como otro cualquiera, admirando las relaciones que se han tenido con bribones. La reina de España está casi tan encerrada como Mr. de Luxemburgo. Mad. de Villars decía el otro día á Mad. de Coulanges que si no fuese por el amor de Villars no pasaría su invierno en Madrid. Hace relaciones muy bonitas y muy agradables á Mad. de Coulanges creyendo bien que no irán más lejos. Yo estoy muy contenta de tener este placer sin estar obligada á contestar.

Mad. de Vins es de mi opinión. Mr. de Pomponne ha ido por tres días á respirar á Pomponne; él lo ha recibido todo y todo lo ha devuelto : esto es cosa hecha. Me oprime el corazón cuando me pregunta si no sé ninguna noticia : él está ignorante como en los bordes de el *Marne* : tiene razón de calmar su alma en tanto que pueda. La mía ha estado muy conmovida, así como la del abate, de lo que escribís de vuestra mano.

Vos no lo habéis sentido, mi querida hija, y es imposible leerlo con los ojos secos. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Contaros como buena para nada é inútil para todo! ¡Á mí, que no tengo más que vos en el mundo!

Comprended el efecto que esto ha podido hacerme : yo os ruego que no digáis mal de vuestro humor ; vuestro corazón y vuestra alma son demasiado perfectos para dejar ver estas ligeras sombras. Ahorradme un poco la verdad, la justicia y mi solo y sensible gusto, mi querida hija ; yo no contaría mi vida, si no me encontrara de nuevo con vos.

A LA MISMA

París, viernes 2 febrero de 1680.

Habéis escrito demasiado, querida mía ; os dejáis seducir por el deseo de hablar y abusáis así de vuestra delicada salud ; si yo sucumbiese tan fácilmente á la tentación de oiros discurrir en vuestras cartas, sería una gran cosa ; yo me divertía mucho en oiros contar el combate del pequeñuelo, combate que vos reducís á cuatro líneas lo más agradablemente de mundo. Decís que no estáis fuerte en la narración, y yo os digo que no se puede abreviar mejor una relación. Comprendo que os hayáis divertido con ese pequeño, que en rigor cree haberse batido. La prudencia del joven marqués me agrada.

Me representáis muy bien los diversos sentimientos de las señoritas de Grignan, ya tenía gana de conocerlos. Lo que decís de Paulina, es incomparable, así como el uso que hacéis de vuestra delicadeza para evitar los placeres de carnaval.

No olvidaré jamás la prisa que tenéis de distraeros rápidamente, tragando los días de carnaval como una medicina para encontraros pronto en el reposo de la cuaresma.

Vuestras personas, calificadas en *singular y en plural*, os consuelan mucho y representan muy bien los personajes. Es preciso no dudar de que oiros explicar todo esto, os será muy delicioso; pero sin embargo, hija mía, arrojo esta tentación por el pensamiento de que nada os es más perjudicial que el escribir y que caeríais en un momento en el dolor de que salís, que es todo cuanto en el mundo debemos evitar. Yo os conjuro pues, hija mía, á no jugar escribiéndome tanto como la última vez, si no queréis que reduzca mis cartas á una media página; pues yo os juro, mi querida hija, que, sea venganza ó no, usaré también de ella para haceros ver que vos me obligáis á romper toda relación: ved si queréis hacerme callar en un tiempo en que hay tanto que hablar. Yo abrazo á Mr. de Grignan, puesto que al fin con tanta pena y tanta ternura vos me habéis obligado á perdonarle, y le ruego en favor de esta reconciliación, que tenga cuidado de acortar estas líneas, que yo quiero de vos. Me parece que le habéis engañado y Montgobert también en la cantidad de las que me habéis escrito. Yo os pido tiernamente que no lo volváis á hacer. Vuestros razonamientos sobre Mad. de Saint-Geran son muy apropósito; hace tres semanas que Mad. de Buri está establecida en el puesto en que vos creáis á Mad. de Saint-Geran. La Delfina, no tendrá damas; vos conocéis su dama de honor y sus damas de servicio; esto en todo.

Hace ocho días que han partido con toda la casa para Schelstadt. Las doncellas han ido también. Son de gran nacimiento, sin ninguna belleza extraordinaria. Laval, los Birous, Tonnerre, Ramburez y la buena Montchevreuil tienen sus paquetes hechos. Se deja la sexta plaza para alguna alemana, si

la marquesa quiere traerla. El Rey acaricia y trata con tanta ternura á la princesa de Conty, que da gusto.

Cuando llega, la besa y la abraza y habla con ella ; no contraría la inclinación que por ella tiene ; es su verdadera hija y no la llama de otro modo. Sacad todas las consecuencias. *Ella es siempre de las gracias el modelo* y crece mucho ; no es superintendente de la *casa de la reina*, y no ha tenido cien mil escudos de pensión : yo siento mucho estas dos falsedades.

Deberíais leer las gacetas ; son buenas y no exageradas ni adulatoras como otras veces. Pero, ¡qué locura hablar de otra cosa que de Mad. Voisin y de Mr. le Sage !

MR. DE SÉVIGNÉ

No es Mr. le Sage quien toma la pluma, como veis. Heme aquí en fin, mi bella hermanita, plantado en París al lado de mamita, que no me acusa todavía de haber querido envenenar ; y yo os aseguro que en el tiempo que corre este no es un mérito pequeño. Estoy en los mismos sentimientos para mi hermanita, porque deseo ardientemente la vuelta de vuestra salud después de esto, desearemos otra cosa.

MADAME DE SÉVIGNÉ

Aquí le tenéis : ya ha llegado este bribón de Sevigné. Tenía deseo de reñirle y tenía para ello todos los motivos del mundo ; hasta tenía preparado un pequeño y razonado discurso que había dividido en diez y siete puntos, como la arenga de Vassé . pero no sé de qué manera se ha enredado esto y se ha mezclado también la seriedad y la alegría, que lo hemos confundido todo. *Todo padre pega al lado*, como dice la canción . Se continúa censurando la prudencia de los jueces que han hecho tanto ruido y nombrado escandalosamente van

grandes nombres por tan poca cosa. Mr. de Bouillon ha pedido al Rey permiso para imprimir el interrogatorio de su mujer para enviarle á Italia y á toda Europa, donde se podría creer que Mad. de Bouillon es una envenenadora. Mad. de la Ferté, encantada de ser inocente una vez en su vida, ha querido por completo gozar de esta cualidad; y aunque se le dijo que no viniese sino quería, ello lo ha querido y lo ha hecho más ligera todavía que Mad. de Bouillon. Feuquieres (1) y Mad. de Rouve (2) siempre de pecadillos; pero he aquí lo que es desagradable para los prisioneros, que la cámara no trabajará en veinte días, sea para tratar de esclarecerse haciendo informaciones nuevas, sea haciendo venir de lejos gentes acusadas, como por ejemplo, esta Polignac contra la cual hay un decreto, así como contra la condesa de Soissons. En fin, ved aquí veinte días de reposo ó de desesperación; entre tanto la condesa de Soissons va ganando tierra y hace bien: no hay nada mejor que poner su crimen ó su inocencia al aire libre (3). Me ha costado todas las penas del mundo el descubrir que la pobre Bertillac ha muerto. Adiós querida mía, soy toda vuestra con una ternura y una sensibilidad digna de vos.

À LA MISMA

Paris, viernes 9 de febrero de 1680.

Os encuentro, querida mía, en pleno carnaval: dais exquisitas cenas particulares, de diez y ocho ó veinte mujeres. Co-

(1) Antonio de Pas, marqués de Feuquieres.

(2) La condesa de Roure, estaba acusada de haber pedido á la Voisin un filtro para hacerse amar del Rey y hacer morir á la Vallière.

(3) La condesa de Soissons ofreció volver con tal que no se la metiese en la Bastilla ni en Vincennes: la condición fué rechazada. Ella acabó por retirarse á Bruselas, donde murió hacia el fin del año 1708, « cuando, dice Voltaire, el príncipe Eugenio su hijo, la vengaba con tantas victorias y triunfaba de Luis XIV.

nozco esta vida y los grandes gastos que hacéis en Aix ; pero me parece que en medio de vuestro ruido, reposáis muy bien. Puede decirse algunas veces : « Quiero divertirme por mi dinero ; » pero vos decís, según veo : « Quiero reposar por mi dinero. » Reposaos pues ; tened al menos esto de bueno. Estoy un poco admirada de que el aire del *minué* no os dé la menor tentación : ¡ Qué ! ¿ ni una sola agitación en las piernas ? ¿ ni un pequeño movimiento de los hombros ? ¡ Qué ! ¿ nada absolutamente ? Esto no es natural. No os he visto jamás inmóvil en estas ocasiones, y si yo quisiese sacar las consecuencias ordinarias os creería más enferma de lo que decís.

Ayer hubo una fiesta extremadamente encantadora en el hotel de Condé. La princesa de Conty, apadrinaba una de las hijas (1) del duque, con el príncipe de la Roche-sur-Yon. Primeramente era el bautizo, después la colación del bautizo ; pero, ¡ qué colación ! y después una comedia ; pero qué comedia ! toda adornada con hermosos trozos de música y con buenos bailarines de la Ópera. Un teatro construido por las hadas, con precipicios, naranjos cargados de flores y frutos, festones, perspectivas, pilastras, en fin, esta pequeña fiesta cuesta más de dos mil luises, y todo por esta bonita princesa.

La ópera (Proserpina) es superior á todas las otras. El caballero dice que os ha enviado varios trozos de música y que ha visto un hombre, (Quinault) que debe haberos enviado la letra. Estaréis contenta de ello.

El asunto de los venenos está amortiguado. No se dice nada de nuevo. La opinión es que no se verterá sangre : vos haréis vuestras reflexiones como nosotros. El abate Colbert es coadjutor de Rouen. Se habla de un viaje á Flandes. No se sabe á qué obedecen estas reuniones de tropas.

El hermano Ángel, ha resucitado al mariscal de Bellefonds. Ha restablecido su pecho enteramente destrozado. Mad. de Coulanges y yo, hemos estado á ver al gran maestro que ha

(1) Mademoiselle de Clermont, nacida el 17 de julio precedente.

pensado morir hace quince días. Su gota se ha exasperado. Le causaba una opresión, que parecía que iba á exhalar el último suspiro, con sudores frios y pérdida de conocimiento estaba todo lo mal que se puede estar. Los médicos no le socorrian; hizo venir al hermano Ángel, que le ha curado y librado de la muerte con remedios más suaves y más agradables. La opresión cesó, la gota se rechazó hasta las rodillas y los pies, y ya está fuera de peligro.

Adiós, mi querida hija. Yo hago siempre esta misma vida que vos conocéis; ó al Faubourg (1) ó con estas buenas viudas; aquí algunas veces, y algunas otras á comer los pollos de Mad. de Coulanges y siempre muy contenta de que el tiempo pase y me arrastre con él, para darme de nuevo á vós.

A LA MISMA

Paris, domingo 17 marzo de 1680.

Aunque esta carta no sale hasta el miércoles, no puedo impedirme empezarla hoy para deciros, que Mr. de la Rochefoucauld ha muerto esta noche. Tengo la cabeza tan llena de esta desgracia y de la aflicción de nuestra pobre amiga (Mad. de la Fayette), que es preciso que os hable de ella. Ayer sábado el remedio de l'Anglois había hecho maravillas. Todas las esperanzas que el viernes os comunicaba, se habían aumentado; se cantaba victoria; el pecho estaba desembarazado, la cabeza despejada, la fiebre menor, las evacuaciones saludables.

En este estado, ayer á las seis, volvió á la muerte. De repente vienen los accesos de fiebre, los delirios, en una palabra, la gota le estrangula traidoramente; y aunque él tuvo mucho fuerza y no fué abatido por las sangrias, no han sido necesarias más que cuatro ó cinco horas para llevarsele, y á

(1) En casa de Mad. de La Fayette.

media noche ha entregado el alma al criador en brazos de Mr. de Coudon. Mr. de Marsillac, no le ha dejado un momento. Está poseído de una aflicción que no se puede describir; sin embargo, hija mía, él encontrará al Rey y á la Corte. Toda su familia volverá á su sitio; pero, ¿dónde encontrará Mad. de La Fayette, un amigo semejante, una sociedad tal y una parecida dulzura, una distracción, una confianza y una consideración, como la que con ella y con su hijo tenía? Ella está enferma; está siempre en su habitación y no recorre las calles. Mr. de la Rochefoucauld era sedentario también. Este estado, los hacía necesarios el uno al otro y nada podía ser comparado al encanto y á la confianza de su amistad. Pensad en ello, hija mía, y veréis que es imposible sufrir una pérdida más considerable y de la cual pueda el tiempo consolar menos. Yo no me he separado de esta pobre amiga en todos estos días; ella no iba á hacer los honores entre esta familia, de suerte que tenía necesidad de que se la compadeciese. Mad. de Coulanges se ha portado muy bien también y continuaremos así algún tiempo á expensas de nuestro hígado que está siempre lleno de tristeza. Ved aquí en qué tiempo han llegado vuestras bonitas y pequeñas cartas, que no han sido admiradas hasta ahora más que de Mad. de Coulanges y de mí. Cuando el caballero esté de vuelta, encontrará acaso un tiempo á propósito para dedicársele. Entre tanto, es preciso escribir una de pésame á Mr. de Marsillac; él tiene á honor toda la ternura de los hijos y hace ver que vos no sois sola; pero en verdad no seréis muy imitados. Toda esta tristeza me ha desvelado; ella me representa el horror de las separaciones, y tengo el corazón oprimido.

Miércoles 20 de marzo

Ya es miércoles, Mr. de la Rochefoucauld continúa muerto y Mr. de Marsillac continúa afligido, y tan encerrado, que parece que no piensa salir de esta casa. La salud de Mad. de La Fayette,

sostiene mal un dolor semejante; tiene fiebre y no está en el poder del tiempo el quitarle el disgusto de esta privación. La vida ha cambiado de tal manera que le recordará todos los días : vos debéis escribirme alguna cosa para ella.

Estoy incomodada por vuestra salud y por el viaje que hacéis. No iréis á Berbería, pero habrá bastante barbarie al punto donde vais y este viaje os hace mal. Es verdad que el pensar en estos dos extremos de la tierra donde estamos plantadas, es una cosa que hace gemir y sobre todo, cuando yo esté cerca de nuestro océano, pudiendo ir á las Indias como vos á África.

Os aseguro que mi corazón no mira este alejamiento con tranquilidad. Si supieseis la turbación que me causa el menor retraso de vuestras cartas, juzgaríais bien fácilmente de lo que sufriré en mi y caro viaje. No he vuelto á ver á nuestros Grignan; están en Saint-Germain y el caballero en su regimiento. Se me ha querido conducir á ver la Delfina : verdaderamente yo no tengo tanta prisa. Mr. de Coulanges la ha visto; el primer golpe de vista es de temer, como dice Sanguin; pero hay tanto ingenio, tanto mérito, tanta bondad y tan encantadoras maneras que es preciso admirarla. *Si es preciso honrar á Cibeles, es más preciso aún amarla* (1). No se cuenta más que sus dichos llenos de ingenio y de razón. El favor de Mad. de Maintenon aumenta cada día; son conversaciones infinitas con S. M. que dan á la Delfina el tiempo que él daba á Mad. de Montespan; juzgad del efecto que puede nacer una tal conducta. El *carro gris* (2) es de una belleza asombrosa; el otro día atravesó el baile por el centro de la sala, recta hacia el Rey, sin mirar ni á derecha ni á izquierda. Se le dijo que no verá á la reina y era verdad. Se le hizo sitio, y aunque esto causó un poco de incomodidad, se dijo que esta acción de una advenediza fué extremadamente agradable.

Habría mil bagatelas que contar acerca de esto. Vuestro

(1) Escena 8.^a del 1.^{er} acto de la ópera *Atys*.

(2) *Mademoiselle de Fontanges*.

hermano está muy triste en su guarnición; pienso que el encuentro de vuestros espíritus animales, aunque de la misma sangre, no determinará los suyos á pensar como vos. Vuestro período, me ha parecido muy bello. Dudo que yo pueda responder á él pero no importa, ya veis bien lo que yo quiero decir. Me parecéis tan contenta de la fortuna de vuestros cuñados, que no contáis ya sobre la vuestra, vos os retiráis detrás de la cortina. Ya os he dicho cuán injusto me parece esto y como me hiere el corazón. ¿No admiráis que Dios me ha quitado hasta esta distracción de hablar de vuestros intereses con Mr. de la Rochefoucauld, que se ocupaba de ellos con tan buen deseo? De suerte, que habiendo perdido también á Mr. de Pomponne, no tengo el placer de creer que pueda jamás seros útil en nada absolutamente. Jamás he visto tantas cosas extraordinarias como las que han pasado desde vuestra partida. Acabo de saber que el joven obispo de Evreux es el favorito del viejo y que este último ha escrito al Rey para darle gracias por haberle dado un tal sucesor.

A LA MISMA

París, miércoles 3 de abril de 1680.

Mi querida hija, el pobre Mr. Fouquet ha muerto, estoy muy conmovida por ello (1). Jamás he visto perder tantos amigos; esto da tristeza, al ver tantas muertes alrededor de sí; pero lo que no es alrededor de mí, y sin embargo me hiere el corazón, es el temor que me da la vuelta de todas vuestras incomodidades, pues aunque queráis ocultármelas yo siento vues-

(1) Gourville asegura en sus memorias que salió de la prisión antes de su muerte, y Voltaire tenía esta noticia por su nuera, Mad de Vaux, pero Mad. de Sevigné le creía muerto en Pignerol, como todo el mundo. Lo que de esto dice Mlle. de Montpensier, confirma la opinión general.

tros ardores, vuestra pesadez y vuestros dolores. En fin, este intervalo tan dulce ha pasado y no era una curación; vos misma decís, que *una llama mal extinguida es fácil de reavivar*. Estos remedios que vos metéis en vuestro caja como muy seguros, en caso necesario deberían muy bien ser empleados presentemente. Mr. de Grignan ¿no tendrá poder en esta ocasión? ¿no está afligido por el estado en que os encontráis? He visto al joven Beaumont y ya podéis pensar si le he hecho preguntas.

Cuando yo pensaba que no hacía más que ocho días que él os había visto, me parecía un hombre mucho más estimable que los otros. Dice que vos no estabais tan bien cuando él partió como estabais este invierno. Me ha hablado de vuestras cenas que encontraba muy buenas, de vuestras diversiones, de la honradez de Mr. de Grignan y de la vuestra, del buen efecto que las señoritas de Grignan hacían para sostener vuestros placeres mientras que vos descansabais. Dice maravillas de Paulina y del marquesito. Yo no hubiese jamás acabado esta conversación la primera, pero él tenía que ir á Saint-Germain, pues me ha visto antes que al Rey su señor. Su abuelo ha tomado el cargo que tuvo el mariscal de Bellefonds (1). Era muy íntimo amigo de mi padre, y en lugar de buscar parientes como se acostumbra á hacer, mi padre le escogió sin otro misterio para sacar de pila á su hija, de modo que era mi padrino. Yo he conocido extremadamente á esta familia. Encuentro al nieto muy bonito, pero muy bonito. Habéis hecho bien de no hablarle de vuestro hermano; es un pequeño libertino que diría como el lobo (2). No he hablado de este asunto más que aquellos á quienes mi hijo mismo ha hablado para tratar de encontrar comerciantes. Os creo ahora en Grignan. Veo con pena la agitación de vuestra despedida; veo al salir de vuestra soledad, que os ha parecido tan corta, un viaje á Arlés otro movimiento y veo el viaje hasta Grignan, donde hubie-

(1) Primer mayordomo de la casa del Rey.

(2) Fábula del *Lobo y el perro* en la Fontaine, libro 1.º, fábula 5.º

rais acaso encontrado un viento del Norte para recibiros en el estado en que os encontráis. ¡Ah! no es posible representarse todas estas cosas sin inquietud, cuando se trata de una persona tan delicada como vos. Me habéis enviado una relación de Enfossy que vale mucho más que todas las mías; no me admiro si no os podéis resolver á vender una tierra donde se encuentran tan bonitas bohemias; no hubo jamás una más agradable y más nueva recepción.

Os encuentro tan llena de reflexiones, tan estoica, tan despreciadora de las cosas de este mundo y de la vida misma, que vos no podéis aprobar nada en este humor. Si yo uniese mis reflexiones á las vuestras, acaso sería esto una doble tristeza, pero lo que me parece prudente, razonable y digno de la amistad de Mr. de Grignan es el poner todos sus cuidados en venir aquí al mes de octubre. No tenéis otros sitios mejores para pasar el invierno. No quiero deciros más al presente. Las cosas prematuras pierden toda su fuerza y causan disgusto. Ya no es cuestión de ningún gran viaje, se trata solamente de Fontainebleau.

Vos tendréis seguramente este año á Mr. de Vendome. En cuanto á mí, yo corro á Bretaña con una pena insuperable; yo voy allí por ir y para estar un poco, por haber estado; y no se haga más ya cuestión de esto. Después de la pérdida de la salud, que yo pongo siempre en primer término, nada es tan molesto, como el desarreglo y el disgusto de los negocios; yo me abandono pues á esta cruel razón. Juzgad el exceso de mi inquietud, vos que sabéis con qué impaciencia sufro el retraso de dos horas de correo; bien comprendéis lo que va á ser de mí, con algo más de ocio y de soledad, para dar más extensión á mis temores. Es preciso apurar este cáliz y pensar en volver para abrazaros, pues nada se hace más que con este objeto, y encontrándome por cima de muchas cosas me encuentro infinitamente por bajo de ésta: es mi destino, y las penas que llevo consigo y la ternura que tengo por vos ofrecidas á Dios, constituyen la penitencia de un afecto que no debería ser más que para él. Mi hijo acaba de llegar de Douai, donde

mandaba á su vez la gendarmería durante el mes de marzo. Mr. de Pomponne ha pasado el día aquí; os ama, os honra y os estima perfectamente. Mi residencia por vos, cerca de Mad. de Vins, me hace estar á menudo con ella y en verdad que no se puede estar mejor. La pobre Mad. de La Fayette, no sabe ya qué hacer de sí misma; la pérdida de Mr. de la Rochefoucauld, ha dejado un vacío tan terrible en su vida, que ahora comprende mejor el precio de una relación tan grata.

Todo el mundo se consolará excepto ella, pues ella no tiene ocupación y los demás ocupan sus puestos. Mlle. Scuderi está muy afligida por la muerte de Mr. de Fouquet (1). En fin, ved esta vida que tanto trabajo ha costado conservar : habría mucho que decir acerca de esto. Su enfermedad ha sido convulsiones y náuseas sin poder vomitar. Espero al caballero para todas estas noticias y sobre todo para las de la Delfina, cuya Corte es tal como vos la imagináis; vuestros pensamientos son muy justos : el Rey esta allí muy á menudo y esto aleja un poco la murmuración. Adiós mi muy querida y muy amable; soy vuestra mil veces más que todo cuanto pudiera decir.



À LA MISMA

París, lunes 6 de mayo de 1680.

Me decís, muy alegremente, que no hay más que dejar hacer al espíritu humano, él sabrá encontrar sus consuelos, cuando su fantasía es estar contento. Yo espero que el mío no tendrá esta fantasía más que los otros y que el aire y el tiempo disminuirán el dolor que tengo al presente. Me parece que os he dicho lo que me preguntabais acerca de la furia de este nuevo alejamiento. Se diría que no estamos todavía bastante

(1) Bussy decía, que Fouquet había muerto de apoplejía, pero Mad. de Sevigné estaba más en condiciones de saber la verdad por sus relaciones con Mlle. de Scuderi y Pellisson.

rejos y que después de una madura deliberación, añadimos cien leguas más á esta distancia. Casi os envío vuestra carta; es que habéis desenvuelto tan bien mi pensamiento que tengo placer en repetirlo.

Espero al menos que los mares pondrán límites á nuestros furores, y que después de haber tirado cada una por nuestro lado daremos tantos pasos para aproximarnos como hemos dado para estar á los dos extremos de la tierra. Es verdad que para dos personas que se buscan y que se desean siempre, no he visto jamás un destino semejante. Quien me quitara la vista de la Providencia, me quitaría mi único bien; y si yo creyese que dependía de nosotros el molestarnos ó el no molestarnos, el de hacer ó no hacer, el de querer una cosa ú otra, no pensaría jamás en tener un momento de reposo. Me es preciso el autor del universo para darme razón de todo lo que sucede; cuando es á él á quien hay que quejarse, no me quejo á nadie y me someto. No, sin embargo, sin dolor ni tristeza; mi corazón está herido, pero yo sufro estos males como de orden de la Providencia. Es preciso que haya una Mad. de Sevigné, que ame á su hija más que todas las madres y que esté á menudo alejada de ella, y que los sufrimientos más penosos que ha pasado en esta vida, sean por causa de esta hija. Yo espero también que esta Providencia dispondrá las cosas de otra manera y que nosotros nos encontraremos como los hemos hecho otra veces. El otro día comí con algunas gentes, que en verdad tienen mucho ingenio, y que no me quitaron sin embargo esta opinión.

Pero hablemos más comunmente y digamos, que es una cosa ruda hacer seis meses de retirada por haber vivido este invierno en Aix. Si esto sirviese á la fortuna de alguno de vuestra familia yo lo sufríra; pero podéis contar que en este país, seréis muy feliz si esto no os perjudica. El intendente no habla más que de vuestra magnificencia, de vuestro gran porte, de vuestras grandes comidas. Mad. de Vins está admirada de ello y por tener estas alabanzas es por lo que tendréis necesidad de que el año no tuviese más que seis meses : este pen-

samiento es duro de aceptar; todo es duro para vos, hasta el mes de enero. Vos no oiréis hablar del gasto de vuestra casa, no penséis en ello; es una cosa tan necesaria, que yo confiese que sin esto el hotel Carnavalet sería inhabitable. No tenéis más que escribir al caballero; ayer le dimos un conocimiento perfecto de nuestros deseos.

Yo daré las gracias á Berbisí (1) por la ocasión que ha tenido de agradaros. He quedado encantada de vuestra bonita copla; aunque digáis que es de Montgobert, yo creo que vos no la habéis perjudicado. Es en verdad muy graciosa esa copla. Habiais creído que yo la recibiría en mis bosques : estoy todavía en Paris, pero no hará más ruido; la cantaré á las orillas del Loira, si puedo desembarazar mi garganta, que al presente no está en estado de cantar. Os confesaré que tengo gran necesidad de todos vosotros; no conozco ya ni la música, ni los placeres; en vano hiero la tierra con el pie (2), nada sale sino una vida triste é igual. Tan pronto en este triste Faubourg, tan pronto con las prudentes viudas, Mr. de Crignan me es bien necesario, pues tengo un resto de locura que todavía no está bien muerto. Os he hablado de la princesa de Taranto como si yo hubiese recibido vuestra carta, os he contado el casamiento de su hija; escribidle, que eso le regocijará mucho y vos la debéis esta atención, pues ella siempre dice estimaros y admiraros mucho. Ahora viene á Vitré y me hará salir de mi sencillez, para hacerme entrar en su amplificación; no he visto jamás semejante estilo. El otro día divirtió mucho al Rey contándole todo lo que yo os contaré cuando esté en los Rochers. Estas son las noticias que recibiréis de mí; pero también podéis alabaros de que no pasará nada en Alemania ni en Dinamarca de que no estéis perfectamente enterada.

Montgobert me ha dicho maravillas de Paulina : hacedla que me hable; es una niña encantadora, alegría de toda vuestra casa.

(1) Mr. de Berbisí, presidente del parlamento de Dijon y próximo pariente de Mad. Sevigné.

(2) Alusión a la frase de Pompeyo de que hiriendo el suelo con el pie saldrían ejércitos.

Mlle. de Plessis, no me hará acordarme de ella. ¿No os he dicho ya que está afligida por la muerte de su madre? Pero yo tengo buenos libros y buenos pensamientos. No temáis que escriba demasiado; os he dado la idea de la delicadeza de mi pocho. Os recomiendo el vuestro; hacedme escribir si amáis mi vida; aprovechad el tiempo y el reposo que tenéis; distraeros en curaros por completo, pero es preciso que lo queráis; es una extraña máquina nuestra voluntad. La de vuestros músicos era buena en las tinieblas; pero vos los tratábais *tan pronto de músicos sin música* y después de música sin músicos: yo admiro la bondad del señor conde que os deja hablar tan libremente.

Acabo de recibir una gran visita de vuestro intendente. Su *cerradura estaba enmohecida* (1), pero yo no he dejado de atrapar que él os respeta mucho. Me ha elogiado vuestra magnificencia; dice que estáis siempre bella, pero triste y tan abatida, que es bien fácil ver que os violentais.

Está encantado de Mr. de Berbisí á quien daré las gracias, aunque bien sé que vuestra recomendación es la sola causa de los servicios que le ha prestado. Dudo que este intendente vuelva á Provenza; á todo azar yo le aconsejaría que dejase aquí cuatro ó cinco de sus dientes. He tenido tantas despedidas que estoy admirada; vuestras amigas, las mías, las jóvenes, las viejas, todas han hecho maravillas. La casa de Pomponne y Mad. de Vins me causan tristeza. El abate Arnault, llegó ayer á propósito para decirme adiós. En cuanto á Mad. de Coulanges, ésta se ha distinguido entre todos: ha tomado posesión de mi persona, ella me alimenta, ella me conduce y no quiere dejarme, *hasta que no me haya visto colgada* (2). Mi hijo viene á Orleáns conmigo; creo que vendría voluntariamente más lejos.

La Delfina está ahora en París por la primera vez; la misa en Notre-Dame; comida en Val-de-grâce: Ver á la duquesa de

(1) Manera familiar con que expresaba Mad. de Sevigné la dificultad que algunos tienen de expresarse.

(2) Alusión á las palabras de Martín en *Le Medecine malgré lui*, acto 3.º, escena 9.ª

La Vallière y nada de *Bouloi* (1). Yo creo que se perderían.

Se hacen todos los días fiestas en honor de la Delfina. Mad. de Fontanges viene mañana. Ved como este prior de Cabrieres ha venido á dar de nuevo esta hermosa belleza á la Corte. El joven La Fayette tiene un regimiento : ya veis que Mr. de la Rochefoucauld no se ha llevado la amistad de Mr. de Louvois. ¿Pero qué quiero yo contar con todas estas noticias? Yo que voy á montar en la carroza, ¿qué tengo que mezclarme en hablar? Adiós, mi querida hija. Es preciso separarnos otra vez; estoy muy afligida por ello, pues estará largo tiempo sin tener cartas vuestras y esto es una pena increíble; al menos, si yo pudiese esperar que conservarais vuestra salud, sería un gran consuelo en tan terrible ausencia.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 26 de junio de 1680.

Cuando yo encuentro los días tan largos, es que en verdad, con esta duración infinita son fríos y feos. Hemos encendido dos admirables fuegos á la puerta de nuestra casa; era la víspera de San Juan. Había más de treinta troncos y una pirámide de leña menuda que era una pirámide de ostentación; pero estos fuegos eran en provecho de la casa; en ellos nos calentamos todos, pues nadie se acuesta sin luminaria; se han tomado las costumbres de invierno y esto durará lo que Dios quiera. Vos no estáis sujetos á estas clases de inviernos; en seguida que el viento norte pasa, el calor toma de nuevo su marcha y Rochecourbiere no es interrumpido. ¿Sabéis cómo escribe Montgobert? Escribe como nosotros, su trato es muy agradable. La última vez me hablaba de un almuerzo que debía celebrar en su habitación, de la cual debéis acordaros; todo

(1) Que no iría á las Carmelitas de la calle de Bouloi.

esto ha concluido en broma. Hacedla escribir por vos, querida mía, y reposad al hablarme; esto me hace un bien que no puedo expresaros. Propongo esta cuestión, para que la examine, á Rochecourbiere : *si esta alegría que tengo de no ver mucho vuestra escritura es una prueba de amistad ó de indiferencia.*

Recomiendo esta causa á Montgobert; esto indica que á mí me encanta siempre la confianza y es una prueba de ella el creer firmemente que deseo más vuestro reposo que mi placer, el cual se convierte en pena desde que me represento el estado en que os pone ese escritorio.

Yo doy aquí mis paseos, que me hacen sentir la amargura de vuestra ausencia, más tristemente todavía que vos sentireis la mía en medio de vuestra república, pues seguramente la compañía de Grignan es tan buena y tan grande que debe daros más distracción que el centro de París.

Vuestro pequeño edificio está terminado : se os mandarán noticias de él. ¿Las queréis de Mad. de la Hameliere ? (1) Aquí ha estado siete días enteros y no se marchó hasta ayer, después que hube tomado mi medicina.

Bien la envidio los caballos grises que hizo aparecer en mi patio : la familiaridad de esta mujer es sin ejemplo; se vuelve en casa del marqués de la Roche-Griffard, de donde venia ; tiene su equipaje y no habla más que de él. La escena es á veinte leguas de aquí, pero esto no le incomoda. Vuestro buen primo no deja de adorarla y de adorar también al marqués. Se hablará largo tiempo acerca de esto. Las cosas singulares, nos regocijan siempre. Os aseguro que me conmovió mucho el placer de ver alejarse su equipaje. Yo estaba en la cama, pero me percibi del ruido de la marcha; no deseo que vengan otras visitas : tengo mil cosillas que hacer y tengo que leer, pues no es posible pensar en lecturas con esta compañía.

Voy á reanudar *mis conversaciones*, llenas de *nuestro padre (Descartes)*. Pero una vez siquiera, querida mía, echaá una ojeada sobre el libro de la *Predestinación de los santos de*

(1) Parienta enojosa y ridícula.

San Agustín y del *Don de la perseverancia* : es un libro muy pequeño y que lo contiene todo. Veréis en él, desde luego, cómo los Papas y los Concilios citan siempre á este Padre que llaman el Doctor de la Gracia : después las cartas de San Próspero y San Hilario, en que se hace mención de las dificultades de algunos sacerdotes de Marsella que dicen lo que vos decís; estos son llamados *sempelagienses* (1). Ved lo que San Agustín responde á estas dos cartas y lo que repite cien veces. El undécimo capítulo del « *Don de la perseverancia* » cayó ayer en mis manos; leedle y leed todo el libro, que no es largo; es donde yo he contraído mis errores; no soy sola, esto me consuela, y en verdad, estoy tentada de creer que no se disputa hoy sobre esta materia con tanto calor como con falta de comprenderse.

Yo sería más y feliz en estos bosques, si tuviese una hoja que cantase. ¡Ah! qué cosa tan bonita una hoja que canta, y qué triste la permanencia en un bosque, donde las hojas no dicen palabra y en que la toman los buhos. Soy una ingrata, esto no sucede más que por las noches, pero todas las mañanas oigo cantar mil pájaros. Vos no tenéis en el sitio en que estáis y no haréis más que observar cómo decíais el otro día de qué lado viene el viento. Vuestra raza, debe ser una cosa muy bella; yo estoy allí á menudo con todos vosotros y mi imaginación sabe bien donde ha de encontraros en ese hermoso y grande principado. Me parece que mi hijo está en Fontainebleau sin estar en la Corte. Se me dice de varios sitios que está siempre en una *gran casa* donde parece que se encuentra bien, puesto que no sale de allí. Vos sabéis que no es así como se hace la corte, se ridiculiza esta conducta muy fácilmente. Ya está el viaje á Flandes asegurado; si los *delfines* (*los gendarmes*) van allá, es un gasto que no se esperaba. El caballero me ha escrito una buena y atenta carta. He dado reparación

(1) El concilio de Orange, celebrado en 529, condenó los errores de los *sempelagienses*. Estos heréticos creían que el hombre podía por sus propias fuerzas merecer la fe y la primera gracia necesaria para la salvación.

á Mr. de Evreux ; ya no tengo nada más que pedir á estos Grignan. En cuanto al mayor, éste es otra cosa : en tanto que tenga á mi hija tan lejos de mí, tendré muchas cosas que discutir con él. Me parece que debéis tener ahora en esa al señor arzobispo y que estáis más dispuesta que nunca á gozar de esta buena y sólida compañía. Ya os veo privada de la de Mr. Rouillé ; seguramente lo sentiréis, pero este no es asunto vuestro desde el momento que el teniente general cede la plaza al gobernador (*Mr. de Vendôme*). Siento ahora el placer de ver al coadjutor, á la cabeza de esta asamblea con un nuevo gobernador y un nuevo intendente ; él hará maravillas y esto me parece de la mayor importancia para vos. La estrella ha cambiado ; la suerte se ha interrumpido para los Grignan y puede ser también que para el mayor ni felicidad ni desgracia, nada es de larga duración en este país ; yo exceptúo los prisioneros y los desterrados (1) que están fuera de toda relación. Mme de Vins me escribe que tiene un placer sensible por el círculo que nosotros hacemos. Vos le habláis de mí ; ella os habla de mí ; yo le hablo de vos, ella me habla de vos, así es que damos vueltas alrededor de ella ; ella misma me lo dice muy agradablemente. Está en Pomponne donde estudia la filosofía de vuestro padre. El azar ha hecho que Corbignelli, por mí, les haya dado un hombre admirable para enseñar el derecho al hijo mayor. Este hombre lo sabe todo, es un *esprit lumineux* ; es de un carácter y de unas costumbres lo mejor que puedan desearse ; están encantados de este hombre ; esta bella marquesa saca de él todo su provecho. Es muy dichosa, con ser tan razonable como es y no estar sujeta á ahorcarse. Mme. de Mouci, me dice que está persuadida de que Mme. de Lavardin no se acomodará jamás á las gentes jóvenes. Los esperaba este día ; venían todos de la Corte. Ella estaba turbada por este desarreglo y es que lo enoerra todo en sí misma. Yo conozco otro madre que no se cuenta por nada y tiene razón, que todo lo trasmite á sus hijos y no encuentra

(1) Fouquet, Launay, Bussy Rabutin, Verdet, etc.

verdadera dulzura más que en su familia. Esta madre en verdad, ama muy perfectamente á su querida hija, esta repartición no es á la moda de Bretaña (1).

Se me dice que Mr. Cheverni, que está en Clermont, á fin de que no os equivoquéis, será dentro de dos años uno de los más grandes señores de Francia. Así es como la fortuna se divierte. Yo no sé en lo que ha venido á parar el matrimonio de Mr. de Molac. Estoy muy contenta de que no hayan tenido á esta pequeña Pomponne; ellos la hubieran agobiado por enseñarla á ser la hija de un desgraciado. Dios os conserve los buenos y sólidos pensamientos que os da. Habláis tan prudentemente de todos los placeres y de todo lo que no está en vuestro poder, que la filosofía cristiana no sabe más. *Yo conozco muchos más miserables* (2). Vos sois en verdad bien amable, bien estimable, bien amada y bien estimada.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 10 de julio de 1680.

Yo no había tenido todavía la pena y el disgusto de no tener cartas vuestras; admiraba cómo desde mi partida, no había pasado ningún ordinario sin tenerla; esta dulzura me parecía muy grande; yo la sentía y hablaba de ella á menudo, pero estoy ahora más persuadida que nunca de ello, por la pena que me produce esta privación. El bueno de But, que tiene á gala y que se alaba todos los días de correo de darme esta alegría, no me ha escrito absolutamente, no atreviéndose á hacer su paquete, sin estas noticias de Provenza, tan necesarias á mi reposo. No he recibido pues, más que las cartas de travesía; es preciso por tanto, mi querida hija, que vuestra posta

(1) En Bretaña las hijas que no eran primogénitas y que habían sido casadas y dotadas, no recibían nada de la herencia de sus padres.

(2) Último verso del famoso soneto de Job, hecho por Benserade.

de Lyon no me las haya remitido; pues yo tengo un dependiente muy cuidadoso y But no lo es menos. Yo trato de hacerme entender, como os decia en semejante ocasión; y sé todo lo que puede causar esta tardanza; cuento que tendré el viernes dos de vuestros paquetes juntos; pero este viernes tardará en venir; desde el lunes por la mañana hasta el viernes, son cinco días de una excesiva longitud. Vos sabéis mejor que nadie, cuan poco dueña se es de los temores y de las imaginaciones; aquí venían en toda su extensión; nada turba ni esclarece estas emociones: no puede uno distraerse en enviar á preguntar en casa de todos aquellos, con quienes os tratáis, si han recibido cartas vuestras; se piensa en el gran calor del país en que estáis, en la fiebre que puede sobrevenir en el momento que menos se piense; en fin, querida mía, cuesta mucho trabajo el gobernar su imaginación; ¿y el medio de hacerse superior á esta clase de pena

La señora princesa de Tarento estuvo aquí el lunes toda la tarde. Me contó cien cosas de su hija y de todas las partes del mundo; pero lo dejaré para otro día, pues hoy no podría escribir tanto. Estoy disgustada por no tener carta de mi hija. El buen abate os asegura sus servicios y está muy bien; en cuanto á mí, querida mía, desde el momento que tengo cartas vuestras lo estaré también; no tengo ningún otro mal que el de no tener cartas vuestras; pero le encuentro muy grande; espero que en recibiendo esta os burlaréis de mí, como algunas veces yo me tomo la libertad de burlarme de vos; es preciso escusarnos á ambas, mi querida hija, y sufrir esta pena que va unida á nuestra amistad.

Á LA MISMA

Los Rochers, domingo 14 de julio de 1680

He recibido, en fin, hija mía, vuestras dos cartas á la vez; no me acostumbraré jamás á estas maneras de obrar del

correo? ¿Será preciso que yo sea siempre atormentada por mi imaginación? El pensamiento del instante en que yo sabré el sí ó el no de tener noticias vuestras, me da una emoción que no puedo dominar; mi pobre máquina está toda descompuesta y después me burlo de mí misma. Fué en el correo de Bretaña donde se había perdido el paquete de But, únicamente; pues yo había recibido todas las cartas de que ya no me cuidaba. He aquí un artículo demasiado grande. Este mismo fondo me hace temer mi sombra todas las veces que vuestra amistad está oculta bajo vuestro temperamento; es el correo que no ha llegado; yo me turbo, me inquieto y después me río, viendo que me he equivocado. Mr. de Grignan, que es el ejemplo de la tranquilidad que os agrada, sería muy bueno de seguir si nuestros espíritus tuviesen el mismo curso y fuesen gemelos.

Pero me parece que me he corregido ya de estas tontas vivacidades, y estoy persuadida que avanzaré todavía en el camino por que vos me conducís, asegurándome como hacéis, que el fondo de vuestra amistad por mí es invariable. Deseo llevar á cabo todas las resoluciones que sobre mis reflexiones he tomado; llegaré á ser perfecta al fin de mi vida. Lo que me consuela del pasado, querida mía, es que debéis conocerme un corazón demasiado sensible, un temperamento demasiado vivo y una prudencia muy mediana. Vos me arrojáis tantas alabanzas á través de mis imperfecciones, que ya no sé qué hacer de ellas; yo quisiera que fuesen verdaderas y tomadas en otra parte que en vuestra amistad. En fin, hija mía, es preciso sufrirse mutuamente y se puede casi siempre decir en comparación de la eternidad. *Vos no tenéis mucho que sufrir*, como dice la canción.

Estoy asustada de ver cómo pasa la vida : desde el lunes he encontrado los días infinitos á causa de esta locura de carta yo miraba mi reloj y me complacia en pensar : he aquí como se está cuando se desea que la aguja marche y sin embargo da la vuelta sin que se la vea y todo llega.

He recibido una última esquela de Mlle. de Meri, toda llena

de buena amistad ; me causa una extraña piedad por su mala salud y bien ha visto que no tenía toda la razón ; esto es bastante. No comprendo que mis cartas puedan divertir á este Grignan : él encuentra tan á menudo en ellas capítulos de asuntos y de reflexiones tristes ; ¿ qué hace de todo esto ? Está obligado á saltar por encima para encontrar un sitio que le plazca, esto se llama *landas* en este país y hay muchas en mis cartas antes de encontrar la *pradera*.

Se me dice que ha habido alguna cosa entre el Rey y monsieur ; que la Delfina y Mad. de Maintenon se han mezclado en ello, pero no se sabe todavía lo que es. Acerca de esto, yo me hago la entendida en estos bosques y encuentro agradable que esta noticia me haya venido directamente y que yo os la haya enviado, ¿ no la habéis sabido por otra parte ? Mad. de Coulanges os escribirá de buen grado todo cuanto sepa ; pero, no estará bien instruída. El príncipe está de viaje y esta joven princesa de Conty, que es mala como un aspid, para su marido, permanece en Chantilly, cerca de la señora duquesa (1) : está en escuela excelente y el ingenio de Mad. de Langeron debe tener el honor de este cambio.

Vos leéis, pues, San Pablo y San Agustín ; estos son los buenos obreros para restablecer la soberana voluntad de Dios.

Ellos no escasean el decir, que Dios dispone de sus criaturas, como el alfarero ; escoge unas y arroja otras. No se toman el trabajo de hacer cumplimientos para salvar su justicia, pues no hay otra justicia que su voluntad : es la justicia misma, es la regla y después de todo, ¿ qué debe él á los hombres ? ¿ qué les pertenece ? Nada absolutamente. Les hace, pues, justicia, cuando les deja á causa del pecado original, que es el fundamento de todo, y hace misericordia al pequeño número, de los que salva por su hijo. Jesucristo mismo lo dice : « Yo conozco mis ovejas, las llevaré á pacer yo mismo y no perderé ninguna ; yo las conozco y ellas me conocen. » « Yo os he es-

(1) Ana de Baviera.

cogido — dice á sus apóstoles, — no es que vos me hayáis escogido á mí ». Encuentro mil pasajes sobre este tono, los entiendo todos; y cuando veo lo contrario digo : « ellos han querido hablar mancomunadamente. » Es como cuando se dice *que Dios está arrepentido y furioso*; es que hablan á los hombres y yo me atengo á esta primera y gran verdad que es completamente divina, que me representa á Dios, como Dios, como un señor, como un soberano creador y autor del universo y como un ser, en fin, muy perfecto, según la reflexión de vuestro padre *Descartes*. Estos son mis respetuosos pensamientos, de los cuales, no saco consecuencias ridículas y que no me quitan la esperanza de ser del número de los escogidos después de tantas gracias que son perjuicios y fundamentos de esta confianza. Odio mortalmente hablaros de todo esto; ¿por qué me habláis vos?

Mi pluma va como una aturdida. Os envío la carta del Papa. ¿Será posible que no la tuvieseis? Me alegraría. Veréis un Papa extraño; ¿Cómo? habla en señor; ¿diréis que fué el padre de los cristianos? El no tiembla, no adula, amenaza; parece que quiere dejar entender alguna censura contra M. de París. (De Harlai). Es un hombre extraño; ¿es así como pretende reconciliarse con los jesuitas? ¿y no debía más bien usar de la dulzura, después de haber condenado sesenta y cinco proposiciones? Tengo todavía en la cabeza el Papa Sixto V; quisiera que algún día leyeseis esta vida; creo que os admiraríais. Yo leo el arrianismo. No me gusta ni el autor (Maimbourg) ni el estilo. Pero la historia es admirable. Es la de todo el universo; de todo tiene y guarda resortes que hacen obrar todas las potencias. El ingenio de Arrio es una cosa sorprendente y lo es también el ver esta heregia extenderse por el mundo; casi todos los obispos abrazan el error y San Atanasio sostiene solo la divinidad de Jesucristo. Estos grandes sucesos son dignos de admiración. Cuando quiero alimentar mi espíritu y mi alma, entro en mi gabinete y escucho á nuestros hermanos y su bella moral, que nos hace conocer también nuestro pobre corazón. Me paseo mucho y me sirvo

muy á menudo de mis pequeños gabinetes; nada es tan necesario en este país : llueve continuamente.

Yo no sé cómo hacíamos otras veces; las hojas eran más fuertes ó la lluvia más débil; en fin, no estoy constipada.

Vos decís mil veces mejor que Mr. de la Rochefoucauld : sentís la prueba de ello. *Nosotros no tenemos bastante razón para emplear toda nuestra fuerza.* Él hubiera estado bien sorprendido de ver que no tenía más que invertir su máxima para hacerla mucho más verdadera.

Me preguntáis lo que ha causado esta solución de continuidad entre la Fare y Mad. de la Sablière; es la baceta (1) : ¿lo hubieseis creído? Bajo este nombre se ha declarado la infidelidad y por esta prostituida de baceta ha dejado esta religiosa adoración : había llegado el momento en que esta pasión debía cesar y aun pasar á otro objeto; ¿se creería que fuese un camino para la salvación de alguno la baceta? ¡Ah! Bien dice que hay quinientos mil caminos que nos conducen á un mismo punto. Mad. de la Sablière vió desde luego esta distracción esta deserción; examinó las malas excusas, las razones poco sinceras, los pretextos, las justificaciones embarazadas, las conversaciones poco naturales, las impaciencias de salir de casa, los viajes á Saint-Germain donde él jugaba; los aburrimientos, *los no saber qué decir*; en fin, cuando ella hubo observado bien este eclipse que se verificaba, y el cuerpo extraño que ocultaba poco á poco todo este amor tan brillante, tomó su resolución : yo no sé lo que le ha costado, pero en fin, sin querella, sin reproche, sin ruido, sin arrojarle, sin exclarecimientos, sin querer confundirle, se ha eclipsado ella misma; sin haber dejado su casa, donde ella vuelve todavía algunas veces, sin haber dicho que renunciaría á todo, se encuentra tan bien en los incurables que pasa allí casi toda su vida, sintiendo con placer que su mal no fuese como el de los enfermos que ella cuida. Los superiores de la casa están encantados de su ingenio : ella los gobierna á todos. Sus amigos van

(1) Juego entonces de moda.

verla, pues siempre es muy buena compañía. La Fare juega á la baceta : ved aquí el fin de este gran asunto que llamaba la atención de todo el mundo; ved aquí el camino que Dios había marcado á esta mujer bonita. Ella no ha dicho con los brazos cruzados, *yo espero la gracia* : Dios mío, cómo me fatiga este discurso. ¡Ah! ¡Muerte de mi vida! La gracia sabrá bien prepararos los caminos, las vueltas y revueltas, las bacetas, las fealdades, el orgullo, las penas, las desgracias, las grandezas; todo sirve, todo es puesto en acción por este gran obrero que hace siempre infaliblemente todo lo que le place.

Como espero que no haréis imprimir mis cartas, no me serviré de la astucia *de nuestros* hermanos para hacerlas pasar. Hija mía, esta carta se va haciendo ya infinita : es un torrente desbordado que no puedo retener; respondedme á ella tres palabras. Conservaos, reposaos y que yo pueda veros y abrazaros con todo mi corazón : este es el objeto de mis deseos. No comprendo el cambio de gusto en la amistad sólida, prudente y bien fundada; pero en el amor, ¡ah! sí, esta es una fiebre demasiado violenta para durar. Adiós, mi muy querida y muy *leal*. Me gusta mucho esta palabra : ¿*no os he dado pruebas cordialmente?* (1) Nosotros apuramos todas las palabras. Otro día, os hablaré de vuestra heregía.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 24 de julio de 1680.

Me representáis vuestro gabinete poco más ó menos como el traje de arlequín. Este abigarramiento no está en vuestro espíritu, y esto es lo que me hace desearos mi gabinete, que está arreglado con un orden admirable y que os convendría

(1) Palabra frecuentemente empleada por Mad. de Chantal y entonces poco usada todavía.

muy bien, pues jamás os he visto cambiar de opinión en las buenas cosas. Veo desde aquí vuestra bella terraza de los Adhemar y vuestro campanario, que habéis adornado con una balaustrada que debe hacer un efecto muy bello; jamás se ha encontrado ningún campanario con semejante frase. El buen abate está muy contento de ello; toda su prudencia no le libra de las tentaciones de embellecer una casa. Yo admiro á menudo la rectitud de su espíritu acerca de esto, y saco mis consecuencias para la tesis general de las casas pequeñas.

No he gozado más que una pobre vez de vuestra bella luna. Os aseguro que cuando tomo la resolución de rendirla mis servicios, á ejemplo de los antiguos, no hay ni frío ni sereno más que en vuestra terraza: yo me conduzco muy prudentemente y temo mucho estar enferma: os deseo el mismo temor. La princesa de Tarento es una especie de médico: ha hecho su curso en Alemania, donde parece que ha hecho curas poco más ó menos como la *del médico á pesar suyo*. Yo la enseñaba el otro día vuestro rosario; ella le encontró digno de la reina y comprendió la belleza de este presente, del cual os doy las gracias todavía. Yo le guardaré fielmente y no sé si no es más vuestro en mi gabinete que lo será en vuestra casa.

Esta princesa os escribe con su hermosa escritura; me ha enseñado la bella moral que os *ha bordado*. Ponedme alguna cosa en una de vuestras cartas, para que pueda enseñársela.

Adiós, hermosa mía, yo os diré, pues, que os amo sin temor de aburriros, puesto que lo sufris en favor de mi estilo, y hacéis gracia á mi corazón en favor de mi espíritu: ¿no es esto justamente?

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 22 de setiembre de 1680.

Vos sois tan filósofa, mi querida hija, que no hay medio de regocijarse con vos; os anticipáis á nuestras esperanzas y pasáis por encima de la posesión de lo que se desea, para ver

la separación : vale más aprovechar los bienes que la Providencia nos depara. Después de haberos hecho este reproche, quiero confesaros de buena fe que yo le merezco tanto como vos y que no se puede estar más asustada que yo lo estoy de la rapidez del tiempo, ni sentir con más anticipación las penas que siguen ordinariamente á los placeres. En fin, hija mía, esto es la vida, siempre mezclada de bienes y males : cuando se tiene lo que se desea se está más cerca de perderlo ; cuando se está lejos, se piensa en lo que se encontrará ; es preciso, pues, tratar de tomar las cosas como Dios las da ; en cuanto á mí, yo quiero sentir la amable esperanza de veros, sin ninguna mezcla.

Sois bien injusta, querida mía, en el juicio que de vos misma hacéis. Decís que al principio se os cree bastante amable, y que conociéndoos más, no se os ama ; es precisamente lo contrario ; primero se os teme. Tenéis un aire bastante desdefioso, no se espera poder ser amigo vuestro, pero cuando se os conoce, se os adora y se aficiona enteramente á vos ; si alguno parece que quiere dejaros, es porque ese os ama y es una desesperación no ser amado tanto como se quisiera : he oído ensalzar hasta las nubes los encantos que se encuentran en vuestra amistad y censurar el poco mérito que hace que no se haya podido conservar una felicidad semejante. Así, cada uno se culpa á sí mismo de este ligero enfriamiento, y como no hay queja, ni motivo verdadero, creo que no hay más que hablar juntos con algún detenimiento para quedar buenos amigos.

Tengo envidia de la lira de Terencio y me gustaría ver los originales, cuyas copias me han agradado tanto. Mi hijo me traducirá la sátira contra los amores locos : (1) debería hacerla él mismo, ó al menos aprovecharse de ella. Si el estado en que está no le corrige, no sé quien lo podrá hacer. Leemos libros de controversia. Hay uno (2) que responde á los *Prejuici-*

(1) Probablemente el cuadro tan conocido de extravagancias de los amantes que se encuentra en el *Eunuco* de Terencio, escena 1.^a

(2) Es la *Defensa de la reforma* por el ministro Claudio contra los *Prejuicios legítimos*, de Nicole.

cios, y al cual yo quisiera que Mr. de Arnould hubiese contestado; pero creo que se le ha prohibido: se quiere mejor dejar sin respuesta un libro que puede perjudicar á la religión, que ver uno que pudiese justificar plenamente á los jansenistas de los reproches que se les hacen. Os hablaré otra vez de esto. Se me había prometido la arenga del coadjutor, y no la he tenido: mi hijo es uno de los que me han dicho que era admirable.

Pero hablemos un poco de vuestra salud. ¿No estáis asustada de esas piernas frías y muertas? ¿Es posible que en un país de los baños calientes, encontréis el medio de dejar perecer vuestras pobres piernas, que no conocéis más que por los dolores? ¿No hay baños que puedan traer los espíritus á estas partes del cuerpo abandonadas? ¿Encuentra esta incomodidad tan poca consecuencia? Si el baño no os ha hecho bien, ¿es justo permanecer así? ¿Es posible que pueda una acomodarse de grado á estos males tan desagradables y tan peligrosos? Vos me decís que me purgue. ¡Ah, querida mía! No hace más que dos días que he tomado una tonta, bestia de medicina de la cual comienzo á reponerme, pues había conmovido mi perfecta salud. Tomo de esta agua de cerezas y quiera Dios que se pudiese hacer un comercio de salud. Yo os daría mucho de la mía sin incomodarne. Buenos días, querida mía; esto toda ocupada en vos, en vuestra amistad, en vuestra salud, en el placer que tendría en abrazaros pronto. Si no hay más que un momento en que Adán ha pecado, no hay más que un día hasta aquel en que yo pueda abrazaros con todo mi corazón. Soy demasiado feliz esperándole y no quiero agraviar esta alegría con oscuridades y prevenciones ingratas hacia Dios.

A LA MISMA

Le Rochers, miércoles 25 de setiembre de 1680.

No pensáis, mi querida hija, más que en desvanecer mis temores acerca del estado de vuestra salud; hasta creo que os

ocultáis de Montgobert. Yo recibo todos estos cuidados como pruebas de vuestra amistad; pero la mía no está menos agitada, y lo que aumenta el afán que tengo por veros es el no pensar como un ciego en verdades que me son tan sensibles. Poneos en mi lugar y encontraréis que todos mis sentimientos son bien naturales. Se me dice que el caballero está casi bien; yo creo que su viaje no será retardado.

Hablemos del vuestro : tratad de no poner os en camino en mal tiempo, y haced provisión de fuerzas para un largo trayecto. Me parece que no os encontraréis demasiado mal con los viajes que hacéis. La princesa de Tarento, que, á propósito, os manda mil recuerdos, dice y asegura, que jamás se encuentra tan bien como cuando ha dado la vuelta al mundo; ha estado dos veces en Dinamarca; ¿no es esto lo que se llama viajar? Quiero haceros dos ó tres preguntas. La señorita de Grignan, ¿tiene deseos de venir á París ó de repente quiere meterse donde debe estar? ¿Dónde quiere estar? ¿Es en Saint-Etienne ó los Carmelitas el sitio que ha escogido? Su celo, ¿está mitigado ó sigue con su vigor? ¿No traéis á vuestro hijo? Os hago todas estas preguntas agradablemente en mis ocios : vos me responderéis en los vuestros. Hacedme contar por la *Pythia* toda la república que va á reunirse en Grignan. Aquí tenemos siempre un tiempo perfecto.

Leemos mucho y siento el placer de no tener memoria, pues las comedias de Corneille, las obras de Despreaux, las de Sarrasin, las de Voiture, todo esto pasa delante de mí, sin aburrirme, antes al contrario, algunas veces damos en las *morales de Plutarco*, que son admirables, los *Prejuicios*, las *respuestas de los ministros*, un poco de alcorán, si se quisiera; en fin, yo no sé que país no batimos; el poco tiempo que nos resta, se pasará pronto. Quiera Dios daros salud; he aquí todo lo que yo deseo y lo que más afecta á mi corazón. Mi hijo os dice mil ternezas.

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 29 de setiembre de 1680.

Es una república, es un mundo vuestro castillo; no he visto jamás en él tanta gente. Montgobert me habla de *quintilla*; yo no sé lo que es esto; pero aunque estemos en una soledad, relativamente no dejamos de tener tres mesas de juego, y otros varios divertimientos. Ahora tenemos con nosotros á Mad. de Marbeuf, que es buena para todo, es cómoda y complaciente. La primera exclarece estos bosques, como la ninfa Galatea; está de luto por su cuñado el lector palatino. Seria preciso que toda la Europa estuviese bien, para que ella no estuviese sujeta á perder algunos de sus parientes. Tenemos gentes de Vitré que vos no conocéis, como tampoco conocéis la *Solitaria* (1). En fin, yo no sé cómo va todo esto; pero sé bien que no deseo más y que quisiera tener más tiempo para leer y para pasearme. La *Solitaria* está justamente donde vos decís; pero es tan recta y tan bien plantada, que os sorprenderia. Es tiempo, sin embargo, de que me ocupe de otros pensamientos. Cuando pienso que al cabo de mi viaje voy á encontraros, me parece tan feliz que tengo miedo de que pueda sobrevenir alguna desgracia. La fiebre del caballero, ¿no ha sido lo más molesta del mundo? He sentido la pena que vos tendríais. Me escribe que se hallará bien pronto en estado de partir y que ha sido curado, y Mr. d'Evreux también, por nuestro Anglois: su remedio ha hecho maravillas este año; Mr. de Lesdiguieres ha sido curado como por milagro, y mil otros. Estoy persuadida de que todo se arreglará, así como vuestras compañías de Grignan, que me parecen, como en esta torre de fichas, donde se dá el rey nueve guardias por cada lado; se hacen salir cuatro guardias, y hay siempre nueve; se hacen entrar otras cuatro, y hay siempre nueve. Así sois vos justamente; todo está lleno

(1) Nombre de una calle de arboles en el parque de los Rochers.

cuando no hay nadie más que vos; todo está ocupado cuando hay tres veces más. Dios conserve en vuestra casa, mi querida hija, esta gracia de la multiplicación, tan necesaria á los gastos excesivos y á las ventas limitadas.

Estoy admirada de que no sepáis nada todavía de Mr. de Vendome, ni de un intendente; esto vendrá todo de una vez. Lo que yo os decía de este cambio del cargo de vuestro hermano, era un pensamiento de Mad. de La Fayette, cuando pensamos en salir del asunto de Mr. de Louvois; pues es cierto que ha de ser precisamente por algún cambio el entrar en conversación con este ministro; pero esto no lo haremos sino en último extremo; es preciso ensayar primero, deshacerse del cargo y consultar á nuestros amigos.

Espero que llegaremos todos á París y que hablaremos de estas cosas. Pon'os solamente en estado de marchar sin incomodidad: he aquí lo que debéis hacer con más cuidado que de ordinario. Yo no sé cuándo se pondrá este baile (1); verdaderamente será una bella obra. Podéis creer, que por mí, yo diría: «no es este un baile como el que bailaba mi hija: habia en él tal y tal cosa y daba unos pasos admirables en el borde del escenario,» y concluiría por describir el baile. Pero vos misma, hija mía, creo que sin falsa modestia, podéis decir que es preciso recordar vuestro baile y que habia en él cuatro personas con la difunta MADAME, que en siglos enteros no se remplazarán por la belleza, por la juventud y por la gracia para bailar. ¡Ah! ¡Qué pastoras y qué amazonas! me parece que todo el mundo se excusa en este baile. La duquesa de Sully sostendrá el honor del baile, pero no de la cadencia. He tenido muchos asuntos en su familia; Mad. de Verneuil hablaba del bautisterio; Mr. de Sully de los negocios y de los procesos que tiene que solicitar; en fin, la Delfina, ha mandado tan bien, que ha sido preciso obedecer. Adiós, mi querida hija; no debéis tener inquietud ninguna por mi salud, que es muy perfecta, y quiera Dios que yo pueda pensar lo mismo respecto de

(1) *El baile del triunfo del amor de Quinsault.*

la vuestra, No me hace daño el sereno; tengo pequeños gabinetes, llamados *brandeburgos*, muy cómodos; se lee allí, se habla, se dejan caer las flechas del rocío y después se entra en este bosque que no creo menos seguro que una hermosa y grande galería.

AL CONDE DE BUSSY

París 2 de enero de 1681.

Buen día y buen año, mi querido primo; tomo con tiempo el pediros perdón después de una fiesta y deseándoos mil bellas cosas para este año, seguidas de varias otras. Me parece que suavizándoos así el espíritu os dispondré á perdonarme el haber estado tanto tiempo sin escribiros y á esta bonita viuda que yo amo tanto y de la cual ayer mismo decia tanto bien. Si supieseis, primo mío y querida sobrina, todas las tribulaciones que he tenido desde hace tres ó cuatro meses, tendríais piedad de mí. Os las contaré algún día, pues son de tal naturaleza que no se pueden escribir.

Partí de Bretaña el 20 de octubre, que era más pronto de lo que yo pensaba para venir á París. Un mes después, tuve el placer de recibir allí á mi hija, pero no era ella la que me hacía venir. La encontré mejor que el día de su partida, y este aire de Provenza que debía devorarla, no la devoró: es siempre amable, y yo os desafío á que os veáis los dos y habléis juntos sin amaros. He pensado siempre en vos y he dicho mil veces: « Dios mío, bien quisiera escribir á mi primo de Bussy y nunca he podido hacerlo. » En cuanto á mí, yo creo que hay pequeños demonios, que impiden hacer lo que se quiere, nada más que para burlarse de nosotros y hacernos sentir nuestra debilidad: ellos han tenido ahora este contentamiento y yo le he sentido en toda su extensión.

Tenemos aquí un cometa, que es también muy antano, con

la cola más hermosa que puede verse. Todos los más grandes personajes están alarmados y creen que el cielo, muy ocupado de su pérdida, les hace advertencias por medio de este cometa. Se dice que el cardenal Mazarino, estando desahuciado por los médicos, creyeron sus cortesanos que era preciso honrar su agonía con un prodigio, y le dijeron que aparecía un gran cometa que les daba miedo. Él tuvo la fuerza suficiente para burlarse de ellos y les dijo alegremente que el cometa le hacía demasiado honor. En verdad se debería decir otro tanto que él, y el orgullo humano se hace demasiado honor de creer que hay grandes asuntos en los astros cuando se debe morir. Todo mi silencio no me ha hecho olvidar los encantos de vuestras traducciones (1).

Adiós, mi querido primo; adiós, mi querida sobrina. Mandadme noticias vuestras. Entre tanto, vamos á emprender de nuevo mi amigo Corbinelli y yo el hilo de nuestro discurso.

MADAMA DE SEVIGNÉ AL CONDE DE BUSSY

París, 3 de abril de 1681.

Hagamos la paz, mi querido primo. He hecho mal; no sé jamás hacer otra cosa que confesarlo. Se dice que mi sobrina no está muy bien, es que no se puede ser feliz en este mundo: son compensaciones de la Providencia á fin de que todo sea igual, ó al menos, para que los más felices puedan comprender un poco el dolor y la pena que sufren los que están agobiados. Yo no creeré en vuestro viaje del mes de abril en tanto que ella no se encuentre en estado de venir con vos.

Os he deado un premio de la lotería para empezar á romper el hielo de vuestra desgracia. ¿Puede decirse esto?

(1) Bussy había enviado á su prima una traducción en verso de algunos epigramas de Marcial y de Catulo; en general son muy medianos.

Vos me le mandaréis ; pues yo no puedo jamás remendar lo que viene naturalmente á la punta de mi pluma. Esto pues, os habrá puesto en camino de ser menos desgraciado, pues yo creo que mi sobrina de Santa Maria lo sabría y me lo hubiera dicho. Vuestro hijo no ha ganado nada tampoco, pero tenemos todavía todas las esperanzas en el premio gordo, pues el Rey le ha dado al público. El viaje de Bourboise ha interrumpido, pero yo no hago más que miserables repeticiones : vuestro hijo os lo dirá todo seguramente. La Corte ha querido llamarle Mr. de Bussy. El nombre de Rabutin ha permanecido con el de Adhemar, que quería tomar el caballerato de Grignan y que Gourville ha impedido prosperar ; es preciso la simpatía de los cortesanos para los nombres. Bien quisiera que hubieseis dado al vuestro todos los ornamentos que debéis darle. El de Estrés está colmado de todos los títulos que pueden entrar en una casa.

No es preciso dominar por pensamientos tristes é inútiles vale más creer como nuestro amigo Corbinelli me lo predica todos los días, que Dios arregla todas las cosas como quiere que sean, y que el sitio que vos ocupáis en el universo, tal cual es, no podía ser destruído. El P. Bourdaloue, nos hizo el otro día un sermón contra la prudencia humana, que hizo ver bien cuan sometida está á las órdenes de la Providencia ; que no hay más que la salvación que el Dios mismo nos da que sea estimable. Esto consuela y hace que uno se someta más dulcemente á su mala fortuna. La vida es corta y se acaba pronto ; el río que nos arrastra es tan rápido que apenas podemos aparecer en él. Ved aquí moralidades de la Semana Santa y muy conformes á la pena que yo tengo siempre, cuando veo que fuera de vos todo el mundo se eleva pues á través de estas máximas conservo siempre mucha debilidad humana.

Adiós, mi querido primo ; adiós, mi amable sobrina ; amadme siempre y mandadme noticias vuestras.

AL MISMO

Paris 28 de abril de 1681.

Vos habéis recibido una de mis cartas, primo mío, en tanto que yo he recibido la vuestra: esto sucede á menudo. No respondo nada á vuestros reproches, porque son justos; tenéis razón de creer que mis manos están enfermas, puesto que no escribo. Estaríais aun más admirado de ello, si supieseis que pienso muy á menudo en vos, y que tengo por vos y por la amable viuda más amistad acaso de la que vos tenéis por mí. Examinaremos estas verdades y estas contradicciones cuando coméis aquí con Corbinelli. De la manera con que me habláis de vuestro viaje, apénas recibireis la carta en Borgoña, yo debo dar las órdenes ya para vuestra comida.

Á todo evento yo quiero deciros aun la alegría que tendré de veros á los dos y de contaros que el otro día cenaba con el mariscal de Estrés en casa de la marquesa de Uxelles. Le dije lo que me decíais de él y de su nueva dignidad, y no olvidé aquello de: « *ese es un mariscal de Francia* ». Encontré que esta alabanza de un hombre como vos, le causaba gran placer; su amor propio me rogó que os diera las gracias, de manera que me persuadí de que tenía mucha estima por vos y que estaba muy contento de la que vos tenéis por él. Llevo á cabo con gusto este cumplimiento. Yo soy conciliadora; me gusta aproximar las buenas disposiciones que los tiempos y la ausencia borran algunas veces hasta el punto que no se les conoce.

AL CONDE DE BUSSY

Paris 4 de diciembre de 1683.

Si supieseis, mi pobre primo, lo que es casar á un hijo, me excusaríais de haber estado tan largo tiempo sin escribiros.

Estoy en el movimiento de un comercio muy activo con el mío, que está en Bretaña, y á punto de contraer matrimonio con una señorita de buena familia cuyo padre es consejero del Parlamento y tiene una fortuna de más de sesenta mil libras de renta. Da doscientos mil francos á su hija : es un buen matrimonio en estos tiempos (1). Hay muchas cosas que arreglar antes de llegar á firmar los artículos como hemos hecho hace cuatro días. Yo os deseo, mi querido primo, la misma molestia, y os prometo en este caso recibir vuestras excusas por no haberme escrito en mucho tiempo, como yo os ruego que recibáis las mías. Se me ha dicho que Mad. de Bussy estaba todavía en París ; sin embargo, había oído decir que iba á reunirse con vos. Adiós, primo mío ; adiós, sobrina mía.

AL MISMO

París 16 de diciembre de 1683.

En fin, después de tanto trabajo casaré á mi pobre hijo. Os pido vuestra procuración para firmar su contrato de matrimonio. Adjuntas van dos pequeñas cartas de atención que os ruego hagáis llegar á manos de mi tía de Toulangeon y á mi primo. Es preciso no desesperar nunca de su buena fortuna. Yo creía á mi hijo fuera de estado de poder pretender un buen partido ; después de tantas desdichas y tantos naufragios, sin cargos y sin camino para la fortuna, y mientras que yo me entretenía con estos tristes pensamientos, la Providencia nos destinaba ó nos había destinado un matrimonio tan ventajoso que en el tiempo en que mi hijo podía esperar más no hubiera deseado uno mejor. Así es como marchamos ciegos

(1) Mr. de Sevigné se casó en 8 de febrero siguiente con Mlle. Juan Margarita, hija de Maurille de Brehan, Barón de Mauron consejero en el Parlamento de Bretaña.

no sabiendo donde vamos, tomando por malo lo que es bueno, tomando por bueno lo que es malo y siempre en una entera ignorancia. ¿Hubierais vos creído jamás que el padre Bourdaloue, por ejecutar la última voluntad del Presidente Perrault, hubiese hecho hace seis días en los jesuitas la más hermosa oración fúnebre que pueda imaginarse? Jamás oración alguna ha sido tan admirada ni con más razón que esta. Ha tomado al Príncipe (1) bajo el punto de vista más favorable, y como su vuelta á la religión ha hecho un gran efecto entre los católicos, este parage, manejado por el Padre Bourdaloue, ha compuesto el más hermoso y más cristiano panegirico que se haya pronunciado jamás.

À MADEMOISELLE SCUDERI

Lunes 11 de setiembre de 1684.

En cien mil palabras no podré deciros más que una verdad que se reduce á aseguraros, señorita, que os amaré y os adoraré todo mi vida; no hay más que esta palabra, que pueda expresar la idea que yo tengo de vuestro extraordinario mérito. Á menudo he hecho de él el objeto de mis admiraciones y de la felicidad que siento portener, en cierto modo, la amistad y la estimación de una tal persona. Como la constancia es una perfección, yo me respondo á mí misma que vos no cambiáis para mí y me atrevo á alabarme de que no estaré jamás bastante abandonada de Dios, para no ser siempre vuestra. En esta confianza parto para la Bretaña, donde tengo mil asuntos; os digo adiós, y os abrazo de todo corazón, pidiéndoos una amistad de las mejores para Mr. de Pellisson :

(1) Enrique II de Borbón, príncipe de Condé. Su principal gloria fué haber dado la vida al gran Condé.

vos me respondéis de sus sentimientos. Llevo á mi hijo vuestras *Conversaciones* (1).

Quiero que quede encantado después de haber quedado yo encantada.

A MADAME DE GRIGNAN

Los Rochers, miércoles 27 de setiembre de 1684.

En fin, hija mía, han llegado cartas vuestras. Admiro cómo esto sucede cuando no se tiene otro consuelo : esto es la vida, es una agitación, una ocupación, un alimento ; sin esto se está débil, no se está sostenido por nada, no se pueden sufrir las otras cartas ; en fin, se siente que es una necesidad el recibir esta conversación de una persona tan querida. Todo lo que me derís es tan tierno y tan conmovedor, que estaria tan avergonzada de leer vuestras cartas sin llorar como lo estaré este invierno de vivir sin vos. Hablemos un poco de Versalles : tengo muy buena opinión de este silencio, no creo que se quiera reusaros una cosa tan justa en un tiempo de liberalidades. Bien veis que todos vuestros amigos os han aconsejado hacer esta tentativa. ¡ Qué placer no tendríais, si por vuestros cuidados y vuestras solicitudes obtuviéseis esta pequeña gracia. No puede venir más á propósito, pues yo creo, y esta pena se une á menudo á las otras, que tenéis grandes desarreglos. En cuanto á mí, estoy convencida de que no estaria jamás repuesta de los que me hubiera causado un retardo de seis meses. Cuando se han llevado las cosas á cierto punto, no se encuentran más que abismos, y vos habéis entrado la primera en estas razones ; ellas causan mi consuelo y yo las repito sin cesar.

Llevamos aquí una vida bastante triste ; no creo, sin em-

(1) Obra de Mlle. de Scuderi.

bargo, que más ruido me fuese agradable. Mi hijo ha sido la causa de estas especies de clavos. Mi nuera no tiene más que algunos momentos de alegría, pues está agobiada de vapores; cambia cien veces al día el rostro sin encontrar uno bueno; es de una extrema delicadeza y casi no pasea; tiene siempre frío, á las nueve de la noche parece que está completamente extenuada. Los días son demasiado largos para ella y la necesidad que tiene de ser perezosa hace que me deje toda mi libertad á fin de que yo le deje la suya; esto me causa extremo placer. No hay medio de sentir que haya otra señora que yo en la casa; aunque yo no me inquiete de nada, me veo servida por órdenes invisibles. Me paseo sola, pero no me atrevo á hacerlo á la hora del crepúsculo por miedo de estallar en gritos y en llantos; la oscuridad me sería nociva en el estado en que estoy. Si mi alma puede fortificarse, sería al temor de incomodaros al que yo sacrificaría esta diversión; al presente es á mi salud, y ésta es porque vos me la habéis recomendado; pero en fin, es siempre por vos.

No depende más que de mí el que no sepa la amistad tierna y sólida que por mí tenéis; yo estoy convencida de ello, estoy penetrada; sería preciso que fuese muy injusta para dudarlo. Si Mad. de Monchevreuil (1) ha creído que mi dolor sobrepujaba al vuestro, es que de ordinario no se ama á su madre como vos me amáis. ¿Por qué removéis la herida de ver mi habitación abierta? ¿Qué es lo que os lleva á este país desierto? Allí es donde vos me llamáis. Me habéis hecho un gran placer al hablarme de Versalles.

La plaza de Mad. de Maintenon, es única en el mundo; no ha habido jamás otra ni la habrá. No habéis olvidado al menos

(1) Mad. de Montchevreuil, aya de las damas de honor de la Delfina, éra — dice Mad. de Caylus — una mujer fría y seca en el trato, de un rostro triste, de un espíritu por bajo de la medianía, de un celo capaz de disgustar á los más devotos y amigos de la piedad, pero fiel á Mad. de Maintenon á quien convenia tener en la Corte una antigua amiga, de reputación sin tacha, con la cual había vivido siempre, segura y secreta hasta el misterio. (*Souvenirs.*)

estampar algunas palabras para Mad. de Monchevreuil. No quiero ayuda para la silla de Mr. de Coulanges; dejadme hacer, yo sé lo que me hago. Estoy muy contenta de que nuestro matrimonio no vaya hacia atrás y que el coadjutor y vos estéis siempre ligados por la misma amistad; conservadme las vuestras, mi muy amable; conservad vuestra salud; no os fatiguéis tanto. Tened piedad de mí; me costaría mucho trabajo el sostener más pena que la que tengo.

La muerte de Mad. de Cœuvres (1) es extraña y todavía más la del caballero de Humieres (2). ¡ Ah! ¡ Cómo la muerte va corriendo por todas partes y atrapando á todos! Yo me encuentro perfectamente bien y tengo escrúpulos de atacar esta perfección con alguna medicina. Esperamos los capuchinos. Esta mujercita me causa lástima; es un matrimonio que no es del todo fuerte: los dos os hacen mil cumplimientos.

No se me apresura á que dé mi amistad, esto disgusta demasiado; nada de apresuramiento, nada de molestia, nada que revele también; esto es tal como yo lo deseaba.

Corbinelli es demasiado feliz por las bondades que tenéis para con él; yo le envidio á estas fechas; he aquí lo que le vale mi amistad.

El *Bien bueno*, que quiere que os diga muchas cosas para él, hace cálculos todo el día y se encuentra bien. Adiós, mi querida hija; ¿qué puedo yo deciros que se aproxime á lo que siento por vos?

Se me envían las gacetas: pensáis en todo, sois adorable. Habláis de mis cartas; yo quisiera que vieseis los rasgos que hay en las vuestras y todo lo que decís en una línea; perdéis mucho en no leerlas.

Os pido un recuerdo para Mr. de Cœuvres y para Mad. de Mouci. Deberíais escribir bonitamente á Mr. de Lamoignon de vuestra parte y de la mía, por el dolor que ha sentido al ver morir á su amigo entre sus brazos.

(1) Magdalena de Lyonne. casada con Francisco Aníbal de Estrés marqués de Cœuvres.

(2) Baltasar de Crevant de Humieres, caballero de Malta.

A LA MISMA

Los Rochers, miércoles 4 de octubre de 1684.

Ya me esperaba yo, querida mía, que vos iríais bien pronto á Gif. Este viaje era muy natural; espero también que me daréis noticias de él y del efecto de esta retirada para el matrimonio y de la tenacidad de Mr. de Montausier en pedir cosas inauditas. Todo lo que pasa en el hotel de Carnavalet es asunto mío, más ó menos, según el interés que vos tengáis en ello.

Me habláis tan tiernamente de la pena que os causa mi ausencia, que estoy muy conmovida por ello, pero más quiero sentir este dolor, que no saber las consecuencias de vuestra amistad y de vuestras tristezas; la mía no se ha disipado de todo por la diversidad de objetos; yo subsisto por mis propias fuerzas y las de la pequeña familia.

Mi hijo debe haberse librado por mi llegada de algunas malas compañías que le tenían agobiado: estoy encantada de ello, pues como sabéis no soy muy dócil para ciertas impertinencias; y como no soy tampoco bastante feliz para soñar como vos, me impaciento y digo rudezas. Gracias á Dios que estamos en reposo; yo leo ó al menos tengo el designio de comenzar un libro que Mad. de Vins me ha metido en la cabeza, que es la *Reforma de Inglaterra*. Escribo y recibo cartas; estoy casi todos los días ocupándome de vos. Recibo vuestras cartas el lunes y hasta el domingo contesto. Esto me impide el sentir tanto la distancia de un correo al otro.

Paseo extraordinariamente, porque hace el tiempo más hermoso del mundo, y por que siento con anticipación el horror de los días que vendrán; así es, que aprovecho con entusiasmo y avaricia de los que Dios me da. ¿No iréis á Livry, querida mía? ¿El caballero no encontrará agradable el reposar allí un poco después de sus aguas? El coadjutor está curado todo os convida á ir; yo os desafío á que no penséis en mí

Estoy muy bien, querida mía; pero vos no me daréis el placer de decirme sinceramente cómo estáis, y si el lado que yo temo tanto no os hace sufrir. Yo os pido esta verdad.

Si tenéis necesidad de un pequeño luto, yo os le proporcionaré. Mr. de Montmorón (1) murió hace cuatro días en su casa de una violenta apoplejía en seis horas. Es una hermosa alma delante de Dios; sin embargo, no hay que anticipar juicios.

He visto á la princesa, que habla de vos, que comprende mi dolor, que os ama, que me ama, y que toma todos los días doce tazas de te; lo hace hervir como nosotros, y pone todavía en la taza más de la mitad de agua hirviendo; piensa hacerme vomitar. Esto, según dice, la curó de todos sus males. Me asegura que el landgrave (2) tomaba cuarenta tazas todas las mañanas — pero señora, no pueden ser más que treinta; — no, cuarenta; estaba á la muerte y esto le ha resucitado á ojos vistos, en fin, es preciso tragar todo esto; yo la decía que me felicitaba por la salud de toda la Europa, al verla sin luto ¡ Me respondió que se encontraba muy bien, como podía verlo por su traje, pero que temía verse bien pronto obligada á llevar luto por su hermana, la mujer del elector; (3) en fin, yo sé perfectamente los asuntos de Alemania. Es buena y muy amable en medio de todas estas cosas.

Ved una carta de Mr. de Pomponne. ¡Cómo me alegro de que tenga esta abadía! ¡Qué agradable es cuando se está en Normandía sin pensar en nada! *Non ti l'invidio, no, ma piango il mio*; es decir, querida mía; ¿no habrá nadie más que vos que no obtenga nada? ¿Creéis, querida mía, que vuestros asuntos no tienen un gran sitio en mi corazón?

Yo creo que pienso en ellos más tristemente que vos; pero hija mía, aprovechaos de vuestro valor que os hace sostenerlo

(1) Carlos de Sévigné, conde de Montmorón, consejero en el parlamento de Rennes.

(2) Carlos, landgrave de Messe-Cassel, su sobrino.

(3) Carlota de Hesse-Cassel, mujer de Carlos Luis de Baviera, conde palatino del Rhin, elector del Imperio.

todo, y continuad amándome si queréis hacer mi vida feliz, pues las penas que me da este afecto son dulces, á pesar de lo amargas que son.

Á LA MISMA

Los Rochers, domingo 3 de octubre de 1684.

Esto os molesta un poco, querida mía; pero yo os diré : *¿es qué hablo contigo?* Aunque no fuese más que por mí, conservaos : yo no tengo la fuerza de sostener vuestra ausencia y vuestra mala salud. Estoy segura que no tendréis buenas mejillas que presentarme; nada cambia tanto como esta clase de malos y las sangrías; yo no puedo hablaros de otra cosa. Tengo mucho deseo de saber noticias vuestras; pero si el caballero no es vuestro secretario, de aquí á algún tiempo no os escribiré más.

Mi hijo vuelve hoy de Rennes. En su ausencia he hablado con su mujer; la he encontrado siempre llena de razón, entrando en todos nuestros asuntos del tiempo pasado, como una persona y mejor que toda la Bretaña; es mucho el no tener el ingenio obtuso, ni al revés, y ver las cosas tales como pasan y como ellas son. Os obedezco mal, cuando queréis que esté siempre expuesta; tengo necesidad de estar ciertas horas con vos, y esta libertad aunque triste me es agradable. Es verdad, que haga lo que haga, los días tienen aquí toda su extensión y un poco más.

El mes de septiembre me parece que ha durado seis meses y no comprendo que no haga más que quince días que estoy aquí.

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 26 noviembre de 1684.

Tanto peor para vos, hija mía, si no leéis vuestras cartas; es un placer que os quita vuestra pereza, y no es el menor mal que ella puede haceros; en cuanto á mí, yo las leo y las releo, y hago de ellas toda mi alegría, toda mi tristeza y toda mi ocupación; en fin, vos sois el centro de todo y la causa de todo. Comienzo por vos. ¿Es posible que al hablar al Rey hayáis sido una persona tan fuera de vos, sin ver, según decís, otra cosa que la majestad y abandonada de todos vuestros pensamientos?

No puedo creer que mi hija bien amada, que tiene tanto ingenio y tanta presencia de espíritu, se haya visto en tal estado. Es cuestión, en fin, de obtener: os confieso que por lo que os ha dicho S. M., él quería hacer alguna cosa por Mr. de Grignan, sin atender al excesivo gasto que éste ha hecho últimamente; pero esta respuesta del Rey, me ha parecido como si os hubiese dicho: *Señora, esta gratificación que pedís, es poca cosa, yo quiero hacer algo más por Grignan (1).*

Y yo he entendido esto muy claro, como una manera de asegurar vuestros extraordinarios, que el Rey sabe bien son un negocio capital para vuestra casa. Yo no he pensado, pues, en el pequeño presente y os he mandado lo que habéis visto en mi última carta. Es á vos, querida mía, á quien corresponde dirigirme y yo os ruego que lo hagáis, pues no me gusta pensar mal en vuestro asunto.

Madama de la Fayette me ha dicho que estabais bella como un ángel, en Versailles; que habéis hablado al Rey y que se cree que pedíais una pensión para vuestro marido. Yo le respondí negligentemente que creía era para suplicar á S. M

(1) En efecto, Mr. de Grignan recibió una gratificación de doce mil francos y la misma suma se le concedió en 1687.

tuviese en cuenta los gastos infinitos que Mr. de Grignan se ha visto obligado á hacer en este lado de Provenza, y esto es toda

Vuestro *Bien bueno*, está constipado con uno de estos grandes catarros que vos conocéis; está en su alcoba: le conservamos mejor que en París. La mujer de mi hijo, hace todos los remedios cálidos y violentos de los capuchinos, sin estar conmovida por ello. Cuando hace buen tiempo, como sucede desde hace tres días, salgo á las dos y voy á pasearme *quanto va*; no me detengo, paso y repaso delante de los obreros, que cortan madera y representan muy al natural estos cuadros del invierno. No me divierto mucho en contemplarlos; y cuando he gozado de toda la belleza del sol, andando siempre, entro en mi habitación y dejo medio á oscuras para las personas que son groseras, pues, en cuanto á mí, me he vuelto una señorita para agradaros. Ved aquí como uso y usaré de mí, y aun á veces no saldre nada. La silla de Coulanges, libros que mi hijo lee con perfección y algunas conversaciones se repartirán mi tiempo en el invierno y serán el objeto de vuestra atención, es decir, de vuestra satisfacción, pues yo sé vuestras ordenanzas en todo y por todo. Mi hijo viene el miércoles (1). En verdad, que nosotros estaríamos muy tristes sin él y él sin nosotros; pero hace tan bien, que casi siempre tiene juego en mi habitación y cuando no tiene vecinos, vuelve á la lectura y á los discursos sobre la lectura: vos sabéis lo que esto es en los Rochers. Hemos leído libros in-folio en doce días: el de Mr. Nicole nos ha ocupado: la *Vida de los padres del desierto*, *Reforma de Inglaterra*; en fin, cuando se es bastante feliz para amar esta distracción no se carece jamás de ella.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 13 de diciembre de 1684.

En vano me aseguran que no hizo ayer más que tres meses

(1) El miércoles era uno de los días de posta.

justos que al deciros adiós derramé tantas y tan amargas lágrimas; no, mi querida condesa, no lo creeré jamás; os lo digo seriamente, no comprendo una medida del tiempo; desde el día de nuestra separación, todo está revuelto en mi cabeza y no se dónde estoy.

Doce mil francos del Rey hubiesen sido muy buenos para pasar el invierno con vos, pero este plazo había encontrado algunas dificultades: ha sido preciso encontrar en sí, esta partida casual y esto es lo que se hace, comiendo aquí una parte de lo que me debe mi hijo y reservando toda mi renta para el pago de mis deudas. Este sueño me era tanto más necesario, cuanto que, yo no tenía otro recurso, pero cuesta muy caro á mi corazón, más caro que todo lo que yo puedo deciros.

Jamás ha sido nada tan agradable como lo que me decís de esa gran belleza que debía aparecer en Versalles, tan fresca, tan pura y tan natural, que debe borrar todas las demás bellezas. Os aseguro que estaba con curiosidad por saber su nombre y que yo esperaba alguna nueva belleza llegada y conducida á la Corte: encuentro de repente, que es un río (1) distraído de su camino á pesar de lo precioso que es, por un ejército de cuarenta mil hombres; no ha sido preciso menos para hacerle un lecho. Me parece que es un presente que Mad. de Maintenon hace al Rey de la cosa que más desea. Yo no conocía el nombre de este río, pero aunque no sea famoso, los que están sobre sus bordes, no dejarán de quedar admirados de su ausencia. No es que nadie se haya acostumbrado á temer semejante vecindad, y los geógrafos estarán tan embarazados, como los que no hubiesen encontrado los montes Osa y Pelion, cuando Mercurio los quitó de su sitio. Esta consideración, le obligó como sabéis á ponerles en otro (2), pero S. M. no tendrá tanta complacencia para estos señores.

(1) Ver el diálogo de Luciano, titulado, *Caron ó el Contemplador*.

(2) El río Eure, del cual se tomó una parte diez leguas más arriba de Chartres, para conducirla á Versalles. La guerra de 1688, unida á varias enfermedades, hizo paralizar los trabajos del campo de Maintenon.

Me parece que Mr. de Montausier no considerará mucho á la casa de Polignac para hacer romper por su tenacidad un matrimonio tan comprometido y tan igual.

Mr. de la Garde me escribió el otro día según vuestra opinión, encontrando muy mal tratar así á gentes de esta calidad y de un tan gran mérito, en opinión de Mlle. de Alerac y de Mr. de Grignan estoy segura que muchas gentes serán de esta opinión. Si encontráis á Mad. de la Vardin, haréis bien en continuar hablándola confidencialmente de este asunto.

En cuanto á mí, que no veo en el porvenir ningún duque para consolar á Mlle. de Alerac de lo que ella pierde, pienso que su fortuna no tentará á nadie, y que la esperanza de la de su hermana no es más que una visión y una quimera con la cual la harán perder una alianza tan conveniente y tan buena. Ya comprenderéis que después de esto, los grandes partidos no querrán correr los mismos destinos : la negativa será segura y el resultado de esta negativa extremadamente incierto y por completo en las ideas de Platón. Se persuade uno fácilmente, de que el temor de no ver á esta joven establecida, no conmueve mucho á Mr. de Montausier (tío de Mlle. de Alerac) y que mira sin horror todo lo que acerca de esto pueda suceder ; pero yo os confieso, que estaré afligida de ello y que tomo un verdadero interés en esta última escena.

Siempre me comunicáis muertes que me sorprenden. Este gran Simiane, estaba bien sujeto al mal de piedra : se ha curado ; todo esto va bien pronto. Apostrofáis el alma de mi pobre padre para daros razón de la paciencia de algunos cortesanos. Quiera Dios que no sea castigado por haber sido de un carácter tan opuesto. Os fatigáis en contestarme y en escribirme á todo. ¡ Ah, Dios mío ! Dejadme decir ; yo no tengo otra cosa que hacer. Os burláis de la santa libertad establecida entre Corbinelli y yo ; está bien, nuestra amistad no es por esto ni menos verdadera ni menos sólida.

Yo no digo que vos no me escribáis ; lo que digo es que no es preciso agobiaros. Por ejemplo : yo no escribiría hoy á mi amigo ; no le amo menos por eso. Me cuenta cosas muy boni-

tas; yo se las devolveré el sábado y hablo con él con confianza. Decidme la opinión del caballero acerca de Polignac. Quiera Dios que nuestros pensamientos fuesen los mismos. Veo vuestro traje de Versalles, pero en París, hacedme ver á mi hija : yo la ruego que vaya cuando pueda en casa de la pobre duquesa de Chaulnes que está un poco mal de su enfermedad del estómago. Hace un tiempo bastante bueno desde dos días á esta parte ; nosotros gozamos de él, pero corriendo ; desafío á que me atrape el reumatismo. Me gusta el tiempo triste ; pero cuando las nubes están tan bajas que caen sobre nuestra cabeza y llueve y no se ve gota, tengo ganas de llorar. Adiós, os abrazo con toda la verdadera ternura de mi corazón.

À LA MISMA

París, viernes 29 de octubre de 1688

Esperamos esta tarde noticias vuestras y hallamos que vosotros y nosotros pasamos toda la semana ocupados en escribirnos ; solamente reposamos el día del señor : todas nuestras conversaciones son acerca de vos y no podéis jamás estar mejor elogiada que por los que os han visto tan cerca como nosotros en todas las cosas importantes que habéis hecho por vuestra familia. Pero vuestra modestia para mi pluma ; para indemnizarnos, es preciso decir como Voiture al príncipe : *Si supieseis con cuánto respeto y temor de desagradaros os admiramos aquí, veríais que nosotros no os amamos como ciegos*, de suerte que vos no perdéis nada para nosotros de todas las buenas cualidades que Dios os ha dado. Os rogamos que las inspiréis á vuestra hija : no podréis hacer nada más útil para ella.

Nos parece que si Mr. de Grignan ha de permanecer algún tiempo en Aviñón, no haríais mal en ir allá con él, para evitar las visitas de vuestra llegada y para no hacer dobles gastos. Pero vos sabéis bien cuán temerarios son los consejos

dados de lejos ; así, querida mía, todo lo que vos hagáis será seguramente lo mejor. El caballero tiene un poco mala mano derecha ; no os escribirá mucho, pero yo me ofrezco ser su secretario.

Ved cartas de nuestro joven que alcanzan al 22 de octubre. vos debéis esperar mucho del cuidado que se tiene de conservárosle.

Ya sabéis cómo ha sido castigada la fanfarronada de estos dos voluntarios: más vale ser prudente. Escribid á Mr. Courtin : su hijo ha muerto á manos de nuestros soldados que le han herido mortalmente por la noche, creyéndole uno de los enemigos. Adiós, mi querida y muy amable ; ayer estuve en casa de Mad. de La Fayette ; la Princesa estuvo también : se había contado antes que un cortesano había dicho al Rey : *Señor, vos cazáis los lobos como Monseñor, y él toma las ciudades como vuestra majestad.* Cuando no tengamos más Filisburgo sobre las espaldas no os diremos bagatelas, pero nunca podré decirlos hasta qué punto me sois querida. Abrazo á todos mis queridos Grignan. Encuentro á Paulina muy avanzada por haber leído las *Metamorfosis* ; no se vuelve después de esto á la *Guta de pecadores* : dadle, dadle atrevidamente los *Ensayos demoral.* Se ve por sus respuestas que tiene mucha vivacidad de ingenio. Unid esto á un gran deseo de agradaros, y haréis una maravilla de este pedazo de blanca cera al cual podréis dar la forma que queráis. Habladle de lo que le conviene como yo os he oído á menudo hablar á vuestro hijo ; de la manera con que vos me la representáis, ella aprovechará las lecciones á ojos vistas, y esto os causará un gran divertimento y una ocupación digna de vos, según Dios y según el mundo.

À LA MISMA

Paris, dia de todos los santos de 1688, á las nueve de la noche.

Se ha tomado á Filisburgo, querida mía ; vuestro hijo está bueno. No tengo más que volver esta frase por todos lados,

pues no quiero cambiar de discurso. Por esta carta sabréis que vuestro hijo está bueno y que se ha tomado á Filisburgo. Un correo acaba de llegar en casa de Mr. Villacerf que dice, que el de Monseñor ha llegado á Fontainebleau, mientras que predicaba el Padre Gaillard; se le ha interrumpido y se han dado gracias á Dios por un suceso tan feliz y una conquista tan bella. No se saben detalles, sino que no ha habido asalto y que Mr. du Plessis decía verdad cuando aseguraba que el Gobernador hacía construir carros para llevarse su equipaje. Respirad pues, mi querida hija, y dad gracias á Dios primeramente: por ahora no es cuestión de otro sitio; gozad del placer de que vuestro hijo haya visto el de Filisburgo; es una fecha admirable, es la primera campaña del Delfin ¿No estaríais desesperada de que fuese él sólo entre los jóvenes de su edad el que no hubiese estado en este hecho y que todos los otros se hicieren por eso los orgullosos? ¡Ah! ¡Dios mío! no hablemos más de esto; todo ha salido á medida del deseo. Sois vos, mi querido conde, á quien es preciso dar gracias: yo me regocijo de la alegría que debéis tener; hago mis cumplimientos á nuestro coadjutor; ésta es una gran pena de la cual todos estamos consolados. Dormid, pues, hermosa mía, pero dormid bajo nuestra palabra. Si estáis ávida de desesperaciones, como decíamos antes, buscadlas en otra parte, pues Dios os ha conservado vuestro querido hijo. Nosotros estamos transportados de alegría por él; yo os abrazo por esta alegría con una ternura de la cual creo que no dudáis.

À LA MISMA

París, miércoles 17 de noviembre de 1688.

Hoy es, mi querida hija, el día en que nuestro marqués cumple diez y siete años. Es preciso añadir á todo lo que compone el comienzo de su vida una buena contusión, que le

hace, yo os lo aseguro, mucho honor por la manera tan fría y tan reposada con que la ha recibido. El caballero os dirá como Mr. de Sainte-Maure, se lo contó al Rey : está agobiado de cumplimientos en Versalles y yo aquí. Mad. de Lavardin me rogó que fuese ayer á buscarla á casa de Mad. de La Fayette : quería regocijarse conmigo por ello. Mad. de La Fayette me había rogado la misma cosa. Me dijo desde luego alegremente : y bien, ¿qué es lo que Mad. de Grignan tendrá que decir acerca de esto ? « Decidle que debe estar encantada, que sería una cosa de comprar esta dicha, si se pusiese á precio ; y que, en una palabra, ella debe ser muy feliz. » Prometí deciros todo esto, y os lo digo con placer. Recibid, pues, también, todas las amistades sinceras y todos los cumplimientos de Mad. de Lavardin, con recuerdos de Mad. de Coulanges, de la duquesa de Lude, de las *Divinas* (1), de la duquesa de Villeroi y del P. Morel (2), á quien vi también cuando iba en casa del pobre Saint-Aubin.

Querida hija, los santos deseos de la muerte le agobian de tal manera, que se ha dado ya todos los Sacramentos. El cura de Santiago no quería ayer darle la Extremaunción y fué un dolor para él, pues no desea más que la eternidad y no respira más que por estar unido á Dios.

Su paz, su resignación, su dulzura, su desprendimiento, superan á todo cuanto pueda imaginarse, tanto, que no parecen sentimientos humanos. El socorro que encuentra en el P. Morel y en su cura, que son sus directores, sus amigos, sus guardias y sus médicos, no es una cosa ordinaria, es un goce anticipado de la felicidad. Duchene es su médico : es un hombre admirable ; nada de tormentos, nada de remedios : « *Señor, tratad de sudar y tened paciencia.* » Una habitación sin ruido, sin ningún mal olor, nada de fiebre, más que interior é imperceptible ; una cabeza despejada, un gran silencio á causa de la fluxión que tiene en el pecho. Buenos y sólidos dis-

(1) Mad. de Frontenac y Mlle. de Outrelaise.

(2) Célebre director del Oratorio.

cursos, nada de bagatelas : esto es divino, es lo que no se ha visto jamás. Este pobre enfermo se encuentra indigno de morir en el mismo sitio donde ha muerto Mad. de Longueville (1). Yo contaba todo esto á Treville (2) que estaba en casa de Mad. de La Fayette : él me respondió : *Ved cómo se muere en este barrio*. Duchene no cree que esto acabe tan pronto. Dios mío, querida hija ; ¡cuán conmovida estaríais de este santo espectáculo ! Yo no digo de aflicción, sino de consolación y de envidia. Saint-Aubin me ha demostrado mucha amistad, así como á vos con motivo del joven marqués, pero todo esto, no es más que un momento, pues en seguida vuelve á Jesucristo y á su misericordia ; pues para él, no es cuestión de ninguna otra cosa ; pero en fin, tampoco es preciso agobiaros con este triste relato. Quiero daros gracias, muy seriamente, de haber tomado el camino más largo para evitar esos pequeños arroyos que estaban convertidos en ríos. Haced siempre así, hija mía, y no os fiéis en la incertidumbre de una empresa, la cual no tiene remedio desde el momento en que se ha dado el primer paso en el agua. Pensad en Mr. de la Vergne (3) y en mí, si queréis ; — pero en fin, permitidme tomar siempre el más largo y el más seguro ; no hay ninguna comparación entre aburrirse y ahogarse. ¿No era Paulina la que iba con vos en esa litera ? Y bien, ¿su pequeña nariz os disgustaba ? Vos calláis de repente algunas veces en detalles que yo quisiera saber ; ¿creéis que os escribiré menos por eso ? De ninguna manera. querida mía ; yo no me arreglo según vuestro modelo. Vuestro hermano está en la boda de Mlle. de la

(1) En una gran casa contigua á los carmelitas del taubourg de Santiago que había estado ocupada por Mad. de Longueville, donde ella tuvo una muerte muy cristiana el 15 de abril de 1679, después de una penitencia de veintisiete años.

(2) El conde de Treville ó Troisville, amigo íntimo de Enriqueta, duquesa de Orleáns, que se commovió tanto por la muerte de ésta que renunció al mundo para no ocuparse más que de su salvación.

(3) El abate de la Bergue-Tressau, que fué arrastrado en su litera cuando pasaba el río Gardon y murió ahogado por la imprudencia y la obstinación de su conductor el 5 de abril de 1684.

Coste en Saint-Brieuc. Mr. de Chaulnes estaba también : sin este gobernador, el novio se hubiera escapado.

Me parece que tengo que haceros muchas excusas por el sitio de Manheim ; se me aseguró con tal certeza que esto no sería nada, que yo esperaba hacérosle pasar insensiblemente ; pero, hija mía, ya pasó, y si vos lo hubieseis deseado no hubiese sucedido otra cosa. Tratad, pues, de dormir mucho y bien ; yo os respondo del resto. La fábula de la liebre (1) está de tal modo hecha para vuestro estado que parece que sois vos quien la ha hecho :

Jamás un placer puro ;
Siempre sustos diversos, etc

Á lo cual podríais añadir :

Corregid esa falta,
Mas, ¿ se corrije el miedo ?

Pero en cambio no podríais decir :

Yo creo que los hombres
Como yo tienen miedo ;

pues encuentro que los hombres no tienen miedo ninguno. Es una vejez feliz la del señor arzobispo ; me encuentro muy honrada con su recuerdo. Yo atacaré uno de estos días al coadjutor ; le hablaré de la buena pareja que hacíamos en París. Estoy encantada de que os ame más por él que por vos ; pues no sería buen signo para su espíritu y para su razón el que se incomodase con vos. Yo amo á Paulina ; me la representáis con una bonita juventud y un buen natural ; la veo correr por todas partes y decir á todo el mundo la toma de Filisburgo ; la veo y la abrazo ! Amad, amad á vuestra hija ; es la cosa más razonable y más bonita del mundo, pero amad siempre también á vuestra querida madre, que os quiere más á vos que á sí misma.

Mr. de Bailli acaba de salir ; os hace cien mil fiestas, con tan buena intención, que le debéis estar muy agradecida por ello.

(1) Fábula de la Fontaine : *Las liebres y las ranas*, libro 2.º, fab. 14.

Mi querido conde : todavía es preciso deciros una palabra acerca de ese joven : esta campaña es obra vuestra : tenéis grandes motivos para estar contento ; todo contribuye á persuadiros que habéis hecho muy bien. Yo siento vuestra alegría y la mía ; no es por adularos, pero todo el mundo habla bien de vuestro hijo : se elogia su aplicación, su sangre fría, su atrevimiento y casi su temeridad.

À LA MISMA

Paris, viérnes 10 de diciembre de 1688

No contesto á nadie hoy, pues vuestras cartas vienen muy tarde y es el lunes cuando yo contesto á las dos. El marqués (1) está un poco crecido, pero no es bastante para enorgullecerse. Su estatura no será como la de su padre : no hay que pensar en ello ; por lo demás, él es muy bonito, respondiendo muy bien á todo lo que se le pregunta, como un hombre de buen sentido que ha mirado y querido instruirse en su campaña. Hay en todos sus discursos una modestia y una verdad que nos encanta. Mr. du Plessis es digno de la estima en que le tenéis. Comemos juntos muy bonitamente, regocijándonos de las empresas injustas que hacemos algunas veces los unos sobre los otros. Estad, pues, tranquila acerca de esto ; no penséis más en ello ; dejad la vergüenza de encontrar que un *reyezuelo sea para mí una carga pesada*. Estoy afligida, pero es preciso ceder á la gran justicia de pagar sus deudas, y vos comprendéis esto mejor que nadie ; hasta sois bastante buena para creer que no soy naturalmente avara y que no tengo deseo de amontonar. Cuando estáis aquí, querida mía, habláis tan bien á vuestro hijo, que no tengo más que admiraros ; pero en vuestra ausencia, me cuido de enseñarle el

(1) El hijo de Mad. de Grignan.

manejo de las conversaciones ordinarias que es importante saber; hay cosas que es preciso no ignorar. Sería ridículo parecer admirado de ciertas noticias, sobre las cuales se razona; yo estoy bastante instruída en estas bagatelas. Le predico mucho también la atención de lo que los otros dicen y la presencia de espíritu necesaria para entenderlo pronto y responder: esto es de una importancia capital en el mundo. Le hablo de los prodigios de presencia de espíritu que Dangean nos contaba el otro día; él los admira y yo insisto sobre el agrado y la utilidad misma de esta clase de vivacidad. En fin, no estoy del todo desaprobada por el caballero. Hablamos juntos de la lectura y de la desgracia extrema de estar entrogada al aburrimiento y á la ociosidad; nosotros decimos que es la pereza del espíritu que quita el gusto de los buenos libros y aun de las novelas, y como este capítulo nos interesa mucho, vuelve á comenzar á menudo. El joven Auvernia (1) está enamorado de la lectura; no había un momento de reposo en el ejército que él no estuviese con un libro en la mano; y Dios sabe si Mr. du Plessis y nosotros hacemos valer esta pasión tan noble y tan bella. Queremos estar persuadidos de que el marqués será susceptible de esto; al menos no olvidamos nada para inspirarlo gusto tan conveniente. El caballero es más útil á este joven que todo cuanto se pueda imaginar; le dice siempre las mejores cosas del mundo sobre los puntos de honor y de la reputación, y toma un cuidado en sus asuntos que nunca le agradeceré bastante. Él entra en todo, se mezcla en todo y quiere que el marqués economice su dinero, que escriba, que calcule, que no gaste nada inútil; así es como trata de darle su espíritu de orden y de economía y de quitarle un aire *de gran señor, de qué me importe, de ignorancia y de indiferencia*, que conduce muy recto á toda clase de injusticias, y en fin al hospital. Ved si hay una obligación semejante á la de educar vuestro hijo en estos principios. En cuanto á mí, yo estoy encantada y encuentro mucha más

(1) Francisco Egon de la Tour, llamado el príncipe de Auvernia.

nobleza en esta educación que en las otras. El caballero tiene un poco de gota : mañana irá si puede á Versailles y os dará cuenta de vuestros asuntos. Ya sabéis á estas fechas, que sois caballero de la orden ; es una cosa muy bella y muy agradable en medio de vuestra provincia, en el servicio actual ; y esto sentará muy bien á la hermosa estatura de Mr. de Grignan ; al menos no habrá nadie que se lo dispute en Provenza, pues no será envidiado de su tío ; (1) esto sale de la familia.

La Fayette acaba de salir de aquí ; ha hablado una hora de uno de los amigos de mi joven marqués : ha contado cosas tan ridículas que el caballero se cree obligado á hablar de ello al padre del joven, que es amigo suyo. Él ha agradecido mucho á La Fayette este aviso, porque en efecto no hay nada tan importante como el estar en buena compañía ; y que á menudo, sin ser ridículo, se es ridiculizado por culpa de aquellos con quienes se está. Estad tranquila respecto á esto ; el caballero pondrá en ello buen orden.

Yo me disgustaré mucho si no puede el domingo presentar á su sobrino ; esta gota, es un quita-alegrías. Por lo demás, hija mia, ¿ pensáis que Paulina pueda ser perfecta ? ¿ Que no está tranquila en su habitación ? Pues hay muchas gentes muy amadas y muy estimadas que tienen este defecto ; creo que os será fácil corregirla de él, pero guardaos sobre todo de acostumbraros á mortificarla y humillarla. Todas mis amigas me encargan á menudo mil recuerdos y mil cumplimientos para vos. Mad. de Lavardin vino ayer aquí á decirme que ella os estimaba demasiado para haceros un *complimiento* y que os abrazaba de todo corazón y á ese gran conde de Grignan ; estas fueron sus palabras. Tenéis mucha razón en quererla. Ved aquí un hecho : Mad. de Brinon (2) el alma de Saint-Cyr, la amiga íntima de Mad. de Maintenon, no está ya en Saint-Cyr. Ha salido de allí hace cuatro días. Mad. de Hannover

(1) El arzobispo de Arlés.

(2) Mad. de Brinon, cuando se abrió el primer establecimiento de Saint-Cyr, fué puesta al frente de esta casa. Tenía mucho talento y mucho saber, pero también mucho orgullo y ambición.

que la ama, la llevó al hotel de Guisa, donde está todavía. No parece que esté mal con Mad. de Maintenon, pues ella envía todos los días á saber noticias suyas; esto aumenta la curiosidad de saber cuál es el motivo de su desgracia. Todo el mundo habla de ello en voz baja sin que nadie sepa más; si esto llega á esclarecerse, ya os lo mandaré á decir.

A LA MISMA

París, lunes 27 diciembre 1688.

¿Sabéis, querida hija mía, que vuestro pequeño capitán está en el camino de Chalons, para ir á ver esa hermosa compañía que vos le habéis hecho? Partió el día de Navidad para ir á dormir á Claie y hacer al paso la reverencia á Livry; volverá el domingo. El caballero ha medido todos estos días, Mr. du Plessis está con él, siempre verdaderamente colmado de muestras de vuestra estimación y de vuestra confianza. Podéis contar con que está á vuestra disposición y á la de vuestro hijo, y que lo estará en tanto que vos queráis. Me parece, con su lazo y su corbata negra, aquel mariscal que llegó á ser pintor por amor: el amor por vuestra casa es lo que le ha hecho á éste convertirse en guerrero; en fin, él tiene valor, atrevimiento y toda clase de virtudes para hacer de él lo que os plazca. Su capítulo está agotado, el del marqués no lo está aún. Vos le creéis gordo y no lo está; al contrario, su talle es mucho más fino. Está crecido, pero en dos meses y medio, ¿creéis que se pueda crecer mucho? Han pasado tantas cosas, mi querida hija, desde hace tres meses, que nos parece que han pasado tres años. En fin, el tiempo no va seguramente como cuando nosotras estábamos aquí juntas. Solerí, os ha representado nuestra sociedad que no subsiste más que en vos y para vos, pues vos sois nuestro verdadero lazo; y este bonito

retrato... Pero no dice jamás una palabra : esto nos aburre ; vos sois mucho más bella que él sin adularos. He hecho ver esta mañana á la duquesa de Lude vuestra página de escritura y se ha regocijado mucho : esto era necesario para pagar los recuerdos que todos los días me da para vos. Me ha llevado después de la misa á casa del abate Tétu con Alliot. Este abate no duerme absolutamente. Está en verdad muy malo. Esto pasa de los vapores ordinarios y no se le puede ver sin mucha piedad. Madame de Coulanges y todas sus amigas tienen de él cuidados infinitos.

La ceremonia de los caballeros se hará sin ceremonial (1) en la capilla de Versalles ; comenzará el viernes en las vísperas y continuará en la mañana del día primero del año y el resto en las vísperas. El Rey ha quitado la obligación de comulgar en la ceremonia. S. M. no llevará su gran manto, no tendrá más que el collar ; los mantos se prestan, de suerte que es verdad que varios están dispensados de llevarlos. El Rey está muy contento de la manera con que Mr. Mónaco (2) ha recibido la orden ; lo ha dicho muy alto y esto embaraza á los que lo han rehusado. Es muy probable que el mismo correo que lleve el cordón á Mónaco, le lleve á Mr. de Grignan. Me parece que es como estos perros á quienes se les dice durante mucho tiempo *hermosos*, y después, de repente, se les llama pillos. La comparación es rica : temo que me haga una querella con este espíritu puntilloso ; dirá que le trato como á un perro. Á Dios, mi muy querida y amable hija ; tendría todavía cien cosas que deciros, pero esto sería agobiarnos.

(1) Se hizo entonces la ceremonia de los caballeros del Santo Espíritu con el menor ceremonial posible, pues el Rey tenía una gran aversión por ello.

(2) Consintió en ocupar su puesto como duque de Valentinois y no como príncipe de Mónaco.

À LA MISMA

Paris, miércoles 29 de diciembre de 1688.

Ved aquí ya este miércoles tan terrible, en el cual me rogáis que olvide un poco á mi querida hija; pero ignoráis que lo que me consuela de mis fatigas es escribirla y hablar un poco con ella. Me acuerdo bastante de Provenza y Aix, y es bastante el motivo que tenéis para quejaros de la elección que se hizo el día de San Andrés para probar extremadamente que la hayáis hecho revocar por el Parlamento. He visto al padre Gaillard (1), que está muy contento; hablará á Mr. Croissi, y hará enviar todo el asunto á Mr. de Grignan. No se podría vengar nadie más honradamente y de una manera que debe curar y corregir mejor la fantasía de disgustaros. Doy mi enhorabuena á Mr. Gaillard. Estoy verdaderamente contenta del pensamiento de tener mi sitio en tan buena cabeza; no podré olvidar sus miradas tan llenas de fuego y de ingenio. ¿No habláis vos algunas veces con él? Comprendo, mi querida hija, este trabajo de dos meses que habéis mandado hacer este invierno en Aix. Parece grande y difícil para verlo toda de un golpe, pero cuando estéis en disposición de ir y de trabajar, estando todos los días tan agobiada de trabajos y de escrituras, encontraréis, que á pesar del aburrimiento y de la fatiga, los días no dejan de transcurrir muy pronto. Yo he pasado algunos muy dolorosos sin contar las malas noches y, sin embargo, nada impedía al tiempo de correr: lo que es verdad es que al cabo de tres meses se cree que hace tres años que estamos separadas. Si queréis creerme, permaneceréis muy bien en Aix hasta Pascuas: la cuaresma es allí más dulce que en Grignan.

El viento de Grignan que os hace tragar el polvo de todas las construcciones de vuestros prelados *me* hace mal *en vues-*

(1) Célebre jesuita que tomaba parte en este negocio por relación á su hermano, hombre de mérito y de mucho ingenio.

tro pecho (1). Y me parece un pequeño campo de Maintenon (2). Haréis de este pensamiento lo que queráis : en cuanto á yo no deseo en el mundo más que poder trabajar con mi querida hija y acabar mi vida amándola y recibiendo las tiernas y piadosas muestras de su piedad, pues vos me parecéis el *piadoso Eneas* femenino.

He visto á Sanzei : le he abrazado por vos; él se ha puesto de rodillas y me ha besado los pies. Os mando sus locuras como las del Quijote. Ya no es mosquetero, es subteniente de dragones. Ha hablado al Rey y le ha dicho que si él servía con aplicación tendría cuidado de él. Ved aquí dónde sería bien necesario ser un poco *caballero del pie de la carta*. No podríais creer como esta cualidad, que nos hacía reir, es útil á vuestro hijo, y cuánto contribuye á fundar su buena reputación. Es un modo de bien decir. Mad. de Verneuil que ha vuelto, comenzó ayer por ahí y os envía enseguida mil amistades y cumplimientos. Creo que Mlle. de Coislin (3) será, en fin, Mad. de Enrichemon.

Madame de Coulanges, á quien he visto esta mañana en casa de Bagnols, me ha dicho que había recibido vuestra respuesta y que me la enseñaría esta tarde en casa del abate Tétu. Heme aquí pues, libre de esta respuesta; pero me dais mucha lástima por tener que responder sola á más de cien personas que os han escrito : esta moda es cruel en Francia. Pero, ¿qué

(1) La madre no podía expresar más lacónicamente ni con más energía el mal que ella sentía, con el temor por el pecho de su hija.

(2) Louvois, que tuvo la superintendencia de construcciones, imaginó por agradar á su señor que se podría hacer venir el río Eure hasta Versailles, cuyas fuentes no se alimentaban más que de las aguas féidas de un estanque. Era preciso cambiar de cauce al río un espacio de once leguas. Se necesitaba sobre todo, unir dos montañas en frente de Maintenon. Se emplearon 30.000 hombres del ejército en estos trabajos. Las enfermedades destruyeron grande parte de este campo. El proyecto fué abandonado y no se ha vuelto á emprender jamás.

(3) Magdalena Armada de Cambourt de Coislin, casada el 10 de abril siguiente con Maximiliano de Bethune, duque de Sully. Príncipe de Enrichemon.

os diré de Inglaterra, donde las modas y las costumbres son todavía más molestas? Mr. de Lamoignon ha dicho al caballero, que el rey de Inglaterra había llegado á Bolonia; otros dicen que á Brest, otros dicen que ha llegado á Inglaterra, otros que ha perecido en las horribles tempestades que ha sufrido en el mar. Ved aquí noticias á elegir. Son las siete, el caballero no cerrará su carta hasta las once; si sabe alguna cosa más segura, os la dirá. Lo que es muy cierto es que la reina no quiere salir de Boloña sin tener noticias de su marido; llora y ruega á Dios sin cesar. El rey estaba ayer con mucho cuidado por S. M. británica (1). Ved aquí una gran escena; estamos atentos á la voluntad de los Dioses.

Et nous voulons apprendre
Ce qu'ils ont ordonné du beau-père et du gendre (2).

Continúo mi carta. Vengo de la habitación del caballero; nunca se ha visto un día como éste: se dicen cuatro cosas distintas del rey de Inglaterra y todas cuatro por buenos autores. Está en Calais, en Boloña, está detenido en Inglaterra; ha perecido en su buque; otro dice que en Brest; y todo está tan embrollado que no se sabe qué decir. Mr. de Courtin de un modo; Mr. de Reims de otro; Mr. de La moignon de otro. Los lacayos van y vienen á cada instante. Yo digo adiós á mi querida hija sin poder decirle nada de positivo sino que la amo como merece su corazón y como mi inclinación lo quiere, que me hace correr este camino á brida suelta.

(1) El Rey estaba en misa el día 5 de enero, no esperando más que noticias de la muerte del rey de Inglaterra, Jacobo II, cuando Mr. de Louvois entró á decirle que Mr. de Aumont acababa de enviarle un correo anunciándole la llegada del rey de Inglaterra á Amblesbury. (Memorias de Mad. de La Fayette.)

(2) *Queremos saber lo que han ordenado acerca del suegro y del yerno.* Parodia de los dos primeros versos de la Muerte de Pompeyo.

A LA MISMA

Paris, lunes 3 de enero de 1689.

Vuestro querido hijo ha llegado esta mañana; hemos quedado encantados de verle, y á Mr. du Plessis. Estábamos á la mesa y han comido milagrosamente de nuestra comida, que estaba ya un poco deteriorada. Pero, cuánto me alegraría de que hubiéseis podido oír todo lo que el marqués nos ha dicho de la belleza de su compañía. Se informó primero de si esta compañía había llegado, y enseguida de si era bella. Verdaderamente, señor, se le dijo : es de las más hermosas; es una vieja *compañía*, que vale más que las *nuevas*.

Podéis pensar lo que significa tal elogio á alguno que no se sabía que fuese el capitán. Nuestro hijo quedó transportado el día siguiente al ver esta hermosa compañía á caballo; estos hombres hechos á propósito, escogidos por vos, que sois buena conocedora, estos caballos, vaciados en el mismo molde. Fué para él una verdadera alegría en la cual Mr. de Chalons (1) y Mad. de Noailles (su madre), tomaron parte; ha sido recibido por estas santas personas, como el hijo de Mr. de Grignan. Pero, ¡qué locura hablaros de estas cosas! Esto es asunto del marqués.

Quería pedir os noticias de Mad. de Oppede. Me parece que es una buena compañía más que tenéis y acaso la única. En cuanto á Mr. de Aix (Mr. de Cornac) os confieso que no creería á los provenzales sobre este asunto. Me acuerdo muy bien, que ellos no se hacen valer y no subsisten más que por los dichos y redichos y los avisos que dan siempre por animar y encontrar empleo. No es preciso creer del todo también á Mr. de Aix: sin embargo, ¿cómo pensar que un hombre, toda su vida cortesano y que reniega crisma y bautismo, que no se

(1) Luis Antonio de Noailles, obispo de Chalons-sur-Marne, después arzobispo de París y cardenal.

cuida de las intrigas de los cónsules, quisiese deshonrarse ante Dios y ante los hombres por falsos juramentos? Pero á vos toca juzgar en presencia de los hechos.

La ceremonia de vuestros *hermanos* se verificó el primer día del año en Versalles. Coulanges ha vuelto, y os da mil gracias por vuestra bonita respuesta. He admirado todos los pensamientos que os ocurren, y cómo esto viene á coincidir con lo que se os ha escrito. Esta es una cosa que yo no hago con todo el mundo, pues no leo sus cartas, lo cual está mal hecho. Me ha contado que se comenzó el viernes como yo os había dicho : los primeros iban los profesos con hermosos trajes y sus collares : dos mariscales de Francia han quedado para el sábado. El mariscal de Bellefonds estaba totalmente ridículo porque por modestia ó por indiferencia había olvidado poner cintas en sus cazas de paje; de manera que era una verdadera desnudez.

Todos estaban magníficos. Mr. de la Trousse era de los mejores. Tuvo un entorpecimiento en su peluca, que le hizo llevar la parte de un lado detrás, durante mucho tiempo; de manera que su mejilla estaba muy descubierta; él tiraba siempre lo que le molestaba, que no quería ponerse en su sitio y esto le causó un pequeño disgusto; pero en la misma fila Mr. de Montchevreuil y Mr. de Villars se pegaron tanto el uno al otro, con tal furia que las espadas, las cintas, los encajes, los colgantes, todo se encontró de tal modo mezclado y confundido, enredado; todas aquellas partes atómicas estaban tan perfectamente entrelazadas, que no había mano humana que pudiese separarlas; cuanto más se trataba de ello, más se enredaba, como los anillos de las armas de Roger (1); en fin, toda la ceremonia, todas las reverencias, toda la marcha se detuvo; fué preciso arrancarlos uno de otro á viva fuerza, y el más fuerte llevó la ventaja; pero lo que desconcertó enteramente la gravedad de la ceremonia, fué la negligencia del buen Hocquincourt, que estaba vestido de tal modo, como los provenza-

(1) Alusión al décimo canto de *Orlando furioso*.

les y los bretones, que sus calzas de paje eran menos cómodas que las que lleva de ordinario; su camisa no quería permanecer quieta por más ruegos que se le hacían, pues sabiendo su estado trataba incesantemente de sublevarse. Todo lo que hacía el pobre, era inútil, de modo que la Delfina no pudo por más tiempo sostener la risa: fué una cosa que daba lástima. La majestad del Rey pensó también quebrantarse y nunca se ha visto en los registros de la orden una aventura semejante. El Rey dijo por la noche: «yo soy quien sostiene siempre al pobre Hocquincourt; la falta era de su sastre.» Pero, en fin, todo fué muy divertido.

Es cierto, querida mía, que si yo hubiese tenido mi yerno en esta ceremonia, hubiera estado en ella con mi hija; había muchos sitios demás, pues todo el mundo creía que allí se iba á ahogar la gente y que sucedería lo mismo que el día del torneo. Al día siguiente toda la Corte brillaba con colores azules, los llevaban todos; las jóvenes por encima de los corpiños, los otros debajo. Hubierais tenido donde escoger al menos en calidad y en buenos talles.

Debais decirme quiénes son los que han cargado su conciencia con el cuidado de responder por Mr. de Grignan. Se me ha dicho que se mandaría á los ausentes tomar el cordón que el Rey les envía con la cruz: el caballeroes el encargado de enviárosle. Ya está agotado el capítulo de los cordones azules. El rey de Inglaterra ha sido preso, según se dice, disfrazado de cazador, queriendo escaparse. Está en White-Hall (1). Tiene su capitán de guardias, sus guardias, sus gentiles hombres; pero con todo esto, está muy bien guardado. El príncipe de Orange, está en Saint-James (2) que está al otro lado del jardín. Se reunirá el Parlamento; Dios conduzca esta nave. La reina de Inglaterra estará aquí el miércoles, viene á Saint-Germain para estar más cerca del Rey y de sus bondades.

(1) Palacio de los reyes de Inglaterra en el barrio de Westminster en Londres.

(2) Otro palacio de los reyes de Inglaterra, próximo á White-Hall.

El abate Tétu es siempre digno de piedad; muy á menudo el opio no le sirve de nada, y cuando duerme un poco, no es más que por aletargamiento, porque se ha doblado la dosis. Yo doy vuestros recuerdos en todas partes, donde vos lo deseáis; las viudas han sido conquistadas á vuestra amistad sobre la tierra y hasta el tercer cielo. El día 1.º de año estuve en casa de Mad. Croiset; allí encontré á Rubentel, que me dijo muy buenas cosas de vuestro hijo, de su reputación naciente, de su buena voluntad y de su atrevimiento en Filisburgo. Adiós, mi querida y amable hija. Se asegura que Mr. de Lauzun ha estado tres cuartos de hora con el Rey; si esto continúa, comprenderéis que él quiera verle á menudo.

A LA MISMA

Paris, miércoles 5 de enero de 1689.

Llevaba yo ayer mi marqués conmigo; comenzábamos por en casa de Mr. de la Trousse, que quiso tener la amabilidad de vertirse de novicio y de profeso, como el día de la ceremonia: estas dos clases de trajes están muy bien á las gentes bien hechas. Un pensamiento frívolo me hizo sentir que la hermosa presencia de Mr. de Grignan no brillará en estas fiestas. Este uniforme de paje es muy bonito; ya no me admiro de que Mad. de Cleves, amase á Mr. de Nemours por sus hermosas piernas (1). En cuanto al manto es una representación de la majestad real: ha costado ochocientas pistolas á La Trousse, pues ha comprado el manto. Después de haber visto esta bella mascarada, conduje á vuestro hijo en casa de todas las señoras del barrio. Mad. de Vaubecourt y Mad. de Ollier le recibieron muy bien: creo que volverá pronto voluntariamente.

La *vida de San Luis* me ha arrojado en la lectura de Meze-

(1) Alusión á la novela de *La princesa de Cleves*.

rai; he querido ver los últimos reyes de la segunda raza; quiero unir Felipe de Valois y el rey Juan : es un pasaje admirable de la historia y del cual el abate de Choisy ha hecho un libro que se deja leer muy bien.

Nosotros tratamos de excitar un poco en la cabeza de vuestro hijo el deseo de conocer lo que ha pasado antes que él : y lo conseguiremos; pero entre tanto, hay muchos motivos de reflexión en considerar lo que pasa al presente. Vais á ver por la noticia de hoy, cómo el rey de Inglaterra se ha escapado de Londres aparentemente, por la buena voluntad del príncipe de Orange. Los políticos razonan y preguntan si es más ventajoso al Rey el estar en Francia: unos dicen que sí, pues así está seguro y no corre el riesgo de tener que entregar á su mujer y su hijo ó de que le corten la cabeza ; otros dicen que no, pues deja al príncipe de Orange protector y adorado desde que lo es naturalmente y sin crimen alguno. Lo que es verdad es, que la guerra nos será declarada bien pronto y que hasta puede ser que nosotros la declaremos los primeros. Si pudiésemos hacer la paz en Italia y en Alemania podríamos acudir á esta guerra inglesa y á la holandesa con más atención. Es preciso esperarlo, pues sería tener demasiados enemigos por todas partes. Ved donde me lleva el libertinaje de mi pluma; pero juzgaréis bien que las conversaciones están llenas de estos grandes sucesos.

Os conjuro, mi querida hija, que cuando escribáis á Mr. de Chaulnes, le digáis que tomáis parte en las obligaciones que mi hijo tiene para con él y que las agradecéis mucho; que vuestro alejamiento extremo no os hace insensible á todo lo que toca á vuestro hermano. Este motivo de reconocimiento es un poco nuevo : es el dispensarle demandar el primer regimiento de milicia que hizo levantar en Bretaña. Mi hijo, no mira con gusto entrar en el servicio por este lado, le tiene horror y no pide más que ser olvidado en su país. El caballero aprueba este sentimiento y yo también, os lo confieso : ¿no sois vos de esta opinión, mi querida hija? Yo hago gran caso de vuestros sentimientos que son siempre buenos, prínci-

palmente en lo relativo á vuestro hermano. No entréis en este detalle, pero decid en conjunto que quien hace un beneficio al hermano se le hace á la hermana. Mr. de Momont ha ido á Bretaña con tropas, pero, tan sometidas á Mr. de Chaulnes, que es una maravilla. Estos principios son suaves, es preciso ver la consecuencias.

Encontré ayer á Choiseul con su cordón, está muy bien; sería tener desgracia el no encontrar cada día en la calle á cinco ó seis de estos. ¿Os he dicho que el Rey ha suprimido la comunión de esta ceremonia? Hace largo tiempo que yo lo deseaba : yo pongo la belleza de esta acción casi á la altura de la de impedir los duelos. Veis en efecto, lo que hubiese sido mezclar esta santa acción con las risas immoderadas que excitó la camisa de Mr. de Hocquincourt. Algunos, sin embargo, hicieron sus devociones, pero sin ostentación y sin ser forzados á ello. Vamos á asistir en breve á la recepción de sus majestades inglesas, que estarán en Saint-Germain. La Delfina tendrá una butaca delante de esta reina, aunque no sea reina ella, por que tiene sitio de tal. Hija mía, yo os deseo en todas partes, os recuerdo en todas partes, veo todos vuestros compromisos y todas vuestras razones, pero no puedo acostumbrarme á no veros allí donde seríais tan necesaria. Me enternezco á menudo con este pensamiento, pero es preciso acabar esta carta tan ligera, y que no significa nada; no os distraigáis en responderme, conservaos y tened cuidado de vuestro pecho.

A LA MISMA

Paris, lunes 10 de enero 1689.

Pensamos á menudo las mismas cosas, querida mía ; yo creo aún haberos dicho desde los Rochers, lo que vos me escribís en vuestra última carta sobre el tiempo. Yo consiento ahora que avanza : los días no tienen ya nada para mí tan

precioso; yo lo sentía así cuando estabais en el hotel Carnavalet.

Os lo he dicho á menudo, no entraba nunca en casa sin una grande alegría; ahorraba las horas, era avara de ellas, pero en la ausencia no sucede esto; no las aprovecho de ninguna manera, hasta las desperdicio algunas veces; se espera, se avanza en un tiempo al cual se aspira. Esta es una obra de tapicería que se quiere acabar: se es liberal de los días y se les da á quien los quiere, pero, mi querida hija, os confieso que cuando pienso de repente dónde me conduce está disipación y esta magnificencia de horas y de días tiemblo, no los encuentro seguros y la razón me presenta lo que infaliblemente he de encontrar en mi camino. Hija mía, quiero acabar estas reflexiones con vos y tratar de hacerlas bien sólidas para mí. El abate Tétu tiene un insomnio, que hace temerlo todo. Los médicos no quisieran responder de su espíritu; él siente su estado, lo cual es un dolor: no subsiste más que por el opio. Trata de divertirse, de disiparse, busca espectáculos, nosotros queremos enviarle á Saint-Germain, para ver establecerse al Rey y la reina de Inglaterra y al príncipe de Gales: ¿se puede ver un suceso más grande y más digno de constituir una gran diversión? En cuanto á la huida del Rey, parece que el príncipe de Orange la ha querido. El Rey fué enviado Exeter, donde tenía gana de ir: estaba muy bien guardado por todo el frente de su casa, en tanto que todas las puertas de atrás estaban libres y abiertas. El príncipe no ha pensado en hacer perecer á su suegro; está en Londres, siendo absolutamente el Rey, aunque sin tomar este nombre, no queriendo más que restablecer una religión que cree buena y mantener las leyes del país sin que cueste una gota de sangre. Ved aquí el revés completo de lo que pensamos de él; son puntos de vista bien diferentes. Entre tanto el Rey hace por estas majestades inglesas cosas verdaderamente divinas; porque, ¿no es ser la imagen del todo poderosa, sostener á un Rey destronado, vendido, abandonado, como éste lo está? La hermosa alma del Rey se complace en desempeñar este gran papel. Fué al encuentro de la reina con toda

su casa y cien carrozas de á seis caballos (1). Cuando percibió la carroza del príncipe de Gales, descendió y le abrazó tiernamente; después corrió al encuentro de la reina, que ya se había apeado, la saludó, la habló algún tiempo y la puso á su lado derecho en la carroza; la presentó á MONSEÑOR y á MONSIEUR, que fueron también en la carroza y la llevó á Saint-Germain, donde se encontró tan servida como la reina, con todos los objetos necesarios para su uso, entre los cuales había, una cajita muy rica, con seis mil luises en oro. Al día siguiente debía llegar el rey de Inglaterra; el Rey le esperaba en Saint-Germain donde llegó tarde por que venía de Versailles; en fin, el Rey fué hasta el extremo de la sala de guardias á su encuentro; el rey de Inglaterra se inclinó mucho, como si hubiese querido abrazar sus rodillas (2); el Rey lo impidió y le abrazó tres ó cuatro veces muy cordialmente. Hablaron en voz baja, durante un cuarto de hora; el Rey le presentó á MONSEÑOR y MONSIEUR; los príncipes de la sangre y el cardenal Bouzi. Le condujo al departamento de la reina, que pudo apenas contener sus lágrimas. Después de una conversación de algunos instantes, los llevó S. M. á casa del príncipe de Gales, donde estuvieron todavía algún tiempo hablando y los dejó, no queriendo ser acompañado y diciendo al Rey: « ésta es vuestra casa; cuando yo venga, vos me haréis los honores y yo os los haré á vos cuando vayáis á Versailles. Al día siguiente, que fué ayer, la Delfina fué allá con toda la Corte. Yo no sé cómo se habrán colocado las sillas de las princesas, pues ellas tuvieron allí á la reina de España, y la reina madre de Inglaterra fué

(1) Esta entrevista se verificó en Chatou, el 6 de enero de 1689. « La reina de Inglaterra descendió de su carroza é hizo al Rey un cumplimiento lleno de reconocimiento por ella y por el Rey su marido. El Rey le respondió, que él le hacía un triste servicio en esta ocasión, pero que esperaba hallarse en estado de hacérselos más útiles en adelante (Memorias de Dangean). Tomo 1.º, página 262.

(2) Mad. de La Fayette, dice, que « los dos reyes se abrazaron muy tiernamente, con esta diferencia, que el de Inglaterra, conservando la humildad de una persona desgraciada se bajó casi hasta las rodillas del Rey. »

tratada como hija de Francia : ya os contaré estos detalles. El Rey envió diez mil luises de oro al rey de Inglaterra. Este último parecía envejecido y fatigado, la reina delgada y con ojos que han llorado, pero negros y hermosos; una bella tez, aunque un poco pálida, la boca grande, los dientes bellos, un hermosa talle y mucho ingenio; todo esto compone una persona que agrada mucho. Ved aquí de qué alimentar por largo tiempo las conversaciones públicas. El pobre caballero, no puede escribir todavía ni ir á Versalles, por lo cual estamos muy disgustados, pues hay mil asuntos; pero no está enfermo. El sábado cenó con Mad. de Coulanges Mad. de Vaubineux, Mr. de Duras y vuestro hijo, en casa del subteniente civil, donde se bebió á la salud de la primera y de la segunda; es decir, de Mad. de La Fayette y vos; pues vos habéis cedido á la fecha de la amistad. Ayer, Mad. de Coulanges, dió una cena muy alegre á los gotosos : estaban allí; el abate Marsillac, el caballero de Grignán y Mr. de la Moignon : la nefritis, ocupa el sitio de la gota; su mujer y las *Divinas* siempre llenas de fluxiones; yo en consideración del reumatismo que tuve hace doce años; Coulanges que merece la gota. Se habló mucho : el joven cantó y causó un verdadero placer al abate de Marsillac, que admiraba y aplaudia sus palabras, con tonos y maneras que hacian recordar las de su padre hasta conmovirse por ello. Vuestro hijo estaba en casa de las señoritas de Castelnau : hay una pequeña que es muy bonita y en extremo encantadora (1); vuestro hijo la encuentra de su agrado y deja la *vizca* (2) para Sanzei. Se había llevado un *hautbois*, se bailó hasta media noche. Esta sociedad place mucho al marqués, allí encuentra á Saint-Heren, Jeannin, Choiseul : está en país conocido. Me parece que el caballero no piensa mucho en casarle y que Mr. de la Moignon no tiene tampoco gran prisa por casar á su hija. No se podría hablar, acerca del de Mire-

(1) Maria Cesárea de Castelnau, canonesa de Epinal.

(2) Esta vizca casó después con el conde de Murat y bajo este nombre publicó varias obras agradables.

poix (1); esto es obra de Mr. de Monfort; es como un encanto; todas las cabezas no piensan ya lo que ellas hacían. En fin, es un hombre, llamado fuertemente á su destino ¿qué queréis que se haga?

Mr. de Lauzun no ha vuelto á Inglaterra: está alojado en Versailles y se encuentra muy contento.

Ha escrito á MADEMOISELLE, pero dada la cólera que ésta tiene contra él, dudo que logre apaciguarla. Yo he hecho todavía una gran obra; he estado á ver á Mad. de Ricouart, que ha vuelto hace poco muy contenta de estar viuda. No tenéis más que darme vuestros reconocimientos al terminar, como vuestras novelas; ¿os acordáis? Doy gracias á la amable Paulina por su carta; estoy segura que su persona me agradaría: ¿No na podido pues encontrar para mí otro tratamiento que el de *Madame*? (2) Eso es muy serio. Adiós, mi querida hija; conservad vuestra salud, es decir, vuestra belleza que yo amo tanto.

À LA MISMA

Paris, lunes 14 febrero de 1689.

Pensáis demasiado en nuestras inquietudes; éstas no han sido excesivas; cuando supimos que nadie había recibido cartas de Provenza, no sacamos de ello ninguna mala con-

(1) El marqués de Mirepoix, casó el 16 de enero de 1689, con Ana Carlota María de Saint-Nectaire, hija del duque de la Ferté.

(2) Se habrá notado que el marqués de Grignan seguía con su madre esta etiqueta de uso antiguo entre los grandes señores y particularmente en las provincias meridionales, donde las leyes romanas dan á los padres un exceso de poder, que inspira á los hijos más respeto que amor, y que al menos, exige las formas de la sumisión hasta en los esparcimientos del corazón. Mad. de Sevigné no entendía nada de esta falsa dignidad, la más triste máscara que la amistad pueda tomar y se ha visto que ella se burlaba de su hija que al hablar á su abuelo decía: *Vuestro señor padre.*

secuencia, sino que el correo no había llegado. Es verdad que no nos gusta vuestro mal de garganta, menos con el sereno de Aix que en otra parte, y que sentíamos cierta necesidad de recibir vuestras cartas. Las recibimos con mucha alegría; en todo esto no hay nada que no sea muy natural y que vos no hubieseis sentido por nosotros. Nos decís, hija mía, que habéis hecho mal en dar un paseo con lluvia, por lo cual estáis molestada. Decimos lo que vos, y creyendo bajo vuestra palabra que habéis hecho mal, os reñimos; sobre esto, vos nos reñís también, y nosotros os volvemos á reñir. Estamos bien lejos de no querer que paseéis, ¡ah, mi querida hija! todo lo contrario, paseaos, haced ejercicio, respirad vuestro aire puro, no permanecáis siempre en ese negro palacio (1), ni en ese agujero de gabinete, pero guardaos cuando haga frío y cuando tengáis la garganta mala, y sobre todo no os arrepintáis de hablarnos sinceramente de vuestra salud; nos gusta la verdad, no nos engañamos querida mía. Mr. Dubois, que es el médico de Mad. de La Fayette y mío, quiere serlo vuestro; quiere escribiros para ordenaros una sangría en el pie y después vuestra buena pervencha, que os restaurará y os purificará la sangre: esta es, dice, la verdadera estación y el verdadero remedio.

Una cosa que me aflige verdaderamente, es el estado horrible de vuestro castillo, por el desorden de los vientos y por el furor del coadjutor, tan perjudicial como el torbellino. ¡Qué rabia la suya! ¡qué edificar y derribar, como vos decís justamente, ¡como hacen las niñas á quienes se da un trozo de cañamazo! Así hace él, trastorna vuestra casa de arriba abajo, y hace de ella un pequeño campo de Maintenon, cuyo aire no será menos mortal. Lo mejor sería hija mía, que os vinieseis á París, no sabiendo dónde ponerlos en seguridad. No creo que Mr. de Grignan os deje pasar el verano en un sitio tan desagradable, tan poco á propósito para recibirlos, y tan contrario, en fin, á vuestra salud. Yo os lo digo, hija mía tal como lo pienso;

(1) Mr. de Grignan habitaba en Aix el antiguo palacio de los condes de Provenza.

es preciso que os marchéis á alguna parte, pero, ¿qué dice Mr. de Grignan de esta furia?

Yo no creo que haya ejemplo de semejante conducta de venir á derribar el castillo de sus padres y hacerle inhabitable. Voy á escribir acerca de esto á Mr. de la Garde; estoy segura que pensará como nosotros.

No quiero todavía pensar en la marcha de los pobres Grignan; esto me conmueve sensiblemente, y admiro como vos la resolución del caballero; el Dios de los ejércitos le sostendrá, pues no le es preciso menor apoyo. Mad. de Chaulnes me dice que verá á *Esther*; que Mad. de Coulonges vendrá á Versalles conmigo y que nos dará su equipaje, pues yo no voy sino es con esta condición.

Adiós, mi muy querida y muy amable; os abrazo mil veces.

Dios mío! ¡qué pronto pasan á mi corazón todos vuestros sentimientos, y cómo todos vuestros sentimientos son verdaderamente los míos!

À LA MISMA

Paris, miércoles 9 marzo 1689.

La carta de Mr. de Grignan, me ha hecho temblar á mí, querida hija, que no puedo sufrir la vista ni la imaginación de un precipicio: ¡Qué horror! ¡pasar por encima, y estar siempre á dos dedos de una muerte terrible! No comprendo cómo Mr. de Grignan pudo ir á un país dónde ni los osos pueren permanecer.

Verdaderamente, las señoritas de la Charee, están agradablemente establecidas; ese es un bonito castillo. Lo que me molesta es que temo que estos *demonios* (los hugonotes) que desaparecen cuando tienen miedo y cuando ven á Mr. de Grignan, no reaparezcan con la misma facilidad en el momento que él no esté allí. Esto sería cuestión de volver á comenzar cada día.

En verdad, mi querida hija, que el Rey está bien servido, no se cuenta para nada ni la hacienda ni la vida, cuando se trata de agradarle : si fuésemos así para Dios, seríamos unos grandes santos.

Hemos reído el caballero y yo del trabajo que nos costó en Marsella, comprender que hubieseis vuelto á vuestra casa para rogar á Dios, preguntándonos el uno al otro : « ¿Pero, qué ha querido decir? ¿Entendéis esto? No : ni yo tampoco. » Como si hubieseis sido atacada de delirio, ó hubieseis dicho una cosa por otra. En fin, no he visto jamás una ceguedad semejante ; yo que sé que vos tenéis siempre algún movimiento para el día del Señor, estaba tan fuera de mi sitio en Marsella, por la ópera, y por esta multitud de gente de que estabais rodeada, que jamás pude darme cuenta de vuestra regularidad. En verdad, mi querida hija, pienso que es preciso pedir os perdón por esta injusticia. Os compadezco por estar obligada á oír malos sermones, este es un verdadero trabajo. Yo los oigo aquí muy buenos : el P. Soanen, en San Gervasio ; el abate Anselmo en San Pablo, pero no todos los días. Esa es una obligación que impone el puesto en que os encontráis. Yo confieso, que cuando obliga á comulgar sin otra razón que esta representación exterior, no me resolvía fácilmente á ello, y me gustaría más no edificar á tontas é ignorantes, que poner tanto al juego en una ocasión tan importante, pues yo estoy segura de que todos los primeros domingos de cada mes, todas las doce ó trece fiestas de la virgen, es preciso pasar por esto. ¡Oh, Dios mío ! decidles que San Luis, que era más santo que santa sois vos, no comulgaba más que cinco veces al año.

Pero, ¿se sabe la religión en provincias? Todo lo convierten en peregrinaciones, en penitencias, en *ex-voto*, en mujeres disfrazadas de diferentes colores.

À LA MISMA

Paris, viernes santo 8 de abril 1689.

No esperaba vuestras cartas hoy, querida hija. Quiero retirarme esta noche, pues hago mañana mis pascuas. Es á vos precisamente á quien quiero alejar un poco de mi espíritu. He asistido esta mañana á una pasión muy bella en San Pablo. Era el abate Anselmo. Estaba muy prevenida contra él : le encontraba gascón, y esto era bastante para quitarme la fe en sus palabras; hoy me ha obligado á rectificar esta injusticia, y le encuentro uno de los buenos predicadores que he oído en mi vida: ingenio, devoción, gracia, elocuencia.

En una palabra, yo no preferiría muchos á él. Yo quisiera que no se os tratase como á perros en las provincias, y que se os enviase un hombre, poco más ó menos como éste. ¿Cómo es posible escuchar á los que ahí tenéis? Esto hace daño á la religión.

Dejo aquí mi carta, y añadiré esta noche cuatro líneas; me voy á las tinieblas y de allí á San Pablo.

Ya estoy de vuelta, mi querida hija y os dejo, rogándoos que descanséis bien y hagáis trabajar á Paulina si tenéis deseo de contestar á mis conversaciones : sin esto, dejadlas estar; escribidme poco, y conservaos bien; esto es todo lo que yo deseo.

À LA MISMA

Paris, miércoles, un poco tarde, 13 abril de 1689.

No solamente, mi querida hija, no hemos partido esta mañana, sino que no partimos para Bretaña hasta dentro de doce días, á causa de un viaje á Nantes, que hace Mr. de Chaulnes. Su esposa ha venido esta mañana á preguntarme si quiero ir á pasar diez días á Chaulnes con ella, ó bien que en un día

fijo, nos encontremos en Rouen, para ir á Bretaña por Caen. Yo no he dudado; estoy de tal modo en el aire y de tal modo fuera de París, que me voy á reposar á Chaulnes; Mad. de Kerman, piensa lo mismo. Así es, que esto es cosa hecha, mañana salimos para ir á Chaulnes.

Pero vos, querida mía, siempre en Grignan; yo entro en vuestras inquietudes, y las siento. Teníais mucho miedo de que hubiese guerra, y pensabais á qué sitio de Europa os veríais obligada á enviar vuestro hijo. La Providencia se ha burlado bien de vuestros pensamientos; toda Europa está en fuego: no habíais pensado en el príncipe de Orange, que es el Atila de estos tiempos. Se dice hoy una gran noticia y que será objeto de grandes comentarios: el rey de Polonia que ha declarado la guerra al emperador por veinte motivos de queja, y el turco que no ha hecho la paz, harán que los bordes del Rhin no sean mucho de temer. En fin, hija mía, todo está en el aire, todo está entre las manos de Dios. Este joven, acostumbrado ya al oficio, instruido, capaz de todo por haber visto ya tres sitios antes de los diez y siete años: ved aquí lo que no pensabais, pero lo que Dios veía desde la eternidad. Decidme cual es la vocación de Paulina.

Adiós, mi muy amable, pensad que sois una mujer fuerte, que si no tuvieseis la guerra iríais á buscarla, que Dios conserve á vuestro hijo que está entre sus manos, y que debéis esperar volver á verle en buena salud: pensad de cuántos peligros ha sacado al caballero y que vuestro hijo marchará por los mismos pasos de su tío.

A LA MISMA

Pecquigny, sábado 30 de abril de 1689.

Si creo al viento, querida mía, estoy ya en Grignan: el cierzo está en campaña; no podía hacer otra cosa mejor; en cuanto á mí, yo creo que vamos á entrar en los rigores del

mes de mayo, que hemos visto tan á menudo en Livry. Hace tres dias que estamos en esta hermosa casa, cuya vista es agradable hasta el último extremo; partimos dentro de una hora para ir á Rouen, donde llegaremos mañana y donde pienso encontrar cartas vuestras. Es una gran tristeza para mí el no haberlas recibido hace seis días; son de tal modo la subsistencia necesaria de mi corazón y de mi espíritu, que languidezco cuando me faltan. Estaríamos en Rouen hace tres días si asuntos sobrevenidos á Mad. de Chaulnes y un gran deseo de no llegar hasta el nueve de mayo á Rennes, porque Mr. de Chaulnes, no llega hasta ese día de Nantes, no la hubiesen hecho permanecer aquí.

En cuanto á mí, yo me molesto poco por estar un mes en camino : el solo desorden de vuestras cartas es lo que me da pena; he pasado diez dias en Chaulnes, muy dulcemente, teniendo vuestras cartas tres veces á la semana. He estado en Amiens y he visto el castillo de Pecquigny; he escrito á Breña y he dado mis órdenes : no estaré mejor en Rennes. No hay más que los Rochers, donde yo pueda estar en amable soledad, pero esta dulzura no podría faltarme. Yo no se al presente ninguna noticia, ignoro cómo os encontráis, si habéis sido sangrada, si vuestro cierzo os asusta todavía. Yo le temo infinitamente por vos, os lo confieso. No sé qué parte habréis tomado en el matrimonio de Mlle. de Alerac (1); no sé nada del caballero ni de mi marqués; todas estas cosas me tienen con bastante cuidado; espero que seré sabia mañana en Rouen desde donde os escribiré todavía.

No os escribo hoy sino á fin de que esta miserable carta pueda salir el lunes y que no añadieseis á vuestras inquietudes la de dudar de mi salud que es perfecta. Yo os deseo una semejante, me cuido por amor de vos; no como más que lo que me es preciso, lo que es bueno, nunca dos comidas iguales. Mme. de Chaulnes y Mme. de Kerman, siguen también este régimen

(1) Hija del primer matrimonio de Mr. de Grignan; caso el 1.º de mayo con el marqués de Vibraye.

Ya veis, hija mía, si estoy persuadida de vuestra amistad, puesto que no rebajo nada de este amable tono que me hace entender que deseáis mi conversación; tened pues los mismos cuidados para mi, hija mía, no pudiendo dudar que mis tonos, sean por lo menos tan buenos como los vuestros con mucha más razón. Adiós, mi querida hija. Amo verdaderamente á Paulina y me siento inclinada hacia ella; me parece que en varios pequeños procesos que tiene contra vos yo la sería siempre favorable. Mme. de Chaulnes y Mme. de Kerman os dicen muchas cosas honestas y agradables; esta última es una gran lectora: sabe un poco de todo; yo tengo también una pequeña tintura; de suerte que nuestras *superficies* se acomodan muy bien juntas.

À LA MISMA

Pont-Audemer, lunes 2 de mayo de 1689.

Ayer dormí en Rouen, desde donde os escribo una línea, para deciros solamente, que había recibido dos cartas vuestras con mucho ternura.

Yo no escucho ya todo lo que ella quisiera hacirme sentir; me disipo y estaría muy á menudo fuera de combate, es decir, fuera de la sociedad; es bastante que yo la sienta sin necesidad de examinarla tan cerca.

Hay once leguas de Rouen á Pont-Audemer, hemos venido aquí á acostarnos. He visto el más hermoso país; he visto todas las bellezas y los rodeos de este hermoso Sena, durante cuatro ó cinco leguas, y los más agradables países del mundo; sus bordes no deben nada á los del Loira; son graciosos, están ornados de casas, árboles, pequeños sauces, canalillos que se hacen salir de este gran río. Verdaderamente esto es hermoso; yo no conocía la Normandía; era yo demasiado joven cuando la vi. ¡Ah! Puede ser que no exista nadie de todos los que yo vi entonces. Este pensamiento es triste. Espero encon-

trar en Caen, donde estaremos el miércoles, vuestra carta del veintiuno y la de Mr. de Chaulnes. No había dejado todavía de comer con el caballero antes de partir; la cuaresma no nos separaba absolutamente; estaba encantada de hablar con él de todos vuestros asuntos: ahora siento infinitamente esta privación; me parece que estoy en un país perdido al no tratar estos capítulos. Corbinelli no quería nada con nosotros durante las noches; su filosofía se iba á acostar; yo le veía por la mañana, y á menudo el abate Bigorre venía á darnos noticias. Yo os observaré para vuestra vuelta, que arreglará la mía: cuento los días por las jornadas.

Cuando partí, Mr. de la Moignon estaba en Bailleul con Coulanges. Mad. de Lude, Mad. de Verneuil y Mad. de Coulanges, salieron de sus conventos para venir á despedirme; todo esto se encontró en mi casa con Mad. de Vins que volvía de Sabigny. Mad. de Lavardin vino también con la marquesa de Uxelles; Mad. de Mouci, Mlle. de la Rochefoucauld y Mr. Duvois: yo tenía el corazón bastante triste de todos estos adioses. Había abrazado la víspera á Mad. de La Fayette; era el día siguiente de las fiestas; yo estaba completamente admirada de irme; pero, querida mía, puede decirse que iba á ver llegar la primavera en todos los sitios por donde he pasado. Es de una belleza tal esta primavera, de una juventud y de una dulzura, que yo os deseo en todo momento, en lugar de ese cruel cierzo que os derriba y que me hace morir cuando pienso en él.

Abrazo á Paulina y la compadezco de que no le guste leer historias; esta es una gran distracción ¿Le gusta al menos los *Ensayos de moral y Abadía*, como á su querida mamá?

Madame Chaulnes os envía mil amistades; tiene por mí cuidados en verdad demasiado grandes. No se puede viajar ni con un tiempo más hermoso, ni con un campo más verde, ni más agradablemente, ni más en grande, ni con más libertad. Adiós, mi muy querida mía; esto es bastante para Pont-Audemer; os escribiré de Caen.

À LA MISMA

Caen, jueves 5 de mayo de 1689.

Ya esperaba yo recibir aquí ésta del 21 de Abril, que no había recibido en Rouen. Hubiese sido lástima que se hubiera perdido : ¡Dios mio, qué tono! ¡Qué corazón! pues todos los tonos vienen del corazón. ¡De qué manera me habláis de vuestra ternura! Es verdad, mi querida condesa, que el asunto de Aviñon es muy consolador; si como decís viniese á gentes que estuviesen al corriente en sus rentas, ¡qué facilidad daría esto para venir á París! Vuestros gastos han sido extremos y no se ha hecho más que reparar; pero también, como decía el otro día, es por haber vivido por lo que se reciben estos favores de la Providencia. Sin embargo, hija mía, esta misma Providencia os dará acaso de otra manera los medios de venir á París. Es preciso ver sus designios.

No es fácil comprender que el caballero, con tantas incomodidades, pueda hacer una campaña; pero me parece que al menos tiene el designio de hacer ver que lo quiere y que lo desea muy sinceramente; yo creo que nadie duda de ello. Tiene una verdadera ansia de ir á las aguas de Balaruc; he visto la aprobación natural que nuestros capuchinos dieron á estas aguas y como las confirmaron en la estimación que ya tenían; es preciso dejarle hacer este viaje como el quiera; tiene buen ingenio y sabe lo que se hace. Pero nuestro marqués, ¡Dios mio! ¡qué hombre! ¿Nos creeréis otra vez? Cuando queríais sacar consecuencias de todos sus terrores infantiles, os decíamos que sería un rayo de la guerra; es uno y sois vos quien lo habéis hecho. En verdad que es un amable joven y de un mérito naciente que toma el camino para ir bien lejos. ¡Dios le conserve! Yo estoy persuadida de que no dudáis del tono.

No pienso que tengáis el valor de obedecer á vuestro padre *Linterna* : ¿queríais no dar el placer á Paulina, que tiene ingenio, de hacer algún uso de él, leyendo las buenas comedias de

Corneille; Poliuto, Cinna y las otras? Yo no veo que Mr. y Mad. de Pomponne se conduzcan así con Felicidad (1), á la cual hacen aprender el italiano y todo lo que sirve á formar el ingenio. Yo estoy segura de que ella estudiará y explicará estas hermosas piezas de que acabo de hablar. De la misma manera, han educado á Mad. de Vins (2), y no dejarán de enseñar perfectamente bien á su hija, cómo es preciso ser cristiana, qué es esto de ser cristiana, y toda la belleza y la sólida santidad de nuestra religión : esto es todo lo que os digo acerca de este asunto. Yo creo que es vuestro ejemplo el que hace odiar las historias á Paulina ; éstas son á lo que parece muy divertidas.

Yo me encuentro muy bien con la *Vida del duque de Epernon*, por un nombrano Girard. No es nueva, pero me ha sido recomendada por mis amigas y por Croisilles que la han leído con placer.

Una palabra de nuestro viaje, mi querida hija. Hemos venido en tres días de Rouen á aquí; sin aventuras, con una primavera y un tiempo encantadores, no comiendo más que las mejores cosas del mundo, acostándonos muy temprano y no teniendo ninguna clase de incomodidad. Hemos llegado aquí esta mañana; hasta mañana no partiremos para estar en tres días en Dol y después en Rennes : Mr. de Chaulnes nos espera con impacencias amorosas. Hemos estado en los bordes de la mar en Dive, donde hemos dormido. Este país es muy hermoso, y Caen la ciudad más bonita, la más agradable, la más alegre, la mejor situada, la de calles más bellas, más hermosos edificios y más hermosas iglesias; praderas, paseos, en fin, la fuente de todos nuestros más hermosos ingenios (3). Mi amigo Segrais ha ido en casa de Mr. de Matignon ; esto me aflije.

(1) Catalina Felicidad Arnauld de Pomponne, casó con Juan Bautista Colbert, marqués de Torcy, ministro de Estado.

(2) Hermana de Mad. de Pomponne.

(3) Juan Renauld de Segrais, de la Academia francesa, era de Caen, así como Malherbe, Huet, etc.

Adiós, mi muy amable; os abrazo mil veces. Os veo entre el polvo de vuestras construcciones.

À LA MISMA

Dol, lunes 9 de mayo de 1689.

Llegamos ayer aquí bastante fatigadas y los trenes todavía más. Á este mismo lugar vine yo á ver hace cuatro años á Mr. y Mad. de Chaulnes.

Hemos venido de Caen en dos días á Avranches; hemos encontrado al buen obispo (1) de esta ciudad muerto y enterrado hace ocho días; era tío de Tessé (2), un santo obispo que tenía tanto miedo de morir fuera de su diócesis, que para evitar esta desgracia, no salía de ella absolutamente; hay otros en cambio, para quienes sería preciso que la muerte viniera muy á punto para atraparlos en su destino. Hemos encontrado todas estas gentes llorando. La sombra de este buen obispo, no ha dejado de darnos una buena comida y de alojarnos bien. Yo veía desde mi habitación el mar y el monte de San Miguel, este monte tan orgulloso que vos habéis visto tan fiero y que os ha visto tan bella: he recordado con tristeza este viaje. (3) Comimos en Pontorson; ¿Os acordáis? Hemos estado largo tiempo en la ribera para ver más este monte y yo para pensar más en mi querida hija. En fin, llegamos aquí, donde yo desafío á la muerte á coger al obispo. Hemos encontrado un guardia de Mr. de Chaulnes, ocupado en recibir todas las tropas que vienen de todas partes. Es una cosa lastimosa; la admiración y el dolor de los bretones que no habían visto sol-

(1) Gabriel Felipe de Froulay obispo de Avranches.

(2) René de Froulay, conde de Tessé, que fué mariscal de Francia en 1703.

(3) Madame de Sevigné había hecho este viaje con su hija durante el verano de 1661.

dados desde las guerras del conde de Montfort y del conde de Blois; todo es lágrimas y desolación. Hoy descansamos. Mi hijo está en Rennes con su mujer. Me alojaré en casa de la buena Marbeuf, aunque ella no esté demasiado bien con este duque y esta duquesa, porque está enteramente consagrada á Mr. de Pontchartrain; pero es preciso sufrir este pequeño disgusto; yo iré siempre por mi camino; yo no estoy mal con nadie.

Os escribo solamente por hablar, querida mía, pues no tengo ni respuesta que daros ni noticias que comunicaros, os escribiré en Rennes. Adiós, yo estoy muy bien, no estoy cansada. Se viaja muy cómodamente con esta buena duquesa que os ama y os abraza de todo corazón.

À LA MISMA

Rennes, miércoles 11 de mayo de 1689.

Llegamos, en fin, ayer por la noche, mi querida hija; habíamos salido de Dol: hay diez leguas; son justamente cien buenas leguas las que hemos hecho en ocho días y medio de marcha. El polvo me hace daño en los ojos; pero treinta mujeres que vinieron al encuentro de la duquesa de Chaulnes y á quienes fué preciso besar en medio del polvo y del sol y treinta ó cuarenta hombres, nos fatigaron más que lo que nos había fatigado el viaje. Mad. de Kerman, se caía, pues está delicada: en cuanto á mí, yo sostengo todo sin incomodidad. Mr. de Chaulnes vino á la hora de comer y me hizo mil sinceros cumplimientos. Yo distinguí mi hijo entre la multitud; nos abrazamos de todo corazón; su mujercita estaba encantada de verme.

Dejé mi sitio en la carroza de Mad. de Chaulnes á Mr. de Rennes y me fuí con Mr. de Chaulnes, Mad. de Kerman y la mujer de mi hijo en la carroza del obispo; no había más que una legua que andar. Vine a casa de mi hijo á cambiar de

camisa y á refrescarme y de allí á cenar al hotel de Chaulnes, donde la cena era demasiado grande. Encontré allí á la buena duquesa de Marbeuf, á cuya casa me vine á acostar y donde estoy alojada como una verdadera princesa de Tarento, en una bonita cámara adornada con hermoso terciopelo rojo carmesí ornada como en París, un buen lecho donde he dormido admirablemente. Una buena mujer, que está encantada de tenerme, y una buena amiga, que tiene por nosotros sentimientos de los cuales estaréis contenta.

Vedme aquí plantada por algunos días; pues mi nuera mira como yo los Rochers con el rabillo del ojo, muriéndose de deseos por ir allí á descansar. No puede sostener largo tiempo la agitación que da la llegada de Mad. de Chaulnes. Tomaremos nuestro tiempo. Yo la he encontrado siempre muy viva, muy bonita, queriéndome mucho, encantada de vos y de Mr. de Grignan; tiene un gusto por él, que nos hace reir (1). Mi hijo es siempre amable; me parece muy contento de verme; es de muy bonita figura, una salud perfecta, vivo y de ingenio; me ha hablado mucho de vos y de vuestro hijo á quien ama; ha encontrado gentes que le han dicho cosas de las cuales ha quedado conmovido y sorprendido, pues tiene como nosotros, la idea de un muchacho y todo lo que se dice de él, es sólido y serio.

Una palabra á cerca de vuestra salud, mi querida hija; la mía es perfecta del todo, estoy sorprendida de ello. Tenéis aturdimientos, según habéis resuelto nombrarlos, puesto que no queréis decir vapores. Vuestro mal de las piernas me da mucha pena; tenemos aquí nuestro capuchino, que ha vuelto á trabajar con este querido camarada, cuyos ojos os dan tan malos pensamientos; así no puedo consultar nada, ni por vos, ni por Paulina. Yo os exhorto siempre á cuidar el deseo que tiene esta niña de agradaros, pues haréis de ella una persona completa. Os recomiendo también usar de la facilidad que en-

(1) La nuera de Mad. de Sevigné no había visto jamás á Mr. de Grignan.

contráis en ella para serviros de secretario, con una mano muy suelta y una ortografía correcta; haceos ayudar por esta personita. Adiós, mi muy querida y muy amable; os escribiré más exactamente el domingo.

A LA MISMA

Rennes, domingo 15 de marzo de 1689.

Monsieur y Mad. de Chaulnes nos retienen aquí con tantas amistades que es difícil rehusarles todavía algunos días más : creo que ellos irán muy pronto á recorrer Saint-Maló, donde el Rey hace trabajar : así nosotros les demostraremos bien nuestra complacencia sin que nos cueste mucho. Esta buena duquesa ha dejado su círculo infinito, por venir á verme, tan fuerte como una amiga y á la cual amaréis : me ha encontrado en el momento en que iba á escribiros y me ha rogado mucho que os diga hasta que punto está contenta por haberme conducido en tan buena salud. Mr. de Chaulnes me habla á menudo de vos; está ocupado con las milicias. Es una cosa extraña el ver ponerse el sombrero á estas gentes que no han tenido jamás otra cosa que gorros azules sobre la cabeza; ellos no pueden comprender el ejercicio ni lo que se les prohíbe. Cuando tenían sus mosquetes sobre el hombro y aparecía Mr. de Chaulnes querían saludarle y el arma caía por un lado y el sombrero por otro. Se les ha dicho que no era preciso saludar y un momento después, cuando estaban desarmados, si veían pasar á Mr. de Chaulnes, se hundían el sombrero con las dos manos y se guardaban bien de saludarle. Se les ha dicho que cuando están en filas no deben echarse ni á derecha ni á izquierda, y el otro día se dejaban aplastar por la carroza de Mad. de Chaulnes, sin querer retirarse un solo paso, por más que se les decía. En fin, hija mía, nuestros bajos bretones son muy raros : yo no se como se las arreglaría Beltran

Duguesclin, para hacer de ellos, en su tiempo, los mejores soldados de Francia. Acabemos con la Bretaña : amo apasionadamente á Mlle. Descartes (1); ella os adora.

No la habéis visto bastante en París; me ha contado que os había escrito, que con el respeto que debía á su tío, el azul era un color, y mil cosas más acerca de vuestro hijo; ¿no es esto bonito? Ella me debe mostrar vuestra respuesta. Ved aquí una especie de *impromptu* que hizo el otro día : decidme lo que pensáis acerca de él; á mí me agrada mucho; es natural y poco común.

Vuestro marqués es muy amable, muy perfecto, muy aplicado á sus deberes, es un hombre. Encuentro aquí su reputación establecida; estoy sorprendida de ello; en fin, *Dios la conserve*. Vos no dudáis de mi tono ¡Ah! ¡Qué broma tan agradable cuando decís que Mad. de Rochebonne no puede estar siempre en el estado en que se encuentra sino á *pedradas*! (2) ¡Bonita locura! Estoy persuadida de ello, pues así es, como Deucalión y Pyrrha arreglaron también el universo; estos harían otro tanto en caso de necesidad.

Á LA MISMA

Rennes, miércoles 18 de mayo 1686.

Ya estáis, pues, sangrada. Doy gracias á Dios por ello, hija mía, y confieso que estoy consolada, tengo grandes deseos de saber si vuestra cabeza había quedado desembarazada. Mad. de Chaulnes, después de haber abrazado á la bella condesa, le dice que tiene inquietudes en las piernas como ella, lo que no conviene mucho á la gravedad de los puestos en que Dios os ha colocado á las dos; y que si vos os encontráis bien con la

(1) Sobrina de René Descartes.

(2) Alusión á la poesía de Benserade sobre Deucalión y Pyrrha. Mad. de Rochebonne tenía un gran número de hijos.

sangría, os ruega que me lo digáis. Decídmelo, pues, querida mía, pues yo me alegraría que mi sangre no se haya derramado inútilmente.

Hemos reído mucho, con lo que me rogáis al fin de vuestra carta, que me purgue, y justamente me disponía á tomar mi polvo y mi maná de los capuchinos, pero sin ninguna necesidad, solamente por las probabilidades de la euresma, y del largo tiempo que hacía que no me purgaba. Ya estoy pues purgada, como vos sangrada, y me encuentro muy bien.

Al llegar la noche tuve una gran compañía. Mr. y Mad. de Chaulnes, Mad. de Kerman, Mr. de Rennes, Mr. de Saint-Maló, de Revel, Tonquedec y varios ilustres bretones. Me parece que os veo cuando miro á Mad. de Chaulnes haciendo maravillas con todos, guardando las proporciones, pues todo es medido, y sin embargo, dentro de la familiaridad. *Yo como en un campo, y ceno en otro* (1), es decir, la mañana con mi querida anfitriona (*Madame de Marbeuf*), y la noche en el hotel de Chaulnes. El duque está continuamente ocupado; siempre enviando tropas y siempre alojándolas, siempre con revistas, con tambores, con regimientos y con oficiales, con una mesa de diez y ocho cubiertos y otra de diez, muy espléndidas y *todo va*, — dice el caballero, — *como una barca cuando se ha roto la cuerda*.

Mad. de Chaulnes me ha dado gracias por esta comparación, y me ha dicho muy bajo : si tuviese hijos, no haría esto.

El lunes vamos á los Rochers para descansar un poco; mi hijo tiene por ello una verdadera alegría, su mujer lo necesita, y yo no respiro más que en los Rochers. Nosotros decimos que volveremos á cada instante; Dios conducirá mis pensamientos y mis proyectos. Acabo de leer un bonita carta que me envía Mlle. Descartes; haced responder á Paulina y haced honor á Mr. Descartes y á la religión: como es preciso necesariamente un milagro, es fácil de colocarle según las necesidades que

(1) Alusión á una copla de Marigny, durante la guerra de la Fronda.

tengáis de él. Algunas veces me río de la amistad que tengo con Mlle. Descartes; me pongo naturalmente de su lado tengo siempre asuntos con ella: me parece que es alguna cosa vuestra *por el lado paterno de Mr. Descartes* (1) y por esto tiene algo de mi querida hija.

Adiós, mi muy querida y muy amable; conservaos bien pensad que estoy en perfecta salud. La escritura de Paulina llegado á ser muy bonita; sin vos, iba derecha á las patas mosca: no será éste el único bien que la hagáis. Estoy muy afligida de no haber cuidado al caballero en sus últimos males me parece que va á seguir vuestros consejos y los de Mr. Louvois; irá á las aguas y hará muy bien. Nuestro marqués siempre muy amable.

A LA MISMA

Los Rochers, miércoles 1.º de junio de 1689.

Paulina es demasiado feliz con ser vuestra secretaria; aprende, como yo os he dicho, á pensar, á ordenar sus ideas viendo como vos ordenáis las vuestras: aprende la lengua francesa, que la mayor parte de las mujeres no saben. Vos os tomáis el trabajo de explicarle las palabras que ella no entendería jamás, y al instruirla de tantas cosas lo haceis tan bien, que ella consuela vuestra cabeza y la mía; pues mi espíritu está en reposo cuando lo está el vuestro; el enojo de dictar no es comparable á la obligación de escribir, continuad pues, una tan buena instrucción para vuestra hija y un consuelo tan grande para vos y para mí.

Cuando estáis persuadida de la perfección de mi salud haced por ella todo lo que se puede hacer, que es temer que pueda llegar á ser mala. Yo pienso en ello algunas veces, y

(1) Sabido es, que Mad. de Grignan, llamaba siempre su padre Descartes.

encontrándome ninguna de las pequeñas incomodidades que conocéis, digo con admiración : « Es preciso, sin embargo, esperar que un estado tan feliz cambie; » y sobre esto yo comprendo, que será preciso resolver lo que Dios quiera, que dándame mal él me dará paciencia y, sin embargo, yo gozo con lo que me da al presente.

El coadjutor (1) ha tenido cólico, además ha arrojado dos piedras.

Compadiezco infinitamente al caballero y estoy encantada de que esté persuadido de los cuidados que hubiera tenido por él en sus males; no comprendo que se pueda dudar en escoger las aguas de Balaruc : yo estaba presente cuando se le aconsejó ir allá después de decir las perfecciones de ellas; esto debe ser cosa decidida. Desde allí, querida mía, irá á veros y será una grande alegría para vos y para toda su familia : hablaréis de muchas cosas y no careceréis de asuntos

El capricho de comparar el ruido de vuestro cierzo, con el de vuestras damas de Aix, me parece muy gracioso. Conozco vuestra atención para esta clase de compañías, creo que vos preferís todavía el ruido del viento, y que de la manera con que me lo representáis, deseáis todavía más el fin que la corte de vuestras damas. No dudéis de ello de ningún modo, este exceso de terror que sentís, más que de ordinario, viene de esa torre derribada en mala ocasión : no estaba puesta allí para nada : era una mampara y se rompió, como vos decís, á la primera impetuosidad. Vos quedáis al descubierto, y tengo pena por vos; en verdad que Mr. de Arlés podría pasar muy bien sin derribar las torres de sus padres.

Leemos las *Variaciones* (2) de Mr. de Meaux. ¡Ah! ¡qué her-

(1) El arzobispo de Arlés, á quien llamaba todavía el coadjutor por la costumbre que tenía de llamarle así, antes de la muerte de Mr. de Arlés, su tío.

(2) *Historia de las Variaciones de las iglesias protestantes* por Bossuet, obra maestra de controversia y de elocuencia. Es curioso el ver con qué interés y qué vivacidad, se entregaba Mad. de Sevigné á las lecturas más serias.

moso libro! ¡cómo me agrada! El tiempo pasa como un relámpago, aunque sin placer y hasta con penas; él nos arrastra.

Hace seis semanas que no ha llovido, hemos tenido grandes calores y luego de repente sin lluvia hace frío y hemos en cendido fuego. Os he dicho que toda la nobleza de estos cantones, en número de quinientos ó seiscientos hombres, había escogido á vuestro hermano para estar á su cabeza. Esto pasa por un grande honor, pero sería un gasto tonto. Todavía no hay orden de partir, nosotros deseamos que no se haga una especie de campamento tan inútil.

A LA MISMA

Los Rochers, domingo 3 de julio de 1689.

Hace hoy nueve meses, día por día, domingo por domingo, que os dejé en Charenton con muchas lágrimas y más que vos no visteis. Estas despedidas son amargas y sensibles, sobre todo cuando no se tiene mucho tiempo que perder, pero para hacer de él un buen uso, sería preciso hacer un tiempo de privación y de penitencia, sería el medio de no perderle y hacerle por el contrario muy útil. Es verdad que esta santa economía es una gracia de Dios, como todas las otras, y que no se merece obtenerla. Hace pues, nueve meses, que no os he visto ni abrazado y que no he escuchado el sonido de vuestra voz; yo no he estado enferma, no he tenido aburrimiento marcado; he visto bellas casas, hermosos países y hermosas ciudades; sin embargo, os confieso que me parece que hace nueve años que os he dejado. No tengo noticias vuestras por este ordinario y esto me da siempre pena. Mad. de Lavardin, me comunica lo que dice á Mad. de Bussy, con motivo del proceso de Chabillant, que esta última cuenta ganar. « Vos tenéis siempre grandes esperanzas, pero uno de vuestros amigos, muy hábil, no lo juzga así. ¡Ah! — dice — es Mr. de Fieubet; pero yo no lo creo. » Y después Mad. de Lavardin, me

dice que es Mr. de Arlés quien tendrá el honor de encargarse del asunto. Él solicita pues, pero yo quisiera á mi parecer, solicitar á tambor batiente en una cámara, dónde se está persuadido de que vos tenéis demasiado crédito.

Hacemos aquí, mi querida condesa, la vida que os he representado; hace un tiempo encantador. Estamos de tal modo perfumados, por las tardes de jazmines y flores de naranjo, que por este motivo creo estar en Provenza. Mr. y Mad. de Chaulnes, me escriben de Saint-Maló y me hablan siempre de vos. Escribid á la Troche, pues no se consuela de vuestro olvido; no comprendo como ha pasado esto, pero vos sois puntual y no es posible que yo no os hubiese comunicado la muerte de su marido (1). Por consiguiente yo espero vuestra respuesta.

A LA MISMA

Los Rochers, domingo 17 de julio de 1689

Me causa placer, el imaginarme vuestra vida, querida condesa, y regocijo con esto mis bosques. ¡Qué buena compañía! ¡Qué hermoso sol! Y qué fácil es con una sociedad tan buena el cantar : *Se oye soplar el cierzo, dejémosle soplar*. Vos sufriríais más pacientemente la continuación de nuestras lluvias, pero ya han cesado y yo he emprendido de nuevo mis tristes y amables paseos.

¿Qué decís, hija mía? ¡Qué! ¡quisierais que habiendo estado en misa, después á comer y hasta las cinco trabajando ó hablando con mi nuera, no consagráramos dos ó tres horas á nosotras mismas! Ella estaría, creo yo, tan disgustada como nosotros. Es muy bonita mujer y estamos muy bien juntas; pero tenemos un gran gusto por esta libertad para encontrarnos en seguida. Cuando yo estoy con vos, hija mía, os confieso que

(1) Mr. de la Troche era consejero del parlamento en Rennes.

no os dejo jamás sino con pena y por consideración á vos con todas las demás, es por consideración á mí. Nada es más justo ni más natural, pues no hay dos personas para quien se sea lo que yo soy para vos. Así, dejadnos un poco en nuestra *santa libertad*; yo me acomodo á ella y con libros paso tiempo á su modo, tan de prisa como en vuestro brillante castillo. Yo compadezco aquellos á quienes no les gusta leer. Vuestro hijo es de este número hasta ahora, pero yo espero que cuando él sepa lo que es la ignorancia en un hombre de guerra, que tiene que leer tantas grandes acciones de los otros, querrá conocerlas y no dejará este hueco sin llenar.

La lectura enseña también á escribir: yo conozco oficiales generales, cuyo estilo es popular. Es, sin embargo, una cosa muy bonita, el saber escribir lo que se piensa, pero algunas veces también, estas gentes escriben lo que ellas piensan como ellas hablan. Todo es completo. Creo que el marqués escribirá bien. Hace largo tiempo que quiero que vaya á ver por el mes de noviembre, y como pronto tendrá diez y ocho años, será preciso pensar en casarle. Pero, ¿No os divertís con Mlle. de Or... (1). Su padre es un farolero, cuyo estilo y mala voluntad encoleriza. Me parece que el aire y la vida de Grignas deberían volver la salud al caballero. Está rodeado de la mejor compañía que se pueda desear, sin ser interrumpido por crueles visitas de esos fardos que le dan la gota; nada de frío, un viento que toma el nombre de aire natal para no asustarlo; en fin, no comprendo la tenacidad y la negrura de sus vapores, teniendo en contra, tan buenas cosas; sin embargo, es poca desdicha demasiada verdad que él está atormentado. Esto encantado de que á Paulina le agrada. Estoy segura que también me agradará á mí. Hay mucha formalidad en su rostro, en sus bonitos ojos; ¡Y qué bonitos son! ¡parece que los estoy viendo! ¿Y su humor? Yo apuesto á que ya se ha corregido. Ha bastado para esto vuestra dulzura con ella y el deseo que

(1) Alude á Mlle. de Oraison.

tiene de agradaros; pero pretender que esta niña fuera perfecta al salir de Aubenas, es cosa que hace reír. Yo la abrazo tiernamente.

À LA MISMA

Los Rochers, domingo 25 de setiembre de 1689.

Me acomodo bastante mal á la obligación que M. de Grignan me impone: tiene una atención perpétua sobre mis acciones; él teme que yo no le dé un suegro. Esta cautividad me obligará á hacer una escapada, pero no será para el señor conde de Revel; si, este *caballero*, no es sólo *caballero*, sino *el caballero conde de Revel*. Nosotros no sabemos lo que es en esta provincia el nombrar á alguien sin título (1): sin embargo, nosotros lo olvidamos algunas veces y le llamamos Revel, pero esto es bajo el secreto de la confesión. Yo no quiero casarme con él, estad tranquila: es demasiado galante. ¿Queréis pues, saber, querida mía, quién son sus *Jimenas*? Vos nombráis dos ó tres bretonas, ved aquí las otras: una joven senescala que estaba aquí y que no es parienta de la que vos habéis visto; Mlle. de K., muy bonita, estaba en Rennes, y, sobre todo, una joven señora de C..., *vuestra sobrina*, que es nieta de vuestro padre Descartes. Tiene mucho ingenio y todo el aspecto de creer que el fuego es caliente y que ella puede quemar y ser quemada. Sin embargo, todo esto es tan honesto que su amante común parece aburrirse mortalmente en Rennes.

El otro día decía á Mr. de Louvois, que si tenía necesidad para en caso de guerra del oficial más reposado y tranquilo del mundo se acordara de él.

(1) Mr. de Coulanges decía, que los hijos del parlamento de Rennes nacen todos condes y marqueses.

Hablemos de una vez, hija mía, de la prevención del caballero ; la amistad ¿puede producir tal ceguera ? Yo creo conocerlo, pero me parece que se deja siempre convencer por la luz : no se ama menos á los que se equivocan, pero se ve claro. ¡ Qué ! ¿ una desconocida, llamada razón, sostenida por la verdad, llamará á la puerta y será arrojada de allí como de la Universidad de París ? (Ya habeis visto la encantadora obra de Despreaux.)

Y no se quería solamente oirla acompañada de sus piezas justificativas. ¡ Qué ! dos y dos ¿ no serán ya cuatro ? Una gratificación dada por el mariscal de la Meilleraie, de cien escudos en dos años, que no ha sido jamás ninguna clase de pensión y que no se conoce, sería un crimen el que no continuara, cuando se dice : « Señor, será preciso aguardar á los Estados próximos ; si yo me hubiese engañado, esto se repararía fácilmente. » Pues por la del muerto rayado y dada á los Estados del 71, Coetlogón no se muestra descontento. ¿ Se puede estar equivocado, cuando uno hace ver todas estas cosas ? ¡ Ah ! si el caballero tuviese una causa tal en la mano, con esta sangre ardiente que hace la gota y los héroes, él la sabría sostener de muy otra manera que yo lo hago. Pero, ¿ se puede con un tan buen ingenio, cerrar los ojos y la puerta á esta pobre verdad ? No, seguramente, mi querida condesa ; no es este el capítulo acerca del cual el duque de Chaulnes está equivocado ; es su obra maestra de amistad ; ha llenado en esto todos los deberes y aun más : es con nosotros con quien está equivocado y con quien tiene un procedimiento enteramente incomprensible. Tal es la miseria de los hombres ; todo es verdad y todo es mentira ; este es el mundo. Este buen duque me ha escrito también á Tolon, no cesa de pensar en mí, sin haber pensado un solo momento, durante ocho días que ha estado en París ; ni una palabra al Rey de esta diputación tantas veces prometida, y con tanta amistad y razón de creer, que proseguía el asunto ; ni una palabra á Mr. de Croissi, cuyo hijo se llevaba y á quien hubiera nombrado vuestro hermano ; el dice una palabra en el aire á Mr. de Lavardin. ¿ Pero, creía él

que no hubiese más poder que él para hacer un diputado? Nosotros estamos persuadidos que esto era después de haber dicho una palabra al Rey. En fin, él parte y hace saber que Lavardin no tendrá sus Estados; era preciso pues, escribirle. Va á Grignan, vos le habláis de ello; parece que tiene algunos deseos de escribir, pero esto no sale. Á mí me escribe desde Grignany desde Tolon y no me dice una palabra. Mad. de Chaulnes debe hablar de ello á Mr. de Croissi, pero será demasiado tarde: la plaza será tomada por Mr. de Coetlogon.

En cuanto al mariscal de Estrés, éste no está obligado más que con Mad. de La Fayette, con una alegría extraordinaria con tal que la Corte le deje el mando. Nosotros estábamos demasiado bien por este lado; pero, hija mía, no pensemos más en ella: Mr. de Cavoie tendrá la diputación para su cuñado y hará bien.

La buena duquesa ha perdido demasiado tiempo; es tímida, y encontrará los caminos obstruidos; todo el mundo no sabe hablar.

Deciros que yo concilio este proceder letárgico con una amistad de la cual no podría dudar, no; seguramente yo no lo comprendo ni mi hijo tampoco. Pero nuestra resolución es de un ser bastante glorioso para no quejarnos: esto daría demasiada alegría á los enemigos de este duque y sería para ellos un triunfo. No tenemos esta intención; nos es fácil callarnos; pueden suceder cambios para otro año. Así, mi querida hija, estamos muy contentos de que la hayais recibido tan magníficamente; nosotros no rompemos ninguna relación; yo diré solamente el hecho y preguntaré á su *Excelencia*, cómo ha podido hacer para pensar sin cesar en nosotros y para olvidarnos y olvidarse de sí mismo.

Nosotros no iremos de ninguna manera á los Estados y nos burlaremos del bando, que no es bueno más que para darnos pena. Ved aquí nuestras prudentes resoluciones: si vos las aprobáis, las encontraremos todavía mejores. Sin embargo, nosotros somos muy sensibles á la pérdida que vais á tener de vuestro amable condado; no podremos menos de sentir la

pérdida de tantas y tan buenas cosas como venían, ni ver sin pena el entrar de nuevo en la sequedad y aridez de los suelos. Yo siento este golpe tanto como vos, pues vos sois *sublime* y yo no lo soy.

A propósito de sublime, Mr. de Marillac (1) no hace malas cosas á lo que me parece. La Fayette es guapo, exento de toda mala cualidad; tiene un buen nombre y está en el camino de la guerra, y tiene todos los amigos de su madre que son infinitos. El mérito de esta madre, es muy distinguido; ella asegura todo su bien, y el abate (2) el suyo. Él llegará á tener treinta mil libras de renta; no debe una pistola y esto no es una manera de hablar. ¿Qué encontráis que valga más cuando no se quiere usar la toga? La señorita tiene doscientos mil francos y buenos alimentos; ¿podrá esperar menos Mad. de Lafayette? Respondedme, yo no digo más que la verdad. Mr. de Lamoignon es el depositario de los artículos que fueron firmados hace cuatro días, entre Mr. de la Moignon, el teniente civil y Mad. de Lavardin, que ha hecho el matrimonio.

Pero, ¿qué decís de todo este movimiento de magistratura? Yo estoy desesperada, porque nuestro Mr. de Lamoignon no ha tenido plaza; esto es sensible para él y para sus amigos. Vuestro M. de Torcy ha nacido con suerte (3): ¡ah! que bien hubierais hecho el escribirle con una buena tinta; pero todo esto no estaba ordenado para hacernos aprovechar del calor de esta amistad; Dios no lo quiere, esto es cosa visible, y nosotros no pensamos más en ello. Ved ya á Mr. de Pontchartrain, interventor general; yo lo esperaba, pero no tan pronto. Vamos á escribirle, vos no debéis dejar de hacerlo, lo mismo que á Mad. de Mouci; vedla ya hermana del primer presidente: estará bien contenta.

(1) René de Marillac, decano de los Consejeros de Estado, casaba su hija Maria Magdalena de Marillac con René Armando Mothier, conde de La Fayette, hijo segundo de Mad. de La Fayette.

(2) Luis Mothier de La Fayette, hijo mayor de Mad. de La Fayette.

(3) Juan Bautista Colbert, marqués de Torcy, nombrado secretario de Estado en vida de su padre Carlos Colbert, marqués de Croissi

¡Qué feliz es Paulina de estar cerca de vos, que la reprendéis de continuo! Es buena señal que ella tome gusto á las alabanzas que hacéis de Mad. Daugeau. Esta joven es capaz y digna de todo cuanto queráis hacerla conocer: yo he juzgado así de ella, desde que me habéis dicho que tenía ingenio y un gran deseo de agradaros. Todavía una vez. ¡Qué feliz es de estar con vos, de miraros y de escucharos! Coulanges me parece encantado de ella y de vos, y de Mr. de Grignan y de vuestro castillo y de vuestra magnificencia. Esta manera de hacer las felicidades de la casa, ha dejado profundas huellas en su cerebro; él os reconoce por duque y duquesa de *Campovasso* (1) por lo menos. En fin, mi querida condesa. ¿Qué es lo que vos no hacéis cuando queréis y con qué aire y con qué buena gracia?

Mi hijo ha leído con placer lo que le decís; os ha escrito hace poco lo que pensaba y cree que yo os he dicho hoy todo lo que él pudiera deciros; os ruega estéis persuadida de que mi salud es perfecta, y que el aire de los Rochers es excelente. Mr. de Aix no es muy atento, no habiendo venido á vernos. ¡Qué locura querer ser primer presidente! (*de Aix*); pero es que él es loco: por fortuna aquellos de quien éste depende no lo son. Si á pesar del buen partido que tomáis de querer vivir bien con él, su conducta os desagrade, os aconsejo que se lo comunicéis á Mad. de La Fayette; esta no estará persuadida de que él pueda tener razón contra vos, y no hay muchas cosas que el tema más que aparecer extravagante á sus ojos.

Adiós, hija mía, os abrazo con una ternura infinita.

(1) Gaucher Adhemar de Monteuil, baron de Grignan, casó en el siglo XV con Diana de Montfort, hija de Nicolás de Montfort, conde de Campovasso y de Termoli.

Á LA MISMA

Los Rochers, domingo 2 de octubre de 1689.

Mañana hará un año que no os he visto, que no os he abrazado, que no os oigo hablar y que me separé de vos en Charenton. ¡Dios mío! ¡Qué presente está este día en mi memoria y cómo deseo encontrar otro que esté señalado para veros, para abrazaros y para unirme á vos por siempre! ¡Que no pueda yo acabar así mi vida con una persona que la ha ocupado toda entera! Ved aquí lo que yo siento y lo que yo digo, mi querida hija, y como para solemnizar este aniversario del día de nuestra separación.

Y quiero deciros después de esto, que vuestra última carta es de una alegría, de una vivacidad y de un *currente cálam*o que me ha encantado, porque es imposible pensar y escribir tan alegremente sin estar alegre y en perfecta salud. Hablemos primero del caballero; yo encuentro su estado muy diferente de aquel en que yo le he visto. ¡Cómo! ¿Yo podría oírle golpear el suelo con el pie derecho? pues en cuanto al izquierdo creemos que hace á menudo el presumido y el glorioso, aunque estuviese bastante humillado por la continencia del otro, que nos diese tanta pena como á él. En verdad que es un verdadero milagro el ver este pie curado del todo, pues llevaba la marcha del de Mr. de la Rochefoucauld y hacía llorar; y todo este cambio por tres cuartos de hora de baño, en esta agua saludable se ha hecho en tres días: el Mont-Doré ni Bareges, no saben tanto de esto; se está, pues, libre en tres días con este remedio. Asegurad bien al caballero, la alegría sincera que tengo por el consuelo que ha encontrado en el uso de estas aguas admirables, entre tanto que podamos decir *curación*. Mucho alabáis los cuidados de Mr. de Carcasone, comparándolos á los que vos tendréis por mí; yo puedo juzgar de ellos y no los ha habido jamás tan tiernos y tan consoladores. El caballero encontró á Mad. de Ganges muy cambiada.

Esto es muy agradable : ella hacía mal, en efecto, en no parecerse á la idea que él se había formado de ella. En cuanto á mí, yo la he visto bastante cambiada, pero cien mil leguas por bajo, pues después del rostro, tantas cosas faltan de aire y de gracia y de lo que hace valer la belleza, que este parecido queda reducido á nada. Si yo hubiese sabido que ésta á quien he visto tantas veces iba á ser la mujer de mi Ganges, me parece que la hubiera mirado de otra manera, pero ya no tiene remedio. Hablemos de vuestra Mad. de Montbrun. ¡ Dios mío ! ¡ Con qué rapidez nos describís esta mujer ! Vuestro hermano está encantado de ella, pero no os lo dirá ; él os abraza solamente, está con su buen amigo, y yo os doy gracias por haberos tomado el trabajo de dejarlo todo para venir impetuosamente á devolverme esta persona. ¡ Qué agradable carácter ! Todo lleno de su buena casa que arranca desde el *diluvio* y de la cual se ve que está únicamente ocupado : todos sus parientes güelfos y jibelinos, amigos y enemigos, de los cuales hacéis una página la más loca y la más agradable del mundo ; sus sueños, llamando al marqués de Uxelles ; los enemigos, creyendo hablar de los alemanes, y todas estas coronas de las cuales se rodea y se envuelve ; su admiración á la vista de vuestra tez natural ; ella os encuentra muy negligente, porque dejáis ver las pequeñas venas y la carne que componen la verdadera tez ; encuentra mucho más honesto el vestir su rostro, y porque vos mostráis el que Dios os ha dado le parecéis negligente y descuidada. Los Grignan son bien hábiles por haber encontrado su tez natural. Ved como son los hombres ; no saben lo que ven ni lo que dicen : yo he visto algunos que admiraban bellezas, bien poco admirables.

Habéis hecho un bonito viaje á Saint-Esprit ; habéis visto á Mr. de Baviile, el terror del Languedoc (1). Habéis visto también

(1) Nicolás de Lamoignon, hermano del presidente, conocido bajo el nombre de Baviile. Fué el instigador y el ejecutor de las *dragonadas*.

á Mr. de Broglio (1). Y ocreo nuestro Revel el César y á Broglio el *Laridón olvidado* (2). Ellos no se han llevado siempre bien juntos. ¿No les ha visto el caballero á los dos en las redes de Mlle. de Bouchet? Broglio era un amante tan furioso, que fué una de las razones que hicieron á ella entrar en las Carmelitas. Por lo demás, querida mía, no estamos enfadados contra nuestros buenos gobernadores. Yo estoy encantada de ellos pues me desesperaría que lo hicieran mal. Es cierto, y todos nuestros amigos convienen en ello, que este duque no puede decir una sola palabra al Rey, ni de la Bretaña, ni de la Diputación, que no hubiese sido mal tomada. Roma ocupaba todo. Habló á Mr. de Lavardin; ha escrito al mariscal de Estrés : Mad. de Coulanges ha dicho á Mr. de Croissi todo cuanto se puede decir y nada es más fácil de comprender, que el deseo que tienen los dos de conseguir lo que se proponen. Pero no pensemos más en ello, y si por casualidad la cosa viniere á nosotros nos parecerá milagrosa. No es el mal más grande el que me causa la muerte del Papa; estoy verdaderamente afligida cuando pienso en la pérdida que vais á tener por esta muerte.

Os doy gracias, hija mía, por ponerme tan bien al corriente de vuestra sociedad, diciéndome lo que pasa en ella; nada me es tan caro como lo que viene de vos y vuestra familia. Os recomiendo vuestra salud, y por consecuencia la conservación de vuestra juventud. Estoy muy contenta de la gota de Mr. de Grignan : me rio de ella como vos. He aquí un buen consuelo para un hombre que grita; pero todo es menos malo que las malas *entrañas*.

Dios os conserve á todos. Mis cumplimientos, mis amistades mis caricias donde ellas deben estar; y para vos, querida hija mía, ya sabéis vuestra parte soy yo toda entera.

(1) Victor Mauricio, conde de Broglio, comandante en el Languedoc, era hermano de Carlos Amadeo de Broglia, conde de Revel.

(2) Véase la fábula de la Fontaine, *La educación* : fábula 24, libro VIII

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 14 de diciembre 1789.

Si el caballero leyese vuestras cartas, mi querida condesa, no iría á buscar para distraerse las que vienen de tan lejos. Lo que vos me decíais el otro día sobre Livry, que nosotros prestábamos á Mr. Sanguin, permitiéndole hasta hacer allí una fuente. Todo este pasaje, el de Mad. de Coulanges y lo de vuestras amistades mismas, todo está tan lleno de sal que creíamos que no habíais echado otros polvos en vuestra carta. Yo admiro la alegría de vuestro estilo, en medio de tantos asuntos espinosos, agobiadores y aniquiladores. Verdaderamente, mi quer^a la hija, sois vos á quien es preciso admirar y no á mí. Yo soy sólo como una violeta fácil de ocultar; no ocupo ningún sitio, ningún puesto sobre la tierra, más que en vuestro corazón, que yo estimo más que todo el resto y en el de mis amigos. Lo que yo hago es la cosa más fácil del mundo. Pero vos, en la posición que os encontráis, en la más brillante y más concurrida provincia de Francia, unir la economía á la magnificencia de un gobernador, esto es lo que no es imaginable y lo que yo no comprendo que pueda durar mucho tiempo, sobre todo, con el gasto de vuestro hijo que aumenta todos los días. Como estos pensamientos turban á menudo mi reposo, temo mucho que estando más cerca de este abismo, no os entreguéis vos mucho más á estas tristes reflexiones: ésta es, mi querida condesa, mi verdadera pena, pues en cuanto á la soledad, ésta no me entristece de ninguna manera. Nuestra buena y cómoda compañía se ha marchado. He arrojado al mismo tiempo á mi hijo y á su mujer: uno debía ir en casa de su tia, la otra á una visita apresurada. Los he enviado á los dos, cada uno por su lado; estoy encantada de ello porque nos encontraremos dentro de dos días; nosotros estaremos más á gusto: se me ama en este país; ayer tuve dos

hombres de muy buena compañía, dos *molisnistas* (1); yo no me aburrí. Tengo mis lecturas, los obreros, el buen tiempo; si mi querida hija estuviese un poco menos agoviada, con la esperanza de verla que me sostiene, ¿qué me haría falta?

He escrito al marqués, á pesar de que ya antes le había cumplimentado: le ruego que lea en esa fea guarnición, donde no tiene nada que hacer; le digo que puesto que tanto ama la guerra, es alguna cosa de monstruoso no tener deseo de leer los libros que hablan de ella y de conocer las gentes que han sobresalido en este arte. Yo le riño, le atormento y espero que le haremos cambiar: sería la primera puerta que él nos hubiera rehusado abrir. Estoy menos disgustada por que le gusta un poco más dormir, sabiendo bien, que no faltará á nada de lo concerniente á su gloria, pero lo estoy más por lo que le gusta jugar. Le hago entrever que esto es su ruina; que si él juega poco perderá poco, que esto es una lluvia menuda que moja; que si juega mal, será engañado; será preciso pagar; y si no tiene dinero, ó faltará á la palabra ó tendrá que tomarlo de lo que le hace falta.

Se es desgraciado también porque se es ignorante, pues aun sin ser engañado sucede que se pierde siempre. En fin, hija mía, sería una cosa muy mala para él, y para vos que recibiríais el golpe de rechazo. El marqués será pues, muy feliz con entregarse á la lectura, como Paulina, que está encantada de saber y de conocer. ¡Qué bonita y que feliz disposición! Se está porencima del enojo y de la ociosidad de las bestias: Las novelas se leen muy pronto: yo quisiera que Paulina tuviese algún orden en la elección de historias y que comenzase por un lado y acabase por otro, para darle una tintura ligera, pero general, de todas las cosas.

¿No le decis nada de la Geografía? Nosotros tuvimos otra vez esta conversación. Dávila (2), es admirable; pero gusta

(1) Es decir, jansenistas.

(2) Autor de una historia de las Guerras civiles de Francia, que contiene todo lo que ha pasado de memorable desde la muerte de Enrique II en 1559, hasta la paz de Verbins en 1598.

más cuando se conoce un poco lo que conduce á este tiempo, como Luis XII, Francisco I y otros

Hija mía, á vos toca gobernar y rectificar ; este es vuestro deber, bien lo sabéis. Por lo demás, ya comprendía yo que en muy poco tiempo, vos la haríais muy bonita y muy amable, con ingenio y un gran deseo de agradaros ; no es preciso más.

À LA MISMA

Los Rochers, miércoles 11 de enero de 1690.

¡ Qué aguinaldo, Dios mío ! ¡ Qué deseos ! Jamás ningunos otros fueron tan propios para encantarme. ¡ Yo que conozco los tonos y que veo el corazón de donde parten ! Voy á deciros un sentimiento que encuentro en mí. Si pudiese pagar el vuestro, yo estaría muy contenta de ello, pues no tengo otra moneda : en lugar de estos temores tan amables que os dan todas estas muertes que vuelan sin cesar á vuestro alrededor y que os hacen pensar en otras, os presento el verdadero consuelo y aun la alegría que me da á menudo, la diferencia de años que tengo sobre vos. Vos sabéis que no soy insensible á la tristeza de estos estados ; pero lo soy todavía menos al pensamiento de que los primeros van delante, y que verosímil y naturalmente, guardaré mi puesto con mi querida hija ; yo no puedo representaros la verdadera dulzura de esta confianza. ¡ Cuánto no he sufrido también en los tiempos en que vuestra mala salud me hacía temer un fatal desenlace ! Aquel tiempo ha sido riguroso ¡ ah ! no hablemos más de él. *No hablemos de esto* : ahora estáis bien ; gracias á Dios todas las cosas han tomado su curso natural ; *Dios os conserve*. Yo pienso que vos entendéis mi tono también y que me conocéis. Vuelvo á hablar del caballero : no me cuesta trabajo el creer que el clima de Provenza le siente mejor durante el invierno, que el de París. Todos los que, como las golondrinas, se van á buscar vuestro sol, son buenos testigos de ello. Pero, al rego-

cijarme de que siento esta diferencia, yo me aflijo de que haya perdido mil escudos de renta ; y, ¿ por dónde ? ¿ y cómo ? En regimiento, ¿ le vale esto ? ¿ Le venderá al marqués ? Pero el dinero que recibirá por ello pagando las deudas, ¿ no disminuirá también sus intereses ? Hacedme este cálculo que me inquieta : yo no podría representarme al caballero de Grignan en París, sin su pequeño equipaje, tan completo y tan bien dispuesto ; yo no lo veré á pie ni mendigar plazas en Versalles : esto no puede entrar en mi cabeza, es un artículo *dislocado*.

¡ Ah ! ¡ Qué bien colocada está esta burlona palabra ! Yo no me atengo tampoco á vuestras sesenta y cuatro personas de guardia : vos me engaáis ; no es esta vuestra última palabra, no es preciso una demostración de matemáticas.

En cuanto á Paulina, creo que no dudáis en hacer de ella algo de bueno ó algo de malo : la superioridad de vuestro espíritu os hará seguir fácilmente el buen camino : todo os convida á cumplir con vuestro deber ; el honor, la conciencia y el poder que tenéis en vuestras manos. Cuando pienso cómo se ha corregido en poco tiempo por agradaros, y qué bonita se ha puesto, comprendo que vos seréis la culpable de todo el bien que ella no haga. En cuanto á vuestras lecturas, mi querida hija, tenéis demasiado que hablar y que razonar para que os quede tiempo de leer : nosotros estamos aquí en un reposo demasiado grande y nos aprovechamos de él.

Yo leo de nuevo, con mi hijo, ciertas cosas que había leído á la ligera en París y que me parecen ahora completamente nuevas. Volvemos á leer también en medio de nuestras grandes lecturas todas las *pequeñas novedades* que encontramos á mano ; por ejemplo, todas las bellas oraciones fúnebres de Mr. de Bossuet, de Mr. Flechier, de Mr. Mascaron y del P. Bourdaloue ; lloramos de nuevo á Mr. de Turenne, Mad. de Montausier, el príncipe, MADAME y la reina de Inglaterra ; admiramos este retrato de Cromwell (1) ; estas son obras maestras de la elocuencia, que encantan al espíritu.

(1) Véase Bossuet, oración fúnebre de la reina de Inglaterra.

No basta decir : « ¡Ah! esto es viejo » ; no, esto no es viejo es divino. Paulina se instruiría y se encantaría oyéndolo, pero todo esto no es bueno más que en los Rochers. Yo no sé qué libro aconsejar á Paulina : Davila es hermoso en italiano ; nosotros le hemos leído ; Guichardin es largo ; me gustarian bastante más las anécdotas de Médicis (1) que son un compendio de la anterior ; pero no está en italiano. No quiero nombrar á Bentivoglio (2) : que se atenga á su poesía, hija mía, no me gusta la prosa italiana, el Tasso ; la *Aminta*, *el Pastor Fido*, *la Filli di Sciro* (3) ; no me atrevo á decir el Ariosto, tiene pasajes cansados, y por lo demás, que lea la historia ; que entre en este gusto que puede consolar por tan largo tiempo, su ociosidad : es de temer que limitando esta lectura, no encuentre nada que leer. Que comience por la vida del Gran Teodosio y que me diga qué tal le parece. Ved aquí, hija mía, cuantas bagatelas : hay días que se destinan á hablar sin perjuicio de las cosas serias y en que se toma siempre un sensible interés. Adiós, mi muy amable, os deseamos toda suerte de felicidad este año y *quanto va*.

À LA MISMA

Los Rochers domingo 15 de enero de 1690.

Tenéis razón, no puedo acostumbrarme á la fecha de este año ; pero en fin, vedla ya bien comenzada, y veréis, que de cualquier manera que la pasemos, será como vos decís, bien

(1) *Las Anécdotas de Florencia ó la Historia secreta de la casa de Médicis* por Varillas ; La Haya 1687.

(2) Gui Bentivoglio, cardenal, autor de la historia de *Las Guerras civiles de Flandes* y de otras varias obras.

(3) *Pastoral italiana* del conde Guido Ubaldo de Bonarelli.

pronto pasada y encontraremos bien pronto el fondo de nuestro saco de mil francos (1).

Verdaderamente, vos me mimáis bien y mis amigas de París también : apenas el sol se remonta lo que el salto de una pulga, y ya me preguntáis por vuestro lado, cuándo me esperaréis en Grignan; y mis amigas me ruegan que les fije desde ahora el tiempo de mi partida á fin de adelantar su alegría. Yo estoy demasiado contenta con estas pruebas de afecto y sobre todo con las vuestras que no sufren comparación. Os diré, pues, mi querida condesa, con sinceridad, que de aquí hasta el mes de setiembre, no tengo pensamiento de salir de este país; es el tiempo en que yo envío mis pequeños carruajes á París, donde no hay todavía más que una pequeña parte. Este es el tiempo en que el abate Charlier cobra mis censos que es un asunto de diez mil francos. Hablaremos de esto otra vez y contentémosnos con dejar toda esperanza de dar un paso antes del tiempo que os he marcado. Por lo demás, yo no os digo que sois mi objetivo y mi perspectiva; vos lo sabéis bien y que estáis de una manera en mi corazón que temo mucho que Mr. de Nicole no encuentre en él mucho que *circuncidar* pero en fin, tal es mi disposición.

Me decís las cosas más tiernas del mundo, deseando no ver el fin de los felices años que me deseáis. Estamos bien lejos de encontrarnos en nuestros deseos, pues yo os he dicho una verdad bien justa y bien en su lugar y que Dios sin duda querrá que se cumpla, que es seguir el orden natural de la santa Providencia : esto es lo que me consuela en todo el laborioso camino de la vejez; este sentimiento es razonable, y el vuestro demasiado amable y extraordinario.

Os compadecería si no tuvieseis á Mr. de la Garde y al caballero : es una compañía perfectamente buena, pero ellos tienen sus razones, y la de hacer resucitar la pensión de un

(1) Madame de Sevigné, comparaba los doce meses del año, á un saco de mil francos que se acaba casi tan pronto como se ha comenzado á gastar.

nombre que no ha muerto, me parece del todo importante. Tendréis vuestro hijo, que ocupará bonitamente su plaza en Grignan; donde debe ser bien recibido por muchas razones, y vos le abrazaréis también de todo corazón. Me ha escrito también una bonita carta, para desearme un año feliz. Me parece desolado en Keyserloutre: dice que nada le impide venir á París, pero que espera órdenes de Provenza y que este resorte es el que le hace obrar. Yo encuentro que le hacéis languidecer mucho.

Su carta es del dos, yo le creía en París. Hacedle venir y que después de una pequeña aparición corra á daros un abrazo. Este joven me parece en estado de que si le encontráis un buen partido, S. M. le concederá de por vida vuestro bello cargo. Ya veis que su carácter y el de Paulina no se parecen en nada. Es preciso, sin embargo, que ciertas cualidades del corazón existan en uno y en otro; en cuanto al humor, esto es otra cosa. Estoy encantada de que sus sentimientos sean á vuestro gusto. Yo le desearía un poco más de inclinación por las ciencias y por la lectura, pero esto puede venir. En cuanto á Paulina, esta devoradora de libros, me alegro más que ella los lea malos, que el que no la guste leer; las novelas, las comedias, los *Voiture*, los Sarrazin, todo esto se agota muy pronto. ¿Ha hojeado á Luciano? ¿Está al tanto de las *pequeñas cartas*? En seguida es preciso la historia; si se tiene necesidad de pincharla la nariz para hacérsela tragar, la compadezco. En cuanto á los hermosos libros de devoción, si no le gustan, tanto peor para ella, pues nosotros sabemos demasiado, que aun sin devoción, se les encuentra encantadores. Lo relativo á la moral, como ella no haría de estos libros tan buen uso como vos, no quisiera de ningún modo que metiese su nariz en *Montaigne*, ni en *Charrón*, ni en otros de esta clase; es muy temprano para ella. La verdadera moral de su edad es la que se aprende en las buenas conversaciones, en las fábulas, en las historias, por los ejemplos; yo creo que esto es bastante. Si le dais un poco de vuestro tiempo para hablar con ella, es seguramente lo que le será más útil. Yo no sé si

todo lo que digo vale la pena de que lo leáis : estoy bien lejos de abundar en mis ideas.

Preguntáis si soy siempre la devota que vale tan poco ; sí, justamente ; esto es lo que soy siempre y nada más con gran sentimiento mío. Todo lo que tengo de bueno, es que sé bien mi religión y de qué se trata ; no tomaré lo falso por lo verdadero ; yo sé lo que es bueno y lo que no tiene de esto más que la apariencia ; yo espero no engañarme en este punto y que habiéndome dado Dios buenos sentimientos él me los dará siempre : las gracias pasadas me garantizan en cierto modo de las que vendrán. Así yo vivo en la confianza, mezclada no obstante de mucho temor. Pero yo riño por llamar á nuestro Corbinelli el *místico del diablo* ; vuestro hermano se pasma de reir ; yo le riño como vos. ¡Cómo *místico del diablo* un hombre que no piensa más que en destruir su imperio, que no cesa de tener relaciones con los elegidos del diablo que son los santos y las santas de la iglesia ! Un hombre que no cuenta para nada su perro de cuerpo ; que sufre la pobreza *cristianamente* filosóficamente, como vos diríais ; que no cesa de celebrar las perfecciones y la existencia de Dios, que jamás juzga mal de su prójimo, que le excusa siempre ; que es insensible á los placeres y á las delicias de la vida, que, en fin, á pesar de su mala fortuna, está enteramente sometido á la voluntad de Dios. ¿ Y vos llamáis á esto el *místico del diablo* ! No podríais negar que no sea este el retrato de nuestro pobre amigo. Sin embargo, hay en esta palabra un aire de broma que hace reir al principio y que podría sorprender á los simples, pero yo resisto como veis y sostengo al fiel admirador de Santa Teresa, de mi abuela (*Santa Chantal*) y del bienaventurado Juan de la Cruz.

Á propósito de Corbinelli ; me escribió el otro día una esquela muy bonita ; me daba cuenta de una conversación y de una comida, en casa de Mr. de Lamoignon : los actores eran : los dueños de la casa, Mr. de Troyes, Mr. de Toulon, e. P. Bourdaloue, su compañero Despreaux y Corbinelli. Se habló de las obras de los antiguos y de los modernos : Des-

preaux defendió á los antiguos, á excepción de un solo moderno, que aventajaba según su opinión, á los modernos y á los antiguos. El compañero de Bourdaloue, que se las echaba de entendido y que se había unido á Despreaux y á Corbinelli. le preguntó qué libro era este tan distinguido en su opinión. Despreaux no quiso nombrarle. Corbinelli le dijo : « Caballero, os conjuro á que me lo digáis, á fin de que yo le lea en esta noche. » Despreaux, le respondió riendo : ¡ Ah, caballero ! Vos le habéis leído más de una vez, estoy seguro de ello. El jesuita pregunta de nuevo, con un aire desdeñoso : *Un cotal riso amaro*, y obliga á Despreaux á nombrar este autor tan maravilloso. Despreaux le dice : Padre, no me obliguéis; el padre continúa. En fin, Despreaux le coge por el brazo y apretándole fuerte, le dice : « Padre mío, vos lo queréis : y bien, ¡ vive Dios ! es Pascal. » ¡ Pascal ! — dijo el Padre todo rojo y admirado Pascal es hermoso todo lo que lo falso puede serlo. — Lo falso, replicó Despreaux, lo falso ; sabed que es tan verdadero como inimitable; se acaba de traducirle en tres lenguas : El Padre respondió : « No es por eso más verdadero. » Despreaux se acalora y grita como un loco : « Qué, padre mío, diréis que uno de los vuestros no ha hecho imprimir en uno de sus libros, *que un cristiano no está obligado á amar á Dios* ? (1). ¿ Osaréis decir que esto es falso ? Caballero — dijo el padre furioso — es preciso distinguir. Distinguir — dijo Despreaux — distinguir si estamos obligados á amar á Dios. Y tomando á Corbinelli por el brazo, huyó con él al extremo de la habitación, después volviendo y corriendo como un loco no quiso jamás aproximarse al Padre, y fué á reunirse con la compañía, que había quedado en el comedor. Aquí acaba la historia y el telón cae. Corbinelli me promete el resto en una conversación, pero yo, que estoy per-

(1) Esta es una de las famosas disputas que Despreaux decía haber sostenido en más de un sitio, acerca del amor de Dios y acaso la que hizo nacer en él la epístola al abate *Renaudot*, que no escribió hasta 1695. (Véase la epístola 12 de Despreaux y la décima carta provincial).

suadida de que encontraréis esta escena tan agradable yo la he encontrado; os la escribo y creo que si la le buenos tonos estaréis bastante contenta de ella. Hija r os riño por tener un solo momento pena por mí, cuan recibís mis cartas. Vos olvidáis las faltas del correo, es | acostumbrarse á ellas, y cuando esté enferma, lo cual n ahora, de ningún modo no os escribiré menos algunas ó mi hijo, ó cualquier otro; en fin, vos tendréis noticia pero ahora no estamos en esa necesidad.

Se me dice que varias duquesas y grandes damas rabiosas, porque hallándose en Versalles, no han sido dos á la cena del día de reyes. He aquí lo que se llam aflicciones. Vos sabéis mejor que yo las demás noticias.

Encuentro á Paulina muy satisfecha por saber jugar drez; si ella supiese cuán por cima de mi alcance es juego, yo temería su desprecio. ¡ Ah! ¡ sí! bien me acue olvidaré jamás este viaje. ¡ Ah! es posible que haga ya tiún años. No lo comprendo, me parece que fué el año p pero juzgo por lo poco que me ha durado este tiempo, me parecerán los años que vienen después.

Á Mr. DE COULANGES.

Grignan 26 de julio de 1691.

Estoy de tal modo conmovida por la noticia de la súbita de Mr. de Louvois que yo no sé por dónde comenzar á h de ella. Ya está muerto este gran ministro, este hombre t siderable, que ocupaba un tan gran puesto, cuyo yo, con Mr. Nicole, estaba tan extendido, que era el centro de cosas: ¡ qué de negocios! ¡ qué de designios! ¡ qué de proy ¡ qué de secretos! ¡ qué de intereses! ¡ qué de guerras zadas! ¡ Qué de intrigas! ¡ Qué grandes golpes á dar y ducir! ¡ Ah! ¡ Dios mío! Dadme un poco de tiempo: yo q

dien dar un jaque al duque de Saboya y un mate al príncipe de Orange; no, no; vos no tendréis un solo momento. ¿Es preciso razonar acerca de esta extraña aventura? No, en verdad, preciso es reflexionar en su gabinete. Este es el segundo ministro (1) que veis morir desde que estáis en Roma; nada es más diferente que su muerte, pero nada es tan poco más igual que su fortuna y los cien millones de cadenas que ataban á los dos á la tierra. En cuanto á los grandes objetos que deben llevar á Dios, vos os encontráis embarazado en vuestra religión sobre lo que pasa en Roma y en el cónclave; mi pobre primo, vos os engaãais. He oído decir que un hombre de gran ingenio, sacó una consecuencia en todo contraria de lo que él veía en esa gran ciudad; él dedujo que era preciso que la religión cristiana fuese muy santa y muy milagrosa, para subsistir por sí misma en medio de tantos desórdenes y profanaciones. Haced, pues, como él, sacad las mismas consecuencias y pensad que esta misma ciudad ha sido en otras épocas, bañada con la sangre de un número infinito de mártires; que en los primeros siglos, todas las intrigas del cónclave terminaban por elegir entre los sacerdotes el que parecía tener más celo, más fuerza para sufrir el martirio; que hubo treinta y siete papas que le sufrieron uno después de otro, sin que la certidumbre de este fin, les hiciese huir ni rehusar un puesto al que iba ligada la muerte ¡y qué muerte! No tenéis más que leer esta historia para persuadiros de que una religión subsistente por milagro continuo en su establecimiento y en su duración, no puede ser una fantasía de los hombres.

Los hombres no piensan así: leed san Agustin en su *Verdad de la Religión*; leed á Abbadia (2), bien diferente de este gran santo, pero muy digno de serle comparado cuando habla de la religión cristiana: preguntad al abate de Polignac si estima este libro. Recoged todas estas ideas, y no juzguéis tan ligeramente; creed que sea cualquiera los manejos que haya en el

(1) Mr. de Seignelai, había muerto el año anterior.

(2) Autor de un libro sobre la *Verdad de La religión cristiana*.

cónclave, es siempre el Espíritu Santo quien hace el Papa. Dios hace todo, es el señor de todo y he aquí como deberíamos pensar; yo he leído esto en buena parte : *¿qué mal pueda suceder á una persona que sabe que Dios hace todo y que ama todo lo que Dios hace?* Y con esto os dejo, mi querido primo

AL MISMO (1)

Grignan 29 de marzo de 1696.

Dejando á parte todas las cosas, yo lanzo altos gritos y lloro por la muerte de Blanchefort, este amable joven tan perfecto que se ponía como ejemplo ó los de su edad. Una reputación completamente hecha, un valor reconocido y digno de su nombre, un humor admirable para él (pues el mal humor atormenta), bueno para sus amigos, bueno para su familia sensible á la ternura de su madre, de su abuela (2), amándolas, honrándolas, conociendo su mérito, teniendo placer en demostrar su reconocimiento y en pagarles con exceso su amistad; un buen sentido y una bonita figura; nada envanecido con su juventud, como lo están la mayor parte de los jóvenes que parecen tener el diablo en el cuerpo. ¡Y este amable joven desaparece en un momento, como una flor que el viento arrebató, sin guerra, sin ocasión, sin un mal aire! Mi querido primo, ¿se puede encontrar palabras para decir lo que se piensa del dolor de estas dos madres y para hacerles entender lo que aquí pensamos? Nosotros no tenemos intención de escribirlas pero, si en alguna ocasión creéis conveniente nombrar á mi hija, á mí, á Mr. de Grignan, ya sabéis nuestros sentimientos acerca de esta pérdida irreparable. Mad. de Vins lo ha perdido

(1) Esta carta es verosíblemente la última que escribió Mad. de Sevigné, que murió el 17 de abril.

(2) La mariscalda de Crequi y Mad. de Plessis Belliere.

todo, yo lo confieso (1), pero cuando el corazón ha elegido entre dos hijos, no se ve más que uno. Yo no puedo hablar de otra cosa. Hago la reverencia á la santa y modesta sepultura de Mad. de Guisa, cuya renuncia á la de los reyes, sus abuelos, merece una corona eterna (2).

Encuentro á M. de Saint-Geran demasiado feliz y á vos también, por tener que consolar á su mujer : decidle de nuestra parte todo lo que creáis conveniente. En cuanto á Mad. de Miramión, esta madre de la iglesia, será una pérdida pública. (3) Adiós, mi querido primo, yo no podría cambiar de tono. Ya habéis hecho vuestro jubileo. Al encantador viaje de Saint-Martin ha seguido de cerca el saco y la ceniza de que vos me habláis. Las delicias de que Mr. y Mad. de Marsan gozan al presente, merecen bien que vos los veáis algunas veces y que los tengáis en vuestra amistad; y yo merezco estar en el sitio en que ponéis á los que os aman, pero temo que no tengáis lugar para estos últimos.

DE MADAMA DE GRIGNAN

AL PRESIDENTE DE MULCEAU

En 28 de abril de 1696.

Vuestra delicadeza no puede temer el renovar mi dolor (4) hablándome de la dolorosa pérdida que he sufrido. Es un he-

(1) Mad. de Vins había perdido su hijo único.

(2) Ella quiso ser enterrada en los Carmelitas.

(3) « Madama de Miramión murió en París; es una gran pérdida para los pobres á quienes hacía mucho bien. Había trabajado mucho en los establecimientos de caridad y siempre había conseguido su deseo. El Rey la ayudaba en las buenas obras que hacía y no la rehusaba jamás nada.» (Memorias de Dangeau, 24 marzo 1696, tomo 2.º, pág 41.

(4) Madama de Sevigné, había muerto el 17 de abril y durante algunos días se había ocultado esta desgracia á Mad. de Grignan

cho que mi espíritu no pierde de vista y que encuentro tan vivamente grabado en mi corazón que nada puede aumentar ni disminuirle. Yo estoy muy persuadida, señor, de que vos habréis sabido la desgracia espantosa que me ha sucedido y derramar lágrimas; la bondad de vuestro corazón me responde de ello. Vos perdéis una amiga de un mérito y de una fidelidad incomparable; nada es más digno de vuestro sentimiento : y yo, señor, ¡cuánto no pierdo! ¡qué perfecciones reunía ella para ser por diferentes conceptos, más querida más preciosa para mí! Una pérdida tan completa y tan irreparable no lleva á buscar el consuelo en otra parte que en amargura de las lágrimas y de los gemidos. Yo no tengo fuerza para levantar los ojos á bastante altura para encontrar el sitio de dónde debe venirme el socorro; no puedo volver los ojos más que en derredor de mí y no veo más que esa persona que me ha colmado de bienes, que no ha tenido atención más que para darme cada día nuevas muestras de su tierno afecto, con el agrado de la sociedad. Es bien cierto, señor, que es preciso una fuerza más que humana para sostener una separación tan cruel y tantas privaciones.

Estaba yo bien lejos de estar preparada para ello : la perfecta salud de que yo la veía gozar, un año de enfermedad que me ha puesto cien veces en peligro, me habían quitado la idea de que el orden de la naturaleza pudiese cumplirse respecto á nosotros. Yo me alababa y me regocijaba de no sufrir jamás un mal tan grande; hoy le sufro y le siento en todo su rigor.

Yo merezco vuestra piedad, señor, y alguna parte en el honor de vuestra amistad si es que la merezco por una sincera estima y mucha veneración por vuestra virtud. Yo no he cambiado de sentimientos para vos desde que os he conocido y creo haberos dicho más de una vez que no se puede honrar más que os honro yo.

DEL CONDE DE GRIGNAN

Á Mr. DE COULANGES.

Grignan 23 de mayo de 1696.

Vos comprendéis mejor que nadie, señor, la magnitud de la pérdida que acabamos de tener y mi justo dolor. El mérito distinguido de Mad. de Sevigné os era perfectamente conocido. No es solamente una madre política la que yo siento, es una amiga amable y sólida, una sociedad deliciosa. Pero lo que es todavía mucho más digno de nuestra admiración que de nuestros sentimientos, es una mujer fuerte como la de que se trata, que ha mirado la muerte, de la cual no ha dudado desde los primeros días de su enfermedad, con una firmeza y una sumisión admirable.

Esta persona tan tierna y tan débil para todo lo que amaba, no ha encontrado más que valor y religión cuando ha creído que no debía pensar más que en ella, y nosotros hemos podido notar de cuanta utilidad y de cuanta importancia es el llenar el espíritu de buenas cosas y de santas lecturas, por las cuales Mad. de Sevigné tenía un gusto, por no decir una avidez sorprendente, por el uso que ella ha sabido hacer de estas buenas provisiones en los últimos momentos de su vida. Os cuento todos estos detalles, señor, porque convienen á vuestros sentimientos y á la amistad que teníais por aquella que lloramos : y os confieso que tengo el espíritu tan lleno de ella que me sirve de consuelo el encontrar un hombre tan propio como vos para oírlas y estimarlas. Espero, señor, que el recuerdo de una amiga que os estimaba infinitamente, contribuirá á conservarme en la amistad con que me honráis hace largo tiempo ; yo la estimo y la deseo demasiado para no merecerla un poco. Tengo el honor, etc.

FIN

